

# el programa comunista

ÓRGANO DEL PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL

## EN ESTE NÚMERO

- **El Partido de clase del proletariado frente a la actual crisis económica del capitalismo mundial** **1**
- **Estado de «guerra permanente» y lucha de clase revolucionaria** **11**
- **El Centralismo Orgánico** **21**
- **China: particularidad de su evolución histórica** **42**
- ***Siguiendo el hilo del tiempo: Homicidio de los muertos*** **59**
- ***Pese a sus crisis:*  
¡El capitalismo no se derrumbará sino bajo los golpes de la lucha proletaria!** **57**
- **Israel masacra a los palestinos por cuenta propia y por cuenta de las potencias imperialistas mundiales** **61**

**LO QUE DISTINGUE A NUESTRO PARTIDO:** la línea que va de Marx-Engels a Lenin, a la fundación de la Internacional Comunista y del Partido Comunista de Italia; la lucha de clase de la Izquierda Comunista contra la degeneración de la Internacional, contra la teoría del «socialismo en un solo país» y la contrarrevolución estaliniana; el rechazo de los Frentes Populares y de los frentes nacionales de la Resistencia; la lucha contra el principio y la praxis democráticas, contra el interclasismo y el colaboracionismo políticos y sindicales, contra toda forma de oportunismo y nacionalismo; la dura obra de restauración de la doctrina marxista y del órgano revolucionario por excelencia – el partido de clase –, en contacto con la clase obrera y su lucha cotidiana de resistencia al capitalismo y a la opresión burguesa, fuera del politiquero personal y electoral, contra toda forma de indiferentismo, seguidismo, movimentismo o aventurerismo «lucharmatista»; el apoyo a toda lucha proletaria que rompa con la paz social y la disciplina del colaboracionismo interclasista, el apoyo a todos los esfuerzos de reorganización clasista del proletariado sobre el terreno del asociacionismo económico, en la perspectiva de la reanudación a gran escala de la lucha de clase, del internacionalismo proletario y de la lucha revolucionaria anticapitalista.

# EL PROGRAMA COMUNISTA

Órgano del Partido Comunista Internacional

## ADMINISTRACIÓN Y DIFUSIÓN

Editions programme  
3 rue Basse Combalot  
69007 Lyon - France

**Precio del ejemplar:** 3 €.; América latina: US \$ 1.5; USA y Cdn: US\$ 3; £ 2; 8 FS; 25 Krs. **Precio solidario:** 6 €.; América latina: US\$ 3; USA y Cdn.: US\$ 6; 6 £; 16 FS; 50 Krs. **Suscripción:** el precio de 4 ejemplares.

Pago con giro postal o cheque al Sr. **DESSUS**, a la dirección de las **Editions Programme (Lyon)**

## CORRESPONDENCIA

**Italia :** Il Comunista - C.P. 10835 - 20110 Milano  
**Francia :** Editions programme - 3 rue Basse Combalot  
69007 Lyon  
**Suiza :** Editions programme - Ch. de la Roche 3  
1020 Renens

### E-MAIL

[elprogramacomunista@pcint.org](mailto:elprogramacomunista@pcint.org)  
[leproletaire@pcint.org](mailto:leproletaire@pcint.org)  
[ilcomunista@pcint.org](mailto:ilcomunista@pcint.org)  
[proletarian@pcint.org](mailto:proletarian@pcint.org)

**El sitio Internet del partido comunista internacional**  
[www.pcint.org](http://www.pcint.org)

**¡Lean, difundan, sostengan la prensa internacional del partido! ¡Suscríbanse!**

### - Il comunista -

Periódico bimestral  
**Precio del ejemplar:** 1 €; £ 1; 5FS; **Suscripción:** 8 €; £ 6; 25 FS;  
**Suscripción de solidaridad:** 16 €; £ 12; 50 FS.

### - Le prolétaire -

Periódico bimestral  
**Precio del ejemplar:** 1 €; £ 1; 3FS; 350 CFA. **Suscripción:** 7,5 €; £ 10; 30FS;  
1'500 CFA. **Suscripción de solidaridad :** 15 €; £ 20; 60FS; 3'000 CFA

### - Programme communiste -

Revista teórica  
**Precio del ejemplar:** 4 €; £ 3; 8FS; 1'000 CFA.; América latina: US\$ 2;  
USA y Cdn: US\$ 4 **Suscripción:** El precio de 4 ejemplares.  
**Suscripción de solidaridad:** 40 €; £ 20; 80FS; 16'000 CFA.; América latina:  
US\$ 10; USA y Cdn: US\$ 40

### - Proletarian -

Suplemento al «le prolétaire»  
**Precio del ejemplar:** 1 €, £ 1, 3 CHF.

Suplemento en español a la revista teórica del Partido Comunista Internacional, «programme communiste» no ISSN-0033-037X.  
Acabado de imprimir en Enero de 2009

# il comunista

organo del partito comunista internazionale

**Iraq: guerra di rapina e di spartizione**

**INNOVAZIONE DEL CONTROTTATO DEL MERCATO**  
I sindacati ritengono «realizzabili» nella misura richiesta salariale, ma le riproposte inaspriscono alle esigenze del mercato e dei padroni

# il proletario

organo del partito comunista internazionale

**Per un Primo Maggio proletario e di lotta!**

**Moltetta**  
4 mesi di lavoro, sufficienti in una carriera di profitto capitalistico. Meglio! Meglio!

# le prolétaire

organe du parti communiste international

**Pour l'organisation indépendante de classe**  
**Les leçons des luttes du printemps**

# programme communiste

REVUE THEORIQUE DU PARTI COMMUNISTE INTERNATIONAL

**SOMMAIRE**

- L'Unité de l'Europe laogouvain: une illusion anti-prolétaire réactionnaire 1
- Ce qui distingue notre parti
- Matériaux pour un bilan des crises du parti. En mémoire de Bruno Maffi

**La défense des bases programmatiques et politiques de la gauche communiste implique aussi la lutte contre les déviations démocratiques**

# Proletarian

Organ of the International Communist Party

**Multiform and indissociable Tasks of the Class Party**

**NÚMERO 46** Diciembre de 2005

# el programa comunista

ÓRGANO DEL PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL

**EN ESTE NÚMERO**

- Lo que distingue a nuestro partido
- EUROPA: HUBO! ¿BURGUÉS, OIGERA, PROLETARIA?
- Crítica del C.O.I.: Introducción
- La Comenta Comunista Internacional: A contrarreloj del marxismo y de la lucha de clase
- ¿C.O.I. y la oposición al poder reaccionario/proletario
- A propósito de Donatelli, Molteni, de los sindicatos, como independiente

# el programa comunista

ÓRGANO DEL PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL

**Venezuela: Crónica de una burguesía "revolución bolivariana"**

**¿PROFUNDIZACIÓN DE LA REVOLUCIÓN?**

**Suplemento N° 6**  
al N° 47 de  
**el programa comunista**  
Marzo de 2006  
Número: 16  
América Latina: US\$ 3  
América Latina: US\$ 3



# El Partido de clase del proletariado frente a la actual crisis económica del capitalismo mundial

*Sólida y monolítica la perspectiva de la lucha revolucionaria del proletariado de todos los países, bajo la guía del partido de clase, por la conquista del poder político, la destrucción del Estado burgués y la transformación de la economía capitalista en economía socialista y comunista; es la única lucha que puede romper definitivamente con una sociedad dedicada exclusivamente a la producción y reproducción del capital, a través de la extorsión sistemática y creciente de plusvalor obtenido por medio de la general y cada vez más creciente explotación de la fuerza de trabajo asalariada en cada país del mundo.*

1. Partiendo de los Estados Unidos en julio/agosto de 2007, la crisis financiera que ha golpeado a todo el sistema financiero internacional, agravándose en septiembre y octubre de 2008, atravesando Europa y Asia y difundándose por todos los demás países del mundo, es diferente de las anteriores por al menos tres razones: 1) no ha sido concentrada sólo en los Estados Unidos, sino que aceleradamente ha golpeado a todos los grandes centros imperialistas del mundo; 2) se ha incertado a la crisis económica ya en camino en todos los principales países imperialistas, agravando progresivamente a esta última; 3) ha obligado a los diversos Estados a intervenir vigorosamente para salvar a sus bancos en quiebra, acentuando drásticamente la tendencia del Estado capitalista no sólo a intervenir para sostener la producción industrial, sino también en apoyo al capital financiero, tomando bajo su responsabilidad masas enormes de títulos-basura que han sido la causa por la cual las mayores instituciones financieras han sufrido un colosal crac, y, sobre todo, nacionalizando total o parcialmente a los institutos bancarios y financieros. El pánico que ha invadido a todos los capitalistas del mundo ha sido provocado por el hecho de que el crac ha creado una persistente desconfianza de las instituciones bancarias entre sí, las cuales han puesto muy difíciles las condiciones para otorgarse créditos mutuamente, creando como consecuencia una profunda crisis de liquidez: de dinero que circula mucho, pero mucho menos que antes, y de los mismos patrimonios de los institutos de crédito que han venido perdiendo drásticamente su valor precedente. Si el capital no se valoriza, muere.

2. En la época imperialista es el capital financiero que en cada país domina a la sociedad y que guía la actividad económica ligada a la producción y a la distribución. El capital financiero es la máxima expresión del curso del desarrollo del modo de producción capitalista: el capital y su autovaloración son el punto de partida y el punto de llegada, el origen y el fin de la producción (Marx, El Capital). La producción es sólo producción para el capital, cuya composición orgánica está formada por capital

fijo, trabajo muerto (edificios, maquinarias, materias primas, tierra) y capital variable, trabajo vivo (salarios). En el capitalismo el trabajo muerto aplasta y sofoca al trabajo vivo: el capital y su valorización están primero que nada. Durante el curso de la historia de su desarrollo y de la formación del mercado mundial, el capitalismo genera sobreproducción de mercancías y capitales: el mercado no logra absorber todas las mercancías producidas ni todos los capitales disponibles, y entra en crisis provocando destrucciones de mercancías y capitales; las empresas entran en crisis, quiebran, aumenta la desocupación obrera. Mientras la riqueza se acumula y aumenta para las clases burguesas poseedoras, para los proletarios sólo se acumula y aumenta la miseria; la teoría marxista de la miseria creciente se confirma en cada crisis capitalista.

Si se observa al mundo entero, es imposible no ver que las clases dominantes de los países más ricos viven sobre las espaldas de las clases trabajadoras, tanto las de sus propios países como las de los países más pobres. La crisis financiera golpea, además, a la economía productiva, a la economía llamada “real” que depende siempre más del crédito, transformando a la actual crisis en verdadera crisis social general que se prevé será de larga duración. La amplitud y gravedad de este proceso de crisis están determinadas por el nivel de sobreproducción capitalista alcanzado y por el nivel de las divergencias acumuladas en el tiempo entre los más grandes centros imperialistas mundiales. Directa o indirectamente, todos los países del mundo han sido golpeados, ninguno ha sido excluido. Los mismos economistas burgueses declaran que la actual crisis financiera decreta la “derrota del mercado”, la “implosión” del sistema financiero internacional; y tienen razón, pero no desde el punto de vista del capitalismo, sino desde el punto de vista del marxismo. A pesar de ellos mismos. El mercado jamás ha sido realmente el equilibrador de las contradicciones capitalistas; la competencia no ha sido nunca sólo la palanca del progreso, sino también el vehículo de las crisis. Aún con todas las reglas que las clases burguesas hayan buscado

establecer para controlar el mercado, la competencia, las contradicciones inherentes al modo de producción capitalista, en las fases de mayor desarrollo y por lo tanto de mayores contrastes, es el mismo mercado que las hace saltar provocando una desregulación que no es otra cosa que la más amplia libertad por parte de los gigantes financieros e imperialistas, forzando y condicionando el curso económico y financiero del mundo entero, a fin de acrecentar de manera exponencial la autovaloración del capital. Pero este proceso inevitablemente se encuentra con obstáculos que el mismo modo de producción capitalista, junto a su mismo desarrollo económico y financiero, ha erigido: la sobreproducción de mercancías y capitales obstaculiza el proceso de auto valorización del capital, luego entra inexorablemente en crisis.

3. La intervención del Estado, deseada por la clase dominante burguesa de cada país, se realiza con miras a reparar los daños financieros ocasionados en el tiempo, pero, para beneficio exclusivo de la propia clase dominante burguesa. Los recursos estatales han servido ante todo para salvar a los bancos, templos del moderno crédito y de la moderna trapacería, luego siguen las grandes industrias, y, con las migajas que queden, las pequeñas y medianas empresas. Por último, como siempre, se encuentra el proletariado al que siempre se le reserva el constante empeoramiento de sus condiciones de vida y de trabajo. El Estado, asumiendo las deudas de la banca y de los institutos financieros colapsados, en sí no hace sino distribuir las a toda la población que en su gran mayoría está constituida por proletarios, endeudándolos a futuro en función de estas operaciones de rescate, y endeudando también a las futuras generaciones de proletarios, todo con el único fin de reanudar a todo galope la producción de capital y su auto-valorización. En la actual crisis financiera global, el Estado central de los USA ha intervenido como rara vez en el pasado lo había hecho (1929, por ejemplo): para evitar la hemorragia, una parte de los créditos votados urgentemente por el congreso han sido destinados a nacionalizar o semi-nacionalizar a los mayores grupos bancarios norteamericanos: primero fue *Bear Stearns* en marzo de este año, luego, en julio, llegó el turno a otros dos gigantes del crédito inmobiliario: *Fannie Mae* y *Freddie Mac*, luego le tocó a la más grande aseguradora del mundo, la *AIG*. Pero el “octubre negro” de las Bolsas ha compelido a los Estados Unidos a continuar su política de nacionalizaciones ya experimentada por Inglaterra y Europa, algo que fue acogido por estos últimos rechinando de dientes, tratando sin embargo de proteger, cada quien por su lado, sus propios intereses. Lo que demuestra una vez más que la tendencia a la concentración y centralización estatales de la economía y las finanzas, anticipada durante los años Veinte del siglo pasado por el fascismo italiano, y en los años Treinta por el nazismo alemán, es una tendencia histórica irreversible del capitalismo y su desarrollo. Por otra parte, el estalinismo en Rusia y la política del partido comunista chino, han continuado exactamente sobre el mismo surco, con el fin de acelerar en cada una de estas dos regiones geohistóricas el proceso interno de desarrollo capitalista. Nuestra corriente de la Izquierda comunista había acertado ya en los años Veinte y, aún mejor, al final de la segunda guerra mundial, cuando preveía que la democracia post-bélica no se parecería en nada a la democracia liberal de antes de la guerra, caracterizándose más bien por una cada vez más acentuada tendencia al

totalitarismo económico y financiero cubierto con un manto democrático, a fin de engañar durante décadas al proletariado del mundo entero. Desgraciadamente, hasta hoy, este diseño ha tenido éxito.

4. La crisis capitalista ha solicitado de todos los grandes grupos financieros del mundo y, por lo tanto, de los Estados que los defienden a concordar acciones destinadas a conjurar el crac del sistema financiero mundial, y a combatir la desconfianza que invade no sólo a los inversionistas habituales que especulan en las Bolsas, sino también a los ahorristas comunes que aportan a las taquillas de los bancos el tan ambicionado “dinero fresco”. Las instituciones supranacionales, las reuniones en los vértices entre los grandes managers de las finanzas, entre gobernadores de las bancas centrales, las famosas “cumbres” de ministros y gobernantes de los grandes países imperialistas, han servido y sirven para coordinar las intervenciones en los mercados financieros, a fin de que el dinero continúe fluyendo hacia la red bancaria internacional. La crisis, a pesar de todo lo grave y aún sin saber los burgueses cuánto durará, ha sido considerada por estos últimos como un “incidente del camino”, más grave que los otros, pero un “incidente” al fin y al cabo, bastando sólo una robusta inyección de dineros estatales, y la confianza de los inversionistas. Sin embargo, aun con todo lo global y seria, esta crisis no tiene la potencia para cambiar de orientación el capitalismo que continúa siendo producción y reproducción del capital. La búsqueda de soluciones para superar la crisis, por muy concertada que haya sido en los más altos niveles políticos, económicos y financieros entre las mayores potencias imperialistas del mundo, no producirá sino una tregua, más o menos breve, entre esta crisis y la crisis que viene, cosa que sucede sistemáticamente en el capitalismo: 1929-32 (La Gran Depresión), 1939-45 (la segunda guerra imperialista mundial), 1973-75 (la gran crisis petrolera y económica mundial), 1981, 1987-89, 1991, 2001 (las crisis de las bolsas y la consiguiente crisis económica), 2007-2008 (los cracs financieros actuales, más una latente pero inexorable recesión económica). Más allá de los llamados a la calma, del grito “que no cunda el pánico”, de las garantías que ofrecen todos los gobernantes para crear confianza en torno a los mercados financieros, los mismos burgueses declaran abiertamente que esta crisis será larga y tendrá efectos muy graves sobre la vida de la gran mayoría de la población. ¡Lágrimas, sacrificios y sangre estarán a la orden del día, para los burgueses que perderán sus capitales privados en beneficio de otros burgueses, y para la gran mayoría del proletariado de cada país agobiado por deudas que no puede ya pagar, con salarios que llegarán a penas a mitad de mes, inmersos en una precariedad progresiva y en un aumento de la desocupación!

5. Con el cinismo típico que caracteriza a la clase burguesa, en tiempos de crisis de su sistema económico y financiero, ésta todavía pide al proletariado más sacrificios; sacrificios que espera obtener a través de diversos medios: aumento del costo de la vida, rebaja del salario real y del poder de compra que ya este salario no respalda, aumento del tiempo de trabajo por obrero, creciente intensidad del trabajo, aumento de la productividad en cada nivel del proceso productivo. Todo ello aumentará la inseguridad laboral, y los accidentes mortales se multiplicarán, aumentará la competencia entre los proletarios, así como también la discriminación tanto racista como

sexista entre proletarios. La ocasión de la crisis y el consecuente aniquilamiento del proletariado con respecto a su capacidad de resistencia actual contra la degradación de sus condiciones de vida y de trabajo, facilitan a la burguesía la adopción de medidas antiproletarias en todos los campos, económico y social (de la escuela a la salud, de los servicios públicos en general a las relaciones con los sindicatos, de los métodos de negociación a las formulas contractuales, todo bajo un clima opresivo de oscurantismo cultural y religioso). ¡El futuro del capital cercena el futuro del proletariado!

6. Por su experiencia en el dominio político y social, la burguesía sabe no obstante que el proletariado no soporta tácita e indefinidamente la presión creciente sobre sus condiciones de vida y de trabajo. Ella prevé que el proletariado se movilizará y que podrá desencadenar episodios de verdadera violencia social; por ello, junto al aumento del despotismo de fábrica y al cada vez más extendido despotismo social, la burguesía seguirá adoptando, aunque de manera limitada con respecto a los períodos de expansión económica, una serie de amortiguadores sociales que permitirán resolver las necesidades de una fracción de la clase obrera (logrando también dividir aún más a los proletarios entre sí), y utilizar como vehículo de consenso y de paz social a los partidos y organizaciones sindicales del reformismo, las organizaciones del voluntariado y de las estructuras religiosas, siempre listas para desviar la indignación y la reacción proletarias hacia actividades que tiendan a sedar las tensiones acumuladas, y a entregar a la voracidad del capital a un proletariado víctima de prejuicios pequeñoburgueses y encerrado en sí mismo. Pero la burguesía dominante está siempre pronta a “cambiar de caballo” en la medida en que los sindicatos tradicionalmente oportunistas no logren someter – como lo han hecho hasta ahora – a los proletarios a las diversas y oscilantes exigencias de Su Majestad el Capital.

7. La profundidad de la crisis evidencia una fuerte caída tendencial de la tasa media de ganancias, contra la cual la burguesía sólo tiene un arma decisiva para ella: aumentar la tasa de extorsión de plusvalor del trabajo asalariado. De esto el proletariado no debe esperar sino un aumento de la presión capitalista sobre su vida cotidiana y en su lugar de trabajo: mientras empeoran cada vez más las condiciones de trabajo y de vida, aumentan las condiciones de precariedad e inseguridad de la vida de los proletarios. ¡Trabajo al negro, trabajo precario, desocupación, bajos salarios, intimidaciones, vejaciones y abusos estarán siempre y cada vez más a la orden del día! Aumentará todavía más la competencia entre proletarios, empujados por el miedo a perder el puesto de trabajo y el salario, y por la prepotencia burguesa hacia los sectores más débiles del proletariado como las mujeres, los niños, los inmigrados, así como hacia los proletarios desorganizados. Aumentará también el aislamiento de los proletarios, generado por la criminal política oportunista que hace depender cualquier reivindicación obrera de la “compatibilidad” con las exigencias de la empresa o de la Nación. Los proletarios de los países más ricos han gozado hasta ahora, aun si en parte ha sido inconscientemente, de la bestial explotación mediante la cual sus ricas y gordas burguesías han saqueado a continentes enteros, aplastando a centenas de millones de proletarios de los países capitalístamente subdesarrollados. Gracias a los gigantescos beneficios acumulados me-

dante esta explotación de los recursos naturales y humanos del mundo, las clases burguesas de los países imperialistas han podido forjar un tremendo sistema de amortiguadores sociales que ha servido para constituir una sólida base material para el consenso social y la sumisión del proletariado al capitalismo. Los proletarios de los países más ricos tienen la tarea, primero que los demás, de romper completamente con la política conciliadora y colaboracionista a la cual los tiene habituados el reformismo y el colaboracionismo de los sindicatos y de los partidos tricolor: esta es la condición indispensable para que los proletarios reconozcan una perspectiva histórica, dentro de la cual la lucha de clase vuelva a ser el centro de toda actividad de defensa económica inmediata y de iniciativa política independiente.

8. Luego de décadas de expansión capitalista comenzada al finalizar la segunda guerra mundial, luego que los otros grandes y poblados países como China, India, Brasil y la misma Rusia después de la implosión de 1989-91, han acelerado un desarrollo capitalista interno, al punto de constituir hoy no sólo mercados muy ambicionados por los viejos países imperialistas, sino también anclas de salvamento financiero; luego de que las viejas potencias del capitalismo europeo han constituido una suerte de estricta alianza económico-política en la Unión Europea, para hacer frente a la competencia tanto de la aún gran potencia imperialista mundial – los Estados Unidos de América – como de las más jóvenes y agresivas potencias emergentes – bástese nombrar a la China –, las clases dominantes burguesas han venido afrontando desde hace más de veinte años un período de crisis que no podrá terminar – si el proceso de crisis capitalista no es interrumpido por la crisis social y revolucionaria – sino con el estallido de la tercera guerra mundial. Hoy, los proletarios de los países ricos comienzan a percibir que el futuro próximo no será de bienestar, que no se volverá a un mayor tenor de vida; comienzan a percibir que su destino se asemeja cada vez más al de esos cientos de millones de desheredados, campesinos y proletarios que huyen de los países de la periferia del imperialismo (reino de los desastres de las guerras, de las carestías, de la miseria y del hambre perennes) para buscar en los países ricos una posibilidad de sobrevivencia, aun a costa de morir ahogados durante la travesía de los mares, asfixiados dentro de los camiones o muertos de hambre o de sed al atravesar el desierto. Los proletarios de los países ricos están perdiendo sistemáticamente toda una serie de beneficios y de “garantías” que las democracias occidentales les habían asegurado, luego de la tan cacareada victoria contra el fascismo; aquellas ventajas, aquellas garantías, fueron el precio pagado por la burguesía para corromper durante décadas a las grandes masas proletarias en Occidente, pero ha sido un precio pagado con la sangre de los proletarios de todo el mundo, en las guerras mundiales como en las paces imperialistas; en las guerras locales como en la cada vez más aguda competencia capitalista: a los millones de proletarios muertos en la segunda carnicería imperialista mundial se agregan los millones y millones de proletarios muertos en las guerras locales, en las penurias, en la represión, en la huida lejos de la pobreza.

9. El futuro que el capitalismo imperialista ofrece al proletariado es el de una sistemática degradación de sus condiciones de vida y de trabajo; y esta vez no será durante un breve período, sino más bien un tiempo largo

y doloroso de sufrimientos y horrores, como ya sucede en vastas zonas de África, Cercano, Medio y Extremo Oriente, en América Latina. Hasta ahora las clases burguesas dominantes de los países más fuertes han seguido un método planificador de la economía que le dado una ventaja enorme sobre el proletariado. “El nuevo método planificador de conducir la economía capitalista – léase en el texto de partido Fuerza, Violencia, Dictadura en la lucha de clase, de 1946 – constituyendo, respecto al limitado liberalismo clásico de un pasado hoy superado, una forma de autolimitación del capitalismo, conduce a nivelar en torno a un promedio la extorsión de plusvalor”. Esta forma de autolimitación del capitalismo ha tenido por efecto una menor acumulación de ganancias capitalistas y un mejoramiento del salario obrero; si por un lado tiene moderar las puntas máximas y más agudas de la explotación patronal desarrollando al mismo tiempo las formas de material asistencia social (el famoso *welfare*), por el otro ha permitido a la burguesía de cada país, y sobre todo de los países más ricos, saquear y meter mano de toda posible riqueza en cada parte del mundo, financiando una parte de aquellas formas de material asistencia social (los amortiguadores sociales) para los “propios” proletarios con la más bestial explotación de los proletariados de los países de la periferia del capitalismo desarrollado. La opulencia de los países occidentales ha constituido siempre un suénelo para los proletarios de los países periféricos del imperialismo, que ya en los años Sesenta-Setenta del siglo pasado comenzaron a dirigirse en masas cada vez más numerosas hacia los USA y Europa. Sin embargo, los amortiguadores sociales no beneficiaban en absoluto a estos proletarios inmigrados, los cuales se contentaban con un salario considerado de hambre para los proletarios europeos o americanos, pero que, al ser comparado con la miseria negra de la que provenían, aparecía más bien como un “privilegio”: la competencia entre proletarios de los países pobres, que anteriormente surgía a distancias bastante notables, se avecinaba siempre más hasta actuar espaldas con espaldas en las obras, en las mismas fabricas, en las mismas calles, en las mismas metrópolis del capitalismo desarrollado. Más aumentaba la competencia entre proletarios, más disminuía la autolimitación del capitalismo en la extorsión media de plusvalor, como lo demuestra el hecho de que la burguesía sabe también confrontar y gestionar las puntas más agudas de la explotación proletaria, pero que el proletariado al no constituir un peligro efectivo contra el poder burgués durante este largo período, la burguesía suprime los frenos que anteriormente puso y se lanza sin ninguna clase de escrúpulos hacia la búsqueda espasmódica del fácil beneficio, hasta virtual, tal como ha sucedido en estos últimos quince años de finanzas totalmente “desregulada”.

10. Después de la guerra y en el período de expansión capitalista, la finalidad común de las clases burguesas dominantes era la de permitir que cada burguesía nacional, de acuerdo a sus fuerzas y su peso luego de la carnicería y de las destrucciones de guerra, pudiese acapararse un pedazo de la riqueza mundialmente producida, contribuyendo también así al desarrollo general del capitalismo. Con la repartición en zonas de influencia, que llevaban por sello “condominio ruso-americano sobre el mundo”, y teniendo firme los dos polos centrales de la conservación burguesa internacional: los Estados Unidos de América y Rusia con las respectivas zonas, o

“imperios”, de influencia sobre países por estos dominados y controlados, pero al mismo tiempo respaldados en su reactivación económica posbélica, las clases burguesas dominantes han logrado poner en marcha sus respectivos aparatos productivos en un crescendo aún más agudo que en el período prebélico. Alemania y Japón han sido los ejemplos más claros, junto a Italia y hasta el mismo Estado de Israel creado sobre la base de una estrategia mesoriental, bajo la influencia directa de los USA; Polonia, Checoslovaquia y Hungría, conjuntamente con China, han representado otros ejemplos esta vez bajo la influencia directa de la URSS. En todo el período de posguerra, que se alargará hasta la primera gran crisis general posbélica del capitalismo mundial de 1973-75, el nuevo método planificador de la economía capitalista con formas de autolimitación del capitalismo en su tarea de extorsionar plusvalor funcionó perfectamente de cada lado de la llamada “cortina de hierro”, sin dejar de tomar en cuenta las debidas diferencias en la efectiva capacidad de producir y reproducir capital. Pero esa crisis general del capitalismo mundial marcó un viraje: el período de fuerte expansión económica había terminado, y se iniciaba un período de crisis cada vez más cercanas unas de las otras y donde cada vez más aumentaba el número de países envueltos simultáneamente. La obra del oportunismo sindical y político cambió de signo, pero no de dirección: de propugnadores de reivindicaciones obreras compatibles de manera indudable con las exigencias del capital, a gestores de las exigencias del capital a la cual se deben someter en forma absoluta las reivindicaciones obreras. Buena parte de las mejoras salariales y sociales obtenidas en los años de la curva ascendente de la expansión económica capitalista fue progresivamente demolida en los años de la curva descendente de la economía capitalista no se encontraban aún al final del precipicio, pero ahora se están acercando. La crisis recesiva de la economía de los grandes países capitalistas, y a la cual se agrega ahora la tremenda crisis financiera que todavía no ha terminado de producir todos sus efectos devastadores, está envolviendo, también, cada vez más a las más poderosas economías de los llamados países emergentes, de China, Rusia, India, Brasil; el progresivo asalto de la sobreproducción capitalista que comienza a hacerse un camino también en estas economías emergentes terminará por cercenar la yugular por donde pasaba, desde hace unos quince años, el oxígeno hacia los asfixiados países superdesarrollados. Bajo el capitalismo, las guerras comerciales y financieras entre los colosos imperialistas del mundo marcan cada jornada, y tarde o temprano se transformarán en guerras bélicas; no porque el presidente americano, el emperador japonés, el nuevo zar ruso o el próximo kaiser alemán hayan “decidido” atacar a esta o aquella coalición imperialista considerada enemiga, sino porque el mercado mundial, al cual se arrojan en acto de fe absoluta todos los capitalistas del mundo, estará cada vez más tan saturado de mercancías y de capitales que la única solución para la burguesía será la mayor destrucción posible de estas mercancías y estos capitales en superabundancia, y así poder acceder a un nuevo ciclo de producción y reproducción de capital, como un tiovivo infernal girando sin fin. La guerra imperialista tiene la tarea de rejuvenecer al capitalismo, eliminando montañas de desperdicios del mercado que con el tiempo se han ido acumulando, tal como si esta fuese un gigantesco incinerador. Pero la guerra no está hecha por

máquinas, sino por hombres, en este caso por el proletariado que en esta situación está destinado a ser arrojado a este incinerador junto a ingentes masas de instrumentos de producción y de mercancías que han saturado al mercado mundial. Para volver a poner en movimiento la producción de ganancias capitalistas, las clases dominantes burguesas envían al proletariado a la carnicería de sus guerras; todas las motivaciones ideológicas, patrióticas, raciales, religiosas que la burguesía siempre ha utilizado para justificar estas carnicerías de guerra, no son más que colosales engaños expresamente contruidos para movilizar a las grandes masas proletarias en su propio beneficio. De esta manera los proletarios vienen a ser derrotados doblemente: primero, sobre el terreno de las relaciones de producción capitalistas en las cuales el proletariado, aun siendo por excelencia la clase históricamente antagonica a la clase burguesa, esta vez aparece como si fuese un libre prestador de fuerza de trabajo a ser vendida en el mercado del trabajo; luego, sobre el terreno de las relaciones políticas entre las clases en las cuales el proletariado, aun siendo la clase históricamente antagonica a la burguesía, aparece como la clase más interesada en defender los intereses nacionales y los confines de la patria. Todas las fuerzas sociales y políticas que contribuyen al mantenimiento de estos engaños, y sobre todo cuando se hacen pasar por socialistas o comunistas, representan un serio y permanente obstáculo a la lucha por la emancipación del proletariado del capitalismo.

**11.** El proletariado mundial sufre desde hace décadas de la nefasta influencia oportunista por parte de todas las organizaciones que luchaban, en principio, en nombre de la defensa de sus condiciones de vida y de trabajo, de sus derechos y de sus perspectivas históricas de clase pero que, habiendo cedido a la corrupción a la cual fueron convidados por la burguesía dominante, han traicionado la causa proletaria, tanto en el terreno de la lucha de defensa inmediata como en el terreno más amplio y decisivo de la lucha política por la conquista del poder. La lucha de clase proletaria que las mismas contradicciones de la sociedad burguesa hace surgir de sus vísceras, no puede impedir el surgimiento de amplias organizaciones de asociaciones económicas de defensa en la que las grandes masas proletarias se reconozcan; estas organizaciones, si son influenciadas y dirigidas por el partido proletario de clase, representan un real peligro para la clase burguesa dominante y para su permanencia misma en el poder político, y por eso es que las clases burguesas siempre han tratado de corromperlas y atraerlas hacia sí, transformándolas de “correas de transmisión” de la lucha revolucionaria conducida y guiada por el partido proletario de clase en “correas de transmisión” del interclasismo y de la colaboración entre las clases. El gran obstáculo inmediato que el proletariado encuentra en el camino de la reanudación de la lucha clase lo constituyen precisamente estas organizaciones de carácter sindical y político que actúan en el cuadro de las compatibilidades con las exigencias de la economía capitalista y de la conciliación entre los intereses burgueses y los intereses proletarios. Los partidos políticos del proletariado, los cuales se proponen tendencialmente una finalidad mucho más amplia e histórica que la lucha de defensa inmediata, con el tiempo han tenido un destino similar: cediendo a la corrupción burguesa, sobre el plano económico como sobre el político y ideológico, se han transformado en los ve-

hículos más insidiosos y perversos de la contrarrevolución, contribuyendo incluso con la acción directa de Estado, como en la contrarrevolución rusa de los años 20 del siglo pasado, arrojando al proletariado a la desorientación general haciendo de este una fácil presa de los prejuicios individualistas, nacionalistas, racistas y religiosos característicos de las clases burguesas y pequeñas burguesas.

Sólo en algunos particulares giros históricos, como en el 1848 proletario y europeo, en el 1871 de la Comuna de París y, sobre todo, en la época del Octubre Rojo de 1917, el proletariado alzó la cabeza y afrontó la lucha de clase revolucionaria contra la burguesía y la llevó hasta el fondo, hasta la victoria o la derrota. La historia ha querido que esos particulares giros históricos fueran apuntados, a fin de cuentas, como derrotas. Pero, de cada derrota el partido de clase del proletariado, aun cuando por momentos este se reduzca a pocas unidades, ha sabido sacar potentes lecciones históricas que han servido y servirán para las luchas del presente y del mañana. Por muy invencible que parezca la clase burguesa dominante, a pesar de sus crisis económicas y financieras y las imponentes guerras bélicas que devastan periódicamente al planeta, y por muy insuperables que parezcan los obstáculos representados por los sindicatos tricolor y por los partidos obreros burgueses, el proletariado volverá a encontrar el camino de la reanudación de su lucha de clase, ya que las contradicciones, los factores de crisis económica, social y política, las cada vez más dramáticas consecuencias de la civilización del capital, no harán más que demostrar la imposibilidad por parte del capitalismo, por tanto de las clases burguesas dominantes, de resolver definitivamente las crisis cada vez más agudas de la sociedad presente.

**12.** El proletariado volverá a encontrar la fuerza de luchar sobre el terreno del abierto antagonismo de clase con la burguesía porque aceptará el hecho de que la defensa de sus intereses inmediatos y futuros ya no es posible sobre el terreno de la paz social, del consenso social, de la conciliación de los intereses burgueses con los intereses proletarios; porque aceptará el hecho que a la burguesía capitalista no le basta explotar al máximo la fuerza de trabajo asalariada en todos los países, sino que la debe movilizar hacia sus guerras de competencia y de repartición del mercado mundial; porque aceptará el hecho de que las organizaciones que se declaran obreras pero que profesan su fe en la democracia burguesa y la práctica en la colaboración de clase, son organizaciones que tienen la tarea de sabotear la lucha proletaria, de aprisionar los empujes hacia la lucha y su prolongación hacia los más amplios estratos proletarios en las redes de las leyes burguesas y constitucionales y en el respeto del orden constituido. La lucha antagonica que la burguesía libra sin descanso contra los intereses del proletariado no se deja canalizar por leyes que la misma burguesía emana y propugna; ella desarrolla sus ataques tanto dentro de la legalidad como fuera de ella, tal como lo demuestran los incidentes y los muertos en el puesto de trabajo, la utilización de bandas mafiosas para controlar una parte consistente del proletariado, la difusión de todo tipo de droga en el seno de la jóvenes y adolescentes, la corrupción capilar inherente a cualquier actividad o movimiento en el plano comercial, industrial, bancario o político. Los marxistas no creen en el poder sobrenatural del sufrimiento humano, como tampoco en la “conciencia” que las

grandes masas proletarias tomarían al conocer la bondad de la perspectiva del comunismo, gracias a las cuales mover la lucha contra el capitalismo y la clase burguesa que representa su baluarte social y político. Los marxistas sostienen que los antagonismos de clase, en el seno mismo de las contradicciones de la sociedad capitalista, están destinados material y físicamente a hacer entrechochar las gigantescas fuerzas sociales que expresan estos antagonismos, al choque entre proletariado y burguesía, venciendo al final del mismo la clase del proletariado, la clase portadora de la efectiva emancipación histórica de la opresión de clase, la que precisamente en la sociedad capitalista no tiene nada que defender y todo que perder. El curso histórico del desarrollo de la sociedad humana demuestra que el desemboque de este desarrollo material jamás ha sido lineal, pura y gradualmente progresivo; es, por el contrario, un curso de desarrollo tremendamente accidentado, de avances y retrocesos, de grandes conquistas y muy dolorosas derrotas, pero, al final del ciclo de desarrollo de la producción para la supervivencia de la sociedad humana un cambio radical y profundo del modo de producción se impone objetiva y dialécticamente. El proletariado, en cuanto clase productora de la riqueza social y en cuanto portadora de la perspectiva histórica de la sociedad sin clases, en la cual los antagonismos entre las clases serán completamente superados para poner en su lugar un desarrollo armónico de la sociedad de especie, es la sola clase históricamente revolucionaria de la edad moderna, la única capaz de encargarse de la lucha de emancipación de toda opresión y de toda explotación, que liberará a la especie humana de los vínculos de la propiedad privada y la apropiación privada de las riquezas sociales. De esta verdadera y propia tarea histórica cada proletario tomado individualmente no está consciente, pero el partido de clase revolucionario, el partido comunista que representa, desde la aparición del Manifiesto de 1848, en la realidad capitalista de hoy, la lucha revolucionaria por la emancipación futura del proletariado y, junto con él, de todo el género humano, de toda opresión clasista.

**13.** El proletariado ha demostrado en la historia pasada, en 1848, en 1871, en 1917, ser la única clase revolucionaria de la sociedad moderna: la única clase que expresa, en su lucha contra las viejas clases feudales y aristocráticas y la nueva clase dominante burguesa, una perspectiva que superará toda formación social dividida en clases. El marxismo es la teoría revolucionaria del movimiento histórico del proletariado, es fundamento irrenunciable del partido comunista intransigentemente anticapitalista, antiburgués, y, por tanto, antidemocrático. El proletariado ha sufrido, está sufriendo y sufrirá cada vez más los efectos devastadores de las crisis capitalistas, bien sea que ello ocurra en el campo de la producción, del comercio o de la finanza. Mientras siga siendo clase para el capital, es decir, mientras continúe en la posición de clase asalariada sometida al dominio incontestable social y político de la burguesía, el proletariado no tendrá ninguna posibilidad de luchar con éxito por su emancipación ni en el terreno de la defensa inmediata, ni tampoco en el terreno político y revolucionario. Mientras que el proletariado siga influenciado, organizado, dirigido y encuadrado por las fuerzas de la conservación burguesa y del colaboracionismo interclasista, este no tendrá ninguna posibilidad de obtener un real y duradero mejoramiento de sus condiciones de vida y de trabajo, mejora-

miento que algunas veces se concretiza en términos económicos y sociales – durante los períodos de expansión capitalista – pero al precio de arrojar a las ortigas toda ambición de emancipación del trabajo asalariado.

**14.** Las crisis de la economía capitalista han marcado sistemáticamente una serie de etapas en el empeoramiento de las condiciones proletarias, una creciente cancelación por parte de la burguesía de las concesiones otorgadas en períodos precedentes y bajo la presión de las luchas obreras. La burguesía ha mostrado una vez más su verdadero rostro, su interés más profundo: arrancar a la clase proletaria una ulterior porción de plusvalor, hacer todavía más opresivo el dominio sobre el trabajo asalariado, difundir todavía más en la sociedad precariedad de la vida y del trabajo y aumentar la competencia entre proletarios. Las crisis de la economía capitalista han empujado y empujan a la burguesía no sólo a agudizar la explotación del trabajo asalariado en todos los países para sacar de este el mayor beneficio nacional posible, sino también a aliarse más estrechamente al campo internacional a fin de afrontar con más capacidad a las crisis: puesto que las divergencias entre las diversas potencias imperialistas están acentuándose, las alianzas comerciales, industriales, financieras tienden a estrechar vínculos políticos y militares útiles en situaciones de crisis. Las burguesías de los diversos países saben que las crisis económicas y financieras llevan inevitablemente, antes y después, al enfrentamiento militar entre competidores, a la guerra bélica; y ninguna burguesía en el mundo es capaz de sostener el esfuerzo militar si no puede movilizar a su proletariado en defensa de sus intereses de clase dominante. Esta es la razón por la cual, en tiempos de paz, cada burguesía nacional no se limita a prepararse a sí misma y a su Estado para la guerra, sino que desarrolla una larga y capilar obra de propaganda y de influencia ideológica en las filas proletarias, a través de los instrumentos del oportunismo, no desdénando precipitar sobre los estratos proletarios más combativos y rebeldes la fuerza estatal de la represión y, cada vez con más frecuencia, de fuerzas ilegales (mafias, escuadrones fascistas).

La lucha de clase que la burguesía desarrolla contra el proletariado es permanente, no tiene un minuto de tregua y no se deja frenar por escrúpulos; utiliza cualquier palanca que le sea posible para la conservación social – mejor si es de “izquierda” y se disfraza de “obrero” – para dividir, aislar, desmoralizar a los proletarios, con la finalidad de intimidar a las franjas más rebeldes y de paralizar a las vastas masas proletarias. Así sucedió en el período de la primera guerra mundial, cuando las burguesías europeas debieron enfrentarse a proletariados en pleno ascenso revolucionario. Las lecciones sacadas por las burguesías políticamente más avanzadas de la época se concentrarán en la triple acción de máxima represión de las fuerzas de vanguardia del proletariado y en particular de las fuerzas revolucionarias (la legalidad democrática unida a la ilegalidad de los escuadrones), de máxima centralización del poder político y económico en las manos del Estado (el fascismo con el partido único y el sindicato único y obligatorio), de máxima dotación de instrumentos sociales para acallar así las necesidades de las clases trabajadoras y apagar su impulso hacia la lucha de clase (los amortiguadores sociales). Tal lección se transferirá, luego de la victoria militar de las “plutocracias democráticas” contra el “fascismo” en la segunda carnicería imperialista mundial, del método fascista de gobierno al

método democrático de gobierno. Los Estados democráticos adoptarán desde esta época la sustancia del método fascista de gobierno, la sustancia tanto totalitaria y represiva como reformista, pero la disfrazarán de parlamentarismo democrático, y así seguir engañando a las clases trabajadoras, desviando sus impulsos de lucha clasista del terreno del enfrentamiento abierto contra las clases antagónicas al terreno del parlamentarismo, de la conciliación interclasista, del colaboracionismo con el Estados burgués y sus instituciones. En este proceso de verdadera y propia integración en el Estado burgués de las organizaciones un tiempo proletarias, las fuerzas del oportunismo socialdemócrata pasarán la mano a las fuerzas del estalinismo que, traicionando los objetivos, los métodos y los medios del movimiento comunista internacional de los años Veinte del siglo pasado, abrirán el camino a la victoria de la más feroz contrarrevolución conocida en la historia.

**15.** Los efectos dramáticamente negativos de esta victoria contrarrevolucionaria de la burguesía, el proletariado, tanto de los países imperialistas más potentes como de los países de la periferia del imperialismo, hoy todavía los están pagando. La destrucción del partido revolucionario del proletariado, a partir del partido bolchevique de Lenin, pasando a través de la aniquilación del partido comunista de Alemania, Italia y, finalmente, de China, ha demostrado una verdad histórica incontrovertible: el proletariado, sin la guía férrea e intransigente de su partido de clase, aun con toda la fuerza que puedan expresar sus choques sociales y el heroísmo en su “asalto al cielo”, está destinado a la derrota segura. Y esta derrota es tanto más profunda, cuanto más sus asalto al poder burgués ha estado cercano a la victoria definitiva. La burguesía jamás ha tenido escrúpulos humanitarios, jamás ha concedido al proletariado derrotado “el honor de las armas”: a los treinta mil comunardos de París en 1871, masacrados sistemáticamente en la histórica semana sangrienta de las tropas del carnicero Thiers, se han hecho eco centenas de miles de proletarios masacrados en todas las tentativas revolucionarias en las décadas posteriores, como en el 1905 y 1917 rusos, en el 1918-19 alemán, en el 1919 húngaro, en el 1927 chino, para no hablar de los millones de proletarios enviados a las guerras de reparto del mercado mundial que la burguesía de los países más potentes se hacen desde hace casi cien años. El partido revolucionario del proletariado es la única verdadera fuerza histórica de clase, independiente, con capacidad para unir la futura emancipación del proletariado del capitalismo al glorioso pasado de la lucha proletaria en todas sus tentativas revolucionarias: el partido revolucionario del proletariado representa en el hoy el futuro de la clase del proletariado, el futuro de su revolución anticapitalista, la única revolución que podrá emancipar a toda la humanidad del yugo de la opresión capitalista, de su modo de producción, de su violencia sistemática aun cuando esta aparezca enmascarada de democracia.

**16.** Las crisis cíclicas del capitalismo, económicas y financieras, son la anticipación de la crisis más profunda y sistémica de la estructura del capitalismo; la reacción de las fuerzas burguesas de cada país y estas crisis implican una mayor centralización del poder político, además de económica (intervención del Estado en la economía), un mayor despotismo social agravando las condiciones ya agravadas del proletariado de cada país. El proletariado, aun con todo lo intoxicado por decenios de políticas y

prácticas del colaboracionismo sindical y político, continúa siendo a pesar de todo la única fuerza social de explotación de la cual la clase burguesa usurpa sistemáticamente plusvalor.

Por mucho que la burguesía impida al proletariado de volver a encontrar el camino de lucha sobre el terreno del enfrentamiento de clase, por mucho que lo desvíe a través de las fuerzas del oportunismo, por mucho que reprima en la opresión más violenta, lo mate de hambre, lo destroce en sus guerras de rapiña, no puede eliminarlo de su sistema productivo, no puede aniquilarlo completamente puesto que es la única fuerza social que, aplicada al capital, produce beneficios capitalistas. La burguesía, así como está condenada a producir y reproducir capital, valorizándolo en cantidades cada vez mayores, también está condenada a utilizar la fuerza de trabajo representada por el proletariado asalariado, sin la cual no podría tan sólo existir el sistema capitalista de producción y apropiación privada de la riqueza social producida.

“La existencia y el predominio de la clase burguesa tienen por condición esencial la concentración de la riqueza en manos de unos cuantos individuos, la formación e incremento constante del capital; y éste, a su vez, no puede existir sin el trabajo asalariado. El trabajo asalariado presupone, inevitablemente, la competencia de los obreros entre sí. Los progresos de la industria, que tienen por cauce automático y espontáneo a la burguesía, imponen, en vez del aislamiento de los obreros por la competencia, su unión revolucionaria por la organización”. Y así, al desarrollarse la gran industria, la burguesía ve tambalearse bajo sus pies las bases sobre las que produce y se apropia lo producido. Y a la par que avanza, se cava su fosa y engendra a sus propios sepultureros. Su muerte y el triunfo del proletariado son igualmente inevitables. (Marx-Engels, Manifiesto del Partido Comunista, cursivas nuestras).

El análisis histórico descrito en el Manifiesto de 1848 se confirma continuamente a través de las vicisitudes que han distinguido a todas las fases del capitalismo en su desarrollo. Y es un hecho que los progresos de la gran industria “imponen, en vez del aislamiento de los obreros por la competencia, su unión revolucionaria por la organización”, razón por la cual las burguesías de todo el mundo invierten grandes cantidades de recursos para mantener y aumentar la competencia entre los proletarios, única condición material fundamental para la explotación sistemática del trabajo asalariado. Los obreros, en su lucha por su emancipación del capitalismo, deben por lo tanto poner en el centro de sus objetivos la lucha sistemática contra la competencia entre sí. Y es esta lucha que favorece la asociación revolucionaria de los proletarios por encima de las diferencias de categorías, sectores, sexo, edad, nacionalidad. Es esta lucha la que refuerza la unificación de los proletarios sobre la base de su condición económica y social común, de trabajadores asalariados, más allá de los confines estatales y por encima del nivel de progreso económico y de civilización burguesa alcanzado en los respectivos países.

**17.** Las luchas que los proletarios han librado durante las décadas luego de la derrota de la revolución comunista en Rusia y en el mundo, han sido condicionadas ideológicamente por la teoría de la “construcción del socialismo en un solo país”; políticamente, por medio de la traición de todos los partidos de la Internacional Comunista, vendiéndose a la conservación social de cada

burguesía nacional; económicamente, por medio del sometimiento mucho más fuerte aún al capital, por ende, al trabajo asalariado; sindicalmente, mediante el abandono general a las instancias de la compatibilidad y las exigencias de la economía y la política burguesas. Pese a la tremenda capa oportunista baja la cual el proletariado ha sido sometido en todas estas décadas, la lucha de clase, el empuje genuino de la lucha anticapitalista, aun episódicamente, no obstante ha emergido a la superficie a través de luchas contra el costo de la vida de los años Cuarenta/Cincuenta, la revueltas de Berlín en 1953 y en Budapest en 1956, las luchas obreras contra el aumento de la explotación en la fábrica de los años Sesenta/Setenta, tanto en Europa Occidental como en Europa Oriental, los grandes movimientos en los años Ochenta de los estibadores en Polonia, de los mineros en Gran Bretaña, en los Estados Unidos, en Rusia, las primeras grandes huelgas en Brasil, en la India a caballo entre los años Noventa y comienzos de este siglo.

A los movimientos proletarios de los países capitalistas avanzados, junto a los de los países llamados países emergentes, se agregarán, durante todo el período que va del fin de la guerra imperialista mundial hasta los años Setenta, los movimientos anticoloniales en los países del mundo aún no industrializado, que hubiese podido representar la reanudación de la lucha de clase revolucionaria en el mundo si este hubiese podido contar con la guía segura y firme del partido comunista mundial, cosa que la victoria de la contrarrevolución estalinista no permitió, enviando a un futuro lejano la cita con la revolución proletaria y comunista. Hoy, todos los países del mundo, están ligados los unos a los otros a la misma suerte, mucho más de cuanto lo hubiesen estado en la época en la que Marx y Engels escribieron el Manifiesto del Partido Comunista, anunciando la históricamente necesaria revolución comunista con el famoso grito de batalla: "Proletarios de todos los países, uníos" ¡Asóciense no por la defensa del capitalismo, sino por la revolución anticapitalista! La crisis financiera y económica actual, así como las que la han precedido, demuestran ampliamente que el mundo es uno solo, en el cual el capitalismo domina bajo cada cielo y a través de clases dominantes organizadas políticamente aunque de manera diferente las unas de las otras, pero siempre burguesas, aun cuando se trate del PC chino o del presidente norteamericano, del canciller alemán, de la oligarquía rusa o de los jefes árabes.

**18.** Paradójicamente, más las clases burguesas dominantes en los diversos países han tratado de reforzar sus propias fronteras nacionales, levantando barreras y muros de todo tipo, más el desarrollo de la gran industria y de la gran finanza los han echado por tierra; a los movimientos internacionales de mercancías y capitales corresponde un similar movimiento internacional del proletariado de todos los países. Las exportaciones de mercancías y capitales tienen la finalidad de conquistar mercados, combatiendo la competencia de otras mercancías y capitales presentes en esos mercados; la emigración de los proletarios, sobre todo aquella que viene de los países poco industrializados hacia los países más avanzados desde el punto de vista capitalista, tiene por finalidad la sobrevivencia pura y simple: no es un movimiento de "conquista", es un movimiento de "defensa" de la propia supervivencia, es expresión de la gran debilidad del proletariado mundial obligado a emplear todas sus fuerzas

para buscar los medios para poder sobrevivir, combatiendo los efectos del desarrollo del capitalismo y no la causa de su opresión, de su miseria, de su condición de simple instrumento de producción de capital. La causa de todo esto es el capitalismo mismo, y no habrá jamás una solución a estas condiciones de modernos esclavos hasta tanto no se luche y se venza contra la clase burguesa dominante que detenta el poder político, económico y militar gracias al cual el modo de producción capitalista es defendido y mantenido con vida.

La emigración forzada de los proletarios de los diversos países puede ser transformada de debilidad en fuerza a condición de asociar a los proletarios inmigrantes con los proletarios nativos en la misma lucha, en la misma defensa de las condiciones de vida y de trabajo que vuelve comunión los unos con los otros: los accidentes en el trabajo golpean indiferentemente, tanto a unos como a otros, inmigrados y nativos; son producto de la organización capitalista del trabajo asalariado, contra los cuales los proletarios pueden luchar con eficacia sólo si se unen en la misma lucha, en la misma común defensa de los efectos de la organización capitalista del trabajo asalariado. Así mismo, los proletarios inmigrados y nativos deben afrontar las cuestiones correspondientes a su condición social; del salario por jornada trabajada, de las horas extras a la enfermedad, del trabajo nocturno a los trabajos agotadores, al trabajo negro, a la pensión. El nudo central, como nos lo recuerda el Manifiesto de Marx-Engels, es la competencia de los obreros entre sí: o se le combate, y entonces los proletarios se unen para organizar la lucha en este terreno, o se le acepta, y entonces se entregan pies y manos atadas a la explotación capitalista más bestial favoreciendo el aislamiento de cada proletario de todos los otros, siendo desde luego la situación ideal absoluta para el dominio patronal y burgués no sólo en la empresa, sino en toda la sociedad.

**19.** En cada país, en cada período, en la paz o en la guerra, la clase dominante burguesa tiene intereses completamente antagónicos a los intereses del proletariado.

La clase dominante burguesa busca constantemente dividir al proletariado a través de la competencia de los obreros entre sí, presión que se incrementa en la medida en que la crisis capitalista se torna más vasta y profunda.

La clase dominante burguesa de cada país se prepara para afrontar períodos de crisis mucho más agudas, crisis de guerra bélica entre las mayores potencias imperialistas del mundo, cuya finalidad no es otra que participar en una nueva repartición del mercado mundial, y, en tal perspectiva, refuerza el proceso de centralización y concentración que ya se encuentra en movimiento en los países de capitalismo desarrollado. El Estado burgués se convierte cada vez más en el pivote decisivo del reforzamiento del poder burgués en las confrontaciones que las crisis capitalistas provocan y, paralelamente, en las confrontaciones de los Estados burgueses competidores en el mercado mundial con vistas a alianzas de guerra que no necesariamente corresponden a las actuales alianzas comerciales, económicas y políticas en tiempos de paz.

La clase dominante burguesa aumenta su despotismo social y su presión sobre todos los estratos de la sociedad, con el fin de canalizar todos los recursos nacionales hacia la defensa prioritaria del capitalismo nacional y de sus beneficios, incluso a costa de aplastar los intereses de algunas fracciones burguesas y de la pequeña burguesía.

La clase dominante burguesa tiende a adoptar todos los instrumentos de dominio que tiene a disposición, en todos los terrenos, económico, político, social, militar; tiende al mismo tiempo a reforzar la propaganda apta para reforzar la regimentación del proletariado en el frente de la defensa nacional, de la patria, la familia, la Iglesia, aumentando las intervenciones que buscan dividir a los proletarios que compartan los intereses empresariales y los intereses nacionales de los proletarios de aquellos intereses que desean combatir para defender sus propios intereses de clase. Aumentará por ende el apoyo económico y político a todas las formas de división entre proletarios nativos y proletarios extranjeros, entre instruidos y no instruidos, entre hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, especializados y genéricos, entre aquellos que se muestren dóciles y obedientes a las leyes y a la voluntad del mando patronal y aquellos que se oponen, entre violentos y pacíficos, entre militares y civiles, etcétera.

La clase dominante burguesa tenderá cada vez más a violentar su propia práctica democrática que, en realidad, le complica burocráticamente toda actividad tanto en el plano social y económico como en el plano de la represión de toda actividad de divergencia y oposición. El totalitarismo típico de la sociedad capitalista más avanzada será cubierto por un velo cada vez más sutil de democracia y derechos constitucionales, tal como la Izquierda comunista italiana había ya previsto desde fina-

les de los años Veinte del siglo pasado.

La clase dominante burguesa seguirá apoyando a las fuerzas del oportunismo obrero, por cuanto la experiencia de dominio ha demostrado que estas fuerzas son indispensables para la conservación social burguesa, en los diversos períodos en los cuales los métodos de gobierno burgués han podido cambiar de democrático a abiertamente dictatorial, tanto llamando al gobierno directamente las fuerzas de la vieja socialdemocracia, del estalinismo y pos estalinismo, del radicalismo de izquierda, como llamando al gobierno a las fuerzas de la conservación más abiertamente reaccionarias o militarescas. El rol del oportunismo obrero en la sociedad capitalista no desaparece; podrá incluso sufrir una lenta erosión, pero, en la necesidad, resurgirá bajo otras máscaras, como ya sucedió en los períodos que precedieron a la primera guerra mundial imperialista, bajo la forma de la socialdemocracia clásica y del maximalismo reformista, en el período inmediatamente sucesivo a la victoria revolucionaria comunista en Rusia en 1917, bajo la forma del estalinismo y del centrismo burocrático, en el período que acompañó y sucedió a la segunda guerra imperialista mundial, bajo las formas de un partidismo popular y nacionalcomunista; hasta hoy, en el cual estas formas están dejando lugar a formas regeneradas de sindicalismo revolucionario y de radicalismo democrático de izquierda, formas todas absolutamente antiproletarias y anticomunistas.

### EL PROLETARIADO DEBE SACAR IMPORTANTES LECCIONES DE LA CRISIS FINANCIERA Y ECONÓMICA ACTUAL

**20.** Hoy todavía, la clase del proletariado se encuentra replegada sobre sí misma, dentro del falso democratismo sindical y político sostenido, propagado y practicado por fuerzas que hoy han renegado, claramente y sin pudor alguno, de sus propios y lejanos orígenes, abrazando abiertamente la causa de la defensa del capitalismo como tal, en tanto que modo de producción y la sociedad que le corresponde.

La clase del proletariado, inmersa desde hace por lo menos cuatro generaciones en el magma del colaboracionismo interclasista, no se encuentra hoy en las condiciones históricas que le permita reconocer el terreno en el cual su lucha puede ser eficaz y puede desarrollar una solidaridad de clase en capacidad de superar cualquier límite burgués. Ella utiliza sus energías, su fuerza social en beneficio exclusivo del dominio capitalista, reforzando de esta manera las cadenas que lo atan a la clase burguesa dominante y que la resignan a sufrir todo tipo de abusos, vejaciones, explotación.

La clase del proletariado de los países capitalistas más ricos sufre hoy todavía de los efectos que amortiguan a la lucha clasista, lo que es debido a los largos períodos de gestión democrático-fascista de las “garantías” económicas y sociales que la arriba recordada “autolimitación capitalista de la extorsión de plusvalor” del trabajo asalariado ha permitido a las burguesías imperialistas más fuertes. Las crisis financieras y económicas que han estallado desde el fin de la segunda guerra mundial hasta hoy, habiendo reducido al proletariado de los países de la periferia del imperialismo a condiciones misérrimas y al hambre, incitando fenómenos de muy fuerte emigración de aquellos países a costa incluso de la propia vida, comienzan ahora a golpear en forma más brutal a una parte del proletariado de los países más

industrializados, volviendo sus condiciones de sobrevivencia cada vez más similares a las condiciones de supervivencia de los proletarios de los países más pobres.

**21.** Los intereses de clase del proletariado son inconciliables con los intereses de las clases burguesas y pequeño-burguesas; inconciliables ya que la defensa de los intereses burgueses no puede realizarse sino golpeando cada vez más profundamente a los intereses del proletariado, es decir, a los intereses ligados a la defensa de las condiciones de vida y de trabajo de la fuerza de trabajo asalariada. Defender los intereses inmediatos y futuros de la clase proletaria significa de por sí reconocer el antagonismo entre proletariado y burguesía, reconocer que el terreno sobre el cual proletariado y burguesía defienden sus propios y distintos e inconciliables intereses es un terreno de choque, un terreno de enfrentamiento entre clases, de guerra de clase.

La clase del proletariado funda su lucha de defensa inmediata sobre los mismos principios de lucha que también desarrolló la burguesía en defensa de sus intereses de clase: asociación común sobre la base de una plataforma de lucha adoptada por todos, reconocimiento del uso incluso de la fuerza en las acciones de defensa de clase, solidaridad de clase – si la supervivencia en cuanto clase llega a ser puesta en serio peligro – entre los miembros pertenecientes a todas las categorías, los sectores, las nacionalidades incluso más allá de las ideas políticas o religiosas que cada individuo lleva consigo. Para los burgueses estos principios se expresan tanto en las organizaciones patronales privadas como a nivel del Estado central que, con sus leyes, sus instituciones y sus fuerzas militares, funciona como Comité de defensa de los intereses inmediatos y generales de la clase burgue-

sa. Para los proletarios estos principios se expresan en el asociacionismo obrero, el más amplio posible, caracterizado por actitudes, posiciones y planes de lucha que respondan exclusivamente a los intereses proletarios. La primera defensa de la lucha obrera se encuentra precisamente en el pretender que los objetivos, medios y métodos de lucha respondan exclusivamente a los intereses proletarios, a los intereses que unen a los proletarios como tales y se oponen a los intereses burgueses en cuanto tales.

La clase del proletariado, hasta que no reconquiste el terreno de la abierta lucha de clase, inexorablemente se volverá rehén de la clase burguesa y de sus agentes políticos y sindicales que infectan sus filas. Serán las mismas contradicciones económicas y sociales del capitalismo, que las crisis agudizan inevitablemente, que empujarán objetivamente a grupos y fracciones del proletariado a romper los vínculos de compatibilidad con las exigencias burguesas que lo tienen atado a la suerte del capitalismo; serán las mismas contradicciones económicas y sociales de la sociedad burguesa, que precipitarán al proletariado en condiciones de sobrevivencia intolerables, las que empujarán a grupos y fracciones del proletariado a organizar su lucha fuera y contra los aparatos del colaboracionismo interclasista. La reorganización clasista proletaria pasará a través de dolorosos estallidos en el seno mismo del proletariado, puesto que la conquista del terreno de la lucha de clase será grandemente secuestrada por todas las fuerzas del oportunismo obrero – que temen perder sus privilegios, prebendas y prestigio social – y de las fuerzas burguesas de conservación social – que verán huir de su control a la única clase capaz de contrastar su dominio social hasta destruirlo.

22. La clase del proletariado puede históricamente alcanzar, bajo condiciones favorables de desarrollo de la lucha clasista, un nivel de potente oposición al poder burgués, pero no podrá jamás constituirse como clase revolucionaria, sino a través de la dirección de su movimiento de clase por parte del partido comunista revolucionario, dada la catastrófica destrucción de toda tradición de clase en la lucha, incluso la lucha más elemental por la defensa inmediata por parte de las fuerzas contrarrevolucionarias del oportunismo obrero, la reorganización clasista del proletariado sobre el mismo terreno inmediato puede surgir y surgirá gracias a la intervención de militantes de vanguardia de la lucha de clase, y en especial por parte de militantes del partido comunista intransigentemente marxista que se desarrollara en el curso del mismo desarrollo de la lucha de clase proletaria.

La clase del proletariado, bajo el pretexto de la crisis financiera y económica actual, se verá aún más sometida a un fuego intenso por parte de las fuerzas del oportunis-

mo a fin de que acepte ulteriores sacrificios para que el capitalismo pueda superar este “grave y largo período de dificultades”. Sacrificios verdaderos, en términos de bajas salariales, de precarización creciente del trabajo y desocupación prolongada, contra vagas promesas de recuperación del tenor de vida que jamás se volverá a recuperar más que para pocos altos estratos del proletariado, como la aristocracia obrera que siempre ha sido el vehículo insidioso de la ideología burguesa en las filas del proletariado.

Pero, la clase del proletariado encontrará la fuerza para romper con la paz social, para despedazar los vínculos con los cuales el colaboracionismo interclasista lo paraliza, para romper con las diversas fuerzas de la corrupción democrática burguesa, ya que serán las mismas fuerzas materiales del desarrollo de las contradicciones capitalistas que empujarán a las masas proletarias a luchar para no morir de fatiga, hambre, represión, guerra. Esta extraordinaria y potente fuerza hoy todavía oculta en las vísceras de la sociedad, tal como el magma volcánico encontrará la chispa explosiva que la hará emerger de nuevo e inundará al mundo entero. Entonces se verá claro incluso para el proletariado en lucha por la vida o por la muerte, que su movimiento de clase deberá ser guiado y dirigido por un órgano específico – el partido de clase revolucionario – exclusivamente dedicado a la preparación revolucionaria, a la revolución comunista, a la conquista del poder político, a la destrucción del Estado burgués y la instauración del nuevo poder proletario, e intervenir finalmente sobre las relaciones sociales y de producción, aboliendo las tradicionales relaciones de propiedad burguesas. El proletariado de clase para sí, para el capital, se transformará así en clase para sí, de clase sometida se transformará en clase dominante.

*“El proletariado se ve forzado a organizarse como clase para luchar contra la burguesía; la revolución lo lleva al Poder; más tan pronto como desde él, como clase dominante, derribe por la fuerza al régimen vigente de producción, con éste hará desaparecer las condiciones que determinan el antagonismo de clases, las clases mismas, y, por tanto, su propio dominio en cuanto clase. La vieja sociedad burguesa, con sus clases y sus antagonismos de clase, será sustituida por una asociación en que el libre desarrollo de cada uno es condición del libre desarrollo de todos”.* Así lo escribe el Manifiesto de 1848 de Marx y Engels.

Esta es la perspectiva histórica por la que combaten los comunistas, esta es la finalidad histórica en la cual concluirá histórica y necesariamente la lucha entre las clases. El partido de clase, el partido comunista, o actúa coherentemente en esta perspectiva, o no es el partido de clase del proletariado.

# Estado de «guerra permanente» y lucha de clase revolucionaria

La guerra que las grandes potencias mundiales, a la cabeza de las cuales se encuentran los Estados Unidos de América, han desencadenado por segunda vez contra Irak, ocupándolo militarmente desde hace ya tres años, no es un episodio aislado, como si se tratase de una vicisitud ligada a hechos particulares, basados ante todo en falsas acusaciones (posesión de armas de destrucción masiva, que jamás fueron halladas; potencial armamento nuclear en el Irak de Saddam, que jamás fue confirmado; vínculos con Al Qaeda, que nunca fueron establecidos) y frente a las cuales la llamada “comunidad internacional” ha tomado la responsabilidad de dejar la vía libre para que USA y Gran Bretaña emprendan el ataque militar.

Esta guerra contra Irak forma parte en realidad de un lento pero inexorable proceso de desarrollo de las divergencias entre Estados imperialistas que – sobre todo a causa de la implosión de la URSS y del avance de una nueva potencia, la China, en la escena internacional – se encuentran forzadas a poner en discusión tanto las propias como las de los demás Estados imperialistas sus respectivas zonas de influencia, sus respectivas cuotas de mercado, en la perspectiva de una nueva repartición del mercado mundial.

En la fase imperialista, nos dice Lenin, los Estados capitalistas más potentes tienden a reforzar y a alargar la propia opresión sobre los Estados más débiles. Desde ahora ningún ángulo de la tierra se halla excluido directa o indirectamente de la influencia de las políticas económicas y militares de las grandes potencias. Y ninguna gran potencia puede considerarse “a resguardo” por mucho tiempo del respectivo peso político y de la cuota de mercado que controle en un período dado. La economía capitalista involucra a todo el planeta; la “mundialización”, o la “globalización”, o como se le quiera llamar, es la consecuencia lógica del desarrollo capitalista y de la conquista irrefrenable de mercados siempre más grandes y que anterior-

mente no habían sido “explotados” o que habían sido “insuficientemente” explotados.

Lenin, citando su libro “Imperialismo” (1916) en “La revolución proletaria y el renegado Kautsky” (1), reafirma: “El imperialismo es el capitalismo en la fase de desarrollo en la cual ha tomado cuerpo la dominación de los monopolios y del capital financiero, ha adquirido una importancia de primer orden la exportación de capital, ha empezado el reparto del mundo por los trusts internacionales y ha terminado el reparto de todos los territorios del globo entre los países capitalistas más importantes”.

Lo que entre paréntesis quiere decir también que los trusts y los países capitalistas son cosas diferentes, que los dos no se sobreponen, no son la “misma cosa”: el Estado defiende la red de intereses de los trusts internacionales – o “multinacionales” como se suele decir de un tiempo para acá – que forman la cabeza precisamente del país originario, pero que las dos realidades burguesas y capitalistas son distintas, a veces divergentes, en un proceso de desarrollo que considera el trust, el polo capitalista financiero dado, como poder dominante de la economía capitalista. El Estado burgués, en la fase imperialista del desarrollo capitalista, despliega cada vez más la función de pivote, defensa, concentrador de recursos sociales de la dominación monopolista del capital. En determinadas fases agudas de crisis, el Estado pasa de instrumento esencialmente político y militar a defensa del sistema de los monopolios, se convierte a sí mismo en el monopolio principal que interviene en la sociedad y en el mercado como principal fuerza económica.

Nada nuevo bajo el sol: el marxismo ha leído este desenvolvimiento desde sus orígenes, identificándolo como la fase última del capitalismo, es decir, el imperialismo. Fase en la cual dominan el capital financiero y los grandes monopolios, trusts, cárteles, entidades capitalistas que emergen como

controladores del Estado burgués: el Estado burgués es esencialmente el comité de negocios de la gran burguesía; actúa y opera en función de los intereses de los grandes grupos capitalistas nacionales, e internacionales, desmintiendo el estribillo del Estado como representante de los intereses de todo el pueblo, por encima de la división de clases.

La guerra contra el Irak de Saddam, así como la guerra del Golfo, es la confluencia de las divergencias crecientes entre trusts que compiten entre sí, entre Estados correspondientes a redes de intereses divergentes, es un paso hacia una nuevo reparto de poderes que controlan la región – la del Medio-Oriente – considerada vital para el capitalismo mundial, tanto para la producción de petróleo y gas natural, cuanto para su distribución. Es, además, un área importante incluso por el hecho de controlar las puertas comerciales en el Mediterráneo y el Océano Índico, precisamente a través del Golfo pérsico. El hecho que los países beligerantes por un lado un número importante de Estados imperialistas guiados por una férrea alianza anglo-americana, y por el otro, un sólo Estado – Irak – no debe esconder otra realidad determinada por las divergencias entre las redes de intereses capitalistas representando polos imperialistas rivales. Solo que el polo imperialista que tenía interés en compartir a Irak (Alemania, Francia, Rusia) no ha tenido todavía la fuerza y la conveniencia de afrontar incluso militarmente a la agresiva alianza anglo-americana, dejando al Irak de Saddam a su suerte y después buscando sacar alguna ventaja a partir de su posición “no-beligerante”.

Tres años después del fin de la guerra imperialista mundial nació Israel. El dominio británico, ante todo, de toda la región del Medio Oriente ha sido particularmente convulsionado; aun cuando esta potencia salía “vencedora” de la guerra, ya no tenía la fuerza para mantener como antes su dominio mundial. La aparición de los Estados Unidos de América marcaba su resquebrajamiento en los hechos.

Retirándose poco a poco de sus colonias, la Gran Bretaña dejó como herencia no el desarrollo económico, no la difusión de la ciencia y de la técnica, sino el caos, en países en los cuales el salto revolucionario del pastoreo y de la economía natural al capitalismo de los yacimientos de petróleo y de las bancas comerciales, no ha habido en paralelo un progreso económico general y un progreso político de tipo democrático.

La única verdadera excepción, Israel, se debe a una operación de cirugía diplomática, con la cual los hebreos “sin patria” son llevados a Palestina, a su “tierra prometida”, con el objetivo de erigir un Estado “occidental”, comandado por las potencias vencedoras en la guerra, Estados Unidos principalmente. Con esta operación, las democracias occidentales se proponían dos grandes objetivos: lavarse la conciencia por haber abandonado a la suerte de los carceleros nazis a millones de hebreos europeos (y darles su “patria”), y al mismo tiempo emplazar el propio talón de hierro – a través de un Estado-gendarme – en un área demasiado importante, por su petróleo, que podía terminar bajo la influencia soviética. Con ello las viejas divergencias entre tribus y jeques no se resolverán, por el contrario a estas se han agregado otras nuevas y alcance mucho más largo, tal como lo demuestran las diversas guerras arabo-israelíes.

Por otra parte, es sintomático que, después de cesar las dichas guerras, ahora comiencen guerras donde intervienen directamente y aparecen en primer plano las grandes potencias. Como fue el caso en la guerra Irán-Irak, en que Saddam Hussein fue considerado por parte de Washington, Londres y París como el aliado más confiable opuesto al expansionismo relativamente potencial de Irán, ya en manos del poder teocrático shiita, no precisamente favorable a los intereses occidentales. Intervencionismo directo que ha continuado con la primera y segunda Guerra del Golfo. Las amenazas cada vez menos ocultas contra Siria e Irán, lanzadas más de una vez por Bush, forman parte del mismo cuadro: intimidaciones como preludio a un ataque militar sin fecha exacta, faltando sólo la coyuntura internacional suficientemente favorable, como lo fue para el segundo ataque militar al Irak de Saddam Hussein, luego de los atentados de Al Qaeda a las Torres Gemelas de Nueva York de aquel fatídico 11 de Septiembre de 2001.

Pero mientras todos apuntan las miradas hacia Irak, Siria e Irán, bien pudiera estallar una crisis de guerra en algún otro punto neurálgico de las “zonas de tempestades” que apestan el mundo. Pudiera ser una vez más el Sud-este asiático, Taiwan, Indonesia o Corea; pudiera ser de nuevo en Sudamérica, Venezuela, Cuba o México; pudiera todavía ser en la Europa oriental, en las regiones de la Ex-Yugoslavia o en las zonas de la Ex-Rusia europea, pudiese ser por enésima vez en el Cuerno de África, en la martirizada Somalia o en la imposible cohabitación entre Eritrea y Etiopía, o nuevamente en el territorio de los Grandes Lagos pleotóricos de materias primas, o bien en los países que rodean al Golfo de Guinea.

El período por el cual estamos atravesando es, en cierto sentido, un período de «transición». De la vieja división del mundo entre dos colosos militares, USA y URSS, a un nuevo repar-

to, en el cual se agiganta un monstruo estatal llamado USA, rodeado de algunas grandes potencias y grandes países que no se someten tan dócilmente a los intereses americanos.

Karl Von Clausewitz afirmaba que la guerra era la continuación de la política por otros medios, medios militares por excelencia. Tanto más verdad cuanto que en el estadio imperialista del capitalismo, las guerras no responden ya como antes a la conquista y reconquista colonial por parte del capitalismo nacional, sino que se emprenden por la conquista de nuevos mercados, de naciones grandes o pequeñas, Estados soberanos o semi-Estados, grandes o pequeños. La colonización ya no es sólo territorial y de poblaciones, sino de **territorios económicos** y de **trabajadores asalariados**, trátase de Nigeria o de Alemania, de Argelia o de Rusia, de Libia, China o Sudáfrica.

### CONSTANTE CRISIS DE SUPERPRODUCCIÓN

La enorme cantidad de productos de los cuales el modo de producción capitalista es capaz se lanza a los mercados que no la pueden absorber a la misma velocidad con la cual esta es producida. El mercado se satura, las crisis de superproducción de mercancías y capitales aparecen cada vez con más frecuencia. La necesidad capitalista de valoración del capital atañe cada vez más a la necesidad capitalista de destruir los productos no vendidos o invendibles para poder producirlos nuevamente y relanzarlos al mercado. Mercado que, gracias precisamente a la desaparición de determinadas mercancías que han sido destruidas, “pide” ser nuevamente reaprovisionado. Mas con el incremento hiperfrenético de la producción capitalista (productos que son mercancías, mercancías que deben ser vendidas o transformadas en dinero, dinero que se transforma en otro dinero y otras mercancías, en un *in crescendo* sin fin) y la intensificación de la competencia en el mercado mundial, las mercancías y los capitales se incrementan mucho más de lo que el mercado puede absorber para valorizarlas. La política imperialista, guiada por los intereses de los grandes monopolios, tiende a aplastar en la competencia a todos los capitalistas que no se someten a sus exigencias; y cuando las exigencias de los grandes monopolios coinciden con la economía nacional, en pocas palabras, con el Estado, entonces es el

Estado quien directamente realiza la política de los grandes intereses imperialistas, subordinando el máximo de recursos del país a esta política: desde el punto de vista fiscal, administrativo, sindical, político. Así, hasta llegar a la guerra como única salida, esto es, a la destrucción de masas enormes de bienes y mercancías para que el aparato productivo y financiero no se asfixie y siga produciendo beneficios.

Cuando la necesidad de destruir masas cada vez más imponentes de mercancías y capitales apremia, ya estamos en vísperas de la guerra. No necesariamente de la guerra mundial. Ella equivale hoy a la suma de tantas guerras regionales, tantas destrucciones de mercancías y capitales que han atravesado nuestra época desde el fin de la segunda guerra mundial. Y es esto lo que ha contribuido a la llamada “paz” entre las grandes potencias imperialistas, lejos, pues, del resto del mundo que no ha visto sino guerras y más guerras sin jamás haber gozado de un solo momento de tregua.

En los últimos tiempos, y en particular en los últimos quince años, el imperialismo de las grandes potencias muestra más claramente sus reales intenciones. El mismo hecho de que las grandes potencias económicas, que constituyen al mismo tiempo grandes potencias militares, vayan entrando directamente en guerra – en los diversos teatros de crisis –, y no a través de burguesías locales interpuestas, va a

modificar una actitud y una política que en el pasado siempre fue, aunque sólo de fachada, “pacifista”.

La teoría de la **guerra preventiva**, con la cual Bush y Blair han justificado el desencadenamiento de los ataques militares contra Afganistán e Irak, no es un eslogan provisional utilizado solamente contra el “terrorismo internacional”. Es la simplifi-

cación de una exigencia vital para el capitalismo, la de justamente sobrevivir a sus crisis de superproducción. Es también una fórmula que puede ser usada en cualquier urgencia, contra cualquier “enemigo” del momento: hoy el llamado terrorismo internacional, mañana un nuevo totalitarismo o un nuevo “*shock* de civilizaciones”.

### EL PROLETARIADO: CARNE DE CAÑÓN O FUERZA REVOLUCIONARIA

Pero la burguesía tiene otro problema, sobre todo cuando la crisis económica es seria: el proletariado. Una vieja experiencia de dominio social empuja, en general, a los elementos de la burguesía más “previsores”, más “iluminados”, a predisponer al proletariado para que convalide las decisiones del gobierno. Y tal validación se basa en las dos premisas fundamentales del engaño burgués: hacer creer que el Estado se encuentra efectivamente *por encima de las partes*, por encima de las diferencias de clase; hacer creer que la *guerra es inevitable*, aun cuando se la presente como “preventiva” o “necesaria”.

Las raíces democráticas de los Estados burgueses occidentales facilitan, obviamente, este engaño. El mecanismo democrático – particularmente oneroso – es sostenido por la burguesía dominante cuyo solo objetivo es el de hacer creer al proletariado, o sea, a la mayoría de la población, que el poder burgués no es totalitario, sino más bien el fruto de la decisión que el pueblo hace a través de las elecciones.

La democracia, que se concretiza en una serie interminable de entes, comités, concejos, aparatos, hasta llegar al parlamento central, que se apoya en una amplia legalidad, que permite formalmente a cualquier ciudadano o individuo asociarse, reunirse, producir materiales, difundirlos, etcétera, se lo presenta como un mecanismo necesario para vivir social y civilizadamente, aparece como un bien común: *mejorable, pero necesario*. Que está en capacidad de cambiar según las decisiones de los electores.

El engaño se encuentra exactamente allí: en la “decisión”. Quien tiene el poder económico, es decir, la burguesía, tiene el poder político y por lo tanto militar. Quien no tiene el poder económico, aún cuando sea la mayoría en la población, no tiene la posibilidad de “decidir” sino por aquello que delimita el mismo poder burgués. Y

estos límites están determinados por la relación entre trabajo asalariado y capital: si quieres comer, vestirte, vivir bajo un techo, tener familia, criar a tus hijos, estás constreñido no es, pues, una decisión, sino una obligación) a trabajar bajo las condiciones impuestas por el capital. Y estas condiciones no son igualitarias, donde se puedan poner en el mismo nivel a todos los habitantes de un país: representan ellas mismas las diferencias entre las clases en las cuales está dividida la sociedad capitalista.

Los límites entre los cuales los burgueses pueden escoger son los del poder económico, el poder financiero, político y militar; o sea, son límites más amplios los que la sociedad burguesa da a su propia clase dominante. En cambio, los límites entre los cuales los proletarios pueden escoger están determinados por el trabajo asalariado – o sea, el tiempo de trabajo que los proletarios dan a los capitalistas para crear beneficios – y por la existencia de la competencia entre trabajadores; entre quienes aceptan condiciones de trabajo más ventajosas y quienes, por el contrario, no las aceptan, es decir, entre ocupados, precarios, intermitentes, parados, con seguro o sin seguro al desempleo, trabajadores clandestinos, “al negro”. Estos son los límites que los burgueses dan para “escoger” a los proletarios para poder sobrevivir.

En este sentido, el Estado democrático es como el Estado totalitario y fascista, defiende ante todo el patrimonio, la propiedad privada, el derecho del capitalista a ser y actuar como capitalista, bien como explotador del trabajo asalariado, o como acaparador del producto del trabajo asalariado. Solo que, en democracia, a los proletarios se les da a escoger a través de las elecciones – como recuerda Lenin – a aquellos que durante un cierto período continuarán a mantener en pie este sistema de explotación, continuarán a

lubricar los mecanismos de coerción típicos del Estado, continuarán a usurpar del trabajo asalariado el plusvalor, es decir, la ganancia capitalista.

El Estado democrático da la ilusión que incluso en período de crisis, y en tiempos de peligro de guerra, el proletariado tiene voz activa. Desde este punto de vista, el Estado burgués totalitario ejercita ya directamente su rol de defensor-agresor por cuenta del capitalismo nacional; no tiene necesidad de la consulta democrática del proletariado, ya que presupone tener el consenso de la mayoría de la población dadas las políticas reformistas adoptadas, más los efectos de una atormentadora e insistente campaña nacionalista en la cual los prejuicios burgueses y pequeño-burgueses se confunden con el espontaneismo conservador que albergan siempre las masas proletarias.

Sin embargo, queda el hecho de que los proletarios no “buscan” la guerra como medio para resolver divergencias internacionales entre burgueses y Estados; no la quieren, la guerra; se oponen a ella, no quieren oír hablar de ella. La guerra es una necesidad de la clase dominante para defender sus intereses económicos y políticos, es un “voto obligado” de la burguesía dominante: es la continuación de su política exterior realizada por medios militares.

Pero, ¿quién la hace, la guerra? Para hacer la guerra, aun con todo lo avanzado de la logística militar y tecnológica que se posea, se necesitan soldados; para controlar vías de comunicación, posiciones o lugares considerados como estratégicos, se requiere siempre de soldados. Pero la gran mayoría de estos soldados viene del proletariado.

Entonces, el proletariado tiene que convalidar las razones por las cuales la clase dominante lo quiere mandar a morir en la guerra.

Las razones de la guerra burguesa no nacen una noche antes de su declaración; vienen de lejos estas razones; preparadas por campañas de propaganda apta a influenciar el proletariado a que concilie sus intereses con los intereses de la burguesía, a corroborar el punto de vista burgués, a tomar los intereses de este último como si fueran los suyos. Existen razones nacionalistas, religiosas, políticas; razones ligadas a la llamada respuesta “al agresor”, razones vinculadas a la misión de difundir a través del mundo la “civilización”, la “democracia”, combatien-

do la “barbarie”, el “terrorismo”, el totalitarismo. En síntesis, razones de naturaleza esencialmente burguesas, o pre-burguesas como en el caso del fundamentalismo religioso.

¿Qué puede haber de más horrendo que los atentados terroristas en los mercados, trenes, metros, en los pasajes de gran circulación de gente indefensa? ¿Qué puede suscitar el más grande pavor y resentimiento hacia sus artífices que los actos terroristas que asesinan ciegamente a centenas de inocentes, ancianos, mujeres y niños? A tal punto que hacen pensar que algunos actos terroristas (aquí hay que recordar la famosa “*strategia de la tensione*” en Italia, donde los atentados fascistas eran disfrazados de atentados anarquistas) son proyectados y realizados a propósito, de manera que el poder dominante pueda utilizarlos para recrudecer la represión, suspender derechos y libertades democráticas establecidas, lanzar campañas contra organizaciones que molestan o que efectivamente se oponen, armas a la mano, al Estado dominante (como es el caso de Al Qaeda), montar campañas que acrediten la necesidad de una respuesta contundente y decidida, armada frente a un “ataque” del cual todo el mundo... ha podido ver las sangrientas consecuencias... Decíamos, a propósito del ataque sangriento a las torres gemelas de Nueva York (Cf. “el programa comunista” n° 45), que si no hubiese sido Al Qaeda, de todas maneras los servicios secretos americanos habrían provocado alguna situación que justificara una guerra que diera oxígeno a la economía americana, reanimándola después de un período de crisis y recesión (Enron, burbuja de la net-economía, etc).

Los atentados terroristas de este tipo tienen por objetivo, efectivamente, el de crear caos, asustar a la población, y aprovechar de una inestabilidad más o menos temporal de los poderes institucionales, con el fin de obtener prebendas de diversos tipos, sea a nivel económico, o a nivel político; y es por esta razón que no ponen tanto en la mira a personajes particularmente mal vistos por parte de la masa, la gente cotidiana que se siente molesta, sino que golpean a la gente, a las masas, a los proletarios que van al trabajo o al mercado. De esta manera, los proletarios se convierten en carne de matanza, no sólo en las guerras clásicas, ejército del Estado contra ejército del Estado, sino también

en las guerras de competición entra facciones burguesas rivales; ya que este terrorismo – que no tiene nada que ver con los actos terroristas de los nacionalistas burgueses que luchan contra la potencia colonizadora, actos dirigidos exclusivamente contra los colonizadores y su ejército – es la *continuación de la política* de determinadas facciones burguesas, excluidas del banquete de las ganancias más altas, mas con la intención de poder sacar un tajo más consecuente, cueste lo que cueste.

Los proletarios, llamados por gobiernos y Estados a unirse a las instituciones, a los poderes “legalmente” elegidos, a asistir la acción de la burguesía dominante contra las organizaciones terroristas – quienes además son otras facciones de la misma clase burguesa – en realidad no tienen nada que ganar de esta unión, y que en nada ayudarán a cambiar sus desgraciadas vidas de trabajadores asalariados. Aun cuando las organizaciones terroristas de los diversos fundamentalismos sean antes o después derrotadas, los proletarios seguirán malviviendo bajo el dominio del capital y de su modo de producción que antepone a todo interés la valorización del capital mismo, la ganancia, el mercado.

Los proletarios *son ya carne de matanza en las fábricas*, en la sobreexplotación cotidiana ya que el salario nunca basta, en la desocupación, en el trabajo al negro, en la clandestinidad de la inmigración. La salida está reconociendo los antagonismos de clase que caracteriza a la sociedad burguesa, democrática o fascista, y organizándose de manera independiente, y **clasista**, anteponiendo por encima de todo sus propias reivindicaciones e intereses proletarios, comunes a todos los proletarios como trabajadores asalariados, más allá de la nacionalidad, edad, sexo o diferencias categoriales, ocupados o desempleados. Los proletarios nacen proletarios, nacen ya sin reservas, obligados a fatigarse como bestias por un trozo de pan; nacen ya en la inseguridad de su propia vida, en la precariedad más abismal, y mueren de enfermedades, de fatiga, de accidentes, debido a la represión o a la guerra. Y no obstante este maldito destino, el proletario con su trabajo sostiene y mantiene a toda la sociedad, soporta el peso de masas cada vez más ávidas de burócratas, tenderos, curas, militares, parlamentarios, intermediarios y capitalistas.

Para arrancarse a ese maldito desti-

no que lo ha clasificado como **brazos a explotar y carne de cañón**, los proletarios deben desembarazarse del prejuicio democrático que los ilusiona con la promesa de ser tomados en cuenta en esta sociedad sólo si respetan las reglas que la burguesía ha impuesto incluso para sus protestas y luchas. La paz social, la concertación, la discusión parlamentaria, los agentes institucionales, son la otra cara de una realidad mucho más cruda y terrible, hecha de explotación intolerable, de despidos, de pensiones inexistentes, de enfermedades y muertes sospechosas, de salarios miserables, de desocupación y desesperación. La paz social, la concertación, la fe en las instituciones democráticas sirven a la burguesía dominante no sólo en lo inmediato, para el control social, sino también para el futuro, cuando aparezcan en el horizonte crisis mucho más agudas que las que ahora atravesamos. Sirven para que el proletariado se habitúe a colaborar y mantenga esa actitud, con el fin de hacer pasar la defensa de sus intereses capitalistas como si fueran los suyos propios, hoy en tiempo de paz, mañana en tiempos de guerra.

En cambio el proletariado tiene todo a su favor separando sus intereses, su destino de clase, de los de «su» burguesía: la paz imperialista prepara la guerra imperialista, afirmaba Lenin, y en la guerra imperialista quien pone en juego sus intereses, verdaderamente, es el proletariado de cada país. La demostración la tenemos bajo nuestros ojos desde hace sesenta años. De las guerras regionales, llegado a un cierto punto de maduración en las grandes divergencias interimperialistas, se pasará a la guerra general y mundial, y será la tercera guerra imperialista mundial. Cada burguesía nacional se prepara para esta cita, y sabe que no le conviene presentarse a este encuentro entre grandes intereses capitalistas, y por lo tanto entre Estados, sin la colaboración de su proletariado, colaboración que deberá garantizar a partir del «interno», sin lo cual no podrá vencer en lo «externo».

La **colaboración interclasista**, es por lo tanto, **estratégica** para la burguesía: sin ella el proletariado no puede ser explotado y al mismo tiempo participar en la defensa de los intereses nacionales de la burguesía. En tiempo de paz, la colaboración entre las clases prepara el terreno de la *union sacrée*, de la colaboración en guerra, se la sumisión sin condiciones del

proletariado a los intereses y a la política de guerra burgueses.

El capitalismo, en la fase imperialista, es mucho menos liberal, democrático, pacífico de cuanto lo ha sido en su fase premonopolista. El imperialismo, «o sea, el capitalismo monopolista apenas ha llegado a su definitiva madurez en el siglo XX - afirmaba Lenin - se distingue, en virtud de sus caracteres económicos esenciales, por un amor mucho menos fuerte por la paz y la libertad y por un mayor y generalizado desarrollo del militarismo» (2). Así, pues, el militarismo no es una característica perteneciente sólo a regímenes pre-burgueses, como pensaban los oportunistas a comienzos del siglo XX, ni una característica de países capitalistas atrasados, como quieren hacer ver ciertos oportunistas actuales (defendiendo, por ejemplo, a la democracia de Allende contra el militarismo de Pinochet).

Con el desarrollo del imperialismo se desarrolla el militarismo, pues, más avanzan las divergencias entre trusts, y entre países imperialistas, más aumenta la necesidad de cada Estado burgués de adecuar militarmente sus fuerzas, tanto en la perspectiva de enfrentamientos con otros Estados, como en la contingencia de conflictos sociales internos. Esto quiere decir que la colaboración interclasista, en la fase imperialista del capitalismo, es colaboración con el militarismo imperialista, justificando, en los hechos, su función social, admitiéndolo como «natural» desarrollo de los aparatos del Estado.

Pero los oportunistas, campeones del colaboracionismo interclasista de siempre, y afectos al pacifismo social y político, se han preparado una «vía de escape»: hay guerras «justas», «necesarias»; por ejemplo, contra la Yugoslavia de Milosevich, culpable de oprimir a bosnios y kosovos, en la cual - según la «hoja de ruta» de la ONU - es «menesteroso» participar, y guerras «no necesarias» pero «comprensibles», como por ejemplo en el Iraq de Saddam Hussein, régimen dictatorial sin duda, pero igual de burgués que el de Pinochet y Bush, en la cual - sin «hoja de ruta» de la ONU - no era «menesteroso» participar, o participar de manera no «oficial» con fines, naturalmente, «humanitarios» como lo ha hecho por ejemplo, Italia, y por muchos otros países que han corrido en ayuda de los anglo-americanos esperando adjudicarse una parte del botín. La «vía de escape» es precisa-

mente este «humanitarismo», o en su absurda declinación de «guerra humanitaria». En ambos casos, el colaboracionismo interclasista participa activamente en la propaganda de guerra de la burguesía, cubriendo con posiciones pacifistas y humanitaristas los verdaderos objetivos, los reales intereses capitalistas en todo acto de guerra.

### LA GUERRA JAMÁS TIENE UN SOLO OBJETIVO

La guerra burguesa tiene diversos fines. En el caso de la guerra actual contra Iraq hemos señalado dos: el control de su preciosa producción petrolera y el control de una región que no puede ser abandonada al caos, puesto que su producción de crudos es estratégica para las grandes potencias.

Pero existen otras razones. Una pertenece a la concordancia entre potencias imperialistas: Alemania, Francia y Rusia, que no han aceptado unirse a los Estados Unidos e Inglaterra en el ataque militar contra Iraq, tenían y tienen aún - intereses importantes sobre el petróleo iraquí, tanto así que ya habían establecido con Saddam Hussein una división de territorios en los cuales comenzar sus trabajos de exploración y extracción. Lo cierto es que los Estados Unidos y la Gran Bretaña, con su guerra, han vuelto a estos países a estas instancias que hubieran permitido hoy, tanto a Alemania como a Francia, de depender menos del mercado internacional petrolero y de abrir un mercado paralelo en euros para contrarrestar el establecido en dólares. A Rusia, en cambio, le hubiese permitido retomar su antigua vocación imperialista en Asia Menor, y de participar en un negocio por demás provechoso.

Así las cosas, los contrastes interimperialistas entre USA y Gran Bretaña, por un lado, han creado una fractura cuya importancia veremos en el futuro. Por el momento, como le sucede a todo bandido, incluso a aquellos que no han participado en la guerra desde su inicio, se han sentado confortablemente en torno al banquete, aceptando magras porciones que el «patrón de casa» anglo-americano ha decidido distribuir.

Hay una novedad que, sin embargo, no sorprende: el Ciagate, o sea, el hecho que ha sido revelado por el mano derecha de Cheney, el vicepresidente de los Estados Unidos, en el que toda el incidente ligado al material

Y contra el colaboracionismo interclasista no existe otra salida que el **derrotismo proletario**, o sea la actitud del proletariado para afrontar al principal enemigo de clase - la burguesía - sobre el terreno de los antagonismos de clase, el terreno de la negación de los intereses «comunes» entre proletarios y burgueses, de la negación de la conciliación entre las clases.

nuclear que Saddam estaba a punto de comprar en Níger, fue un montaje, una mentira de enormes proporciones. En ella estaría involucrada la CIA, y también los servicios secretos italianos. Se trata, en pocas palabras, de cartas trucadas, expresamente preparadas para construir un pretexto más en apoyo a la guerra que Bush y Blair buscaban desencadenar contra el Iraq de Saddam. Los pretextos y las cartas trucadas respecto a la guerra de competencia entre burgueses, y la guerra abierta para nadie son una sorpresa. Pero el actual Ciagate, Nígergate, o como quiera llamarse, desvela tensiones subterráneas que pueden resquebrajar alianzas existentes; pero en todo caso pueden derribar al presidente de los Estados Unidos, que se precia de ser el hombre más poderoso del mundo, y poner en grave dificultad a su socio inglés Blair.

Y aun si Bush y Blair debieran caer en desgracia, ¿caso cambiaría la política americana e inglesa? No, porque aun así quedaría en pie el problema de defender los intereses de los grandes trusts y de la economía «nacional» de los ataques de la competencia mundial; quedaría en pie el problema de cómo «salir» del caos iraquí, luego de haber dejado en el campo de batalla a 3000 soldados americanos muertos (¿«por la patria» o por los intereses de Halliburton & Co.?); quedaría en pie los problemas de mantener viva la brega anglo-americana - de armamentos y de petróleo - respecto a las otras potencias imperialistas, como quedaría también en pie el problema de cómo contrarrestar el ingreso al mercado mundial de un nuevo hacendado, la China. La política imperialista no puede sino mirar con impotencia las situaciones divergentes que se agudizan, ya que su política está sustancialmente basada en la competencia y el conflicto, donde las fuerzas determinantes son los grandes monopolios y los grandes Estados que la apuntalan y defienden.

### LA GUERRA BURGUESA NO SE PUEDE EVITAR; SÓLO EL PROLETARIADO LA PUEDE DETENER

En los hechos, la política imperialista es una política de guerra, cuyo radio de acción - regional, continental, mundial - depende de la maduración de los contrastes interimperialistas, de su profundidad y de la preparación de los Estados imperialistas más importantes al choque bélico. Por supuesto que la guerra de competencia no es inmediatamente guerra bélica, y los contrastes entre los Estados por más agudos que sean no desembocan automáticamente en guerra entre Estados. Desde este punto de vista, y en la concepción democrática y pacifista, la guerra abierta aparece como *evitable*, ya que si los hombres que gobiernan este mundo se llenaran de voluntad para negociar los intereses que representan y lograran llegar a un acuerdo, la guerra pudiera evitarse y la paz prolongarse. La concepción democrática nos quiere hacer ver que hay hombres y representantes del capital más buenos e iluminados que otros, y que se trata de poner en manos de estos hombres «buenos» el poder político - expulsando a los «malvados» - cuando la situación se vuelve particularmente crítica y el peligro de guerra se hace inminente, o está ya presente. En el pasado sucedió muchas veces que estas situaciones han sido precisamente los representantes de la socialdemocracia, del oportunismo obrero y socialista a jugar ellos mismos el rol de suavizar la política burguesa «guerrerista», teniendo como real finalidad la de engañar al proletariado, desviando sus movimientos antimilitaristas y antiguerreristas hacia objetivos nacionales y patrióticos de los burgueses «detestables», orientando su energía y fuerza proletarias hacia la «defensa del agresor», hacia la defensa de la democracia, el autoritarismo, el fascismo. Y cuando el proletariado está suficientemente desorientado, entre en escena el militarismo «virtuoso», la guerra «justa», el sacrificio «necesario», ¡la participación en la guerra! Es lo que sucedió el 4 de Agosto de 1914 cuando los socialistas aprobaron los créditos de guerra y la participación en la primera guerra mundial imperialista, arrojando al proletariado europeo en la más caótica confusión e imponiéndoles una colosal matanza; fue lo que ocurrió más grave aún en 1939-1940, cuando los partidos estalinistas harían propaganda y organizaron al proletariado de lado de una burguesía contra la otra,

justificando así el segundo holocausto del proletariado mundial. Y ahora, cuando sus sucesores se preparan para actuar de la misma manera con miras a una tercera guerra mundial.

El modo de producción capitalista nos lleva inevitablemente, crisis económica tras crisis económica, hacia la guerra. La historia pasada lo demuestra sin posibilidad de dudas. No hay pacifismo o democracia que valgan; sus murallas contra la guerra siempre se han precipitado miserablemente. De manera, pues, que toda la prótesis ideológica del pacifismo y el democratismo no sirven para detener la guerra, sino para justificarla.

La guerra es un fenómeno social extremadamente complejo, provocado por la combinación de una serie de factores, complejos a su vez. En ella entran los factores económicos, la conjugación de fuerzas de los Estados entre sí, los equilibrios en la competencia mundial, los intereses divergentes y convergentes de las diversas fracciones burguesas y de los diversos grupos monopolistas que dominan al mundo. Entran allí factores políticos y correlación de fuerzas entre las clases de los países imperialistas más importantes, y factores de consenso y de unidad social, y factores de conveniencia a corto y largo plazo de las diversas burguesías implicadas. La guerra es sin duda un fenómeno material en el cual todos los elementos de crisis de la sociedad encuentran su salida, extremándose efectivamente cuando la violencia virtual inherente a los fenómenos sociales se transforma en violencia cinética. La misma clase burguesa dominante, que representa los intereses del capital y su modo de producción y reproducción, en realidad, está guiada por estos intereses: más allá de un cierto límite en las divergencias, ella no logra gobernar su economía, y esta la desquicia. La guerra imperialista, que es la política realizada por otros medios, llegado a su punto más crítico, se convierte en la salida obligada, ya que el capitalismo nacional de cada país, sobre todo el de los países imperialistas más potentes, no ceden fácilmente a la competencia, resisten, se arman y combaten sabiendo que la guerra - para bien o para mal - representa no obstante, un gigantesco negocio gracias a las mastodónticas destrucciones de mercancías, bienes y hombres. Calza perfecto, incluso

en este caso, el dicho de De Coubertin con respecto a las Olimpiadas, y que se ha vuelto legendario: *¡lo importante no es vencer, sino participar!*

Evitar la guerra no está en la posibilidad de la política burguesa; la burguesía puede alejarla en el tiempo, puede diferir aplazar postergar el enfrentamiento directo entre grandes monstruos estatales con una serie de políticas aplacar las consecuencias de las crisis superproducción que jamás dejarán de estallar, pero jamás lograrán dar paz definitiva al mundo. Entonces, ¿cuál fuerza puede desviar este curso inexorable del desarrollo capitalista hacia la guerra? Y ¿cómo?

El proletariado, la fuerza de la clase proletaria mundial, es la única fuerza social con capacidad para terminar con las guerras imperialistas. Decir esto hoy, cuando el proletariado le fastidia sólo el hecho de defender salario y tiempo mínimos, puede parecer una proposición inconsistente, algo sin sentido. Pero la historia de la sociedad humana y de la lucha entre las clases no avanza de manera lenta y progresiva, gradual, un escalón tras otro. La historia se despliega en el tiempo a través de grandes arcos, pero sobre todo de saltos, a través de rupturas verticales de las cuales, por supuesto, las guerras forman parte.

Masas campesinas somnolientas durante siglos, en Rusia a caballo entre el siglo XIX y XX, en la China de los primeros decenios del siglo XX, de pronto despiertan a la vida política y al movimiento revolucionario. No por una virtud inherente, sino como consecuencia de convulsiones mundiales que acercan estos países a los modernos contrastes de clase. Está de hecho que en el giro de pocos años, millones de campesinos rusos; primero, gracias a la acción revolucionaria de los estratos burgueses más avanzados; y, sobre todo después, a la acción revolucionario del proletariado, y de dóciles *oblomov* en manos de la aristocracia zarista y del clero se transforman en armadas de la revolución, primero, burguesa por anti-zarista y, luego, proletaria y comunista.

El despertar del proletariado a su acción de clase, en particular el de los países capitalistas más avanzados y civilizados, adormecido con pacifismo y colaboración interclasista durante décadas, en cierto sentido ocurrirá como ocurrió con el campesinado ruso. Convulsiones mundiales se abrirán a los contrastes de clase incurables e irreconciliables, por lo menos, para la

gran mayoría del proletariado, y entonces, en una ruptura vertical, la clase proletaria readquirirá la capacidad y la voluntad para luchar en su terreno, el terreno de los antagonismos de clase abiertos e irreconciliables. Y éste es el único terreno donde puede arraigarse una efectiva oposición a la guerra burguesa, una eficaz acción revolucionaria; es el terreno de la revolución anti-burguesa.

Una pregunta que circula frecuentemente en los ambientes de la izquierda revolucionaria es: ¿puede la revolución impedir el estallido de la guerra mundial, puede la revolución impedir el desencadenamiento de la guerra imperialista y su rosario de horrores y matanzas?

Para responder a esta pregunta, debemos primero hacernos otra: ¿puede, antes de la circunstancia de guerra, formarse en los países imperialistas más importantes, un fuerte y potente movimiento proletario revolucionario? Ya que sólo un potente movimiento proletario revolucionario, guiado por un partido igual de fuerte y compacto, puede tener alguna posibilidad de detener la guerra imperialista antes que estalle. Esta es una posibilidad que, por línea de principio, no puede excluirse, pero que resulta más bien improbable. Las condiciones de formación de un grande y fuerte movimiento proletario de clase, a nivel internacional, no vienen dadas por la voluntad de grupos o partidos, sino por la dinámica del desarrollo de la lucha de clase.

Hasta que no haya reanudación de clase, hasta que no haya un movimiento proletario de lucha que se libere de la tutela del oportunismo y se reorganiza en forma independiente, sobre el terreno de clase, no podrá haber un fuerte movimiento proletario revolucionario. No es casualidad que las clases dominantes sean generalmente muy sensibles a este punto, y utilizan por esto todo lo más que pueden los mecanismos y aparatos democráticos de todo tipo, y personal de cualquier color para adormecer las energías proletarias y desviarlas hacia acciones y objetivos sin ninguna eficacia con respecto a sus exigencias de vida y de trabajo. Y es gracias a la acción afligente, sistemática, copiosa y monopolista de la propaganda con la que la burguesía continúa influenciando a las grandes masas proletarias para habituarlas a la guerra, a sus horrores y a sus consecuencias.

¿Qué es lo que en realidad debe guiar la táctica del comunismo revolu-

cionario frente a la guerra imperialista? Respondamos con Lenin: la tarea fundamental de los comunistas revolucionarios se expresa en la famosa consigna, siempre válida, de «**transformar la guerra imperialista en guerra civil revolucionaria**».

Sin embargo, para la aplicación de esta táctica es necesario un fuerte movimiento proletario revolucionario y, sobre él, la influencia decisiva del partido comunista revolucionario. Pero es ésta la única perspectiva a dar al proletariado y sobre la cual el partido se debe fundar. «*En tiempos de guerra, toda lucha de clase consecuente, toda táctica de "acción de masa" seriamente aplicada, conduce inevitablemente a ello*» (3) a la transformación de la guerra imperialista en guerra civil revolucionaria. Y la vista anticipadora de Lenin, como si respondiese a la pregunta: pero ¿cuándo es que el movimiento revolucionario del proletariado podrá detener efectivamente y desbaratar la guerra imperialista? Lanza inmediatamente después: «*Es imposible saber si un fuerte movimiento revolucionario estallará luego de la primera o la segunda guerra imperialista entre las grandes potencias, durante o después de esta; en todo caso, es nuestro deber de trabajar sistemáticamente y con perseverancia justo en esta dirección*»

El gran revolucionario no tenía giros políticos vencidos, no se dejaba condicionar por la propia vida personal de militante; miraba lejos, confortado por la dialéctica marxista, y podía afirmar que el trabajo del partido proletario revolucionario **no era el de cambiar de dirección** aunque el movimiento no estuviera en capacidad, durante o luego de la primera guerra imperialista mundial, de volcar la situación, de transformar la guerra imperialista en guerra civil, en revolución proletaria.

No existen recetas cuya aplicación garantice la *evitabilidad* de la guerra imperialista; hasta que no muera la sociedad burguesa, la sociedad capitalista, la única vía para terminar con los horrores y matanzas en las guerras burguesas es la vía revolucionaria. Sólo el proletariado revolucionario, a escala mundial, tendrá la fuerza para combatir el capitalismo y los capitalistas y vencer su resistencia. Pero sería errado concebir la vía revolucionaria y, por lo tanto, la lucha revolucionaria del proletariado internacional, como un fenómeno simultáneo a nivel mundial. Así como existen países avanzados y países atrasados, también existen clases

avanzadas y atrasadas; y, así como también hay diferencias de desarrollo clasista, de los diferentes proletariados del mundo.

El desarrollo desigual del capitalismo ha transformado a las grandes masas campesinas en proletarios, en obreros de fábrica, no simultáneamente sino en períodos históricos diferentes. Y este hecho material condiciona al mismo desarrollo de la lucha de clase, país por país, determinando objetivamente un paralelo entre clase burguesa y clase proletaria de un mismo país. En cierto sentido, y sin tomarlo como algo absoluto cuanto estamos escribiendo: si el país es capitalístamente atrasado, tendencialmente el proletario serás menos numeroso, más atrasado, inexperto, más ligado a las tradiciones campesinas o tribales; si el país es capitalístamente avanzado, tendencialmente su proletariado es más numeroso, más avanzado, experto, con tradiciones proletarias que han sepultado ya las tradiciones campesinas y pequeño-burguesas.

Pero, con la circulación de mercancías y capitales, todo país está ligado a otros países, cada país incluso atrasado se encuentra cada vez menos alejado de los otros países: el desarrollo del capitalismo desarrolla el mercado mundial, y del mercado mundial ya nadie puede huir. Por lo tanto, hoy el atraso económico de un país como China o Brasil, puede no querer decir automáticamente atraso del proletariado, como durante el fatídico decenio 1905-1915 tampoco se le podía decir al proletariado ruso, que en aquel entonces vivía un atraso mucho más enraizado y pesado que la China o el Brasil de hoy. Es la situación general, mundial, del desarrollo del capitalismo y del desarrollo de la lucha entre las clases que, lo en realidad, puede determinar la posibilidad por parte de proletariados considerados como menos avanzados, de representar directamente la punta más avanzada del movimiento proletario revolucionario a nivel mundial en un determinado período histórico, como ha sucedido con el proletariado ruso de la revolución de Octubre durante una década. Por ello, el análisis de la situación general es aquella que nos dirá cuáles son las tendencias principales del movimiento de clase, sea de la clase burguesa o la clase proletaria.

Hoy, podemos notar relevar que la marcha de la tendencia a la concentración monopólica, por parte de los grandes trusts y los grandes polos imperia-

listas, ha proseguido sin detenerse desde que Lenin la analizaba en su «Imperialismo» (1915). Ha pasado por dos guerras imperialistas y hoy se va acercando a las puertas de una tercera guerra imperialista entre grandes potencias. Esto quiere decir que la escala de contrastes interimperialistas no se ha detenido y continúa incrementándose en un in crescendo vertiginoso tras 60 años de millones y millones de muertos en una serie espantosa de guerras locales. La perspectiva, ha sido sintetizada, en cierto sentido, por Bush y su doctrina de la guerra preventiva, o sea, el **estado de guerra permanente**. La crisis de superproducción pudiera encontrar una salida con la apertura del mercado chino, pero no la resuelve; esta es mucho más profunda de lo que las estadísticas oficiales dicen.

En realidad, las grandes potencias – salvo los Estados Unidos y, en parte, la Gran Bretaña – todavía no han entrado en el camino de la aceleración de la producción de armamentos, por lo tanto, no están «listas» a medirse, en el escenario mundial, en un enfrentamiento bélico directo. Sin embargo, esto no debe engañar al proletariado, mucho menos a los comunistas revolucionarios. El empeoramiento de las condiciones de trabajo y, por lo tanto, de vida, del proletariado de los países capitalistas avanzados no ha llegado todavía a los límites insostenibles, para que el proletariado reaccione con rabia y violencia, de manera más o menos organizada. La burguesía de los países imperialistas más fuertes dispone aún de recursos para la «paz social», y para un consenso «amplio», y los está usando, aunque ello no le impide golpear continuamente las condiciones de trabajo y de vida del proletariado, recuperando poco a poco el complicado castillo de «garantías» y «amortiguadores sociales» que ha sido edificado durante los «treinta gloriosos», luego de la segunda guerra imperialista mundial.

El proletariado, de su parte, sobre todo en los países imperialistas más fuertes, occidentales en general, revela una enorme debilidad frente al continuo agravamiento de sus condiciones de vida y de trabajo. Intoxicado hasta la médula de colaboracionismo y democratismo, danzando como un púgil «sonado», que se deja desviar todo el tiempo de su sana reacción de clase. Cuidar el puesto de trabajo, cuidar el salario, temer caer en una situación peor que la que ya están bondadosamente ofreciendo las institucio-

nes y los patronos, que defienden los sindicatos colaboracionistas, que creen en la buena estrella y, por qué no, ¡en ganar a la lotería!

Pero, a pesar de lo que sucede y vemos en la superficie, ¡el viejo topo trabaja! En el subsuelo económico abreven los factores de crisis que, llegado a un cierto punto, ya el poder burgués no será capaz de domesticar. Esto ocurrirá, aunque desde el final de la segunda guerra imperialista se siga aplicando un método de planificación económica ajustado al capitalismo, constituido por «una forma de autolimitación del capitalismo», método que conduce «a nivelar la explotación de mercancía en torno a una media» (4). Cuando esta forma de «au-

### EL PARTIDO COMUNISTA REVOLUCIONARIO

El movimiento proletario, en la historia ya ha tocado vértices revolucionarios de gran importancia. El primero, en 1871, con la Comuna de París, cuando el proletariado parisiense se vio aislado del proletariado de los demás países de Europa y sufrió el ataque de todos los poderes entonces existentes, burgueses y feudales, aliados con la única finalidad de derrumbar la primera república roja. La derrota de la Comuna acarrea el fusilamiento de más de 30 mil de sus partidarios, una hecatombe que hace gritar a Marx la denuncia más amarga contra la burguesía francesa: ¡canibalismo contrarrevolucionario! Las lecciones de aquella durísima lucha revolucionaria forman parte del patrimonio político y teórico del marxismo en cuanto Estado dictatorial revolucionario y en tanto que Partido único de clase.

El segundo, en 1917, con el Octubre bolchevique, la victoria de la revolución proletaria y socialista en Rusia y la constitución de la Internacional Comunista. En esta ocasión, los factores de crisis internacional fueron favorables a la revolución en Rusia, preparada de larga data por los bolcheviques y guiada con una gran firmeza teórica y gran maestría política. Las lecciones de esta revolución se trenzan con las lecciones de la contrarrevolución, en este caso, particularmente dura, vasta y duradera. No bastó el partido único del proletariado en Moscú, no bastó el impulso revolucionario de las masas proletarias – y no sólo, sino también las masas campesinas en los países coloniales – para sacar del poder a las clases burguesas y privilegiadas de los países capitalistas avanzados, y para

tolimitación» salte por los aires, saltarán también las medidas sociales de tipo reformista, precipitando en forma acelerada la situación de crisis en la sociedad capitalista. Las puntas máximas y agudas de la explotación patronal no encontrarán obstáculos, y el proletariado de los países más civilizados y avanzados, habituado a un tenor de vida y a un ambiente cultural jamás conocidos en otros períodos históricos, tendrá delante de sí la perspectiva de ser arrojado a la brutalidad de la explotación esclavista, en la ignorancia, en una vida de bestias de carga, en la indigencia y miseria absolutas. El *pueblo del abismo* reaparecerá, amenazador, sobre la escena histórica.

mantener en pie el poder proletario. El enemigo de clase tenía en nuestras propias filas el arma letal para el proletariado: el oportunismo nacionaldemocrático, que se disfrazó de revolucionario bajo el despojo del estalinismo. El poder proletario clasista cae, los muertos se cuentan en más de un millón: el canibalismo contrarrevolucionario golpeaba una vez más, y de manera más atroz. Las lecciones de esta tragedia fueron sacadas sólo por un puñado de militantes que se aferrarán a las tradiciones de la Izquierda comunista, a la cual nosotros estamos ligados. Ni siquiera el gran Trotsky tuvo la lucidez teórica y la fuerza para sacar hasta sus últimas consecuencias todas las lecciones de la contrarrevolución estaliniana; su ataque a una idea errónea del socialismo en Rusia (defensa de la URSS), y sobre todo el deslice hacia el terreno de la democracia burguesa (entrando en la defensa de esta contra el fascismo), le impedirán contribuir de manera decisiva a la restauración teórica del marxismo luego del ejemplo dado por el estalinismo y sus sucesivas variantes.

La curva de la contrarrevolución burguesa no ha terminado. Con la propaganda democrática anti-fascista, con la participación del proletariado a la segunda guerra imperialista (además del olvido del derrotismo revolucionario contra ambos frentes de guerra, ¡de leniniana memoria!) y a la reconstrucción post-bélica de la economía nacional, los partidos estalinistas se pusieron declaradamente al servicio de las burguesías democráticas, aplicando de manera científica el colaboracionismo de clase. El «derrotismo» que estos

propagarán y aplicarán durante y luego del fascismo era de signo *democrático*, por lo tanto, *burgués*. Pero los que queda en su tradición, en las costumbres del proletariado, es el colaboracionismo, la práctica de la conciliación entre las clases por principio, la práctica de poner siempre delante las exigencias de la empresa, de la economía empresarial, de la productividad, de la competitividad, de los costos de producción, de la economía nacional: todos objetivos exquisitamente capitalistas, y sólo capitalistas.

Desde el punto de vista político, el colaboracionismo se practica en el parlamento, en los consejos regionales, provinciales y comunales: la defensa de la «democracia» y de la «constitución» se ha convertido en el baluarte de la política de sus epígonos que, con el pasar del tiempo, han encontrado conveniente disolverse, dividirse, cambiar de nombre, aliarse con otros partidos a los cuales hacerle un quite, etcétera. La «lucha de clase» no existe ni siquiera en su vocabulario; figúrense de «la lucha de clase llevada hasta el final, hasta la dictadura del proletariado», como recalaba Lenin en la lucha contra el kautskismo.

Está claro que de estos partidos, que dan estas declaraciones, el proletariado no puede esperar nada diferentes de las políticas burguesas disfrazadas de «socialistas» o «comunistas»: ¡traición asegurada!

El balance que la Izquierda comunista ha sacado del curso histórico de las revoluciones y contrarrevoluciones, con el fin de restaurar el marxismo como hizo Lenin en tiempos de los Bernstein, Vandervelde, Turati, Kautsky, es el trabajo que prioritariamente debían hacer los militantes comunistas que se encontrarán en el sillón del marxismo revolucionario y que tenían la voluntad para organizar sus fuerzas en un partido.

El partido de clase no nace ciertamente por la voluntad de teóricos o profesores de marxismo; ni mucho menos nace desde abajo, desde las exigencias inmediatas de obreros combativos. Se forma en torno a un programa, a una teoría, y a una tradición histórica. Programa, teoría y tradición histórica que existen ya y que están dadas: el marxismo es la teoría, el programa político es el resultado de luchas teóricas, políticas y prácticas del movimiento revolucionario, y es dado fundamentalmente en nuestro caso por el programa en torno al cual se organizó el partido comunista de Italia en enero

de 1921 en Livorno; la tradición histórica es la tradición de las luchas obreras y de las luchas del socialismo y comunismo en el arco de 150 años, es decir a partir de la publicación del *Manifiesto del Partido Comunista* en 1848. *La constitución del proletariado en clase, por lo tanto en partido*, da en 1848; y que su constitución en clase debía convertirse en constitución *en clase dominante*, por lo tanto – luego de la Comuna de París – en *dictadura del proletariado*, es otro principio irrenunciable del marxismo. dictadura del proletariado ejercitada por el partido de clase: es dialéctica, no formulismo constitucional.

Pues bien, de ese partido, el partido que representa en el hoy el futuro del movimiento proletario y revolucionario, al partido que será la guía de la revolución y de la dictadura del proletariado, a ese partido – único, porque la clase del proletariado tiene fines históricos únicos y no fraccionables – nosotros trabajamos con la conciencia que esté órgano, indispensable para la revolución proletaria, para su victoria y por la emancipación no solo de la *clase* proletaria, sino de todo el género humano bajo el yugo del capital, tendrá – como lo ha tenido en estos últimos cincuenta años – altos y bajos, momentos de desarrollo y momentos de crisis, aun en sus modestísimas dimensiones, Nuestros vínculos con la clase, con la vida de clase del proletariado hoy son casi inexistentes, y no porque nos neguemos a la lucha inmediata del proletariado y a sus problemas organizativos, sino porque la *vida de clase* simplemente no está, y no la podemos inventar mediante la simple voluntad «revolucionaria». Por ello nos encontramos aislados del proletariado tal como él se encuentra actualmente: aislados por su mezquindad, su individualismo, sus prejuicios pequeño-burgueses, por su droga ideológica que es la peor – la democracia – la de sus titubeos y miedos. Mas en este aparente aislamiento, nos encontramos más cercanos al proletariado de cuanto éste se haya dado cuenta, y de cuanto creen estarlo los falsos comunistas pero verdaderos nacionalcomunistas, los falsos revolucionarios pero verdaderos reformistas y conservadores, los falsos representantes obreros pero verdaderos representantes de los intereses burgueses.

Estamos al lado de la clase del proletariado, por lo tanto del proletariado que se mueve – se moverá – como clase antagonista de la burguesía y de las

clases medias pequeño-burguesas, como clase que lucha por sus intereses, incluso inmediatos, por medio y métodos que no sean compartidos con el patronato y las clases medias. Estamos al lado de la clase del proletariado que aspira a liberarse de las cadenas de la explotación capitalista, que lucha contra toda forma de opresión burguesa, contra toda vejación, contra toda discriminación. Estamos al lado de la clase proletaria que reacciona a la agravación de sus condiciones de trabajo y de vida reuniendo en esta lucha a los proletarios ocupados o desempleados, viejos e hipotéticamente «más protegidos», jóvenes y seguramente más expuestos a perder el puesto de trabajo y el salario. Estamos al lado de la clase del proletariado y de sus elementos más combativos y sensibles a toda tentativa de sustraerse a todo dominio de los aparatos del colaboracionismo sindical y político, a toda tentativa de organizarse fuera de la influencia y de los aparatos del sindicalismo tricolor bajo la perspectiva de una indispensable reorganización clasista sobre el terreno de la defensa económica inmediata.

El partido no esconde que el período que se está atravesando es todavía extremadamente desfavorable a la reanudación de la lucha de clase, y todavía más, a la reanudación de la lucha revolucionaria. Mas no cede a repensar la trama, a teorizaciones más edulcoradas, a programas menos definidos y más abiertos, a exigencias y proposiciones de otros partidos, de otras reagrupaciones políticas. No buscamos el éxito inmediato, tampoco buscamos aumentar el número de militantes a través de expedientes tácticos o técnicos.

Recalcamos con Lenin: «Marchamos en pequeño grupo compacto por un camino escarpado y difícil, fuertemente cogidos de las manos. Estamos rodeados por todas partes de enemigos, y tenemos que marchar casi siempre bajo su fuego. Nos hemos unido en virtud de una decisión libremente adoptada, precisamente para luchar contra los enemigos y no caer, dando un traspiés, al pantano vecino, cuyos habitantes nos reprochan desde un principio el que nos hayamos separado en un grupo aparte y el que hayamos escogido el camino de la lucha y no el de la conciliación. Y de pronto algunos de entre nosotros comienzan a gritar: «¡Vamos al pantano!» Y cuando se les trata de avergonzar, replican: «¡Qué gente tan atrasada sois! ¡Cómo no os avergonzáis de negarnos la libertad de invitarnos a seguir un camino mejor!» ¡Ah,

sí, señores, libres sois no sólo de invirtarnos, sino de ir adonde mejor os plazca, incluso al pantano; del resto consideramos que vuestro verdadero puesto está precisamente en él, y nos sentimos dispuestos a prestaros toda la colaboración que esté a nuestro alcance para trasladaros allí junto con sus muebles a ¡vosotros! ¡Pero en tal caso soltad nuestras manos, no os agarréis a nosotros, ni ensuciéis la gran palabra libertad, porque nosotros también somos libres» para ir adonde nos parezca, libres para luchar no sólo contra el pantano, sino incluso contra los que se encaminan hacia él!» (5).

No seguimos al movimiento proletario que tiende espontáneamente a adoptar la línea del mínimo esfuerzo y, con mayor razón, combatimos a todas las agrupaciones políticas que representan y defienden en el proletariado esta línea. Lenin afirma que el movimiento proletario espontáneo es el tradeunionismo, el puro economismo, precisamente la línea del mínimo esfuerzo. Si el trabajo de los comunistas en las filas proletarias, para influenciar la parte decisiva del proletariado, siguiesen la línea del mínimo esfuerzo no haría sino empujar a los proletarios en los brazos del economismo, del sindicalismo tricolor, de la colaboración entre las clases, que es parte fundamental de la ideología y política burguesas.

Y, a propósito de colaboración entre las clases, debemos tener presente otro aspecto nada secundario de la política social burguesa. Retomemos el concepto expuesto sobre la autolimitación del capitalismo en la extorsión del plusvalor del trabajo asalariado. En la fase imperialista luego de la segunda guerra mundial, la política social de la burguesía democrática heredó del fascismo el sistema de amortiguadores sociales que el fascismo había adoptado para controlar la situación social y afrontar desde una posición favorable a la burguesía los conflictos entre las clases. La democracia post-fascista adopta estas políticas «con el fin de retardar lo mayor posible las crisis de choques entre las clases y las contradicciones del método capitalista de producción» (6). Pero sería imposible para las clases dominantes burguesas obtener resultados duraderos «sin lograr conciliar, en cierta medida, la abierta represión de las vanguardias revolucionarias [en este punto no sólo hemos pensado en el fascismo sino también en el estalinismo], con un apagamiento de las necesidades económicas más urgentes de las grandes ma-

sas». Esta complicidad entre reformismo social y abierta defensa armada del poder, que en el caso del fascismo encuentra precisamente su eficaz integración, en realidad, es el verdadero patrimonio de experiencia de gobierno que la burguesía fascista, y nazista, deja a la burguesía democrática. El totalitarismo burgués, que en régimen fascista es declarado y abierto, en régimen democrático se encuentra mistificado, enmascarado, escondido, mimetizado; basta observar el avance de crisis económicas unas más agudas que otras, y en seguida los velos comienzan a caer. La dictadura del capital financiero, de los grandes monopolios se expresa a través del dominio de los grandes Estados imperialistas sobre el mundo. El totalitarismo burgués, sobre la onda de crisis y contrastes cada vez más agudos a nivel mundial, obliga a la burguesía democrática a asumir cada vez más el verdadero perfil de la dictadura de clase burguesa. La «guerra preventiva» de Bush y Blair es un brillante ejemplo, es la abierta y declarada defensa armada del poder estatal de dos grandes potencias imperialistas que dictan las reglas del juego; hoy, sobre todo frente a las potencias en competición, a nivel de divergencias interburguesas, pero mañana también en su confrontación con el proletariado, en la medida en que éste no satisfaga ya las exigencias e intereses capitalistas de la propia burguesía dominante.

Colaboración de clase significa muerte de las energías revolucionarias, muerte del movimiento proletario independiente, muerte de la perspectiva de emancipación del proletariado del yugo del trabajo asalariado. El partido proletario que ceda a la colaboración de clase no es un partido, no es el partido comunista revolucionario del cual el proletariado tienen necesidad para salir del pantano de la conciliación interclasista y adhesión al capital, y encaminarse por la vía de la lucha de clase revolucionaria.

(1) Lenin, «La revolución proletaria y el renegado Kautsky», 1918, O.C. Tomo 28.

(2) *ibidem*

(3) Lenin, «El socialismo y la guerra», 1915, O.C. Tomo 21.

(4) Ver «Fuerza, violencia y dictadura en la lucha de clases», Textos del P.C.I.

(5) Lenin «¿Que Hacer?»

(6) «Fuerza...»

## Sumarios de « Il Comunista »

Precio del ejemplar: 1,5 €; £ 1,5; 5 FS

### N° 110 - Noviembre 2008

Malgrado le sue crisi, il capitalismo non crollerà se non sotto i colpi della lotta proletaria rivoluzionaria • • Movimento degli studenti, scuola e società • • I proletari che lottano e si organizzano al di fuori degli apparati dell'opportunismo collaborazionista danno molto fastidio e diventano obiettivo di intimidazioni e di processi: gli episodi alla Recam lo dimostrano • • Il Partito rivoluzionario del proletariato di fronte all'attuale crisi finanziaria ed economica del capitalismo mondiale • • Il centralismo organico - Nuove Pubblicazioni • • IL PROLETARIO - Il «Sindacato dei Lavoratori in Lotta per il Sindacato di classe» e il pericolo di opportunismo • • Per non perdere la memoria - La borghesia più vile del secolo stolto e i suoi due schifosi «ventenni» • • Venezuela: cronaca di una «rivoluzione bolivariana» molto borghese (2) • • Proletari immigrati e italiani lottano uniti contro i licenziamenti all'Iveco di Suzzara • • Quale futuro per il proletariato? (nostro volantino) • • Alitalia: La lotta deve uscire dalla tenaglia del collaborazionismo e del ricatto padronale! (nostro volantino)

### N° 109 - Luglio 2008

Ancora crisi economica e finanziaria nella prolungata agonia capitalistica • • Italia: La schedatura nei campi nomadi fa parte di un giro di vite che ha per obiettivo l'intimidazione generale del proletariato • • Contro il peggioramento delle condizioni di vita e di lavoro, riorganizzare la lotta di classe indipendente dal collaborazionismo! • • A proposito del Sessantotto studentesco • • Nota elementare sugli studenti ed il marxismo autentico di sinistra • • I moti proletari del 1898 • • A proposito di comunismo, famiglia e matrimonio • • Riazanov, il comunismo e il matrimonio • • Quali saranno le conseguenze della soppressione della proprietà privata? • • Che fine hanno fatto gli aumenti salariali? da anni i sindacati tricolore concordano solo miseria per i proletari! (nostro volantino) • • Elezioni: la destra ha vinto e la sinistra ha perso? ha comunque vinto la classe borghese che attuerà inesorabilmente una politica di lacrime e sangue, in perfetta continuità con il governo di centrosinistra! (nostro volantino)

# El Centralismo Orgánico

Con mucha frecuencia, en las reuniones públicas, en los encuentros y en las discusiones con compañeros y con elementos interesados en las posiciones de la Izquierda comunista, simpatizantes o no, nos preguntan qué significa centralismo orgánico, y luego ¿cómo se actúa en la organización de partido?

La corriente «italiana» – la que se reivindica no sólo de Marx–Engels y Lenin, sino también de las batallas de la corriente que fundó el Partido comunista de Italia en 1921 y de Bordiga – es conocida sobre todo a partir de los años cincuenta del siglo pasado, por haber adoptado en las cuestiones de organización del partido de clase la fórmula del centralismo orgánico en lugar del centralismo democrático.

Es un hecho que la secular costumbre – en particular en los países de viejo capitalismo tal como los europeos – de vivir cualquier actividad humana bajo las categorías de la democracia burguesa, hace que pareciera natural, incluso para aquellos que dicen adherir al marxismo, utilizar los mismos instrumentos y mecanismos que la democracia burguesa ha adoptado para el mantenimiento del control social por parte de la clase dominante burguesa. Todas las corrientes comunistas revolucionarias del siglo XX, provenientes de la socialdemocracia, con la cual debían romper necesariamente y romperán, se consumieron tratando de liberarse de una herencia política y práctica, que a la luz de la realidad histórica de los movimientos proletarios se reveló cancerígena. Es la herencia de la democracia no sólo desde el punto de vista ideológico y político, sino también desde el punto de vista táctico y organizativo.

Hoy podemos bien decir que la Izquierda comunista italiana percibió muy bien la dimensión y la profundidad del peligro representado por la democracia, incluso desde el punto de vista de la praxis, para la vida y la acción del partido comunista y por

consiguiente para el desarrollo victorioso de la revolución proletaria y de la sucesiva transformación completa de la sociedad.

La gran revolución rusa de 1917 volvía a poner a la orden del día del movimiento revolucionario del proletariado la táctica de la revolución doble: la revolución burguesa que debía superar históricamente la sociedad feudal–asiática existente todavía en los grandes países eurasiáticos, y su transcreencia en revolución proletaria como formidable tarea histórica que el proletariado ruso y su partido de clase – el partido bolchevique de Lenin – asumirá en nombre del proletariado mundial y de la nueva Internacional. Las tareas democráticas, y por tanto burguesas, en Rusia y en todo el continente asiático, eran tareas revolucionarias; la burguesía, que debía representarla y guiar a toda la sociedad rusa hacia la revolución, tuvo la fuerza histórica necesaria para iniciarla, pero, no para continuarla; al contrario, a poco de iniciarla se puso al servicio de las fuerzas zaristas, de la reacción y la contrarrevolución, tal fue el miedo al ascenso de la lucha proletaria. No sólo el proletariado tuvo la fuerza de asumir la revolución democrático–burguesa, sino también de realizar su propia revolución de clase contra la burguesía. Poniéndose a la cabeza del movimiento revolucionario no sólo ruso sino del mundo entero, el proletariado soviético fue empujado a proyectar en el movimiento proletario internacional las experiencias tácticas y organizativas derivadas de las características específicas de Rusia de revolución doble, regenerando tácticas y praxis democráticas, y hasta en los países europeos donde la fertilidad de la revolución burguesa sería sepultada por la fase reaccionaria e imperialista del capitalismo desarrollado.

Pero, en los años de flujo de la marea roja de la primera guerra mundial imperialista mundial y en la primera posguerra, en las cuales la vic-

toriosa revolución bolchevique de 1917 abría un período grávido de desarrollos revolucionarios en Europa y en el mundo, podía no aparecer tan vital para el movimiento comunista internacional definir de manera neta e indiscutiblemente antidemocrática la fórmula organizativa del partido de clase que, por tradición, a la inversa seguía utilizando mecanismos democráticos al interior del partido. Y, esto a pesar de que en los períodos cruciales de la revolución rusa y de la primera dictadura proletaria, no fueron los mecanismos democráticos los que garantizarán la justeza de las decisiones y la correcta dirección revolucionaria de todo el movimiento proletario internacional, sino la fuerza histórica de clase condensada orgánicamente en el mejor partido de clase existente en la época – el partido bolchevique de Lenin – capaz de tomar decisiones por cuenta de todo el movimiento comunista y proletario mundial, sin deber someterlo al recuento de votos, ni por sus dirigentes, ni mucho menos por todo el proletariado internacional.

La cuestión de la organización siempre ha revestido una parte nada secundaria de los problemas que el partido comunista revolucionario debe resolver. Pero, si bien es cierto que la revolución no es «una cuestión de formas organizativas», no menos cierto es que tampoco el partido de clase es una cuestión de formas de organización. En el fondo, todo aspecto organizativo nos lleva a una cuestión política y, de allí, a una cuestión programática. Programáticamente los marxistas son indiscutiblemente centralistas, e indiscutiblemente antidemocráticos por cuanto antiburgueses. La crítica a las posiciones anarquistas que ensalzan la «libertad de pensamiento», a la consciencia individual [el mismo libre albedrío cristiano] y al «autoritarismo» ya había sido preparada por Engels, y la crítica a la democracia burguesa había sido ya lanzada por Lenin.

### LA CRÍTICA A LA DEMOCRACIA, LLEVADA HASTA EL FONDO, HASTA SU DEFINITIVA NEGACIÓN

Sin embargo era necesario ir hasta el fondo de las lecciones de la historia, de llevar la crítica a la democracia burguesa hasta sus últimas consecuencias, incluso en el plan táctico y en los mecanismos organizativos; es aquí donde interviene el aporte de la Izquierda comunista italiana. Nos reivindicamos especialmente de un escrito de Bordiga de febrero de 1922 bajo el título *El principio democrático* (1), que recoge la primera gran definición del centralismo orgánico. En efecto, en este escrito observamos el momento en que se debe afrontar el problema de la organización del partido:

«El partido no parte de una identidad de intereses económicos tan completa como el sindicato pero, en compensación, constituye la unidad de su organización no ya sobre la estrecha base de categoría, como este último, sino sobre la base más amplia de la clase. El partido no sólo se extiende en el espacio sobre la base del conjunto de la clase proletaria, hasta volverse internacional, sino también en el tiempo: es decir, el partido es el órgano específico cuya conciencia y cuya acción reflejan las exigencias de la victoria a lo largo de todo el camino de la emancipación revolucionaria del proletariado» [itálicas nuestras].

Espacio y tiempo, estos son los elementos fundamentales a considerar también dentro de las cuestiones de organización del partido, ya que «los caracteres esenciales del partido deben ser la unidad de estructura y de movimiento». El artículo citado concluye de esta manera:

«El término centralismo basta para expresar la continuidad de la estructura del partido en el espacio; y para introducir el concepto esencial de la continuidad en el tiempo, es decir, en el objetivo al cual se tiende y en la dirección en la cual se avanza hacia los sucesivos obstáculos que deben ser superados, es más, ligando estos dos conceptos esenciales de unidad, nosotros propondríamos decir que el partido comunista funda su organización sobre el «centralismo orgánico». Así, a la vez que se guarda del accidental mecanismo democrático ese tanto que podrá servirnos, eliminaremos el uso del término «democracia», caro a los peores demagogos e impregnado de ironía para todos los explotados, los oprimidos, y los engañados, regalándolo, como es aconsejable, para su uso

exclusivo, a los burgueses y a los campeones del liberalismo, incluso cuando éste lleva el disfraz de cualquiera de sus poses extremistas».

En aquellos años, en la Internacional Comunista constituida, y en plena actividad desde hacía ya tres años, en la cual la lucha conducida por los comunistas no sólo contra los socialistas, los socialdemócratas, sino también contra los comunistas de «derecha», se centraba principalmente sobre el concepto de centralismo, pareció prematura la sugerencia de la Izquierda comunista italiana, que ya era conocida por sus posiciones intransigentemente antidemocráticas y por cuya intransigencia corría el riesgo de caer en el sectarismo – sin razón, en vista de lo que luego sucedió, dados los desarrollos históricos de la tercera oleada del oportunismo llamada estalinismo.

Estaba clarísimo para los compañeros de la Izquierda comunista italiana de aquel entonces, que los problemas de organización, tanto del proletariado sobre el terreno inmediato (sindicatos, soviets, etc.), como de los militantes comunistas en el terreno del partido revolucionario (el partido de clase), eran problemas muy complejos que no podían ser resueltos sólo a través de formulas organizativas, con todo lo acertado que estas sean. En este plano, la Izquierda comunista italiana siempre se ha distinguido por el rechazo a los excesos de formalismo, proponiendo al mismo tiempo que las fórmulas adoptadas – tanto en la táctica como en la organización – fuesen lo más claras, directas, inequívocas y correspondientes a la línea política revolucionaria. La preferencia dada a la fórmula del centralismo orgánico respondía a la exigencia primaria de transformar en un concepto sintético una posición política basilar para los comunistas revolucionarios: la lucha contra la democracia y la praxis democrática. Así también, y de lejos, se prefería utilizar la fórmula de la dictadura proletaria respecto a los sucedáneos «gobierno obrero» o, peor todavía, «gobierno obrero y campesino».

La forma organizativa del partido de clase debe responder de la manera más consecuente posible a sus objetivos fundamentales, en el espacio y en el tiempo, tomando en cuenta no sólo las experiencias de las luchas pasadas, sino también del desarrollo de las rela-

ciones de fuerza presentes, junto a los desarrollos previstos de la lucha proletaria. La continuidad en el espacio y en el tiempo de la actividad del partido, pero también de la correspondencia dialéctica de la colectividad – partido a los dictámenes de la doctrina marxista y de su programa, del cual se desprende la espontánea disciplina organizativa de los componentes del partido.

En la segunda posguerra, reconstituido el partido sobre las sólidas bases teóricas restauradas por la enorme labor de los compañeros de ayer, y de Amadeo Bordiga en particular, el problema de la coherente aplicación de los principios organizativos comunistas, y de una mejor definición de la fórmula organizativa fundamental, obviamente se presentó muchas veces; y muchas veces el partido se encontró con peligros oportunistas de diversa naturaleza, pero todos debido en última instancia de la existencia persistente del democratismo. Además, el vínculo estricto entre programa, línea política, táctica y organización del partido nos impide, por ejemplo, separar las cuestiones de organización de todo el resto. Es por la necesidad de recalcar las tareas del partido, incluso en situaciones extremadamente desfavorables, por lo que han sido escritas deliberadamente tesis como algunas notas de las Tesis de Nápoles y Tesis de Milán de 1965 (2), como respuesta precisa a las tendencias contingentistas y demócratoides que habían atacado al partido en aquellos años. De estas Tesis deseamos retomar algunos párrafos que constituyen los puntos característicos permanentes para el partido, y de los cuales no se puede prescindir cuando hablamos de organización:

«El partido reconoció enseguida que, incluso en una situación estrechamente desfavorable y también en los lugares donde la esterilidad de ésta es máxima, se debe evitar el peligro de concebir el movimiento como una mera actividad de prensa propagandística y de proselitismo político».

Por lo tanto, para nosotros el partido no atraviesa fases distintas y separadas, una fase de la prensa propagandística y de proselitismo político, luego una fase de intervención práctica en la vida y en las luchas de clase proletaria para influenciarla, otra fase en la cual el partido de clase toma la vanguardia frente a los demás partidos «obreros» y dirige al proletariado en la revolución, etc. El partido reivindica sus tareas tanto en los períodos ascen-

dentes cuanto en las situaciones más desfavorables, sin por esto caer en el romanticismo literario de creer estar efectivamente en un período más favorable sólo porque se le reivindica y se le desea.

El párrafo continúa: «La vida del partido se debe integrar en todas partes y sin excepciones, en un esfuerzo incesante por insertarse en la vida de las masas e incluso en sus manifestaciones influenciadas por las directivas en contraste con las nuestras. Es una tesis antigua del marxismo de izquierdas el deber de aceptar trabajar en los sindicatos de derecha donde los obreros están presentes, y el partido aborrece las posiciones individualistas de quienes desprecian meterse en aquellos ambientes, llegando a teorizar la ruptura con las pocas y débiles huelgas que convocan hoy los sindicatos (...)»

Aquí se recalca con fuerza contra aquellos que están de acuerdo con una actividad más «neutra» del partido hacia la clase, que distinguen los lugares y organizaciones inmediatas del proletariado en los cuales intervenir, prefiriendo aquellos dirigidos por los oportunistas de izquierda, como si estas organizaciones fuesen por su naturaleza más permeables a la influencia de los comunistas; lo que va a la par con las posiciones que sostienen que son preferibles los gobiernos de izquierda que los gobiernos de derecha, ya que los comunistas gozarían de «más» libertades de reunión, de propaganda, de participación. Y mientras que se combate la posición que niega la actividad del partido en los sindicatos por el hecho de que hoy estos están integrados a las instituciones estatales – como hace por ejemplo «battaglia comunista» – negando con ello toda actividad de carácter «sindical» en las asociaciones económicas en las que se encuentran organizados los proletarios, prefiriendo por el contrario dedicar sus fuerzas en la constitución de «grupos comunistas», definidos políticamente y dirigidos por el partido de clase, como única solución que cuenta el partido para influenciar los estratos más combativos del proletariado. Esta posición en realidad falsea completamente las tareas del partido de clase con respecto al proletariado y sus luchas inmediatas. En los hechos, deja el campo totalmente libre a la influencia nefasta del oportunismo de todos los colores; no es una abstención históricamente justificada como la abstención a las contiendas electo-

rales o parlamentarias – campo exquisitamente político – sino de una real y traidora retirada del terreno más insidioso de la lucha obrera, el terreno de la lucha de defensa económica (de la escuela de guerra del proletariado, como afirmaba Lenin) dentro del cual germinan y se desarrollan sin duda todas las tendencias oportunistas, pero en el cual es vital la acción del partido de clase, precisamente porque sobre ese mismo terreno el proletariado desarrolla una experiencia directa. A través de esa experiencia, el proletariado adquiere los elementos primeros de la lucha de clase gracias a los cuales podrá elevarse a la lucha más general y política, una vez empujado en esta dirección por la situación objetiva de fuerte acumulación de las contradicciones sociales. Limitarse al terreno exclusivamente «político» de la propaganda y proselitismo políticos significa impedir al partido de clase desarrollar su tarea específica con respecto a toda la clase proletaria, significa abandonar a la gran mayoría del proletariado a la influencia de la burguesía, y, significa en síntesis defender una concepción elitista del partido comunista que busca adhesiones sólo en el campo de la «consciencia individual». Pero, continuemos con nuestras Tesis:

«(...) se rechaza la posición por la que el pequeño partido se reduce a círculos cerrados sin conexión con el exterior, o limitados a buscar adhesiones en el mundo de las opiniones solamente, que para el marxista es un mundo falso, si no es tratado como superestructura del mundo de los conflictos económicos. Igualmente erróneo sería subdividir el partido o sus agrupamientos locales en compartimentos estancos que son activos sólo en uno de los campos de teoría, de estudio, de investigación histórica, de propaganda, de proselitismo y de actividad sindical, que en el espíritu de nuestra teoría y de nuestra historia son absolutamente inseparables y, en principio, accesibles a todos y a cada uno de los compañeros. Otro punto que el partido ha conquistado históricamente y que nunca podrá abandonar, es la neta repulsa hacia todas las propuestas para aumentar sus efectivos y las bases a través de convocatorias de congresos constituyentes comunes a otros círculos y grupitos infinitos, que pululan por doquier desde finales de la guerra elaborando teorías inconexas y deformes, o afirmando como único dato positivo la condena del estalinismo ruso y de todas sus

derivaciones locales».

Este último punto ha sido muchas veces puesto en evidencia en la vida del partido, a causa de las crisis que lo han atravesado, frecuentemente determinadas precisamente por ceder al campo de la maniobra, creyendo así obtener más fácilmente el aumento de miembros en sus filas a través del diálogo y la confrontación de posiciones con otros grupos políticos, tal vez considerados cercanos por el hecho de convalidar todos más o menos los mismos orígenes de la Izquierda comunista entendida no de la manera como nosotros la entendemos.

Otro punto característico del partido, sobre el cual la Izquierda comunista ha sido siempre muy firme, es que «un remedio a las alternativas y a las crisis históricas a las cuales el partido no puede escapar, no puede hallarse en una fórmula constitucional u organizativa, que tenga la mágica virtud de salvarlo de la degeneración (...) Indudablemente, en la evolución que siguen los partidos, puede contraponerse el camino de los partidos formales, que presentan continuas inversiones y altibajos, a veces precipicios ruinosos, al camino ascendente del partido histórico. Los marxistas de izquierda deben esforzarse en actuar sobre la curva desgarrada de los partidos contingentes para volver a colocarla sobre la curva armónica y continua del partido histórico. Esta es una posición de principio, pero es pueril quererla transformar en recetas de organización» (3).

De esta enunciación emerge ya una visión del partido y de su actividad que difícilmente puede ser constreñida a la versión democrática del centralismo, ya que los resultados de los balances dinámicos que arrojan los choques que estallan entre fuerzas reales (clase contra clase, y no opinión contra opinión) de apreciable dimensión y extensión no dependen de la opinión de una mayoría (aunque sea la de los mejores militantes), sino que ellos mismos, como lecciones históricas, proceden de los hechos históricos. Hechos que son aceptados e interpretados a la luz de un método que impedirá desbordarse hacia el idealismo, la metafísica, el moralismo o el inmediatez; y el método es el del materialismo histórico y dialéctico, el método marxista. Y esta teoría no se puede aceptar «en la mayoría de los casos», ella sólo se acepta – o se rechaza – globalmente junto a todos sus principios y las coherentes consecuencias programáticas, políticas, tácticas y organizativas que los hechos

históricos han determinado y que la experiencia del movimiento comunista internacional en los grandes giros históricos ha condensado en tesis y posiciones cuya validez puede ser eventualmente puesta en discusión y superada sólo por la experiencia del movimiento comunista internacional en los próximos grandes saltos históricos.

La experiencia histórica e internacional del mecanismo democrático en la estructura organizativa del partido ha demostrado en los hechos no sólo los límites de este mecanismo, sino también las consecuencias dañinas de su utilización. No es sólo por una cuestión formal de «terminología» que nuestro movimiento ha eliminado de su organización de partido el uso de la democracia; es sobre todo una cuestión de fondo, puesto que es en el partido que los militantes comunistas aprenden a combatir a la democracia, tanto en el plano ideal como en el político y práctico.

Eliminar de la estructura organizativa del partido la democracia significa liberarse finalmente, incluyendo en el plano estrictamente organizativo, de un mecanismo que en la realidad de los hechos no facilita a los militantes de partido arribar a la homogeneidad política y de acción, ni contribuye a dirimir las divergencias que nacen inevitablemente durante la actividad en las diversas situaciones. Por el contrario, este mecanismo permite y facilita la introducción en la vida del partido conceptos y hábitos pertenecientes al ambiente burgués ligados a la praxis e ideología democráticas, la misma ideología que la burguesía utiliza para engañar al proletariado y desviar sus impulsos combativos y de clase.

En efecto, no basta luchar ideológica y políticamente contra la democracia, tal como lo demuestra la misma historia de la Internacional Comunista, sino que también se ha hecho históricamente necesario en el plano práctico y organizativo. Es por esto que en la segunda postguerra, durante el período de restauración del partido de clase, las fuerzas de la Izquierda comunista con Bordiga a la cabeza, reemprenderán la vieja polémica contra la actitud democrática del centralismo marxista orientándose cada vez más hacia el centralismo orgánico.

El centralismo democrático, en la medida en que era manejado por comunistas de la altura de un Lenin o un Trotsky durante los años de más fulgurante ascenso revolucionario mundial, se resentía limitadamente en su

congénita contradicción, también porque en la gran área ruso-asiática, la historia había puesto a la orden del día, mucho más la revolución burguesa que la misma revolución proletaria. Las decisiones, aun siendo sometidas al voto de Comités Centrales o de Congresos de la Internacional, eran dictatoriales en su génesis, orgánicas respecto a las finalidades fundamentales de la revolución, tanto en el plano político como en el militar.

Ninguno hubiese pensado siquiera lejanamente en pedir que las decisiones tomadas por Trotsky en la guerra civil, como jefe del Ejército Rojo, fuesen sometidas al consenso de la mayoría; era evidente para la acción militar misma que estas decisiones no estaban determinadas por una decisión individual de Trotsky, sino que eran el fruto de una orgánica selección de militantes del partido que disponía de las mejores fuerzas de la revolución proletaria contra las fuerzas de la contrarrevolución, estas órdenes eran obedecidas disciplinadamente. Y tampoco nadie hubiese pensado siquiera por azar que las posiciones y decisiones que tomaba Lenin le venían de un capricho o antojo personales, y no de la necesidad objetiva de la revolución no sólo rusa, sino mundial; que serán, por lo tanto, íntimamente orgánicas a la necesidad de la revolución proletaria y a la emancipación general de la

especie humana del capitalismo.

Las teorías del «loco sanguinario» o del «gran dictador» provenían directamente del bagaje de la propaganda burguesa que tenía especial interés en hacer pasar a los jefes revolucionarios, que estaban socavando las bases del mundo de los privilegios capitalistas, como personas que se aprovechaban de la ignorancia de las masas para fines personales (¡exactamente lo que los burgueses siempre habían hecho!).

Pero, la Izquierda comunista italiana intuyó, ya en aquellos años, que continuar utilizando praxis y terminología ligadas a la democracia obstaculizaría el trabajo de clarificación en el interior del partido comunista mismo, tanto desde el plano de la lucha política general, cuanto en el plano de la lucha específica contra la democracia burguesa – el mejor embalaje de la dictadura del capital (Lenin); y que la actitud, fundamentalmente contra la democracia y contra el Estado burgués, actitud compartida también por el partido bolchevique y por la Internacional Comunista, tenía que haber sido representada en los principios y normas de organización en forma mucho más consecuente que lo que podría realizar la vieja fórmula del centralismo democrático, o a lo que hubiera podido llegarse luego de consignas de frente único político o gobierno obrero.

### **EL DESARROLLO DE LA SOCIEDAD NO ES LINEAL, SINO QUE AVANZA BAJO FUERTES MAREJADAS HASTA LLEGAR, DURANTE LAS FASES REVOLUCIONARIAS, A LA RUPTURA DE SUS EQUILIBRIOS**

El concepto orgánico proviene del estudio de las ciencias naturales, de la biología, para las cuales toda función vital de los diversos organismos es función directamente orgánica, función que liga al tiempo la actividad vital que se desarrolla en un determinado espacio en un conjunto unitario y dinámico. Todo organismo es parte de un conjunto de organismos del mismo género que a su vez forman parte de un vasto y complejo mundo de organismos diversos que se integran o rechazan en una recíproca y continua nutrición, en el acto de producirse y reproducirse de todos los organismos.

No es difícil vincular el concepto de orgánico al concepto de dialéctica, puesto que es la transformación continua – de la vida como de la sociedad y la historia – lo que determinan los diversos niveles de desarrollo, y los cambios profundos, de las organizaciones sean sociales,

animales o vegetales.

En los individuos superiores, y por lo tanto organizados socialmente, es la selección natural la que determina la jerarquía de las funciones sociales, y es la capacidad técnica para intervenir sobre estas condiciones naturales la que determina el grado de desarrollo de la sociedad. La caza es practicada por los animales carnívoros, la cosecha es practicada por los animales herbívoros; la agricultura es practicada sólo por animales superiores, es decir por el hombre, de ese ser social con capacidad para construir herramientas adaptadas para intervenir sobre la naturaleza y modificarla en un momento dado. El hombre, que es omnívoro, organiza su sociedad no sólo para procurarse la comida necesaria para su supervivencia, sino que utiliza sus descubrimientos técnicos para transformar cualquier cosa que la naturaleza ofrece «espontáneamente»

en comida más abundantemente, en instrumentos de trabajo, en armas para la caza y para defenderse de otros grupos humanos, en energía, en materiales más resistentes: es el desarrollo de las fuerzas productivas de todo lo que sirve para vivir y organizar la vida social que pone, en amplios arcos históricos, la necesidad de organizaciones sociales superiores.

El devenir de las organizaciones sociales humanas, en la historia que parte del ancestral hombre de la tribu que luchaba contra las bestias, al miembro de la comunidad futura, fraterna en la alegre armonía del hombre social (4), conduce a desarrollos verticales hasta el «punto de ruptura histórica» – que coinciden con las grandes revoluciones sociales – en las cuales toda la estructura social existente, puesta en entredicho por su mismo desarrollo, es decir del desarrollo de las fuerzas productivas, cede objetivamente al violento choque histórico de las fuerzas sociales desarrolladas en clases antagonistas, para ceder el paso a una nueva y superior organización social. De las primitivas formas sociales de las comunidades humanas organizadas de manera elemental en el plano de la primitiva técnica productiva (el comunismo primitivo) hasta las sucesivas y más complejas formas sociales de la sociedad esclavista, del despotismo asiático, del feudalismo, hasta la moderna sociedad del capitalismo, la organización social humana ha pasado por progresos técnicos y científicos de gran relevancia que, aplicados a la producción, han permitido la organización social de poblaciones cada vez más numerosas y estables y la organización industrial de la producción, incluyendo la agrícola, y arrojando las bases para emancipar del hambre a millones de individuos.

Los puntos de ruptura histórica arriba señalados, donde se produce el choque violento de las fuerzas sociales representadas por las clases que, en el desarrollo productivo y económico de la sociedad, son inevitablemente empujadas a resolver por la fuerza las contradicciones acumuladas en el proceso de desarrollo de la sociedad existente, dando vida – en un curso que nunca es lineal, sino cada vez más accidentado y caracterizado por altibajos, saltos adelante y ruinosos precipicios – a una organización social superior. Este curso histórico de la sociedad humana – que podemos imaginar caracterizado por desenvolvimientos verticales de progreso productivo y

social hasta el vértice que marca el límite del crecimiento potencial, conjuntamente con el punto de ruptura de la vieja sociedad en la cual se injerta la línea ascendente de la nueva sociedad, que en parte absorbe y en parte sepulta la vieja (5) – ha llevado a la sociedad actual, siempre dividida en clases sociales antagónicas, en la cual han sido superadas todas las separaciones geográficas de los grupos humanos, dentro del cual un único modo de producción, el capitalismo, domina y condiciona a todo el planeta.

La sociedad capitalista, igual que las precedentes sociedades de clase, mas con una potencia de desarrollo histórico infinitamente superior, ha arrojado las bases productivas, por lo tanto, económicas y sociales, no sólo de la superación histórica de todas las sociedades divididas en clases. Formando la clase del proletariado, los sin-reservas, explotada por la clase detentadora del capital para usurpar su plusvalía – que es el tiempo de trabajo no pagado – el capitalismo ha creado a sus sepultureros (Marx), es decir la clase social que tiene la tarea histórica de emanciparse de la explotación con su revolución de clase y que, al mismo tiempo, desarrolla la tarea histórica de liberar a toda la humanidad del dominio del capitalismo, cerrando definitivamente con el ciclo histórico de las sociedades divididas en clase y abriendo el futuro de la sociedad humana el camino de la comunidad fraterna en la alegre armonía del hombre social.

El fin del mercantilismo capitalista coincidirá con el fin de toda explotación del hombre por el hombre, con el fin del dominio de las mercancías y del mercado sobre la vida de los hombres, con el fin de toda opresión económica y social que la sociedad dividida en clases genera inexorablemente (opresión económica, racial, sexual y cultural).

Los comunistas marxistas conocen esta travesía histórica de las sociedades humanas, esta certeza histórica de la sucesión de formas de producción y de revoluciones. El marxismo es explicación científica y, al mismo tiempo, aporta las armas de la crítica que conducen a la definición de la teoría de las revoluciones sociales, y a la teoría de la revolución proletaria y anticapitalista en particular. La consciencia, no de los individuos, aunque sea la del individuo más inteligente, sino de los hechos históricos que se reflejan en el cerebro de los hombres, guía el desa-

rollo científico de las teorías revolucionarias; y es precisamente por este dato histórico de la realidad material del desarrollo social de las organizaciones humanas, que los marxistas rechazan la teoría según la cual la «consciencia individual» sería el motor del desarrollo social del hombre.

El materialismo histórico y dialéctico, base de la teoría marxista, responde al principio «filosófico» que plantea que primero viene la acción y después la consciencia: es por lo tanto la realidad material, y la acción material, y la acción material en la realidad, lo que determina la consciencia, y, el nivel de consciencia, de la acción humana y por tanto de la realidad material en la cual el hombre vive y se desarrolla. El idealismo, que antecede a la burguesía, pero que con la burguesía, después de haber arribado a la cumbre más alta de la época histórica de su revolución, toca el nivel más bajo y mezquino, pretende al contrario que es el pensamiento, la razón, la consciencia de cada individuo separado lo que determina su acción y desarrollo; y allí donde la razón burguesa, que no logra explicar el origen de fenómenos sociales como la violencia, el hambre, la miseria, la guerra, la muerte, se refugia necesariamente en su superstición religiosa enviando la causa de estos fenómenos a los designios inescrutables y misteriosos de un dios.

El marxismo representa el punto de máxima elevación de todo lo mejor que la humanidad ha creado durante el siglo XIX: la filosofía alemana, la economía política inglesa, el socialismo francés («La doctrina de Marx es omnipotente porque es justa...») (6) «Ella es completa y armónica, y da a los hombres una concepción coherente del mundo que no puede conciliarse con ninguna superstición, con ninguna reacción, con ninguna defensa de la opresión burguesa». «El marxismo, recalca Lenin, ha abierto la vía a un estudio universal, completo, del proceso de origen, desarrollo y decadencia de las formaciones económico-sociales, considerando la totalidad de todas las tendencias contradictorias, reorientándolas hacia las condiciones exactamente determinables de vida y producción de las diversas clases de la sociedad, eliminando lo subjetivo y arbitrario en la selección de las ideas «directivas» tomadas singularmente o en su interpretación, descubriendo en la condición de las fuerzas materiales de producción las raíces de todas las ideas y de todas las diversas tenden-

cias sin ninguna excepción (7). Perfecta sintonía entre las argumentaciones de Lenin o de la Izquierda comunista italiana.

Por lo tanto, se da por descontado que el marxismo elimina lo subjetivo y arbitrario en las preferencias ideales o en su interpretación, mientras que descubre las raíces de todas las ideas y todas las diversas tendencias sin ninguna excepción, en las condiciones sociales de las fuerzas materiales de producción y, por lo tanto, en las relaciones sociales de estas fuerzas materiales, comprendiendo al mismo socialismo científico, es decir, lo que será conocido a partir de entonces como marxismo. El pensamiento individual, aun el más inteligente, no determina nada, no determina ningún cambio: éste no es más que el reflejo de aquellas relaciones sociales, y de las contradicciones que las caracterizan. En este no puede dejar de reflejarse, la conservación, la reacción o mutación revolucionaria según la fuerza de las contradicciones sociales, la tensión en las correlaciones de fuerza entre las clases y del movimiento de las clases revolucionarias en su enfrentamiento con las clases conservadoras y reac-

cionarias.

Entonces, ¿por qué tiene el programa revolucionario del proletariado, única clase revolucionaria de la sociedad moderna, base fundamental de la acción del partido, someter su plena validez, o no, al voto constante de una mayoría explícita, según cada situación? El programa revolucionario del proletariado no deriva de una particular filosofía, o de una particular teoría económica y social, sino de una teoría que ha superado toda superstición, toda justificación de la esclavitud salarial, toda mixtificación de la realidad de las relaciones sociales de clase, colocando el proceso de desarrollo de todas las sociedades que se han sucedido hasta ahora, en la realidad histórica de las condiciones materiales de vida y producción de las diversas clases. El programa revolucionario de la clase proletaria no es producto de elucubraciones salidas del cerebro de Marx-Engels, sino que desciende de la teoría del socialismo científico que, a su vez, es el punto de llegada, de encuentro y al mismo tiempo de su superación, de todas las teorías más avanzadas del siglo XIX, como precisaba Lenin.

### NINGUNA LIBERTAD PERSONAL DE ANÁLISIS, DE CRÍTICA, DE PERSPECTIVA

Todo movimiento político que en la historia se constituye para representar y defender intereses de clase, se reclama de teorías que a su vez representan un punto de llegada de experiencias del pasado de las luchas entre las clases. Esto vale tanto para el movimiento comunista, como para el partido comunista que es su definición organizada en el espacio y en el tiempo gracias a la teoría marxista, base imprescindible.

«Ningún movimiento puede triunfar en la historia – leemos en nuestras Tesis características de 1951 – sin la continuidad teórica, que es la experiencia de las luchas pasadas. Por consiguiente, el partido prohíbe la libertad personal de elaboración y elucubración de nuevos esquemas y explicaciones del mundo social contemporáneo: prohíbe la libertad individual de análisis, de crítica y perspectiva incluso a los más preparados intelectualmente de sus adherentes y defiende la solidez de una teoría que no es el efecto de una fe ciega, sino el contenido de la ciencia de clase proletaria, construido con materiales de siglos, no del pensamiento de los hombres, sino de la fuer-

za de hechos materiales, reflejos en la consciencia histórica de una clase revolucionaria y cristalizada en su partido. Los hechos materiales no han hecho sino confirmar la doctrina del marxismo revolucionario» (8).

Es, por lo tanto, una consecuencia organizativa obvia que en el partido, una vez excluida la libertad individual de análisis, de crítica y de perspectiva, se excluya la organización de congresos y de ambientes en los cuales esa libertad tome forma de tesis contrapuesta que deba someterse a un voto; como es obvio que aquel equipo organizativo que se refiera a elecciones de comités y órganos propuestos para dirigir esta, aquella o toda actividad del partido, y a la búsqueda de una mayoría para asegurar a la acción del partido un suficiente nivel de disciplina por parte de sus miembros, resulte completamente inadaptado y, a la larga, contraproducente y por esto sea finalmente eliminado del partido.

Las Tesis de 1951 que hemos citado, han representado, para una parte del partido de entonces, un punto de llegada firme en la definición clara e inequívoca de las bases de adhesión

del partido homogéneo, unido en la teoría y definido en su fórmula organizativa, que era el objetivo indispensable de todo el trabajo de restauración teórica y de reconstitución formal del órgano partido al cual se dedicaron – ya durante la segunda guerra mundial y sobre todo desde el fin de la guerra en adelante – las diversas, pero también confusas y nada homogéneas fuerzas que se reclamaban de la Izquierda comunista italiana. Estas Tesis funcionarán como «papel tornasol» en el sentido que la primera y gran escisión acaecida en nuestro partido de ayer, en 1951–52 (9) precisamente, que estalla sobre cuestiones basilares, como la concepción del partido.

En efecto, una cosa es concebir el partido como un conjunto de compañeros de los cuales esperamos elaboraciones y elucubraciones de nuevos esquemas y explicaciones del mundo, y a los cuales se ofrece libertad de análisis, de crítica y de perspectiva a fin que sus opiniones, ordenadas en tesis, se confronten en congresos sui géneris en los cuales se halle una mayoría que decida sobre la justeza o no de esas tesis, abarcando así a todo el partido a seguir, cada vez, lo que la mayoría asamblearia decida. Y otra cosa es, al contrario, concebir el partido como el órgano en el cual se ha cristalizado la consciencia histórica de la clase revolucionaria, que asegure en el tiempo la continuidad de la teoría no sometida a actualizaciones o revisiones, y que mantenga la ruta política definida por la experiencia de las luchas del pasado y por los balances dinámicos de revoluciones y contrarrevoluciones sin cambiarlas (como sucedió desgraciadamente en la Internacional Comunista) bajo el choque de las situaciones contingentes. Tarea que no es fácil ni automáticamente resuelta gracias al simple tejido de un cuerpo de Tesis, pero indispensable para que el partido de clase, cuando la situación histórica se vuelva favorable a la lucha revolucionaria, sea capaz de prepararse y preparar al proletariado para el enfrentamiento final decisivo.

Por lo tanto, el primer logro no pasajero, sino permanente, es la reivindicación de la continuidad de la teoría y del programa político del partido, al cual se le debe disciplina no por fe ciega, sino por convicción política, principalmente de los órganos dirigentes del partido y, obviamente, de todos sus adherentes. No es necesario reglamentar esta disciplina por

medio de nuevos estatutos elaborados expresamente, al menos durante todo el período en el cual la reanudación de la lucha de clase del proletariado no se ha extendido ni durado, cosa que podría plantear concretamente el problema de hacer más eficaces y apropiados los Estatutos a los que ya nos hemos referido.

Jamás hemos sido contrarios a establecer por escrito las normas de comportamiento del partido y de sus militantes, al contrario. Tenemos a disposición los Estatutos de la Internacional Comunista y las Tesis sobre las condiciones de admisión a la Internacional aprobado en el 2º congreso de 1920, además de los Estatutos del Partido Comunista de Italia aprobado en el 1º congreso del partido en enero de 1921 y remachados luego en el congreso de Roma de 1922; documentos que expresan la sustancial coherencia con el programa del comunismo revolucionario, y en tal sentido reivindicados por nuestra corriente, en los que, sin embargo, se resiente inevitablemente la situación histórica en la cual la puesta a punto de las cuestiones organizativas – así como las cuestiones tácticas – no estaban completamente acabadas. La Internacional Comunista sí tenía como meta convertirse en el Partido Comunista Mundial, pero en sus primeros años no podía prescindir de las diferentes experiencias ya maduras por el movimiento comunista in-

ternacional y las dificultades reales existentes en la formación de los partidos comunistas en los diversos países, partidos que habían roto con los viejos partidos socialistas y socialdemócratas de manera mucho menos intransigente de lo que se les exigía históricamente. Partidos que acarreaban como herencia costumbres y tradiciones, en parte ligadas todavía a la democracia y al legalitarismo, cosa que en el trascurso de los años les impedirá lograr una completa maduración revolucionaria, influenciando negativamente al movimiento comunista internacional en general, y al partido bolchevique de Lenin en particular.

Cuando sea necesario, será a aquellos Estatutos a los cuales nos referiremos, eliminando las disposiciones que correspondan a la praxis democrática de congresos, federaciones, derecho a voto, libertad de establecer reglas locales, participación en las elecciones y en los parlamentos. Mucha atención es y será puesta en las relaciones con otros grupos y partidos políticos, así como al rechazo del método de cartas públicas y de involucrar las fuerzas del partido en iniciativas y organismos que hagan referencia a otros partidos, reafirmando que el objetivo prioritario será siempre el de distinguir y defender de manera intransigente la autonomía programática, política, táctica y organizativa del partido proletario de clase.

### PRAXIS DEMOCRÁTICA Y EXPEDIENTISMO: SIEMPRE AL ACOSO

Una concepción de las cuestiones organizativas, que con el tiempo se han vuelto aberrantes, propone que cada hecho y acto organizativo sea preventivamente encasillado en un artículo, o en una coma, de ese conjunto de normas técnicas que forman nada más y nada menos que los Estatutos del partido. Sin duda que los Estatutos a los cuales nos referimos son el resultado de las luchas del partido proletario del pasado, y que su valor no consiste tanto en la descripción formalista de los diversos artículos que regulan la disciplina a la cual son sujetos cada adherente al partido, y los casos de indisciplina, en cuanto a su espíritu, en la visión y en la tesitura general – de la cual se desprende el aspecto técnico-organizativo de la actividad del partido en cada país, el desarrollo de su dimensión numérica y el desarrollo de su lucha específica, contra todas las otras fuerzas de conservación y reacción de

la sociedad a nivel internacional; y, por la influencia determinante de los estratos decisivos del proletariado, definiendo los límites de las condiciones de adhesión, de actividad y de disciplina de sus adherentes y sus organismos dirigentes. Tampoco cabe duda de que las experiencias del pasado, y sobre todo las lecciones históricas extraídas de la reincidencia oportunista que destruyó la continuidad teórica y programática del marxismo revolucionario y, por consiguiente, la destrucción de la continuidad organizativa, no podían volver a proponerse en el compromiso formalista de los viejos Estatutos. Las lecciones históricas tienen que ver con todos los aspectos de la restauración teórica y reconstitutiva del órgano-partido, después de la tremenda derrota de la Gran Revolución de Octubre y, sobre todo, del movimiento comunista internacional. Teoría y praxis en el marxismo no son

ámbitos separados y desligados; están orgánicamente unidos de tal manera a los principios contenidos en la teoría marxista – como por ejemplo el centralismo – y de donde se desprenden dialécticamente las directivas tácticas y organizativas que, aunque no estén colocados fuera de las reales condiciones de la lucha de clase y, por lo tanto, de la correlación de fuerza entre las clases, tengan en cuenta, no obstante de toda la perspectiva de la lucha revolucionaria que el proletariado, y el partido comunista a la cabeza, deben y deberán comprometer para obtener el éxito histórico, del fin del capitalismo y de toda sociedad dividida en clases contrapuestas.

La experiencia de las luchas pasadas, y de sus derrotas, ha demostrado que el mecanismo democrático tanto al interior de la lucha política en la sociedad capitalista, como al interior mismo del partido comunista revolucionario es, sobre todo, un vehículo de las tendencias oportunistas. Por medio de este vehículo, la clase dominante burguesa impone el más vasto e insidioso engaño, con el cual paraliza la clase del proletariado, incluyendo al de los países atrasados, desde el punto de vista capitalista, ahogando todas sus energías en una impotente maraña confusa e inconclusa. Hoy, está demostrado, por la experiencia histórica ligada a la derrota del movimiento comunista revolucionario internacional, que es completamente falsa la idea de que el mecanismo democrático, aun si es abreviado por un partido que no pierde de vista el objetivo final de la revolución, pueda ser útil a la causa facilitando la participación de todos los militantes en la actividad y acción del partido. De eso, ya en los años de la constitución del Partido Comunista de Italia, estaba férreamente convencida la Izquierda, tal como las grandes batallas de clase sobre la cuestión de la revolución, de la dictadura y del Estado proletario lo demostraban. Pero, si damos el justo peso a los argumentos teóricos y políticos que Amadeo Bordiga utilizó para lanzar la propuesta de la fórmula del «centralismo orgánico» en lugar del «centralismo democrático», en 1922, y a aquellos que siguieron utilizando este último mecanismo en todas las eventualidades, hasta desalojar progresivamente a los exponentes de la Izquierda comunista italiana de la dirección del Partido Comunista de Italia, a causa de esta intervención, que era más técnico-organizativa que teórico-política, no podemos más que

concluir que: el criterio democrático, hasta el presente un accidente material para la construcción de nuestra organización interna (El principio democrático, 1922), no será jamás elevado a principio, puesto que si los comunistas pueden y deben regularse elásticamente con respecto a las normas de la democracia interna sindical (Ibídem), respecto a la actividad y acción del partido, los mismos están obligados a mantener un comportamiento unitario y nada elástico, de ninguna manera dictado por exigencias e influencias de otros grupos o sujetos políticos. El ámbito de la lucha inmediata y sindical es una cosa, mientras que el ámbito de la lucha política y general es otra muy diferente; en los dos grandes campos de actividad del partido no debe existir contradicción, sino coherencia orgánica a tal punto que cuando se prepara la actividad sobre el terreno inmediato esta se encuentra al servicio de la actividad en el terreno más vasto y revolucionario, convirtiéndose en pasaje obligado para lograr el objetivo más vasto e histórico: que la lucha proletaria derribe el poder burgués y capitalista en todo el mundo, abriendo el camino a una nueva sociedad comunista.

Las solas experiencias históricas ya han excluido que el mecanismo democrático utilizado todavía, pero de manera accidental, en los años 20' del siglo pasado (tal como repite Amadeo Bordiga en sus argumentos), pudiese recobrar una calidad igual o superior a su accidentalidad. En la tentativa de reconstitución del partido, por parte de algunos componentes que se reivindicaban de la Izquierda comunista italiana, durante y sobre todo después de la segunda guerra mundial, las cuestiones organizativas fueron planteadas volviendo a tomar la vía de los Estatutos del partido comunista de Italia de 1921–22 y, sobre todo, reivindicándose de los mismos criterios del centralismo democrático que habían sido adoptados para la época.

En la obra general de restauración histórica del marxismo y de los balances dinámicos de las experiencias ligadas a la revolución rusa, a la Internacional Comunista, al partido comunista de Italia y a la lenta, pero, inexorable degeneración de los partidos comunistas europeos, y, finalmente de la misma Internacional – luego de la caída en el burocratismo, en la disciplina terrorista, más la presión estatal del estalinismo, verdadera expresión y síntesis de la tercera oleada oportunista que destruyó el camino a las fuerzas

sanas de la revolución comunista –, las fuerzas más intransigentes y coherentes de la Izquierda comunista italiana repondrán igualmente las cuestiones organizativas sobre las trazas ya señaladas en 1922, esta vez redactadas con más brío y seguridad.

El centralismo orgánico se volvió a proponer, no como una fórmula que milagrosamente iría a resolver anticipadamente los nódulos organizativos, determinados por las dificultades objetivas en la cual la actividad del partido poco a poco se sumergió, y no como fórmula a utilizar para superar todos los problemas de orden práctico o táctico que hiciesen surgir discordancias o divergencias, sino como un principio – y por ello un objetivo hacia el cual tender – al cual vincularse y del cual hacer descender directivas y normas organizativas de partido.

El otro cuerno del problema estaba constituido por el expedientismo – organizativo y táctico – en el cual el partido debía caer bajo el pretexto de acelerar la reanudación de clase, de acelerar el proceso histórico revolucionario, o simplemente «para quedar siempre en boga» como denunciaban claramente las Tesis características de 1951 (11).

La tendencia a fijar y adoptar atajos tácticos para con menor esfuerzo alcanzar el objetivo revolucionario, es una actitud completamente burguesa, derivada de la congénita actividad mercantil de la burguesía a lo largo de toda su existencia. El proceso de reanudación de la lucha de clase revolucionaria madura, ante todo, a través de condiciones de carácter histórico y objetivas – las causas sociales profundas de las crisis históricas de la sociedad –, pero en el cual no se deja de intervenir mediante el proselitismo y la propaganda; con la consciencia de los objetivos históricos del proletariado y la voluntad de perseguirlos, actuando práctica y coherentemente en la realidad histórica, todo esto hace del partido de clase un factor, además de producto, de la historia. Pero el partido «excluye absolutamente que se pueda estimular el proceso con recursos, maniobras, expedientes que hagan palanca sobre aquellos grupos, cuadros, jerarquías que usurpen el nombre de proletarios, socialistas y comunistas» (12); la referencia comporta no sólo los hasta ahora partidos socialistas y comunistas oficiales, influenciados e hijos del estalinismo, sino también de grupos, a partir del movimiento trotskista, que luchan contra el estali-

nismo pero con prácticas y métodos desviantes o inspirados en una su-puesta «democracia proletaria», o a maniobras de sabor «militar» – tales como el entrismo – a través de los cuales acelerar el proceso revolucionario en las grandes masas del mundo. Con el tiempo los partidos estalinistas o postestalinistas han cambiado de piel, y los movimientos antagónicos o han desaparecido, luego de desviaciones anarquizantes o lucharmatistas, o se han transformado simplemente en iguales pequeñas contramarcas de un mosaico democratoide y parlamentario, antiproletario y anticomunista, tal como sus ilustres predecesores.

Al día siguiente de la desaparición de Lenin de la vida activa, «Estos medios – los expedientes arriba mencionados, como teoría organizativa y fuerza operante del movimiento – que informaron la táctica de la Tercera Internacional, no obtendrán como efecto más que la disgregación del Comintern, dejando siempre algunos trozos de partido en el camino del “expedientismo táctico”» (13). Y algunos pedazos de partido dejados en el camino del expedientismo táctico y organizativo, desgraciadamente, han seguido operando, como la misma historia de nuestro partido de ayer demuestra, desde la escisión de 1951–1952 del grupo «battaglia comunista» hasta la última crisis explosiva de 1982–1984 (14).

Con las tesis de 1951, recalcamos: para acelerar la reanudación de clase no existen recetas a tal propósito. Y todos los expedientes buscados y adoptados para hacer escuchar a los proletarios la voz de clase, para hacer más cercana y menos ardua la teoría marxista y la perspectiva de la revolución, de la dictadura proletaria y del terror rojo, para incrementar la influencia en el proletariado habituado a las dulces palabras de la democracia, de la paz, del trabajo que «ennoblece al hombre», sólo son en realidad medios que conducen a desviaciones de principio; medios a través de los cuales no sólo se alejan de la teoría marxista, frecuentemente reclamada formalmente como una especie de fastidiosa jaculatoria, sino que obstaculiza el difícil y arduo camino del proletariado en su reconquista del único terreno en el cual se resuelven todas las contradicciones de la sociedad, el terreno de la lucha de clase.

Algunas veces hemos sido acusados de no querer establecer por escrito las normas organizativas internas ya que seríamos prisioneros de una vi-

sión caudillista del partido, en el sentido que toda la actividad del partido dependería de tesis venidas de elucubraciones del gran jefe, ayer Amadeo Bordiga, luego Bruno Maffi, y mañana quizá cual otro esperado “cerebro”.

Los burgueses, cuando no utilizan la calumnia, el fraude, el desprecio por la verdad – tal como todo buen comerciante debe hacer – no tienen otra forma de polémica que la reducción de todo hecho histórico, de todo acontecimiento que comporte fuerzas sociales y grandes masas, a la mezquina dimensión del individuo, del personaje aislado, de cuyo pensamiento y acción dependería la historia de toda la humanidad; en suma, como un pequeño dios en la tierra, a imagen y semejanza – en bien y en mal – del dios sobrenatural, simétricas supersticiones.

La Izquierda comunista, en el surco estable del marxismo no adulterado, siempre ha combatido la ideología individualista y, por extensión, el idealismo con el cual la burguesía justifica no sólo su propio ascenso al poder, derribando a la aristocracia y al clero y destruyendo los vínculos económicos y feudales de la sociedad, sino también la conservación del poder que en todas las fases sucesivas se caracterizó siempre más como un movimiento anti-histórico, desde el punto de vista del desarrollo de las fuerzas productivas y de las necesidades reales de una sociedad sofocada por las leyes capitalistas de mercado.

La tendencia a la disciplina organizativa de los comunistas revolucionarios no deriva de una «decisión individual» o de la aceptación formal de un Estatuto, sino del convencimiento político del programa revolucionario y de los dictámenes políticos que derivan coherentemente de éste, y que prevén la acción del partido, bien que complejas y diferenciadas en los diversos planos de la lucha de clase, en forma unitaria, persiguiendo los objetivos de la lucha revolucionaria en el esfuerzo permanente de continuidad en el espacio y en el tiempo. En tal sentido, la férrea disciplina reclamada por Lenin a los militantes del partido, aún más en las fases de la guerra civil y revolucionaria y de la dictadura proletaria en el poder conquistado, constituye un elemento indispensable y vital de la misma lucha, elemento que se inserta orgánicamente en la conciencia colectiva representada por el partido.

Jefes y gregarios, como habitualmente se les llamaba en los años Veinte

del siglo pasado, son militantes que ejercen funciones diversas pero en la única unidad orgánica que se llama partido; militantes que no están apurados en «hacer carrera» dentro del partido, no sólo porque se excluyan sucesos históricos a distancia visible, sino porque los métodos organizativos no se basan en el prestigio personal y sobre la división artificial de las tareas, sino sobre la integración de las diferentes capacidades individuales en una actividad orgánica y unidireccional, en la cual el aporte de cada compañero militante es el resultado, aunque sea microscópico, de un proceso de maduraciones de las condiciones objetivas de la lucha de clase.

Cuando afirmamos que los jefes del partido, los responsables de las diversas ramas de actividad o sección, no son elegidos mediante un método de consulta electoral y del voto, sino que son material y objetivamente indicados por una selección natural de los elementos más capaces y confiables para tales tareas, no se deja que esta cuestión se «resuelva» por casualidad, sino que se le liga estrictamente al proceso histórico de maduración de las condiciones favorables a la revolución. La selección de los jefes es parte integrante de la formación del partido de clase, porque se basa sobre elementos históricos materiales y objetivos que son únicos: la teoría marxista, los principios del comunismo revolucionario, el programa revolucionario, que no son el resultado de elucubraciones de cerebros por muy formidables que sean, sino el resultado de la lucha histórica entre fuerzas sociales gigantesca y anónimas. Por cuanto las funciones de los jefes del partido comunista revolucionario sea fundamentalmente técnica, no por esto tienen que ser evaluadas según criterios organizativos, o peor todavía, burocráticos; esa función reviste un carácter político en el sentido de que su desarrollo orgánico, en la actividad colectiva del partido, no puede expresar su más alta eficacia y eficiencia a condición de estar integrada políticamente en la más compleja actividad del partido permeada por los dictámenes y directivas políticas que provengan del esfuerzo por hacer actual y realizar el programa revolucionario del partido. Los compañeros que condensan mejor la coherencia programática y política, y que aseguran mejor que otros la continuidad teórica, política y organizativa, son aquellos compañeros que esta selección natural llama a desempeñar

las labores dirigentes, sin ninguna necesidad de la consulta electoral de cada individuo–miembro del partido.

El encuentro entre el partido histórico y el partido formal, es decir la teoría del comunismo revolucionario y la organización física del partido de clase, no es mediado o medible por la presencia de un Lenin o un Bordiga, sino que surge gracias a la concomitancia de factores reales que son a su vez el resultado del enfrentamiento entre las clases, de una lucha que ha producido y produce chispas de conciencia de clase; cada militante revolucionario representa en cierta medida la forma física, actual e inestable de aquella conciencia de clase. Como tal jamás podrá ser el partido, en el sentido formal del término, ni mucho menos en el sentido histórico; pero son aquellas chispas producidas por la lucha entre las clases que pueden, en circunstancias históricas dadas y sobre la base de una teoría y un programa invariado e invariante, unirse y transformarse en una colectividad organizada, en un partido precisamente. El lugar y el tiempo en los cuales esto sucedía, sucede y sucederá no depende de la voluntad de una sola chispa aislada, sino de la fuerza de procesos materiales e históricos de la formación de la sociedad y de la lucha que las clases sociales son empujadas históricamente a desarrollar.

La colectividad organizada en partido representa el encuentro entre partido histórico y partido formal; y, las funciones técnicas y organizativas del partido formal no son sino la declinación actual de las tareas prácticas que el partido se da en virtud de la conciencia que tiene de los objetivos históricos de la lucha de clase que, como partido, representa.

Por ello los compañeros más capaces y confiables – en términos de coherente desarrollo de la actividad política y militante – son llamados a asumir las mayores responsabilidades prácticas y políticas del partido. Y, como representantes de partido, desarrollan la función de colectores de las fuerzas del partido, encaminándolas hacia objetivos inmediatos y futuros según las directivas que se desprenden del indispensable organismo central. Todo funciona con coherencia y disciplina en la medida en que a ningún militante del partido, sea jefe o gregario, se le permite la libertad de análisis, de crítica y de perspectiva, la libertad individual de elucubrar y de plantear sus propias opiniones como elemento

que funda su adhesión y actividad dentro del partido.

Con esto no afirmamos que los textos de partido sean siempre perfectos, irrevocables e inmodificables (15), o que las directivas emanadas del centro del partido sean siempre justas. Afirmar que no existe libertad personal de formulación de tesis a someter al voto que busca una mayoría, no significa que cada compañero de partido no pueda dedicarse a la elaboración de materiales con la finalidad de encontrar formas mejores y más completas de tratar los diversos aspectos de la teoría y del programa del partido. Permaneciendo en el surco ya trazado

### CÓMO PREVENIR Y SUPERAR LAS DIVERGENCIAS

Si la Izquierda comunista siempre ha sostenido, desde los primeros pasos de la Internacional Comunista, que se hiciesen más rígidas y rigurosas ciertas medidas de organización y constitución del partido comunista único, y que fuesen precisadas en el mismo sentido todas las normas tácticas, ¿cómo entonces nunca se han creado reglas escritas en el momento de su reconstitución del partido en la segunda postguerra?

En los Estatutos, en las Condiciones de admisión, en las Resoluciones organizativas y tácticas, siempre se han formalizado los criterios y normas que respondían a la perspectiva positiva de la lucha de clase revolucionaria, y siempre se ha buscado definir lo que hubiera ocurrido en casos en los que se rompe con la disciplina del partido. Como decíamos en líneas precedentes, retenemos que no ha habido todavía necesidad de escribir más de lo que ya está contenido en los Estatutos de la Internacional Comunista de 1919 y 1920 y en aquellos del Partido Comunista de Italia de 1921 y 1922. Estos documentos, además, son integrados con las Tesis de Nápoles y de Milán, de 1965 y 1966, en las cuales se condensan las lecciones históricas de las desviaciones organizativas y tácticas, y la consecuente degeneración que caracterizarán el camino de la Internacional, desde su tercer congreso en adelante.

Aquellos que se reúnen en torno a la fórmula del centralismo democrático están convencidos de haber dado la respuesta a cada cuestión organizativa importante, limitándose a recalcar aquellos criterios y normas que la misma historia de la degeneración de la Internacional Comunista, y de los par-

de la teoría marxista, y siguiendo la línea de las batallas de clase que en el tiempo han definido pasajes obligados de la actividad del partido revolucionario – como los balances dinámicos de los grandes giros históricos lo han demostrado – todo compañero, incluso los más jóvenes, está en capacidad, al mismo tiempo que es solicitado, a dar su propia contribución al trabajo del partido. Integrar las diversas capacidades para el trabajo común del partido significa precisamente eso: de cada compañero militante según su capacidad, fuera de las lógicas de carrera, de personalismo y de la división del trabajo.

tidos que formaban parte, ha demostrado sus límites y debilidades.

De hecho, es precisamente el método democrático, entendido como praxis resolutoria de la gran parte de los problemas tácticos y organizativos – aún correlativa al principio del centralismo, como recalca firmemente Lenin – lo que constituye el elemento de debilidad de la estructura organizativa del partido de clase. En lugar de hacer, a través de este, más rigurosas y más rígidas las medidas de organización y de constitución del partido comunista único (16) – como afirman nuestras Tesis – la Internacional fue llevada a volverlas más suaves, equívocas (como en el caso de los partidos «simpatizantes») o en contraste con las normas apenas dadas (tal como la fusión con los partidos recién escindidos).

«Apenas se delineó que una cierta relajación en estos terrenos vitales, denunciada por nosotros ante el mismo gran Lenin, comenzaba a producir efectos dañinos, nos vimos obligados a contraponer informes a informes y tesis a tesis. (...) A diferencia de otros grupos de oposición, desde aquellos mismos que se formaban en Rusia y desde la misma corriente trotskista, evitamos siempre con cuidado dar a nuestro trabajo interno en la Internacional la forma de una reivindicación de consultas democráticas y electivas de toda la base, o de reclamar elecciones generales de los comités directivos». No lo hicimos entonces, tanto menos lo hicimos después de la tragedia de la derrota general del movimiento revolucionario de los años 20', y luego del precipitar a la Internacional comunista en el pantano del oportunismo más destructivo, reanudado el

trabajo de restauración de la doctrina y reconstitución del partido internacional único. Entonces, cuando el movimiento del proletariado revolucionario tenía todavía la oportunidad de retomar la lucha en Europa y en el mundo por derribar el poder de la burguesía, y la Internacional Comunista, no obstante las primeras concesiones a las teorías oportunistas, seguía representando el punto más alto del movimiento revolucionario mundial, la Izquierda italiana obraba a fin que la parte más sana y ubicada en la tradicional lucha en defensa del marxismo, y de las perspectivas revolucionarias, estuviese en capacidad de volver a colocar al movimiento sobre la justa ruta. Nuestras Tesis lo afirman claramente: «La Izquierda esperó salvar la Internacional y su tronco vital y válido de las grandes tradiciones sin organizar movimientos de escisión, rechazando siempre la acusación de haberse organizado o de querer organizarse como una fracción, o como un partido dentro del partido. Ni siquiera la Izquierda, incluso cuando las manifestaciones del oportunismo naciente se volvían cada vez más innegables, estimuló o aprobó el sistema de las dimisiones individuales del partido o de la Internacional» (18).

Tantas fueron las acusaciones contra la Izquierda comunista italiana por parte de las fuerzas del oportunismo, y del estalinismo en particular, pero aquellos que nos denunciaban jamás podrán acusarnos de reivindicar el método democrático, o de contraponer a la burocratización y a los métodos terroristas de disciplina adoptados por los vértices estalinianos, criterios de disciplina democráticos. Buscaron convencer bajo diversas formas a Bordiga, y a través de él a toda la corriente de Izquierda, con lisonjas o bajo amenazas, a partir de las grandes discusiones sobre el parlamentarismo revolucionario, a fin de que se disciplinasen a las directivas de la Internacional aceptando a cada giro, concesiones tras concesiones, las desviaciones que se iban a concretizar con la idea de que la situación general de retardo de los partidos comunistas europeos en la preparación revolucionaria pudiese ser remediada a través de indicaciones tácticas y organizativas más suaves y que pudiesen neutralizar las formulaciones y exigencias de los partidos socialdemócratas que gozaban de una fuerte influencia en el proletariado. Pero se encontrarán frente a una corriente que tenía raíces profundas y consoli-

dadas, que continuó dando la batalla sin ceder jamás al plano democrático y personalista. Otros jefes políticos de la corriente de Izquierda de entonces cederán, como Gramsci, Terracini, Togliatti, a la presión y a las oscilaciones de la Internacional, para luego hundirse frente al estalinismo vencedor.

Y es esa calidad de intransigencia y de profunda raíz marxista que la Izquierda comunista italiana podrá estar en capacidad de ser prácticamente la única fuerza en el mundo – aún estando reducida a los mínimos términos – en condiciones de resistir a la presión y a los ataques del estalinismo, además de los de la burguesía vestida de demócrata o de fascista, y en capacidad de reanudar con el trabajo de restauración teórica del marxismo y por la reconstitución del partido internacional único.

Del mismo modo como se combate el método de las consultas democráticas y electivas, así mismo se combate el método de las expulsiones. Leemos

### LA FUNCIÓN DEL CENTRO, HE AQUÍ EL CENTRO DE LA CUESTIÓN

El partido prisionero del método democrático conduce a un funcionamiento basado en las divergencias, en las contraposiciones, sobre las crisis en suma, y prevé normas vinculadas a las decisiones tomadas con la consulta electoral y el voto: la decisión que pase será la votada por la mayoría aun si esa decisión estuviese en contradicción con el programa, la posición política general y los objetivos definidos, es decir con todo lo que constituye el núcleo programático y político sobre el cual se ha constituido el partido. Desde este punto de vista el centralismo, reivindicado por muchos que se reclaman del leninismo y de la Izquierda, se reduce a una simple coordinación técnica, a una especie de buzón postal, mientras la responsabilidad política de la actividad interna del partido, y de su acción, es de hecho totalmente transferida a los militantes, cada uno de los cuales es llamado a dar su voto sobre esta o aquella interpretación del programa, sobre esta o aquella decisión táctica, sobre esta o aquella actividad o acción del partido; la unicidad del partido y su acción que dependen del voto de una mayoría que en cada oportunidad se expresa sumando los votos de cada militante, sería completamente efímera. De esta manera la actividad y acción del partido comunista revolucionario estarían siempre

en nuestras Tesis: «la Izquierda en su pensamiento fundamental siempre ha visto el camino hacia la supresión de las decisiones electorales y de los votos por los nombres de compañeros o sobre tesis generales como un camino que se dirigía hacia la abolición de otro innoble bagaje del democratismo politicantesco, esto es, el de las supresiones, las expulsiones y disolución de los grupos locales. Con todas las letras habíamos enunciado muchas veces la tesis de que estos procedimientos cada vez más excepcionales servían para salvar no los principios sanos y revolucionarios sino precisamente las posiciones conscientes o inconscientes de un oportunismo naciente, como ocurrió en 1924, 1925, 1926, esto significa sólo que la función del centro ha sido conducida en forma errada y ha hecho perder toda real influencia de disciplina de la base hacia este, tanto más cuanto más viene torpemente decantado un falso rigor disciplinario» (19).

sometidas por un método que es congénitamente paralizante por cuanto no se basa sobre la coherencia con las bases teóricas y programáticas, ni la homogeneidad de la visión general de la unicidad de la acción en los diversos campos de intervención. Por otra parte, ya que precisamente el partido no actúa fuera de la realidad de la sociedad capitalista y de la lucha entre las clases, este método se presenta como un eficaz vehículo de la visión idealista del mundo y de la sociedad, típica de la burguesía, y de la costumbre a la sumisión de los intereses específicos del proletariado a aquellos más generales y superiores (así lo difunde la burguesía) de la patria, de la economía nacional y del pueblo, tomando la delantera a la visión marxista del mundo y sobre los intereses de clase del proletariado.

El idealismo, el engaño social representado por el democratismo, expulsados de la puerta del programa histórico de la revolución comunista, entra por la ventana para intoxicar el organismo-partido a través de una de sus actividades que puede parecer secundaria y nunca definida correspondiente a la organización y la táctica. Pero es precisamente por esta razón que la Izquierda comunista italiana insistía tanto con la Internacional Comunista con el fin de que las medidas de organización y constitución fuesen

más rigurosas y rígidas y las normas tácticas no fuesen genéricas y equívocas. No era una fijación formal, una especie de extremismo de la fórmula, sino que lo requerían las exigencias orgánicas de la homogeneidad del movimiento comunista internacional y de su acción como partido comunista único en el mundo.

La lucha revolucionaria, y las experiencias del pasado tanto en las victorias como en las derrotas del movimiento comunista mundial, han demostrado que el método democrático, aun bajo un control centralista, no ha producido sino daños tanto en la conducción de la actividad del partido como a nivel táctico y político más general, hasta destrozarse no sólo la continuidad organizativa sino también la continuidad política y teórica del partido. Estos han dado la demostración en negativo del método democrático, y han demostrado dialécticamente que el partido revolucionario debe dotarse de un método organizativo superior, a la altura histórica de sus tareas a la luz justamente de las lecciones sacadas de la degeneración de la Internacional Comunista.

Las Tesis de Nápoles y de Milán (20) constituyen, en efecto, este balance dinámico que el partido ha sacado de los grandes giros históricos en los cuales las potentes fuerzas de las clases sociales, en el titánico enfrentamiento por la vida o por la muerte, han dado el máximo de su experiencia. El Estatuto que el partido redactará en un mañana, cuando crezca su actividad en la reanudación de la lucha de clase y su extensión organizativa en los diversos países requiera una compleja articulación escrita de reglas de adhesión y comportamiento para los diversos órganos del partido y para cada militante individual, no podrá definir sus diversos artículos más que en perfecta coherencia con estas Tesis, deduciendo no sólo el espíritu sino también las orientaciones prácticas que ya se encuentran contenidas en ellas.

El militante comunista no nace fuera del ambiente burgués, este proviene de sus fortísimas contradicciones y es, tomado individualmente, vehículo de estas contradicciones. Este debe luchar contra los hábitos y actitudes en las cuales la sociedad burguesa sumerge cada hombre que nace y nacerá en esta tierra; debe luchar contra una visión idealista y falsa de la realidad y de las relaciones sociales; debe luchar contra la mezquina reducción del objetivo de la vida al sacrificio permanente,

de trabajar más de la cuenta para aliviar la dosis de los sacrificios, debe luchar contra una instrucción orientada exclusivamente hacia el mercado capitalista y sus exigencias; debe luchar al mismo tiempo contra todo tipo de superstición, y de manera particular la religiosa, para lograr comprender un fragmento al menos de la realidad física y material; debe luchar, y esta es la parte más dura, contra la democracia, en principio y en praxis, con la cual las clases dominantes burguesas logran, sobre la base de una larga experiencia histórica, movilizar a las masas proletarias y desheredadas del mundo en defensa de sus intereses de concurrencia, en defensa de sus privilegios, de su dominio, de su infinita sed de beneficios capitalistas.

En el texto de 1965 (21) que ya hemos citado, podemos leer por entero la potente descripción del militante de partido: «Las violentas chispas que saltaron de entre los conductores de nuestra dialéctica nos han enseñado que es compañero militante comunista y revolucionario quien ha sabido olvidar, renegar, quitarse de la mente y del corazón la clasificación en que lo inscribe el padrón de esta sociedad en putrefacción, y se ve y confunde a sí mismo en todo el arco milenario que liga el ancestral hombre de la tribu que luchaba contra las bestias, al miembro de la comunidad futura, fraterna en la armonía alegre del hombre social».

Aquel que conoce ya no de manera superficial las posiciones de la Izquierda comunista italiana, sabe que no se está hablando del individuo aislado, desligado del partido y de su actividad material, sino del compañero que es militante comunista y revolucionario en cuanto miembro del partido comunista revolucionario, por lo tanto de un elemento que el enfrentamiento objetivo de las contradicciones sociales existentes y de la lucha de clase y la lucha revolucionaria ha seleccionado y empujado hacia la superación de la sociedad existente, hacia el partido histórico, hacia el comunismo, hacia la comunidad futura, fraterna en la alegre armonía del hombre social.

Por eso es errado pensar que el partido (tanto más si se trata del partido histórico) esté representado completamente en cada militante tomado individualmente, tanto como pensar que el partido esté constituido por la suma, o si se quiere, por la multiplicación de cada militante comunista. El partido de clase, desde el punto de vista formal, no es ni siquiera el resul-

tado organizativo de la voluntad de cada uno de los elementos que «deciden» constituirse en partido sino que es más bien el resultado – aun siendo comparado sobre el tiempo histórico – de un proceso de maduración de condiciones objetivas que contienen el nivel al cual ha llegado la lucha entre las clases, la tensión de las contradicciones sociales, la presencia de una tradición histórica del movimiento comunista, la presencia física de elementos que activan el vínculo de espacio y tiempo entre las luchas del pasado, las experiencias condensadas del movimiento histórico del comunismo revolucionario, las condiciones objetivas de constitución de una organización de partido sobre las bases claras del marxismo y de los balances dinámicos de las revoluciones y de las contrarrevoluciones.

Se llega a ser militante comunista en y con el partido en el cual cada elemento se interesa y participa en una fuerza que, o es colectiva, o no lo es.

La adhesión individual al partido no contradice el cuadro que hemos delineado sintéticamente. Es una norma organizativa precisa de partido, que se deriva de la tradición del movimiento comunista internacional, y responde dialécticamente a una visión anti-individualista del partido. En defensa del único programa, de la única teoría, y de la unicidad de la organización política del partido, así como se rechazan los frentes políticos con otros partidos o grupos políticos, del mismo modo se rechaza agregar al partido grupos ya organizados. Se parte del concepto que el programa, y las tesis político-tácticas y organizativas del partido, están dados ya y que por lo tanto no son objeto de cambios: o se aceptan o se rechazan de plano. Además, el partido es una organización estructurada orgánicamente, con organismos dedicados al mejor funcionamiento de su actividad total ligadas entre sí en forma piramidal y no horizontal, respondiendo a un único órgano central. El partido, por sus planteamientos fundamentales, niega la formación de corrientes o fracciones internas, y es por ello que no tiene necesidad de congresos en los cuales dar voz a las diversas corrientes y fracciones. Así como no se crean grupos separados en su seno, tampoco crea agregados de grupos externos pre-organizados. Por ello la adhesión al partido es la más simple y directa: individual.

Sin embargo, rechazar la formación

de corrientes y fracciones internas, o las adhesiones de grupos ya pre-organizados, no resuelve de por sí los problemas ante eventuales divergencias que siempre podrán nacer dentro del partido y que pueden desarrollarse hasta la formación de verdaderas y precisas corrientes y fracciones. Una cosa es estructurar el partido ya en la forma de fracciones agregadas y sujetas conjuntamente a un programa más o menos genéricamente aceptado y aplicado, otra cosa es estructurar al partido como una organización completamente fundada sobre la homogeneidad del programa y de las directivas político-tácticas, afrontando las divergencias que podrán siempre nacer y desarrollarse en su seno como hechos materiales excepcionales, y tratarlas con mucho cuidado, dado que estas siempre son el síntoma de una conducción errada del partido.

Por eso, con razón, las Tesis de Nápoles recalcan que en la concepción del centralismo orgánico, la garantía de la selección de sus componentes es la que siempre proclamamos contra los centristas de Moscú. El partido persevera esculpiendo los lineamientos de su doctrina, su acción y su táctica con una unicidad de método por encima de espacio y tiempo. Todos los que ante estas delineaciones se encuentran molestos tienen a su disposición la vía obvia de abandonar las filas del partido. Ni siquiera después de haber conseguido la conquista del poder podemos concebir la inscripción forzada en nuestras filas; es por esto por lo que quedan fuera de las justas acepciones del centralismo orgánico, las presiones terroristas en el campo disciplinar, que no pueden dejar de copiar su mismo vocabulario de abusadas formas constitucionales burguesas, como la facultad del poder ejecutivo de escoger y de recomponer las formaciones electivas, – todas ellas, formas que desde hace mucho tiempo se consideran superadas no diremos por el mismo partido proletario, sino hasta por el Estado revolucionario y contemporáneo del proletariado victorioso. El partido no tiene que presentar a quien quiera adherirse planes constitucionales y jurídicos de la sociedad futura, en cuanto tales formas son propias solo de la sociedad de clase (22).

Ligados a la materialidad del enfrentamiento social y de la lucha entre las clases, e interviniendo en la realidad contradictoria del capitalismo – con sus profundas desigualdades,

abusos y violencias –, los comunistas saben que la actividad de partido enfrenta y enfrentará inevitablemente obstáculos no sólo materiales y organizativos, sino ideológicos creados por la gran influencia burguesa y pequeño-burguesa enraizadas en el proletariado. Las divergencias internas debidas a las más diversas cuestiones prácticas, tácticas, políticas o teóricas no sólo no se pueden excluir, sino que se deben prever. No estamos hablando de disidencias sino de divergencias; ellas representan uno de los resultados de la influencia ideológica burguesa, de la incesante propaganda burguesa con el propósito de dirigir las energías de clase del proletariado por caminos y objetivos burgueses. Pueden partir de cualquier hecho, idea, dificultad; es un hecho material y es afrontado como tal analizando sus orígenes, potencialidad de desarrollo, daños previsibles, probabilidad de superación. Si, por un lado, jamás son tomadas con ligereza, ya que cuando emergen o toman la forma de una idea organizada representan una importante señal de desavenencias políticas, por otro lado, tampoco son sobrevaloradas o personalizadas. El nivel de divergencia puede ser no decisivo para la continuidad organizativa, política y teórica del partido, cuando dicha divergencia no pone en discusión los fundamentos teóricos y políticos sobre el cual se basa la actividad del partido. De hecho, la experiencia enseña que es sólo la solidez teórica y la capacidad de actuar del partido lo que permite superar, sin perder la ruta de la revolución, los obstáculos encontrados por el partido. Entre muchísimos ejemplos que podamos citar tomamos algunos, históricamente válidos como es el caso de las Tesis de Abril con las cuales Lenin volvió a colocar al partido bolchevique en el camino correcto de la revolución, o en el caso de la paz de Brest-Litovsk, o durante la trágica represión de Cronstadt, gracias a las cuales se salvó la revolución victoriosa de Octubre en Rusia.

Las divergencias de orden táctico, político, organizativo o teórico emergen siempre como consecuencia de la actividad del partido en los diversos campos, consecuencia de una lucha política que no toma siempre las mismas formas a distintos niveles, sino que se articula en prioridad, intensidad, medios prácticos distintos – aunque siempre orientada según criterios de unicidad y homogeneidad políticas – según los períodos

históricos, la correlación de fuerzas entre las clases y el nivel de enfrentamiento social que la lucha de clase alcance, según vaya en crecidas o en reflujo. En virtud del período histórico de gran empuje revolucionario, en los debates de la Internacional Comunista y con el mismo Lenin con respecto a la táctica del parlamentarismo revolucionario, y verificado el gran resultado de la Tercera Internacional sobre bases teóricas y políticas bien sólidas, la divergencia expresa de la Izquierda comunista italiana, en los años 20' del siglo pasado, no fue considerada en sí misma como un elemento de ruptura, por cuanto el cuerpo teórico sobre el cual aquella táctica se ligaba era correcto, y el hecho de que estuviese en el origen de la Internacional Comunista como primera tentativa de Partido Comunista Mundial asumía un gran valor histórico que no podía – en aquel tiempo – ser puesto en discusión por una divergencia justamente considerada como secundaria. Pero cuando en 1926, luego de una larguísima serie de concesiones tácticas y políticas de la Internacional Comunista, el cuerpo teórico originario fue puesto en discusión con la teoría del socialismo en un solo país, entonces la ruptura con la Internacional se hizo objetivamente necesaria, ya que llegado a este punto ya no era posible enderezar la ruta, tal como la historia ampliamente lo ha demostrado.

Si el partido, aun si no lo estimula, debe prever la emergencia de puntos de disidencia o divergencia en las diversas cuestiones, sabe también que no existen preceptos escritos particulares que podrán impedir su aparición. Pero la experiencia de las luchas pasadas, y las trágicas olas oportunistas que han sacudido al movimiento comunista, ha producido las Tesis sobre la organización a las cuales nos referimos continuamente. Y de algún modo podremos también tratar de hacer una lista de puntos muy breves sobre las diversas actitudes a los cuales los militantes de partido deben atenerse para que estas experiencias no se pierdan.

Existen condiciones gracias a las cuales la disidencia o divergencia pueden ser de estímulo para el partido en el sentido de esculpir mejor, con más claridad, las propias líneas políticas y tácticas en la perspectiva de una continuidad organizativa y de acción; o, en el desarrollo de una lucha política que no comporta ya sólo la relación del

partido con el exterior, sino la vida interna del partido, pueden claramente convertirse en puntos de necesaria ruptura y escisión.

Como por ejemplo:

1) Vincular la disidencia o divergencia a la posición orgánica e impersonal de la actividad y acción del partido;

2) Enunciar las cuestiones de disidencia, relacionándolas con las líneas políticas que el partido se ha dado que lo definen en su actividad;

3) Evitar toda discusión o decisión dictadas por el deseo de obtener resultados positivos con un mínimo de esfuerzo;

4) No ceder al enamoramiento por fórmulas o consignas o acciones consideradas de por sí como más fáciles a comprender por las masas;

5) No alzar barreras más o menos artificiales, entre teoría y praxis, para ello tener siempre presente que así como la revolución no sólo no es cuestión de formas de organización, tampoco lo es la actividad del partido consagrada al desarrollo y a la preparación revolucionaria de sí mismo y del proletariado;

6) Excluir a priori, en el país donde el partido se haya establecido, o aun dentro del mismo partido, actualizaciones, innovaciones, revisiones de la teoría marxista, sean estas avanzadas por elementos más dotados intelectualmente o por organismo directivos del partido, así mismo, excluir ajustes del programa político del partido bajo el pretexto de situaciones «nuevas» e «imprevistas» en el mundo;

7) Rechazar la ciega disciplina a las directivas impartidas por los órganos dirigentes del partido, puesto que la adhesión al partido no es un acto de fe, así como se rechaza la reivindicación de la libertad de análisis, de crítica y de perspectiva;

8) Excluir las soluciones administrativas para dirimir las divergencias (tales como pedir o dar la dimisión, suspender de un cargo, expulsar, etc.), que deben ser afrontadas y resueltas políticamente, tomando acto, si la distancia de las bases políticas y teóricas del partido se vuelven insalvables, de la imposibilidad de un trabajo en común;

9) Excluir el método de la formación de fracciones internas como respuesta a las dificultades en hacer pasar dentro del partido líneas tácticas, políticas y organizativas distintas a las existentes; excluir el método de la pre-

sión ideológica o práctica como instrumento de terror frente a los compañeros divergentes;

10) La independencia política y organizativa del partido, por lo tanto su autonomía con respecto a todos los otros agrupamientos políticos y a cada institución y aparato del capitalismo y su Estado, pertenece a la colectividad-partido, y obliga a sus militantes a defenderla en toda circunstancia, cosa que, por supuesto, no puede ser entendida como autonomía de cada militante con respecto al partido mismo;

11) No ceder a la ilusión de que la alianza con otros grupos o partidos políticos, sea en forma estricta o no, momentánea o prolongada, pueda ser utilizada como atajo para lograr más rápidamente una influencia sobre las masas.

La justa comprensión del centralismo orgánico pasa a través de la cuestión no sólo de la estricta disciplina política y organizativa que debe caracterizar al partido, pero también de cómo se afrontan la disidencia y las divergencias que nacen en el partido. Hubo compañeros que (en 1973-74) saldrán del partido para formar otro grupo político en torno al periódico *El Partido Comunista* (23), y que avanzarán la tesis siguiente: en el partido de clase no existe la lucha política; si hay lucha quiere decir que el partido no es más el partido de clase.

Esto es claramente una visión metafísica del partido, la ilusión de una organización perfecta, sin tachas, disidencias, divergencias o escisiones. En pocas palabras, es como decir que el Partido Comunista de Italia de 1921 o el Partido Bolchevique de Lenin no fueron partidos revolucionarios. Esta visión no se distancia mucho de ese sabor anarquizante, a saber que cada militante de partido es de hecho el partido, por lo tanto toda molécula que compone la colectividad partido es de hecho independiente de las otras, porque piensa y actúa con plena autonomía. Esto no impide a ese grupo jurar fe absoluta al programa y las tesis de la Izquierda comunista. Pero, ostentar admiración por los textos clásicos y de partido no significa que no se caiga en el oportunismo. Las Tesis de Milán (24) que ya hemos citado, no por casualidad sostienen que «un cuerpo de tesis no sirve de nada si aquellos que lo acogen con ese entusiasmo de tipo literario, más tarde no consiguen, en la acción práctica, comprender su espíritu y respetarlo esforzándose de en-

mascarar su transgresión con una adhesión ostentatoria, pero platónica, al texto teórico».

Por otra parte, en la historia del movimiento comunista, y de sus precipicios degenerativos, las divergencias que lo han golpeado y al final destruido frecuentemente tocaban a los vértices antes que a la base. No es casual que siempre hayamos afirmado que a ningún militante (y sobre todo a los jefes) se le está permitido improvisar nuevas tácticas, nuevas fórmulas organizativas, por lo tanto todos deben atenerse obligatoriamente, no sólo al programa del partido y a sus líneas políticas generales, sino también a las directivas de acción que se desprenden de estos y que son las normas de acción. En el texto del partido intitulado *Estructura económica y social de la Rusia de hoy*, se puede leer claramente:

### EL TRABAJO COMÚN EN LA ACTIVIDAD DEL PARTIDO

La costumbre del trabajo asociado que el capitalismo ha impuesto a la humanidad, ha provocado un salto histórico formidable en las fuerzas productivas y su desarrollo, además de haber arrastrado estas mismas fuerzas productivas al embudo de la producción y reproducción del capital con la cual la gran mayoría de la población humana es sometida al trabajo asalariado asociado sí, pero con la finalidad de usurpar plusvalor, es decir la cantidad de tiempo de trabajo no pagado que el capitalista se apropia en forma de ganancia capitalista. Bajo el capitalismo, el trabajo en la fábrica, oficinas, cultivos, no es ya individual; todo obrero, empleado, trabajador agrícola, está asignado a un segmento del ciclo productivo total que, para completarse antes de transformarse en producto listo para su venta en el mercado, tiene necesidad de otros obreros, empleados, trabajadores agrícolas, cada cual asignado a los otros segmentos del ciclo productivo. Y no tiene ninguna importancia que cada trabajador sepa exactamente qué cosa deben hacer los otros trabajadores; lo importante para el capitalista es que cada trabajador asalariado desempeñe su específica tarea en el menor tiempo posible y al mínimo costo, de manera que de todo el ciclo productivo brote el mayor beneficio posible.

El capitalista posee la visión completa del ciclo productivo del cual obtener su ganancia, el obrero tienen una visión parcial, limitada, en último aná-

«Indudablemente, nuestra lucha es por la afirmación, en la actividad del partido, de normas de acción «obligatorias» del movimiento, que deben no sólo vincular a cada individuo y a los grupos periféricos, sino al mismo centro del partido, al que se debe total disciplina ejecutiva mientras que esté estrechamente ligado (sin el derecho de improvisar por el descubrimiento de situaciones nuevas, de charlatanes que se abren a «nuevos cursos») al conjunto de normas precisas que el partido se ha dado para guiar la acción» (25). No se admiten ninguna libertad de opinión, ni de acción, mucho menos si trata de compañeros del centro que tienen la responsabilidad de guiar al partido.

Y, con la negación del derecho a la improvisación, definitivamente se arroja a las ortigas el método democrático de consultación y votos.

lisis ciega, del ciclo productivo en el cual está insertado su explotación específica.

Lo que fraterniza a los trabajadores asalariados no es tanto el hecho de estar involucrados en un ciclo productivo que tiene un inicio y una conclusión, mas el hecho de trabajar bajo las mismas condiciones de explotación que son justamente las salariales. Es la relación entre propietarios de capital, de medios de producción y de los instrumentos de dominio social y aquellos que sólo poseen la fuerza de trabajo; en suma, la relación entre burgueses y proletarios.

En el curso de desarrollo de la economía capitalista los intereses de clase entre burgueses y proletarios se agudizan, se diferencian y se tornan cada vez más antagónicos, aun cuando los proletarios – cretinizados por la propaganda burguesa sobre presuntos intereses comunes entre explotadores y explotados – no perciben su profundidad e inconciliabilidad. El mismo concepto de interés común cuyo verdadero significado es el de interclasismo, es decir, algo que trae beneficios para todos aquellos que se reconocen en ese interés común por encima de las diferencias de clase; nos referimos sobre todo a los proclamados valores de patria, nación, cultura, religión o simplemente de empresa; a valores que en la materialidad de la vida cotidiana pierden su halo idealista y desvelan toda la mezquina realidad del mercado en el cual se encuen-

tran fabricantes y consumidores, vendedores y compradores, charlatanes y necios, degolladores y degollados, especuladores y timados.

En la sociedad burguesa los intereses son los intereses de clase, fundamentalmente antagónicos y representando como tales objetivos sociales e históricos antagónicos. Su conciliación es históricamente imposible; por ello si la conciliación existe es porque la correlación de fuerzas obliga a la otra clase social, o las otras clases sociales a someterse a ella. Y en la sociedad burguesa muchas son las formas sociales que refuerzan esta conciliación entre las clases – la burguesía dominante ante todo, las clases medias, la religión, el oportunismo y su forma actual, el colaboracionismo. «La muerte de las energías revolucionarias, sostiene uno de nuestros textos fundamentales, está en la colaboración entre las clases» (26).

El interés común en la sociedad dividida en clases no corresponde a las clases antagónicas, sino a la clase en sí, y se manifiesta en mil estratificaciones en las cuales la moderna sociedad capitalista subdivide cada clase social. El interés común en el sentido burgués está ligado a una conveniencia económica y política y puede tocar desde la conveniencia inmediata entre dos personas hasta la coexistencia entre fuerzas sociales y Estados; la perspectiva en la cual este interés está insertado es la conservación social, el mantenimiento del modo de producción capitalista y de sus condiciones de desarrollo. El interés burgués se basa en la apropiación privada de los productos, sobre la propiedad privada, y se reconoce sólo en la sociedad y en el poder político que defienden y conservan estas bases. En el sentido proletario, el interés común se ubica a un nivel superior, y está ligado a las condiciones de vida y de trabajo, no importa quién sea su patrón; cada vez que este interés común es rebajado al nivel económico y personal, el mismo pierde su característica proletaria de clase, la que se inserta en la perspectiva de la revolución social, del revolucionamiento político y económico de toda la sociedad que, en su desarrollo, pone las bases materiales para la superación de las condiciones productivas ligadas al capital y al trabajo asalariado. Rebajado el nivel económico y personal, este se transforma inevitablemente en corporativismo, burocratismo, localismo, destrozando la tendencia unificadora del movimien-

to proletario de clase.

Por lo tanto, el interés de clase es común a todo el proletariado en cuanto clase que posee una perspectiva histórica, un programa y un objetivo históricos, precisamente el de la revolución anticapitalista y, por ende, antiburgueses: la revolución que sepultará definitivamente la sociedad del capital y del trabajo asalariado, la sociedad de los antagonismos de clase, de la prepotencia y la humillación, de la explotación del hombre por el hombre.

El interés burgués es continuar explotando el trabajo asalariado; el interés proletario es acabar con el trabajo asalariado y su explotación capitalista. ¡De común, ninguno de estos dos intereses tiene algo de común!

Para los proletarios, el trabajo en la sociedad burguesa es el trabajo asalariado, es decir, la fuerza de trabajo de la clase proletaria sometida a la explotación capitalista. La propensión fundamental del hombre a modificar la naturaleza para que esta beneficie su vida social, por lo tanto, la propensión a fabricar, transformando material bruto en objetos acabados y de utilidad social – lo que se define normalmente como trabajo – en la sociedad dividida en clases se encuentra al servicio de las clases dominantes. El trabajo siempre ha sido una riqueza social, sólo que en la sociedad presente es la burguesía quien se apropia totalmente de esta riqueza a través, precisamente, del modo de producción capitalista que pone obligatoriamente el trabajo asalariado al servicio del capital.

El interclasismo salva la distancia entre el trabajo asalariado que produce riqueza y capital que se lo apropia, falseando la realidad de las posiciones antagónicas de las clases respectivas; este alimenta el engaño burgués de la igualdad, fraternidad y libertad, haciendo pasar por intereses comunes a proletarios y burgueses la explotación del trabajo asalariado. El trabajo común entre proletarios y burgueses no puede entonces existir, y si existe es sólo en ventaja de los burgueses.

En las asociaciones el trabajo común tiene la función de arrastrar la actividad de los asociados hacia objetivos comunes, hacia la defensa de los intereses comunes. Esto es válido para las asociaciones deportivas, sindicales, religiosas, económicas, políticas o criminales. La diferencia está en los objetivos y en los métodos para lograrlos. Las asociaciones interclasis-

tas, por lo tanto, con objetivos mixtos, y que tienden a satisfacer intereses de diferentes clases sociales, son engañosas ya que en realidad conducen su actividad según criterios de prioridad determinados por la fuerza de los intereses dominantes, es decir, los intereses burgueses. Las asociaciones proletarias, que defienden en los hechos los intereses del proletariado, no pueden mezclar sus objetivos de defensa de las condiciones de vida y de trabajo proletarias con objetivos de defensa, en todos los terrenos, de los intereses burgueses, puesto que los dos tipos de intereses se enfrentan: o vence uno, o vence otro. Si los intereses no son comunes, es porque tampoco puede haber trabajo común.

El partido político del proletariado es diferente de cada partido político ya que no es una empresa, no responde a los cánones de la estructura económica capitalista. Este tiene por objetivo histórico la transformación de la sociedad capitalista en sociedad sin clases, en sociedad comunista, en una sociedad en la cual las categorías mercantiles y capitalistas han sido totalmente superadas. Es este gran objetivo histórico que condiciona el programa y la praxis del partido proletario de clase. La actividad a la cual el partido de clase es llamado a desarrollar es toda, repetimos toda, orientada a realizar los principios de la revolución proletaria y comunista; por tanto, el

**il comunista**

organo del partito comunista internazionale

## Il centralismo organico

Sulla linea delle battaglie di classe della Sinistra comunista

Reprint - Settembre 2008 -

4

## Il centralismo organico

Sulla linea delle battaglie di classe della Sinistra comunista

( Reprint «il comunista»,  
Settembre 2008, opuscolo A4,  
80 pagine, Prezzo: 3,5 €)

trabajo que los militantes que conforman el partido hacen y deben hacer, debe responder a criterios orgánicos y coherentes con el programa del partido y con sus principios.

En el partido de clase no se hace carrera, no se escalan posiciones, no se desarrollan roles súper-remunerados, no existen managers, pero tampoco peones. Las responsabilidades organizativas en el partido se desarrollan sobre la base de exigencias políticas que el partido expresa en su desarrollo y en perfecta coherencia con el programa y las líneas políticas y tácticas definidas; y estas exigencias políticas se satisfacen sólo con el trabajo común de todo el partido. En el partido proletario, el trabajo común es la expresión natural de la actividad del partido; en el partido, si el trabajo común se interrumpe, se abre una crisis.

La característica específica del partido proletario de clase, además de su programa político y la doctrina marxista sobre la cual se basa, es de no funcionar según la praxis y las reglas de los demás partidos que existen en la sociedad burguesa. Repetimos, el partido de clase del proletariado no es una empresa y es por eso que no tiende a combatir la competencia de los otros partidos, no compromete todas sus energías con el éxito de mercado (número de inscritos, votos, parlamentarios, etc.), no se deja guiar en sus decisiones por la conveniencia económica o política inmediata o futura. El partido de clase del proletariado es el órgano por excelencia de la revolución proletaria y comunista, la guía de un movimiento de clase que no surge de las «preferencias del mercado electoral» o del «mercado de consensos», sino que, estando determinado por el desarrollo contradictorio de los antagonismos sociales, en cuyas líneas de ruptura actúa y obtiene la influencia y confianza de las masas proletarias del mundo.

Por ello los militantes del partido comunista revolucionario desarrollan coherentemente su actividad a condición de desarrollarla en perfecta comunión de intenciones, organización, métodos, medios y objetivos políticos y tácticos: el trabajo común es la actividad orgánica de partido. Es, además, el método que permite a cada militante integrarse efectivamente en la actividad de partido, se convierta y se sienta parte de esta.

En presencia de divergencias, sobre todo cuando las divergencias to-

man consistencia, el trabajo común se resiente, la actividad de partido tiende a perder su organicidad. El virus del oportunismo, que constantemente ataca al partido proletario de clase, tiene más probabilidades de infestar parte o todo el organismo-partido cuando este desarrolla su actividad sin organicidad, sin coherencia con la doctrina, principios, programa y líneas políticas definidas. Ahora comprendemos mejor cuando nuestras Tesis de Nápoles declaran que «Quien viendo al partido proseguir su claro camino, que hemos intentado reunir en estas tesis a exponer en la reunión general de Nápoles, en julio de 1965, no se siente todavía a tal altura histórica, sabe muy bien que puede tomar otra dirección que diverja de la nuestra» abandonando las filas del partido sin que el partido adopte alguna decisión disciplinaria particular (27).

Cabe decir que las medidas disciplinarias no están del todo excluidas, pero son adoptadas bajo gran cautela y en situaciones completamente excepcionales; por ejemplo, frente a compañeros que divergen profundamente

### ¿CONSCIENCIA DE CLASE? SÓLO EN EL PARTIDO

Es tesis marxista que la teoría de la revolución proletaria y del comunismo constituye la consciencia de las finalidades del movimiento histórico de la lucha de clase proletaria. Lenin, en su *¿Qué hacer?*, subraya con fuerza que el partido, entre sus tareas, tiene también la de exportar la teoría revolucionaria al seno de la clase del proletariado ya que el proletariado en cuanto tal, en sí, como clase asalariada para el capital, no posee la teoría de su emancipación histórica del capitalismo.

Luego el conocimiento de la finalidad revolucionaria de la clase proletaria, su conciencia, se encuentra sólo en el partido de clase.

En la historia del movimiento proletario, muchas veces han emergido tendencias con sabor iluminista o simplemente culturalista, que sostenían la tesis según la cual el proletariado, en su movimiento de lucha, adquiere consciencia de clase que, con el desarrollo de la lucha de clase, escala las cumbres del conocimiento de las finalidades, a tal punto que puede privarse del partido de clase como guía de la revolución, del gobierno de la dictadura proletaria y de la transformación de la economía capitalista en economía socialista y comunista. Tal tesis busca descalificar el rol del partido

del partido, que realizan una actividad sabotadora o fraccionalista que tiende a desviar el partido de su ruta definida, con la pretensión de utilizar a tal fin los órganos centrales y los medios de propaganda del partido.

En el partido no hay libertad de opinión, o sea, no hay libertad de análisis, de improvisación, de perspectiva, por lo tanto no hay libertad de divergir. Ahora, cuando la divergencia emerge y toma forma, el partido tiene el deber de retomar los temas de la divergencia y volverlos a colocar en el camino de la posición teórica y programática originaria, a la luz de las líneas políticas y tácticas que descienden de los balances dinámicos del movimiento revolucionario comunista. Es gracias a este trabajo de remachar, de retomar los hilos teóricos y programáticos que las divergencias pueden ser reabsorbidas; si, llegado a este punto, la divergencia no se resuelve, el camino para aquellos que no se sienten a la altura de las tareas del partido es simplemente el de abandonarlo, porque ya no es posible el trabajo en común.

comunista revolucionario en la preparación revolucionaria y, sobre todo, en el ejercicio del poder revolucionario, una vez lograda la victoria. Tiene también el objetivo de descalificar el rol del movimiento de clase del proletariado tendiente a revolucionar definitivamente la sociedad capitalista actual.

Aquellos que sostienen que la dictadura debe ser del proletariado y no sobre el proletariado, culpabilizando al partido de repetir lo que han hecho los partidos burgueses luego de su revolución victoriosa, son aquellos que ven la consciencia de clase nacer de cada lucha inmediata del proletariado, de todo enfrentamiento social. Pero no toman en cuenta el hecho de que el proletariado, en cuanto clase dominante, clase en sí, es pasto de la propaganda y la influencia ideológica de la clase burguesa dominante. Esta condición social del proletariado, si por un lado lo empuja a enfrentarse a las clases burguesas para obtener en lo inmediato un mejoramiento del salario y de las condiciones de vida y de trabajo, por otro, luchando justamente, acentúa los límites de las relaciones sociales burguesas en el cuadro dentro del cual fija un precio más alto para su fuerza de trabajo. El salario más alto

no es la abolición del salario, mas su profundización. Por el contrario, el desarrollo de la lucha que el proletariado empeña por sus reivindicaciones generales y unificantes (salario más alto, disminución de la jornada laboral, disminución de la intensidad del trabajo, etc.) lo pone – hasta un cierto punto del enfrentamiento de clase – en condiciones sociales, y políticas, para elevar esta lucha de defensa inmediata a lucha política general, y de reconocer en el partido de clase el órgano capaz de guiar el enfrentamiento de clase hasta sus últimas consecuencias, hasta la conquista del poder político que se revelará también al proletariado como el desemboque objetivamente necesario para emprender el proceso de revolucionamiento de toda la sociedad.

La lucha inmediata, al quedarse en los límites determinados por los objetivos compatibles con el implante político y social burgueses, impiden al proletariado generar naturalmente, espontáneamente, la conciencia de sus finalidades históricas.

Así como para toda clase de sociedades precedentes es el producto del desarrollo de las fuerzas productivas; darse cuenta de esto no significa «conocer las finalidades históricas» del desarrollo de las fuerzas productivas, y del movimiento de clase, significa sólo percibir la realidad del enfrentamiento de intereses inmediatos entre proletarios y burgueses. Que este antagonismo lleve, hasta un punto del desarrollo social, al enfrentamiento final entre las clases por la vida o muerte del capitalismo, sólo lo ha descubierto la teoría marxista, que precisamente es el conocimiento de las finalidades históricas de la lucha entre las clases, teoría que no nace de las condiciones sociales inmediatas del proletariado, sino de las condiciones generales de todas las clases y de sus relaciones en el desarrollo social; por ello debe ser importada en la clase proletaria con la propaganda y acción del partido de clase.

Sólo en el partido político del proletariado, que constituye tanto una minoría absoluta en términos cuantitativos como el punto más alto histórica y cualitativamente, está representada la conciencia de clase del proletariado, y es la posibilidad de representar en el hoy el futuro del movimiento de clase del proletariado. Históricamente, el proletariado en sí – sin partido – ha demostrado poder arribar a un nivel de conocimiento de sus

finalidades completamente inadecuado, como así lo demostró la Comuna de París de 1871. El proletariado ruso, guiado por el partido bolchevique de Lenin, conquistó efectivamente el poder y lo mantuvo a lo largo de la guerra civil con la cual buscaron abatirlo las potencias imperialistas de la época.

La actividad «consciente» de las masas, sometidas como están a la opresión social y a la propaganda burguesa, dará siempre el comando a las fuerzas burguesas o a las fuerzas del oportunismo que no son más que fuerzas burguesas disfrazadas en proletarias; y esto sucede porque dicha «consciencia de las masas» no es más que la consciencia burguesa transmitida por vía ideológica y social a todas las clases dominadas.

Hay quienes quisieran adherir al partido comunista revolucionario a condición de que éste se limite a sólo aportar al proletariado los instrumentos de la crítica, el análisis de las situaciones, la interpretación de los eventos y la propaganda de las finalidades históricas, del ideal del comunismo. En pocas palabras, adherirían al partido si este no estableciese los lazos entre teoría, principios, programa, táctica y organización, de tal manera que no deje a ninguno de sus miembros la libertad de elaboración individual de tesis y de debatirlas con otras tesis elaboradas de la misma forma con el fin de influenciar la posición y la dirección en las cuales opera el partido, sometido aquí a la influencia de la ideología dominante burguesa sobre el proletariado en las diversas contingencias. El partido–plan, en igual proporción a la táctica plan, se vería así despedazado y sustituido por un partido–proceso, condicionado de manera determinante ya no por las finalidades históricas del movimiento de clase del proletariado sino por las vicisitudes de la lucha inmediata del proletariado y que, por lo tanto, imposibilitan guiar al proletariado en la revolución.

De esta forma el proletariado sería tratado como sujeto consciente de sus fuerzas y perspectivas históricas, libre de escoger teoría, programa, táctica, medios, métodos y objetivos que crea más apropiados para su lucha de emancipación; mientras que el partido sería tratado como guía espiritual, como uno más de los protagonistas de la lucha social que le aporta, entre tantos partidos, su versión de los hechos, su idea de lucha, su visión del

mundo, en suma como si fuese un «aportador» de ideas, un comisionado, un parlamentario que hace depender su éxito de que el proletariado comparta o no su visión del mundo y que, para obtener este «compartir», está dispuesto a rebajar su nivel ideal al burgués que es el nivel al cual accede cada proletario. En su tiempo, los maoístas, con su «servir al pueblo» habían sintetizado muy bien la hipocresía burguesa típica del comerciante: servir a la clientela; el pueblo es el cliente de cada politiquero burgués, el proletariado es cliente de cada politicastro en casaca roja.

Reducir el partido a una tarea puramente de propaganda significa transformarlo en una empresa de servicio; sus posibilidades de éxito se basan en el hecho de que el proletariado lo «escoge» como su proveedor favorito. El resultado es que se falsea completamente el curso objetivo de la historia, la realidad de la lucha entre las clases y se asignan los destinos de la lucha del proletariado a la clase burguesa. ¿Por qué?

Porque el proletariado, en cuanto clase social sometida al dominio económico y político del capitalismo, puede al máximo arribar por sí solo a una «consciencia tradeunionista» (Lenin), a comprender que los trabajadores asalariados tienen necesidad de organizarse en cuanto tales para obtener, dentro del cuadro capitalista, un precio más alto a cambio de su fuerza de trabajo. Es de esta lucha de defensa inmediata, y de la reacción de la clase dominante burguesa a través de la fuerza de su Estado, de donde emerge socialmente la necesidad de superar el nivel inmediato y tradeunionista de la lucha, poniendo al proletariado ante el problema de una lucha generalizada cuyos objetivos sobrepasan los límites de la lucha por intereses inmediatos, el problema de la lucha política contra el poder burgués y por la conquista revolucionaria del poder político. Es a partir del movimiento de clase del proletariado que se desprenden las famosas chispas de consciencia de clase de las que habla Lenin en el ¿Qué hacer?; chispas destinadas a poner en contacto la parte más avanzada del proletariado con el partido histórico (la teoría marxista), y con el partido formal, si este existe y actúa en la realidad.

Para que el proletariado alcance el nivel del movimiento de clase es necesario que se reconozca en un programa político que responda al movimien-

to histórico de toda la clase proletaria, en una lucha que es lucha de todas las clases de la sociedad y en la que la clase proletaria prima por sobre todas las otras. Su fragmentación dentro de la sociedad capitalista organizada en empresas adversarias, por categorías, subcategorías y las cada vez más numerosas estratificaciones del trabajo, la dependencia económica y social de la cotidiana venta de su fuerza de trabajo, la competencia constante entre proletarios que el capitalismo alimenta permanentemente, inducen y obligan a los proletarios a tener una visión inmediata, parcial, tendencialmente corporativa e individualista de la vida y del mundo. Sólo en la lucha de las asociaciones de defensa inmediata, los proletarios conquistan un nivel más amplio de objetivos y experiencias, un nivel que tiende hacia la solidaridad, la unificación, al reconocimiento de intereses comunes contra los cuales las fuerzas de la conservación social reaccionan en todas las formas, incluso violentas.

Pero es fuera de las relaciones inmediatas, parciales, cotidianas, corporativas y de las luchas que corresponden a estas relaciones, es decir, a nivel general de las relaciones sociales de producción e intercambio y del desarrollo de las fuerzas productivas en las cuales entran todas las clases presentes en la sociedad, que se forma la conciencia de clase del proletariado, la teoría marxista, esto es, el partido histórico de la única clase revolucionaria de la época capitalista. El enfrentamiento entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las formas en las cuales estas fuerzas se desarrollan crean las condiciones objetivas para el revolucionamiento de la sociedad, para la emancipación del proletariado de la opresión del trabajo asalariado, lo que corresponde dialécticamente a que toda la humanidad se emancipe del capitalismo. La conciencia de este proceso histórico de desarrollo de la lucha entre las clases y de su salida histórica revolucionaria, es representada por la teoría marxista del comunismo que puede ser asimilada sólo para aquel órgano específico que representa en el hoy el futuro de emancipación del proletariado, es decir, el partido comunista revolucionario. Es por esto que el partido no hace depender tareas, actividad, programa y organización de la lucha inmediata del proletariado, sino de la lucha general anticapitalista y antiburguesa conducida hasta el final, hasta la completa

destrucción del poder burgués y del capitalismo, hasta la completa transformación de toda la sociedad dividida en clases antagónicas en la futura comunidad, fraterna en la jubilosa armonía del hombre social.

Por esto el partido dirige su actividad hacia todas las clases de la sociedad, y comprende en sus filas a elementos provenientes de todas las clases sociales puesto que en el partido no existen ya obreros, empleados, intelectuales, artesanos o campesinos, y nos convierte en comunistas, militantes del partido que lucha por el revolucionamiento completo de la sociedad presente; del partido que, en paralelo, lucha contra la influencia y costumbres que la burguesía difunde y siembra en todos los poros de la sociedad; del partido que jamás lamenta desarrollar su actividad a contracorriente, de soñar la revolución, de permear su vida interna del espíritu proletario y revolucionario.

La conciencia de clase que el partido comunista revolucionario posee es una cualidad específica al partido histórico que los militantes poseen individualmente y que no pueden heredar como si fuese una propiedad o derecho escrito. Es la conciencia de clase, por lo tanto, la teoría revolucionaria, que forma a los militantes de partido, y no lo contrario. Por esto, sin partido, sin actividad y trabajo de partido no se puede hablar de conciencia de clase, de movimiento de clase, o sea, de movimiento del proletariado que se dirige hacia finalidades históricas que superan y dialécticamente niegan sus características específicas de clase.

Toda visión, toda concepción que busca la conciencia de clase en cada individuo o grupo de individuos, por ende fuera del partido comunista revolucionario, responde a la ideología burguesa y es por ello antirrevolucionaria.

Abrazando la concepción del mundo y de la historia de la humanidad que corresponde a la teoría marxista del comunismo se está objetivamente obligado a antagonizar con la ideología burguesa, negándole toda posibilidad de desarrollo. Al objetivo de la conservación social del dominio capitalista de la sociedad el comunismo revolucionario contraponen el objetivo del total revolucionamiento de la sociedad capitalista y de la destrucción de todo de sus defensas; ideológicas, sociales, económicas, políticas y militares. Por eso las «armas de la crítica»

que el marxismo representa en el curso de la lucha entre las clases debe convertirse, cuando se llega al período revolucionario, en la «crítica de las armas», y este paso no puede realizarse si no gracias a la actividad e intervención del partido de clase que asegura al movimiento de clase del proletariado su desarrollo orgánico en la realidad histórica de la evolución social de la humanidad.

La realidad histórica no se mueve según los dictámenes de la democracia política que la burguesía adoptó para su revolución y conservación del poder; se mueve según las líneas históricas de las fuerzas sociales que tienden a superar los límites de la división en clases antagónicas, y que en el desarrollo de las fuerzas productivas tienden a romper con todo obstáculos – económico, político, social, ideológico – a la evolución objetiva del desarrollo de la organización social humana. Combatiendo contra el utopismo que describía la sociedad futura como quisiera que fuera, Marx describe cómo será; existen miles de páginas elaboradas por Marx y Engels, Lenin, de nuestro trabajo de partido, que demuestran que el marxismo no se ha limitado a reducir el socialismo a la eliminación de la explotación, a la eliminación de las desigualdades sociales. La fuerza de la teoría marxista está en la adhesión materialista y dialéctica al desarrollo real de la historia de la sociedad humana, y de la que retomamos a Engels un potente parágrafo de su *Anti-Dühring*:

«Con la toma de posesión de los medios de producción por la sociedad se elimina la producción mercantil y, con ella, el dominio del producto sobre el productor. La anarquía en el seno de la producción social se sustituye por la organización consciente y planificada. Termina la lucha por la existencia individual. Con esto el hombre se separa definitivamente, en cierto sentido, del reino animal, y pasa de las condiciones de existencia animales a otras realmente humanas. El aro de las condiciones de existencia que circundaba y hasta ahora dominó a los hombres cae ahora bajo el dominio y el control de éstos, los cuales se hacen por vez primera conscientes y reales dueños de la naturaleza porque, y en la medida en que se hacen dueños de su propia asociación. Los hombres aplican ahora y dominan así con pleno conocimiento real las leyes de su propio hacer social, que antes se les enfrentaban como leyes naturales extra-

ñas a ellos. La propia asociación de los hombres, que antes era impuesta y concedida por leyes que emanan de la naturaleza y la historia, se hace ahora acción libre y propia. Las potencias objetivas y extrañas que hasta ahora dominaron la historia pasan bajo el control de los hombres mismos. Sólo a partir de ese momento harán los hombres su historia con plena conciencia; sólo a partir de ese momento irán teniendo predominantemente y cada vez más las causas sociales que ellos pongan en movimiento los efectos que ellos deseen. Es el salto de la humanidad desde el reino de la necesidad al reino de la libertad»; y más adelante al final del capítulo: «La misión histórica del proletariado moderno consiste en llevar a cabo esa acción emancipadora del mundo. La tarea de la expresión teórica del movimiento proletario, la tarea del socialismo científico, es descubrir las condiciones históricas de aquella acción y, con ello, su naturaleza misma, para llevar a conciencia de la clase hoy oprimida llamada a realizarla las condiciones y la naturaleza de su propia tarea (28). Las cursivas son nuestras. El socialismo científico, por lo tanto, la teoría del comunismo que se concretiza en la actividad y acción del partido comunista revolucionario, tiene la tarea de dar a la clase la conciencia de las condiciones de su revolución, de su emancipación del capitalismo.

La prehistoria del hombre terminará, por lo tanto, con el fin de las sociedades divididas en clases, y el hombre finalmente impondrá su propia historia a través de la destrucción de la sociedad capitalista – barriendo con todo residuo de las sociedades precapitalistas – y el comienzo de la nueva sociedad sin clases, de la nueva colectividad humana.

En un Hilo del Tiempo de 1953, en la polémica con un grupo francés de reparadores, Socialismo y Barbarie, Amadeo Bordiga retoma los temas teóricos correlativos a la defensa de la invariancia del marxismo para acentuar las posiciones del partido respecto a la cuestión del partido, de la conciencia «de las masas», de la cultura, etc. E, comentando el pasaje de Engels que hemos citado más arriba, subrayaba en perfecta síntesis: «La hora descrita en el potente pasaje de Engels es la que verá, luego de la toma en posesión social de los medios de producción, el fin de la competencia económica y el mercantilismo; es decir, verá mucho después la conquista del po-

der político. Entonces por primera vez aparecerá una actividad consciente de los hombres, de la colectividad humana. Y sólo entonces, las clases dejarán de existir» (29); itálicas en el original.

Esta actividad consciente de los hombres, de toda la colectividad humana, se encuentra anticipada en el partido de clase, y sólo en él. Pero, como es utópico pensar que en el partido de clase se puedan realizar los caracteres del comunismo que un día serán los de todos los seres humanos y que, en esta colectividad-partido se puedan ya vivir las relaciones sociales del comunismo, así como es errado pensar que el partido constituye una suerte de pedazo de comunismo ya realizado al interior de la sociedad capitalista (con menos razón aún es lícito pensar que el comunismo es posible en un solo país, en un solo territorio donde el proletariado haya conquistado el poder político).

La sociedad futura, el comunismo, no se impondrá del mismo modo en que el capitalismo se impuso sobre el feudalismo, es decir, no verá la luz a través de un desarrollo económico que transforme el modo de producción dentro de las viejas relaciones sociales y políticas antes de plantearse la cuestión del poder político que deje a su libre desarrollo un nuevo modo de producción ya presente y activo. El comunismo podrá imponerse sólo a través de una trayectoria histórica completamente nueva respecto a la que han seguido las clases en el curso de la historia precedente: primero deberá ser resuelta la cuestión del poder político central, en otras palabras, el proletariado deberá derribar el poder burgués y después, sólo después, con el poder político conquistado y mantenido en el tiempo, se podrán emprender las transformaciones económicas que sepultarán la producción de mercancías y la anarquía de la producción para dejar libre el paso a la nueva organización y planificación económica y social. El teatro de la lucha por el comunismo es el mundo y no la fábrica, el distrito, el país. Es el desarrollo real de las fuerzas productivas desarrolladas por el capitalismo, la universalización del modo de producción capitalista, que permita transformar la producción de mercancías en producción útil a la vida social del hombre; que permita – una vez destruidas las relaciones de clase que impiden el progreso de la sociedad – al hombre no ser más nunca dominado

por la producción de mercancías, dominando él su vida económica y social.

El partido – que es de clase en el sentido de que representa dialécticamente los intereses generales e históricos de la única clase que revolucionará la actual sociedad destruyendo sus relaciones de clase – representa al mismo tiempo tanto los intereses generales e históricos de la clase proletaria revolucionaria, lanzada a la conquista del poder político en su lucha anticapitalista y antiburguesa, tanto los intereses generales de la sociedad humana que, liberando al proletariado del capitalismo, encuentra la vía de emancipación de toda la sociedad de toda división de clase, de todo vínculo determinado por la división social entre trabajo y capital, y, por lo tanto, de todo opresión de clase surgida de esta división. Representando este curso histórico bien definido, el partido comunista revolucionario representa al mismo tiempo la necesidad de la revolución proletaria y de la dictadura de clase y su superación, la necesidad de la conquista revolucionaria del poder político y de la constitución del Estado proletario y de su extinción. En esta doble función, en esta dialéctica doble existencia, el partido revolucionario es de clase con respecto a sus tareas de lucha contra el capitalismo y la burguesía, y no es «de clase» sino comunista cuando representa en el hoy el futuro comunismo de la sociedad humana.

El partido desarrolla sus tareas de manera orgánica porque no se niega a sí mismo, no renuncia a desarrollar estas tareas en la sociedad capitalista para prepararse a realizar aquellas de la futura sociedad sin clases; y no renuncia a representar los intereses generales e históricos de la sociedad humana liberada de las condiciones de existencia sometidas al dominio capitalista para dedicarse sólo a la lucha de clase en el actual curso histórico del capitalismo. Aquellos que huyen del método dialéctico no logran comprender, por ejemplo, que luchar por la abolición del trabajo asalariado no significa abandonar el terreno de la lucha proletaria por el salario, ya que es a través de la lucha proletaria anticapitalista que el proletariado se prepara y arriba a la lucha por objetivos más altos e históricos. Pero una tarea del partido revolucionario es precisamente la de intervenir en la lucha inmediata del proletariado para concentrar los elementos políticos y teóricos de

la unificación del proletariado en una sola gran lucha contra el capitalismo y, así, establecer el contacto con las chispas de consciencia de clase generada por el desarrollo de la lucha proletaria. A falta de este contacto, el proletariado está condenado a permanecer en el cuadro de las relaciones sociales burguesas, que luche o no contra los patrones. Por ello el partido no pierde ocasión de utilizar toda espiral que se abra en la lucha proletaria para introducir su propia acción, su actividad consciente y planificada dirigida a la lucha revolucionaria.

Contra todos aquellos que, elucubrando una supuesta «consciencia de las masas», sobre la autonomía y la libertad individual, descalifican el rol del partido respecto a la revolución y la dictadura del proletariado, y que desvían al pantano democrático la actividad y acción del partido; contra todos aquellos que sostienen que el partido debe limitarse a orientar la lucha del proletariado, y no a guiarla; contra todos aquellos que sostienen que el partido, en vista de las degeneraciones sufridas en el desarrollo del curso histórico de la lucha proletaria y revolucionaria, no tiene ya razón de existir sino como pura propaganda de la sociedad futura, oponemos nuestra tesis:

«¡Cada vez y siempre más el proletariado, en su largo curso hacia la revolución, tiene necesidad de su partido político! Sucesivamente mueren las primera formas de asociación, mutualistas, cooperativistas; sindicales (después de la revolución), empresarial, estatal (soviets o similares que nacen después la revolución como formas de la dictadura de clase): el partido en todo este curso se potencia siempre y en cierto sentido jamás desaparecerá, incluso después de la desaparición de las clases, convirtiéndose en órgano de estudio y organización de la lucha entre la especie humana y las condiciones naturales» (30).

La característica orgánica de la actividad de partido se desprende de esta perspectiva histórica; la calidad orgánica de su centralismo responde al desarrollo real e histórico de las fuerzas sociales y a la dirección consciente y voluntaria que el partido imprime a estas fuerzas. En su batalla contra la influencia y la praxis del mercantilismo que el partido comunista revolucionario hace para mantener la ruta revolucionaria y para avocarse a sus tareas revolucionarias, la colecti-

vidad-partido se dota de instrumentos y formas de organización que vayan respondiendo más adecuadamente a estas tareas. Por ello la forma democrática, considerada pasajera, ha sido abandonada y con ella todo el bagaje ideológico de las libertades y autonomías personales.

Concluimos con otro párrafo tomado del trabajo del partido sobre el balance de la revolución y contrarrevolución en Rusia y que, partiendo de garantías no formales pero sustanciales en materia de organización, sintetiza los puntos cardinales relativos a la vida interna de partido y a su definición en la perspectiva revolucionaria:

«Doctrina: el Centro no tiene facultad para cambiar la que ha sido establecida, desde sus orígenes, en los textos clásicos del movimiento. Organización: única internacionalmente, que no varía según agregaciones o fusiones sino por admisiones individuales; sus elementos organizados no pueden estar en otro movimiento. Táctica: las posibilidades de maniobra y de acción deben ser previstas por decisiones surgidas de los congresos internacionales con un sistema cerrado. En la base no pueden iniciarse acciones que no estén propuestas por el Centro; el centro no puede, bajo el pretexto de hechos nuevos, inventar nuevas tácticas y movimientos.

«El vínculo entre la base del partido y el centro deviene una forma dialéctica. Si el partido ejercita la dictadura de la clase en el Estado, y contra las clases contra las cuales el Estado actúa, no hay dictadura del centro del partido sobre la base. La dictadura no se niega con una democracia mecáni-

ca interna formal, sino con el respeto a aquellos vínculos dialécticos» (31).

Que los lectores no se confundan por el hecho de que en el párrafo citado, a propósito de táctica, se use el término «congresos internacionales» como lugar en el cual partido toma sus decisiones con respecto a la táctica precisamente. En aquella época era usual utilizar este término que correspondía a las reuniones generales, internacionales del partido, así como entonces era costumbre llamar interfederales a las reuniones regionales. Queda evidente y claro, ya en aquella época, que las decisiones del partido no se toman contando votos, ni en los congresos internacionales ni en los nacionales o en las reuniones de las organizaciones de base. El lazo dialéctico entre centro y base del partido permite superar el uso accidental del mecanismo democrático. Puesto que no se permite ninguna autonomía de análisis, de crítica y perspectiva, ni al centro ni a la base, ni tampoco son permitidas maniobras o acciones no previstas de las líneas políticas y tácticas ya definidas y válidas para todo el partido, las decisiones que el partido toma en sus reuniones, internacionales o no, las toma mediante un sistema cerrado, cerrado precisamente a consultas democráticas, a la contraposición de tesis, al cómputo de votos. Los aportes de los militantes, secciones, órganos específicos del partido, tienen la finalidad de mejorar y esculpir mejor las líneas políticas y tácticas ya definidas, a la luz de los acontecimientos, hechos y situaciones que obligan al partido a tomar posición y decidir su propia acción.

(1) Ver El principio democrático, de A. Bordiga, en «Rassegna Comunista», año II, n° 18 del 28 de Febrero de 1922, reproducido en el opúsculo Partido y Clase, n° 4 de los «textos del partido comunista internacional», Nápoles, 1972, pp. 62–63.

(2) Cfr. las Tesis sobre la tarea histórica, la acción, y la estructura del partido comunista mundial, según las posiciones que desde hace más de medio siglo forman el patrimonio histórico de la Izquierda Comunista – Julio de 1965, conocidas como las Tesis de Nápoles, ya que fueron presentadas en la reunión general de partido en esa ciudad; publicadas en «il programma comunista» n° 14 del 28

de Julio de 1965, luego recogidas en el volumen n° 2 de la serie «los textos del partido comunista internacional» intitulado «En defensa de la continuidad del programa comunista, Milán 1970; la citación se encuentra en la página 178. Un año después, en la reunión general de Milán de abril de 1966, retomando el tema, fueron presentadas las Tesis sobre la tarea histórica, la acción, y la estructura del partido comunista mundial – abril de 1966, publicadas en «il programma comunista» n° 7 de 1966, recogidas luego en el volumen n° 2 ya citado.

(3) *Ibidem*, pág. 180.

(4) Como espléndidamente viene descrito en el texto Consideraciones

sobre la orgánica actividad del partido cuando la situación general es históricamente desfavorable, publicado por primera vez en «il programma comunista» n° 2 de los «textos del partido comunista internacional», Florencia, 1970, p. 167.

(5) Cfr. los gráficos que completan un tanto esquemáticamente el tema de la Inversión de la praxis en la teoría marxista, fueron expuestos en la reunión general del partido tenida en Roma, en abril de 1951, luego recogidos en el Apéndice a Partido y clase, cit., pp. 130–137; el gráfico desarrollado es el II, p. 131 (p. 144 en el mismo opúsculo publicado en español).

(6) Ver Lenin, Tres fuentes y tres partes integrantes del marxismo, 1913, en Obras, vol. XIX, la citación se encuentra p. 9.

(7) Ver Lenin, Karl Marx, en Obras, vol. 21, p. 35–79; esta citación se encuentra en la pág. 49.

(8) Cfr. las Tesis características del partido, presentadas en la reunión general de Florencia de diciembre de 1951, publicadas en forma resumida en mayo de 1953, en la serie de textos publicados bajo el nombre de «Al hilo del Tiempo», e integralmente en «il programma comunista», n° 16 de 1962; luego recogidas en el volumen En defensa de la continuidad del programa comunista, Florencia, 1974, cit. el párrafo es tomado de la Parte IV, Acción de partido en Italia y otros países en 1952, p. 163.

(9) Nos referimos a la escisión que dio origen al partido del cual nos reivindicamos directamente, es decir, el «partido comunista internacionalista-programma comunista», en la que los militantes que hacían labor fraccionalista incluso llegaron a recurrir a la acción judicial para arrancarnos el derecho al título del periódico, «battaglia comunista», queriendo a toda costa realizar un congreso en el cual contraponer a las tesis del partido sus propias tesis. Esta fracción continuó, y continúa hoy todavía, su deriva oportunista.

(10) Ver los Estatutos del Partido Comunista Internacionalista, 1946,

que en su epígrafe trae la siguiente frase: Los estatutos presentados aquí, que son la reproducción actualizada de los Estatutos votados por el Congreso Nacional del P.C. de Italia, en 1922, son válidos hasta el próximo Congreso del Partido.

(11) Cfr. el texto de las Tesis características del partido, diciembre 1951, cit., parte IV. Acción de partido en Italia y otros países en 1952, punto 10, En defensa de la continuidad del programa comunista, cit., p. 163.

(12) *Ibidem*, p. 163.

(13) *Ibidem*, p. 163.

(14) Cfr. por ejemplo, nuestro trabajo de balance del partido, desde los primeros números de «Il Comunista» en 1985 y el reciente folleto Sobre la formación del partido de clase.

(15) Cfr. las Tesis de Nápoles, cit. contenidas en el volumen En defensa de la continuidad..., cit. punto 8, pág. 178.

(16) Cfr. las Tesis de Nápoles, cit. punto 10, pág. 179.

(17) *Ibidem*, pág. 179.

(18) *Ibidem*, pág. 179.

(19) *Ibidem*, pág. 179.

(20) Se trata de las Tesis sobre la tarea histórica, la acción y la estructura del partido comunista mundial, de 1965–1966 presentadas y adoptadas por el partido en sus reuniones generales, Nápoles y Milán respectivamente, de las cuales se retoman los diversos párrafos.

(21) Cfr., Consideraciones sobre la orgánica actividad del partido..., cit. p. 167.

(22) Ver las Tesis de Nápoles, cit. punto 13, p. 182.

(23) Il Partito Comunista, es el periódico de un grupo político que ha retomado el nombre de nuestro partido, y que rompe con «programma comunista» en 1974, y que todavía hoy se les llama «los florentinos» en virtud de que esta escisión fue determinada por la casi totalidad de los miembros de la entonces sección de partido de la ciudad de Florencia, a los que se agregaron luego otros componentes de las secciones toscanas.

(24) Cfr. las Tesis de Milán, cit., punto 6, pág. 185.

(25) Cfr. Estructura económica y social de la Rusia de hoy, texto de partido publicado entre 1955 y 1957 en el «programma comunista» y luego recogidas en 1976 en volumen junto a otros dos textos. Este texto condensa en forma portentosa el balance dinámico que el partido hizo de la revolución rusa y la contrarrevolución burguesa, llamada estaliniana, convirtiéndose en la base fundamental de todo el trabajo de adquisición teórica y de aportes políticos para las generaciones de militantes de aquellos años y de los años por venir. La cita se halla en la p. 54, donde se trata la cuestión de la táctica.

(26) Cfr. Fuerza, violencia, dictadura en la lucha de clase, 1946–48, publicado por primera vez en la entonces revista teórica de partido Prometeo, luego recogido en el texto Partido y clase, cit. pág. 97.

(27) Cfr. las Tesis de Nápoles, cit. p. 182.

(28) Cfr. F. Engels, Anti-Dühring, Tercera parte: Socialismo, § II Teoría.

(29) Ver Al hilo del Tiempo «Danza de fantoches: de la consciencia a la cultura, il programma comunista, 1953 n° 12, recogido luego en un folleto de partido intitulado Clase, partido, Estado en la teoría marxista, ed. il programma comunista, 1972.

(30) Cfr. El Hilo del Tiempo intitulado Gracidamento de la prassi, publicado en el «programma comunista» n° 12 de 1953, recogido luego en el folleto de partido Clase, partido, Estado en la teoría marxista, ed. il programma comunista, cit.; el párrafo citado se encuentra en las pp. 45–46 de dicho volumen.

(31) Cfr. el texto intitulado Marxismo y autoridad, intermedio a la serie Rusia en la gran revolución y en la sociedad contemporánea de 1956, publicado en el «programma comunista» n° 14 de 1956, recogido luego en el folleto Clase, partido, Estado en la teoría marxista, cit.; el párrafo se halla en la página 104 del folleto.

(TOMADO DE IL COMUNISTA, N° 103 – MARZO 2007)

# China: particularidad de su evolución histórica

«Con el fin de arrojar las bases orgánicas para un estudio del ‘fenómeno’ chino, consideramos útil acercar a los compañeros a un conjunto de nociones históricas fundamentales sobre la particularidad de la evolución histórica china, que tienen un peso directo e inmediato sobre el problema de hoy». Esto lo escribíamos como partido, en 1957, momentos en que se trata de poner a los compañeros y a todos aquellos que seguían de cerca la actividad del partido en su reafirmación de la teoría marxista, del materialismo histórico y dialéctico, de ponerlos en condiciones de comprender los eventos históricos en su desarrollo, y de observar en su real correspondencia a los movimientos políticos y fuerzas sociales, de leer en sus relaciones económicas y políticas, más allá de los mitos burgueses y preburgueses ligados a grandes personajes, dioses o fuerzas sobrenaturales. El estudio sobre la peculiaridad de la evolución histórica de China fue publicado en el periódico de partido de la época, «il programma comunista», en cuatro entregas, en los números 23 y 24 de 1957 y 7 y 8 de 1958.

Así, retomando la «cuestión china», ampliamente tratada por el partido durante bastante tiempo, volvemos a publicar este estudio para reapoderarnos de aquellas «bases orgánicas» y tener capacidad para abordar y encuadrar correctamente la «cuestión china».

## 1. CONTINUIDAD ÉTNICA DEL ESTADO

Con las mutaciones revolucionarias de sus formas, el Estado, en Europa, ha seguido conservando una misma base racial. El continente, desde la protohistoria, ha pertenecido a la misma raíz indoeuropea, cuya preponderancia jamás fue puesta en entredicho por las incursiones devastadoras de naciones pertenecientes a razas extraeuropeas, como los mongoles, árabes, turcos. Sin embargo, esta continuidad racial del Estado no viene acompañada de su continuidad nacional. En efecto, en las mismas residencias geográficas vemos unirse diferentes naciones. Naciones nómadas que absorben o expulsan de su territorio a las poblaciones autóctonas; sucesivamente, otras naciones conquistadoras invaden a sus antiguos invasores y un nuevo Estado se yuxtapone sobre los escombros del Estado vencido. Esto es, el Estado cambia de forma política junto con su contenido étnico, y cuando cambia desaparecen, desde luego, igualmente, las viejas relaciones productivas. En conclusión, cada sector geográfico del continente sufre la derrota y la destrucción física de la nación, que desaparece al ceder el territorio a sus conquistadores; pero, más allá de la superposición de dominaciones, estas dejan intacto el elemento racial común. Las naciones surgen y perecen, la raza

permanece.

La historia de América presenta caracteres radicalmente diferentes. En este continente, la continuidad racial del Estado fue descuartizada violentamente por la invasión de los «conquistadores» españoles, que aniquiló para siempre las monarquías teocráticas precolombinas. Desde entonces y hasta hoy, el poder estatal pasó a manos de la raza conquistadora. La derrota de la nación coincidía con la derrota, total e irremediable de la raza. África y la misma Asia, excepto el Extremo Oriente, representan un caso intermedio. En la época de las invasiones bárbaras y en las más recientes de la colonización europea, asistimos a la caída de las bases nacionales y raciales del Estado. Se sabe que en África, y no solamente en su parte mediterránea, el Estado, tal como lo conocemos, dividido en clases sociales, existe desde la antigüedad. Pero, contrario a lo que ha sucedido con las razas autóctonas de las dos Américas, los continentes de Asia y África están por ser reconquistados por las razas que la dominación colonial expulsó del Estado.

La China es el único caso histórico cuyo asiento geográfico, la raza, la nación y el Estado, desde la prehistoria hasta hoy, coinciden milenariamente. En efecto, no existe otro ejemplo de

edificio estatal que, a pesar de las profundas sacudidas internas y de los pueblos que la han invadido, ha conservado su originaria residencia territorial y su base nacional y racial en que, desde un principio, fue alzado. En el curso de su multimilenaria historia, la nación china jamás ha cambiado de domicilio; las dominaciones de dinastías extranjeras – mongoles y manchúes (1) – sólo lograron apoderarse transitoriamente de los vértices del Estado. En todas las circunstancias, el inmenso océano fisiológico de la nación ha engullido a los incómodos huéspedes que se han evaporado sin alterar los rasgos físicos y culturales de los ocupados.

La ininterrumpida estabilidad de residencia de la nación china se explica por causas que nada tienen que ver con las heroicas mitologías de emperadores legendarios o de semidioses que dictan leyes al pueblo que lo adora. Dos son los factores esenciales de la extraordinaria sedentariedad de la nación china. El primero es de orden geológico, y corresponde a la extrema fertilidad de su llanura. Como la Mesopotamia y la cuenca del Ganges, la vigorosa civilización agraria china sumerge sus raíces en la misma formación geológica del continente asiático. Los chinos, pueblo de prósperos agricultores, pudieron salir de la barbarie y dar nacimiento a una civilización milenaria gracias al *loess* (2) azufrado con el cual el Huang-He (Río Amarillo) construye la «Gran Llanura» que va del Hunan al Hopei. Ahora que se ha comprobado, contrariamente a lo que siempre se ha creído, que los chinos no vinieron de la cuenca inferior del Río Amarillo como conquistadores, sino que siempre habitaron allí como autóctonos desde la prehistoria, se puede decir que la historia nacional china fue la prolongación de la historia geológica del Extremo Oriente. Es realmente impresionante la excepcional vitalidad de una nación que, única en el mundo, pudo mirar tras de sí y ver que sus orígenes se entretienen con los orígenes del territorio en el que reside desde hace milenios. No obstante, lo que más importa es que la historia pasada acredita el hecho de

que en la nación oriental exista un gigantesco potencial creativo hasta el punto en que la revolución industrial ha tenido que transformarla necesariamente en poderosa realización histórica.

El otro factor, esta vez de orden físico, es la posición geográfica del Extremo Oriente. Otros pueblos tuvieron que abandonar su territorio, a falta de fronteras protectoras que detuvieran a sus invasores. En cambio, gracias a sus límites naturales, la gran explanada china goza de escollos infranqueables: en lo que es hoy Turkestán, se encuentra el semi-desierto de sable de la cuenca del Tarim; al

oriente está el inmenso desierto de agua del Océano Pacífico. Otras estuendas barreras son el altiplano del Tibet, que limita por el sur con la formidable cordillera del Himalaya y por el norte con la cadena del Kuenlun y el Altin-tagh; y en plena Asia central, las montañas Tien-shan, el Altai, y el Kangai. La única frontera «no protegida» es la septentrional, asediada por poblaciones nómadas, que la extrema pobreza del suelo los obligaba a sostenerse del pastoreo, mas con la sequía o el frío que mataba al ganado, se veían acicateados por el hambre a tentar la aventura de la guerra de rapiña contra los ricos labradores chinos.

## 2. PRECOCIDAD DEL FEUDALISMO

Mientras que el resto del mundo impera todavía el esclavismo, en China el feudalismo cumple por entero su tarea histórica. Con la llegada de los Ts' in, siglo III A.C, adviene ya el traspaso violento del feudalismo primitivo aristocrático (organizado en formas que reaparecerán en Europa occidental varios siglos después) a lo que nuestro movimiento ha definido por «feudalismo de Estado», un movimiento que no se sostiene ya con el poder periférico de una aristocracia terrateniente, sino en un concentrado aparato burocrático de Estado.

Desde el siglo XIX nos hemos habituado tanto, en Europa, a considerar la China como un país atrasado – cierto que lo es, si se mira desde el punto de vista capitalista – que no todos saben que hubo un tiempo en que el desarrollo histórico marcó un ritmo más acelerado que el de la misma y rica civilización del Mediterráneo y Asia occidental. La relegación de los belicosos principados feudales, la reducción de la aristocracia terrateniente a puro instrumento, cuando no a simple ornamento de la Corte imperial, la supresión del desmembramiento del poder político y la formación del Estado unitario – en resumen, las condiciones históricas que han permitido el surgimiento de los modernos Estados capitalistas – fueron posibles en Europa, sólo al final del Medioevo. En los otros Estados de Asia y África, especialmente aquellos de reciente formación, el proceso se encuentra todavía en desarrollo (3): es el caso de la India que hace poco menos de diez años obtuvo su independencia batalla todavía con las tendencias centrífugas de diversas nacionalidades. En China, por el contrario, cuando la última di-

nastía – la de los C'ing – fue destronada por la revolución de 1911, el Estado unitario ya tenía siglos, y de la aristocracia terrateniente no quedaban ni las sombras.

Pero esto no nos debe inducir al error de pensar que la entrada anticipada al feudalismo en China, mientras que en el resto del mundo prevaecía el esclavismo, se deba a la antigüedad de su civilización.

Imperios potentes, destinados a dejar una huella profunda en la historia, había ya alcanzado su apogeo, cuando los chinos vivían a orillas del curso inferior del Huang-He y no habían osado emprender todavía la conquista de las codiciadas tierras del Yangtze Kiang. La primera de las dinastías reales chinas fueron las de los Hia y los Chang, o Yin, que imperaron desde el siglo XXII al siglo XI A.C No se trata evidentemente de las monarquías más antiguas de la historia. Es en 3200 a.C que Menes unifica al Egipto, hasta entonces dividido en dos reinos, y funda el Estado faraónico; pues bien, cinco mil años antes de Cristo surge en la isla de Creta una estupenda civilización, que fue luego desmembrada por una invasión de «bárbaros» provenientes de la península helénica.

La civilización china surge más tarde que la civilización mediterránea, pero arriba antes que esta a una fase histórica – el feudalismo – para la cual Occidente deberá emplear decenas de siglos. Esta precocidad histórica de la China fue posible por la ausencia de la fase esclavista en su desarrollo histórico. En efecto, no se tiene conocimiento de un esclavismo chino, tal como se ha visto en Occidente, aunque es cierto que en ellos existió una

forma de esclavitud, ligada no al modo de producción social sino al modo de vida de las familias ricas. Fue en el siglo III A.C que los emperadores permitieron a las familias pobres vender a sus hijos, que como de costumbre eran comprados por los ricos señores, funcionarios imperiales, grandes comerciantes, adeptos a los servicios domésticos. Este uso estaba en armonía con la costumbre familiar que admitía el concubinato, razón por la cual la familia de los estratos superiores de la sociedad comprendía en su seno un alto número de miembros y la administración de la casa resultaba complicada. Está claro que tal forma de esclavitud doméstica difería completamente del esclavismo de los Faraones egipcios y Emperadores romanos.

En la antigüedad greco-romana, los esclavos eran los prisioneros de guerra que el vencedor arrastraba consigo hasta las metrópolis y cedía a la aristocracia terrateniente, o bien los reservaba para el Estado, que los empleaba en su organización civil y militar. En sí, los esclavos constituían una clase social y un importante sector de las fuerzas productivas, encima de la cual descansaba la sociedad y el Estado. El esclavo chino es un doméstico hasta la muerte, un sirviente de la casa que el amo obtiene comprándolo desde la tierna edad y educándolo en su casa. Sin embargo, el derecho de posesión sobre el esclavo no era ilimitado, como en los Estados esclavistas de Occidente; en los hechos, el amo no podía ejercitar un derecho de vida o muerte sobre su persona, y las leyes y costumbres estaban allí para mitigar su condición. Por ejemplo, los esclavos domésticos de sexo femenino pasaban, con el matrimonio, a la potestad del marido y se emancipaban si el consorte era libre. Hijos y descendientes de familias de esclavos no eran libres, pero su próxima generación adquirirían la libertad, y así en adelante.

La civilización occidental surge y se desarrolla bajo las formas esclavistas, porque las condiciones físicas e históricas en las cuales se desenvuelve imponen la práctica generalizada de la guerra de conquista y sumisión de los pueblos vecinos. En el fondo, el imperialismo esclavista y el imperialismo capitalista, que si bien se diferencian esencialmente en muchos aspectos, convergen en la práctica del pillaje organizado de fuerza de trabajo. El conquistador antiguo que, después de anexarse las tierras de ultramar, regresaba con un botín de esclavos, y

el moderno Estado imperialista que somete a las poblaciones de las «áreas deprimidas» y las añade a su esfera económica, perseguían el mismo objetivo; abastecer a las metrópolis de masas gigantescas de fuerza de trabajo sometidas a la explotación. La guerra imperialista de los grandes Estados antiguos es la misma guerra entre aristocracias terratenientes propietarias de esclavos, formadas, a su vez, por jefes militares de pueblos que las féreas exigencias económicas empujan a la guerra de conquista y de sumisión de otras naciones más ricas.

La sociedad china, que sale de la barbarie, pudo «saltar» el esclavismo porque pudo liberar su potencial productivo y establecerse en formas de civilización, sin tener que recurrir a la guerra y al imperialismo, y tener que sufrirlos de naciones enemigas. Pero, para comprender las leyes de desarrollo de la sociedad china, debemos otra vez apelar a los dos grandes factores de la composición geológica del suelo, extraordinariamente favorable al progreso de una sociedad agraria sedentaria, y de la posición geográfica de la «fortaleza» china, absolutamente inexpugnable. Fuera del alcance de las agresiones exteriores, exenta de la cruel necesidad de forjarse una tradición guerrera, ya que la tierra, casi sin fertilizantes y con la preciosa ayuda de ingeniosas obras hidráulicas, produce mercaderías en proporción al número aunque gigantesco de habitantes, la nación china está en capacidad de vivir casi aislada del resto del mundo. Sin embargo, a pesar de su carácter sedentario y agrario, la civilización china da frutos maravillosos.

Tal vez es en China, más que en otras partes del mundo civilizado, que el feudalismo pudo poner en práctica todas sus posibilidades de desarrollo. Pero, en Occidente, aparte de la época del florecimiento de la civilización mediterránea y particularmente del mundo greco-romano – y donde la técnica productiva, la ciencia y el arte alcanzan vértices mayores – el feudalismo medieval representó más bien una fase de repliegue de la actividad humana. Fue necesario llegar al Renacimiento para que las fuerzas creativas del trabajo humano vuelvan a dar señales de vida. Entonces, todo cuanto ocurre en China parece desmentir las ideas corrientes sobre el feudalismo, dado que la estructura sobre la cual se modela la vida social es esencialmente feudal, pero lo que

no impide, sino más bien favorece, el progreso intelectual, como dan fe el magnífico período artístico que coincide con el reino de la dinastía Ming (1368-1643). Sucede porque muy pronto el Estado alcanza niveles de potencia y consigue suprimir el poder privado de la aristocracia latifundista, sustituyéndolo por un aparato administrativo y burocrático altamente concentrado en manos del Emperador. La anulación de las fronteras internas, propia de los países divididos

### 3. PASO DEL FEUDALISMO ARISTOCRÁTICO AL FEUDALISMO DE ESTADO

Habíamos dicho ya que la cuenca inferior del Río Amarillo debe considerarse como la cuna de la nación china. Sin embargo, con el mejoramiento de la técnica agraria y el consecuente incremento de las fuerzas productivas, la población aumenta, volviendo demasiado estrechas las fronteras tradicionales. Llega, pues, el momento inevitable en que este pueblo de pacíficos agricultores, para sobrevivir, deberá lanzarse a la conquista armada para extender su territorio.

Hacia el siglo V A.C algunos grupos de colonizadores avanzarán hacia el oeste, y, siguiendo el curso de los ríos Wei y Fen – afluentes del Río Amarillo, ocuparán el actual Shen-si, y yendo hacia el mar el río Shantung. La conquista de estas nuevas tierras habitadas por tribus belicosas, toma necesariamente la forma de una expedición militar. Probablemente es en este período en que surge la aristocracia militar, la cual muy pronto se transformará en aristocracia latifundista. Durante el siglo XI A.C asciende al trono imperial la dinastía Chiu, que por sus atribuciones y prerrogativas comprendemos que en este período la monarquía ejerce el poder sólo de manera indirecta, así como en otras partes el Estado se organiza con las formas del feudalismo aristocrático. En efecto, formalmente el Emperador concentra en sus manos el poder político. Este asume igualmente el cargo de gran sacerdote de la religión de Estado – con el título de «Hijo del cielo», lazo de unión entre orden celestial y orden terrenal –, pero que ejerce el poder por intermedio de una potente aristocracia latifundista. Así, pues, la pirámide social se divide claramente en tres estratos distintos: abajo, las clases inferiores explotadas, los siervos de la gleba, pequeños cultivadores, colonos, sectores urbanos; en el vértice, la Corte que dispone de un rudimentario aparato

en estrechos y mezquinos dominios feudales, hace posible un intenso comercio interno, que se desarrolla principalmente por vía fluvial, y, por lo tanto, un fecundo tejido de relaciones sociales. En cambio, los siglos del alto feudalismo europeo son estériles, precisamente porque los hombres viven confinados en las «islas cerradas» del feudo, en cuyos límites vela la insolente codicia del noble en armas, siempre listo a atribuirse derechos reales en perjuicio de la Corona.

to burocrático y cuenta con los vasallos para la alimentación de las finanzas y el reclutamiento de las tropas; en el medio, las castas de nobles que de aristocracia militar se ha convertido en aristocracia latifundista. A esta última se le confieren los feudos del soberano; pero, al recaudar directamente los impuestos feudales de los campesinos y organizando los cuadros del ejército imperial, pasa a detentar en los hechos el poder político. En la práctica, el emperador es el más fuerte – ya que dispone de un ejército que supera en potencia a los ejércitos de vasallos tomados aisladamente – de los reyes que reparten el gobierno del país. Pero, siendo cada feudatario el rey de su feudo, se deduce que el Emperador es el rey de todos los reyes.

En tal organización social la monarquía gobierna no por fuerza propia, sino gracias a la rivalidad y a las guerras intestinas que estallan permanentemente entre los vasallos y la Corona. En pocas palabras, la sociedad china de este período, por su modo de producción, por las clases que esencialmente la componen, y por el conjunto de normas sociales, entra completamente dentro del concepto de feudalismo; pero, en lo que corresponde a la estructura de la máquina del poder, esta se encuentra todavía en la fase de lo que se puede catalogar como «feudalismo inferior» o feudalismo aristocrático. La posterior evolución histórica mostrará de qué manera – con una base económica y social más o menos sin cambios – el poder político escapará de las manos de la aristocracia para concentrarse en manos del Estado, que ejercerá el poder mediante una burocracia pagada y por un ejército realista. La China pasará entonces a la fase de feudalismo superior la cual hemos convenido en llamar «feudalismo de Estado».

El declive de la dinastía Chiu co-

menzará a finales del siglo XI después de haber fracasado en la tentativa de realizar el gran proyecto de conquista de la cuenca de Yang-Tse-Kiang. La expedición militar sufre graves reveses hasta sucumbir miserablemente. El enemigo llegó incluso a tomar la contraofensiva; de este modo, en la primera mitad del siglo VII de la era cristiana, el territorio chino fue invadido por los «bárbaros» del sur. La misma capital fue invadida y el Emperador obligado a mudar más lejos su residencia, al interior de Lo-i (actualmente Honanfu). Esta crisis surge de la derrota militar y de la destitución política de la dinastía como resultado de esta; el poder escapa del Emperador para concentrarse en las manos de la aristocracia. Los vasallos más poderosos se apropiarán de las tierras de la Corona para incorporarlas a sus dominios particulares. Al usurpar las prerrogativas de palacio, aquellos que antes recibían sus propiedades de manos del Emperador, ahora se atribuyen el derecho de nombrar vasallos a quienes ellos escojan en las filas de la pequeña nobleza o entre aventureros que prosperan en el desorden general. Es así como estos comienzan a atribuir las tierras para recibir tributos. Muchas veces los nuevos señores, a los que se les puede llamar con un término sacado de la historia del feudalismo occidental: los «vavasores» quienes imponían el vasallaje a sus semejantes, agravando así las condiciones de vida de los campesinos sobre los cuales el yugo era cada vez más pesado. El número de cursos de principado, por ende, había aumentado los gastos de mantenimiento de la casta aristocrática. Además, las continuas disputas entre los príncipes con respecto a las tierras o los vasallos, imponían engrosamiento inaudito de las cargas fiscales que sufrían los poblados chinos. Las clases urbanas mismas – artesanos, comerciantes, médicos – no podían sustraerse de las exacciones de los latifundistas y sus lugartenientes, ya que el país se encontraba la mayor parte del tiempo en guerras intestinas; en cuanto al Emperador, este no disponía ya de ningún poder para frenar la arbitrariedad y el bandidaje de sus ex-vasallos transformados en soberanos absolutos en los límites de sus tierras.

En los primeros años del siglo V, una decena de príncipes influyentes nacen de la guerra permanente entre los Señores. La dinastía de los *Jiues* había caído a su nivel y no dispone de la supremacía militar relativa. La curva

del feudalismo aristocrático alcanza su apogeo en el período de 335-320 A.C., cuando la mayor parte de los príncipes – aun si la dinastía Jiu continuaba representando a la monarquía legítima – ascendieron a la corona (wang).

Más arriba habíamos dicho que el feudalismo chino se caracterizaba por su precocidad. Si se considera que el feudalismo – si empleamos este término con rigor – aparece en Europa a finales del Imperio Caronlingio (887), se debe concluir que el feudalismo surge en China con un avance de al menos 13 siglos. Al momento de la decadencia de la monarquía imperial china, después que la aristocracia terrateniente se hizo dueña de todo el país, en Occidente, Alejandro el Grande parte a la conquista del exorbitante Imperio persa. Todo el resto del mundo civilizado se dirige hacia el feudalismo. Roma, organizada como república, vive ocupada en las dos guerras de conquista de la península itálica.

Si bien el feudalismo es una fase de la sociedad dividida en clases que se sitúa por encima del esclavismo, resulta que en ese momento la historia en el Extremo Oriente se desarrolla más rápido que en otros lugares civilizados del mundo. Y el ritmo se sostiene en consecuencia. La repartición del territorio entre los poderosos príncipes no aportará la estabilidad política, dado que cada uno de ellos se encuentra en lucha perpetua contra sus vecinos. Se abre así una época que va a traer tiranías sangrientas, masacres de poblaciones, guerras devastadoras: la época lúgubre de los Chian Kuo (Reinos Combatientes). Ésta dura más de doscientos años, de 403 hasta 221 A.C., haciendo derramar sangre y sembrado la ruina económica. De esta furiosa lucha surge un gran principado, el de los Ts'in – la futura dinastía que dará su nombre a China.

Los Ts'in habían cimentado su potencia en perjuicio de la dinastía reinante de los Jiu, al apoderarse de una gran parte de los territorios personales de la Corona – el actual Chan-Si –, luego que estos los habían abandonado ante el empuje de la invasión bárbara. Progresivamente, los Ts'in habían ampliado la esfera de su poder, volviéndose un peligro para los príncipes rivales. Muy pronto, el Estado de los Ts'in se vio frente a una coalición de todos los otros Estados en su contra, provocando la guerra general. La lucha, al final de la cual la China debía salir profundamente transformada se prolongó de 312 a 256 A.C. Cuando la

guerra finaliza, la China se reunifica. La llegada al poder de la dinastía Ts'in marca la transición del feudalismo aristocrático al feudalismo de Estado. La nueva monarquía resuelve radicalmente la contradicción entre el poder central y las señoría feudales. Destronados los príncipes o reducidos a funcionarios de la realeza, la aristocracia interpuesta entre la Corona y el resto de la nación es abolida en la práctica. El territorio que otrora había sido dividido en dominios, ahora se divide en provincias y distritos puestos bajo la jurisdicción de funcionarios nombrados por el Emperador. La nueva burocracia imperial se divide en dos ramas, civil y militar, dirigidas por un Primer Ministro y un Mariscal de Imperio (comandante en jefe del ejército real). El Emperador está en la cima del poder con las dos ramas de la administración que confluyen en sus manos. Encima de todo este aparato vela un cuerpo de inspectores, responsables directos delante del Emperador y encargados de vigilar tanto la administración central como la de las provincias. En otras palabras, asistimos a la aparición de una monarquía absoluta, es decir, una forma de Estado caracterizada por una rigurosa concentración del poder, pero que permanece no obstante como la superestructura de una base económica feudal.

La dinastía Ts'in caerá rápidamente, pero la estructura de Estado que él había fundado permanecerá inmutable por más de 2000 años bajo las dinastías que se sucedieron y pese a la dominación de mongoles y manchúes. Ella dejará de existir oficialmente en 1911, luego de la revolución antimonárquica, pero es evidente que las tradiciones de centralización de este edificio ciclópeo se han perpetuado en los regímenes post-revolucionarios que han tomado el poder en China.

Existen sustanciales afinidades entre el feudalismo de Estado chino y el feudalismo de Estado ruso – de lo cual tendremos la ocasión de hablar detalladamente – que buscaremos ilustrar seguidamente. Por ahora, nos importa insistir sobre la precocidad del desarrollo del feudalismo y, en general, de todo el curso histórico chino, tanto más notable que en un momento dado del desarrollo de la historia mundial ú cuando la revolución burguesa comienza a fermentar en el seno de la sociedad feudal de Europa – China marcará el paso *distanciándose enormemente*.

Una última comparación: las mo-

narquías burocráticas que surgirán en Europa al final de la Edad Media pueden ser consideradas como una fase intermedia entre el feudalismo aristocrático y el feudalismo de Estado. En efecto, si tomamos como ejemplo la monarquía francesa, que alcanzó su apogeo absolutista bajo Luis XIV, constatamos que la concentración del poder de Estado no ha desmembrado la aristocracia terrateniente. Además, sabemos que las monarquías absolutas, contrabalanceando el poder de la nobleza latifundista, facilitarán el desarrollo de la burguesía y creará al final las condiciones para la revolución democrática. ¿Por qué razón este fenómeno estuvo ausente de la historia de China? Aun cuando la monarquía burocrática instaurada bajo el Imperio Ts'in, cuya tarea de unificación no se limitó sólo al terreno político, sino que se extendió a todos los ámbitos de la vida social (unificación de la lengua, pesos y medidas, usos y costumbres, etc.), favoreció el desarrollo del comercio interior y la aparición de una clase de comerciantes y mercaderes. Hay que tomar en cuenta este fenómeno si se quiere comprender los acontecimientos de estos cuarenta últimos años y – lo que nos importa – la actitud de la burguesía china durante este período, que ha permitido a los revisionistas del PC chino de perpetrar, tomando como pretexto el anti-imperialismo de los «burgueses nacionales», la enésima estafa interclasista.

Desde un comienzo el lector ha podido darse cuenta que no está en nuestras intenciones describir la larguísima historia de China. Tal empeño presupone un potente esfuerzo colectivo, a menos que se quiera limitar a traducir en un lenguaje diferente los habituales resultados de la historiografía tradicional.

Para reconstituir la historia de China según los criterios marxistas, es decir, para describir la historia real de China, habrá que consagrarse ú como además para una gran parte de la historia universal – a un gran trabajo de *arqueología económica*. Los historiadores tradicionales menosprecian – como consecuencia de su formación intelectual o por necesidad de polémica – el examen de las estructuras económicas que sufren mutaciones y determinan la forma política de la evolución histórica. Esto vale tanto para las «referencias» económicas, como para las ruinas de los monumentos del pasado: estas han sido enterradas bajo un silencio plurisecular. El historiador

marxista está por lo tanto obligado a recorrer su camino partiendo de su resultado final, en retroceso, para descubrir las causas económicas sólo posible a través de una lucha continua contra los prejuicios idealistas.

Los historiadores confucianos, que plagian los modernos historiadores occidentales, reducen toda la historia de China a una lucha intestina entre dinastía y a la guerra de los chinos de nacionalidad Han contra los bárbaros del norte y del sur. Sabemos, al contrario, que todo cambio dinástico era el resultado de una guerra civil que sacudía a la sociedad china. Fue una gigantesca guerra civil lo que provocó, en 209 A.C. la caída de la dinastía Ts'in, cuyo acontecimiento había sido el punto de llegada de una larga y dramática época de cambios sociales que pondrán fin al feudalismo aristocrático. Como ya sabemos, la revolución de los Ts'in dio lugar a la fundación del Estado nacional chino, absoluto y hereditario, lo cual – quedando al mismo tiempo como la organización del poder de las clases feudales – introdujo una sustancial limitación del poder periférico y centrífugo de los señores feudales. El absolutismo es una forma de Estado que aparece en diversas épocas históricas. Pero el absolutismo burocrático chino no puede ser comparado al absolutismo de los Estados clásicos de la Antigüedad – por ejemplo, al Imperio romano que fue contemporáneo a la dinastía Han. Esto se verifica si utilizamos los fundamentos económicos diferentes de estas sociedades: esclavistas en Roma, feudales en China. El Estado burocrático chino no anticipa el cesarismo romano, sino más bien la monarquía absoluta de los siglos XV y XVI.

La revuelta social es un catalizador del proceso histórico. Por lo tanto, la historia china, rica en revueltas y guerras civiles, progresa más rápidamente que la de los otros países. Fue todavía una gigantesca revolución social que, varios siglos más tarde, en 1368, puso fin a la dominación mongol. Pero la guerra campesina se equivocaba una vez más de objetivo – representado por las clases propietarias de la tierra – logrando sólo llevar a cabo la lucha por la liberación nacional de los Ming. Esta, a su vez, no escapa al destino de las familias que reinaron en China. La gran revuelta campesina, la guerra civil que la secunda – que provocará su caída – fueron memorables. El movimiento fue guiado por un héroe revolucionario, Li Tze Ceng. Pero, como ha

sucedido en el pasado, el movimiento mientras que destruye el imperio Ming, no puede impedir que el poder quedara en manos de las clases dominantes que, para protegerse de la subversión social, apelarán a la ayuda extranjera de los manchúes.

Sin embargo, a lo largo de toda la historia milenaria de la nación china, centenas de rebeliones y de guerras campesinas de menor importancia se intercalan entre dos grandes revueltas. Según Mao Tsé Tung, en un período de más de dos mil años, se pueden contabilizar al menos 18 grandes revueltas. No tratándose de reacciones elementales de masas furiosas, ningún otro pueblo puede exhibir una tradición revolucionaria tan rica. La lucha física se acompaña frecuentemente de una crítica mordaz de la ideología de la clase dominante. Recordamos la manera como se expresaba el comunismo agrario de los Taipings: «Que toda la tierra que está bajo el cielo sea cultivada por el pueblo que está bajo el cielo. Que todos cultiven y, llegada la cosecha del arroz, que todos juntos la consuman» No es fácil encontrar en la literatura del comunismo mundial una fórmula como ésta, que dé una interpretación materialista de las aspiraciones revolucionarias, en la cual el rigor científico se une a la pasión poética.

La irrefutable lección que podemos sacar de la historia china, más allá de lo que puedan pensar los historiadores idealistas, es que la palanca del progreso social es la guerra civil, la lucha de clases. Es justamente la excepcional frecuencia de los sacudimientos sociales lo que explica la precocidad del desarrollo histórico chino con respecto al Occidente. Para poder escribir la historia de la lucha de clases en China, habrá que, como ya hemos dicho, reconstituir ante todo, por medio de la arqueología, la transformación de las viejas formas económicas y de las organizaciones sociales que se han sucedido en este vasto país. Pero para nuestro modesto trabajo nos han bastado los resultados de la historiografía tradicional, considerados desde un punto de vista crítico, que nos serán todavía útiles para concluir.

Hasta el presente hemos insistido en la precocidad de la evolución del feudalismo con respecto a Occidente, lo que constituye su característica esencial. Es cierto que el feudalismo chino nace con varios siglos de antelación a la aparición del feudalismo occidental. Mientras que la literatura tradicional exalta al Occidente capita-

lista como fuente exclusiva de la Historia – afirmar que la preeminencia de Europa sobre Asia es demasiado reciente no puede parecer sino una paradoja. Sin embargo es verdad que en el momento crucial de la historia de los continentes Europa y Asia se encontraban al mismo nivel desde el punto de vista del desarrollo económico y social. En este giro dramático de la historia universal, Europa y Asia pueden ser comparados, al observar los eventos retrospectivamente, como los dos platillos de una balanza en perfecto equilibrio. Luego el equilibrio se rompe. Europa comienza a progresar más rápidamente, cada vez más veloz, mientras que Asia permanece inmutable, o incluso retrocede.

Debemos tratar de explicar las razones de este fenómeno histórico muy importante para completar nuestro trabajo. En efecto, es a partir de este momento que data la decadencia de China, la cual comparte el destino trágico de todo el continente.

Partiendo de épocas diferentes, Europa y Asia llegan al mismo estadio: la monarquía absoluta fundada en el feudalismo. Luego sus evoluciones respectivas divergen y se contraponen. El Asia representado por China, sale de la prehistoria; atraviesa rápidamente el esclavismo, dejando sólo ra-

ros vestigios; entra en el feudalismo y recorre todo el ciclo para arribar al Estado burocrático, la monarquía absoluta. Europa progresa lentamente: por obra de las condiciones naturales que favorecen las guerras de conquista, las invasiones, el imperialismo, durante el esclavismo languidece por varios siglos; luego realiza la revolución cristiana anti-esclavista y entra en el feudalismo; alcanza finalmente el estadio de la monarquía absoluta durante los siglos XV y XVI. Es en esta época que el equilibrio se establece entre Asia y Europa. Pero la monarquía absoluta con base feudal es una forma de Estado que presupone una fase de transición en el dominio económico. De hecho, Europa efectúa este cambio: de feudal se transforma en burguesa. Con este salto prodigioso, supera a todos los otros países del mundo y se coloca a la cabeza de la humanidad. Lo conseguirá cometiendo horribles masacres, sometiendo el mundo a formas de explotación inauditas – pero lo logrará. El Asia, al contrario, quedará hundida en el precapitalismo. ¿Por qué? ¿Cómo se explica que naciones europeas como España, Francia, Inglaterra, pobres y frágiles se transforman en ricas y potentes mientras que antiguas naciones como la China pierden su posición dominante?

#### 4. GÉNESIS DE LA EUROPA MODERNA

Finalmente deseamos explicar por qué la revolución capitalista fermentaba en los más importantes Estados de Asia y Europa, no estalla sino en algunos de ellos, mientras que en otros esta perspectiva se alejaba. Por lo tanto, queremos saber la razón del retardo capitalista en Asia, particularmente en China.

Si consideramos el largo camino recorrido por la especie humana, la Europa moderna acaba de nacer. Hasta el siglo XV, nada dejaba entrever el extraordinario desarrollo de los países que bordean el océano Atlántico. Los únicos centros de actividad económica e intelectual eran las gloriosas repúblicas marítimas y las señorías de la Italia del Renacimiento: Venecia, Génova, Florencia. El resto del continente se encontraba todavía inmerso en el caos feudal, mientras que los turcomanos demolían los últimos vestigios del Imperio bizantino. España, Francia, Inglaterra, Holanda quienes en poco tiempo dominarán el mundo, no habían llegado todavía a constituirse en naciones. Su economía era esencialmen-

te medieval. Sin embargo es allí donde surgirá el capitalismo. Tratemos de definir, necesariamente en forma muy sintética, las condiciones de cada país.

España, futura gran potencia colonial, no destruye sino en 1492 – el mismo año del descubrimiento de América – el reino musulmán de Granada que había durado más de ocho siglos, llevando a cabo de esta manera la «reconquista» cristiana de la península ibérica. España, que había sido cartaginense, romana, vizigoda y árabe, tomaba finalmente las características nacionales que todos conocemos. La monarquía se organizó inmediatamente dentro de las formas del absolutismo. Gozando de su fuerza militar y su prestigio, adquirido en larga lucha, ella se opone eficazmente a las pretensiones de los señores feudales, cuya autoridad es limitada enérgicamente. En estos años (1841) que se constituye la Inquisición, formidable instrumento de gobierno que, bajo la forma de un tribunal religioso servirá eficazmente a los intereses de la monarquía absoluta – a pesar de las repugnancias que su apa-

rato represivo pueda inspirar a los espíritus libertarios – se presenta como un hecho revolucionario ante el desorden y la impotencia feudales. Es a la Inquisición a quien le corresponde el mérito de haber organizado la expedición de Cristóbal Colón: el poder local de los señores feudales no fue capaz de tales iniciativas.

La monarquía francesa se forma en este mismo período. La dinastía de los Capetos y los Valois que le siguen tiene que eliminar a dos enemigos mortales: Inglaterra que, por derecho feudal, ocupa una parte del territorio francés, y la recalcitrante nobleza indígena que trabaja obstinadamente con el fin de disminuir la autoridad real. Para lograrlo, la monarquía debe atravesar la terrible crisis que toma por nombre la Guerra de los Cien Años. Como se sabe no se trató sólo de una guerra entre Estados, sino también de una profunda crisis social la que transformó a Francia. La monarquía debió maniobrar con destreza no sólo en el frente militar, sino también en la guerra de clases, tomando partido por la burguesía naciente de la cual ella recibirá un precioso amparo financiero. Nos encontramos en la turbulenta época de la demoleadora guerra anglo-francesa, de la rebelión de los campesinos que los señores feudales designaban con desprecio Jacques Bonhomme, de las luchas entre las facciones burguesas feudales de los Borbón y Armañac, de las derrotas francesas de Crécy y Azincourt, de las campañas de Juana de Arco. La larga crisis que estallará en 1337, se termina en 1453. Es en esta época que se realiza la unidad territorial francesa, a excepción de Calais que quedará en manos de Inglaterra. Tal como lo había realizado exitosamente la casa de Aragón, en España, la dinastía de los Valois aprovecha la potencia así adquirida para arreglar cuentas con el otro gran enemigo de la monarquía: la nobleza feudal.

La monarquía absoluta francesa fue fundada por Carlos VII, liberada ese mismo año por el ejército de Juana de Arco. Pero la unificación política del país, es decir, la constitución de Francia en las formas modernas de la nación, no es adquirida sino bajo el reino de Luis XI, muerto en 1483. Es a este gran espíritu político que toca el mérito de haber arrojado las bases de la alianza política entre la monarquía y la gran burguesía contra los feudales, alianza que establecerá el desarrollo de Francia. A su muerte, los grandes feudales de Borgoña, Provenza, Bre-

taña no tienen ya prácticamente poder. Por lo tanto, es sólo a finales del siglo XVI – hay que insistir en la fecha para bien establecer nuestra comparación Asia-Europa – que se termina la gran crisis social francesa. El feudalismo aristocrático ha sido definitivamente abatido, el absolutismo monárquico sólidamente instalado. El gran aparato estatal se encuentra ahora bien establecido: dentro de poco, el descubrimiento de nuevos mundos, abiertos a las empresas y ala piratería mercantil europea, le abrirán posibilidades insospechables.

Todavía a finales del siglo XV, otra gran monarquía europea emerge del infierno de una gran crisis social. En casos parecidos los términos no podrían parecer exagerados: la guerra civil que desgarró Inglaterra, vencida en la guerra de los Cien Años, es verdaderamente terrible. Es la guerra de las Dos Rosas, que durará treinta años, de 1455 a 1485. Una lucha feroz se desencadena entre los nobles que se disputan el trono. Luego de innumerables masacres, esta se termina con la llegada de la casa de los Tudor.

La fundación de la monarquía absoluta, así como en Inglaterra, coincidirá con la aparición de la burguesía. El capítulo XXVIII (Libro I) del Capital, que Marx intitula «La sanguinaria Legislación contra los expropiados a partir de mediados del siglo XV», da fe de lo que afirmamos. Allí se describen los crueles castigos que la dinastía de los Tudor, dignamente continuada por los Stuart, inflige a las familias campesinas que los Landlords expulsan de las comunidades agrícolas para apoderarse de las tierras y transformarlas en tierras de pastoreo. Todo el mundo sabe que es con la lana como principal artículo de comercio que la burguesía británica se presenta entonces en los mercados exteriores. Esto significa precisamente que el capitalismo británico nace bajo la monarquía, casi al mismo tiempo que ella.

Esta es la situación en que se encontraba el continente en vísperas del descubrimiento de América. Puede decirse que, en esta época, Europa se encuentra en estado gaseoso; una gran revolución económica y social está en marcha. Nuevas fuerzas sociales que prorrumpen luego del hundimiento de las viejas relaciones de producción, tienden a cristalizarse alrededor de un centro que no podía ser otro que el de la monarquía. El feudalismo entra en la crisis que conducirá a su muerte. Queda claro que la revo-

lución anti-feudal no puede ser circunscrita a los acontecimientos, no obstante determinantes, de la revolución de Cromwell en Inglaterra o de la revolución jacobina en Francia. Estas explosiones de la lucha de clases fueron los puntos culminantes de un proceso revolucionario que se desarrollaba desde hace tiempo en el subsuelo social. En efecto, la lucha contra las formas feudales de producción y de organización social comienza mucho antes, es decir, al final del siglo XV, precisamente en la época de los descubrimientos geográficos y de la formación del mercado mundial. Pero esta gigantesca conmoción, esta incesante acumulación de la «cantidad» del modo de producción mismo, no interesa solamente a una parte del mundo. *Asia, tanto como Europa, participa a este gran movimiento de renovación.*

Mientras que los audaces navegantes de Occidente exploran los océanos hasta ahora ignotos, que España y Portugal conquistan inmensa imperios coloniales en América, en dos partes vitales del continente asiático – Persia y la India – surgen pujantes imperios. Asistimos al desarrollo de un fenómeno de enormes alcances que ya se había producido en China.

### 5. EL MARAVILLOSO RENACIMIENTO DE ASIA

A partir de 1501, una gran convulsión estalla en Persia. El inmenso país, desde la Antigüedad, había funcionado como un puente entre Oriente y Occidente. No es por ningún azar que haya sido conquistada por la gran ola de renovación que sacude el mundo civilizado. En el siglo VII, la independencia persa fue destruida por la conquista árabe, seguida de las dominaciones turca y mongol. La gran dinastía Sofí llega al trono, unifica el país y le confiere la independencia. No se trata de un simple relevo de la fachada política, sino de un profundo sacudimiento social.

La dinastía Sofí realiza su labor exitosamente; limita el poder local de la aristocracia terrateniente, controla la clase turbulenta de los khans, los famosos Kizilbachi – los nobles de roja nariz. En pocas palabras, el movimiento realiza la transformación de la monarquía feudal en monarquía absoluta, exactamente como esa se realiza en los principales Estados europeos recientemente fundados. Los feudos cesan de ser hereditarios, y los khans se convierten en simples funcionarios del poder real. El Sha sustrae territo-

Al lado del Imperio Ming, vemos formarse la gran monarquía persa de los Sufís y el Imperio indomusulmán del Gran Mongol. Tenemos entonces tres estados colosos que pueden cómodamente disputar la primacía a Europa. La historia escrita no registra choques entre Asia y Europa, pero si se piensa que toda colisión entre Estados se produce sobre el terreno económico mucho antes de transformarse en conflicto político y militar, se comprenderá que una colosal partida fue jugada entre los principales Estados de Europa y Asia. Los Estados que lograrán monopolizar las rutas oceánicas abiertas al comercio mundial, que estén en medida de organizar potentes flotas comerciales y bélicas para eliminar a sus competidores – son estos Estados quienes serán los vencedores.

Las vías marítimas comienzan a prevalecer sobre las rutas terrestres, el comercio sobre la agricultura. Es por esto que los grandes imperios territoriales que existían ya desde hace siglos en Asia, como es el caso de China, a aquellos que ahora surgen, como el caso de Persia y la India, deberán sucumbir, aun cuando estos puedan vanagloriarse de sus antiguas tradiciones marítimas.

rrios cada vez más vastos de la jurisdicción de los señores feudales, creando las ciudades reales, organizando una clase de funcionarios de Estado, escogidos no entre los altivos Kizilbachi, sino entre las clases inferiores de la población. Siempre en armonía con las metas antifeudales, el nuevo régimen suprime el viejo ejército formado por hombres y armas aportadas por la aristocracia, y crea un ejército permanente, bajo el modelo europeo.

En la misma época, grandes conmociones sacuden la gran península del Ganges, la fabulosa India.

Este inmenso país, debido a complejas circunstancias históricas – entre las principales está la frecuente invasión de conquistadores extranjeros que se superponen al elemento hindú – es un caso extremo de la fragmentación feudal. Unos años antes, cuando el Imperio británico cesaba de dominar en la India (4), el número de príncipes hindúes y musulmanes vasallos de la Corona británica se elevaba a 562. Esto puede parecer excesivo, pero no era así si se piensa que, en el siglo XIV, la India estaba dividida en 1350 Estados. Y esto no es todo; a

finales del siglo siguiente, el fraccionamiento iba a profundizarse aún más, el reino brahmanico del Dekkan se había dividido en numerosos pequeños Estados de la provincia.

El imperio mongol, fundado por un descendiente de Taie Bâber, remedia el caos feudal y realiza la unidad política. El imperio nació de la batalla de Panipat que tuvo lugar el 20 de agosto de 1526 y fue ganada por el ejército de Bâber; sin embargo, no es sino bajo el reino de Akbar (1556-1605) que el imperio alcanza su apogeo. El imperio se extiende hasta alcanzar sus límites históricos, comprendiendo, además del ex-sultanato de Delhi sometido por Bâber, el Gujarat, la Bengala y una parte del Dekkan; un inmenso imperio de 4 millones de Km<sup>2</sup> para una población de 100 millones de habitantes.

Durante la gran obra de reconstrucción, Akbar, quien no sólo fue un conquistador sino un gran hombre de Estado, tomó como modelo la monarquía Sofí – aun si los resultados fueron muy inferiores al modelo. Naturalmente, si la India de los Grandes Mongoles entraba en una nueva vida, no se debió a las calidades personales de Bâber o Akbar, aun con todo lo excepcional que pudieran ser. Al contrario, aquí se asiste también a un cambio de las viejas relaciones sociales. Akbar, así como los Sha de Persia, los monarcas cristianos de Persia, los monarcas cristianos de Europa, es la expresión de un movimiento social que tiende a poner fin, o al menos limitar profundamente, el poder de la nobleza feudal que se había reforzado producto de la conquista musulmana, lo que ejercía un peso considerable sobre las aldeas. Este trata de oponerse a la anarquía del poder feudal local, estableciendo una burocracia de Estado, responsable sólo ante el poder monárquico; reemplaza igualmente el viejo ejército feudal por un ejército permanente. La dialéctica de la lucha social le impone; como ya también había sucedido con las monarquías absolutas en Europa, respaldar al campesinado afligido durante siglos por el yugo abrumador de la aristocracia militar. En consecuencia, persigue la gran meta de una reforma agraria que reintegre al Estado sus propiedades y a la aldea sus derechos, poniendo fin a las usurpaciones tradicionales de la nobleza y sus secuaces. Pero las grandes reformas de Akbar chocan con la resistencia fanática del clero musulmán que, como de costumbre, disimula detrás de la intransigencia dogmática su defensa in-

confesable de los intereses de la aristocracia, y no vacila en promover el odio racial entre musulmanes e hindúes. Efectivamente, será la división racial – como consecuencia de invasiones sucesivas, la península india, es un verdadero kalidoscopio de razas y lenguas – y la vitalidad de las tradiciones feudales que limitarán los resultados de la reforma. Sin embargo, en el momento del desembarco de los portugueses en los puertos de la península, la India no ese país pobre y famélico tras el paso del imperialismo. La industria se encuentra en pleno desarrollo, el comercio más aún. La península india es un eslabón del comercio mundial. Las naves de pequeño calado, que vienen de toda el Asia – de la península arábiga, de los puertos persas, de la China, de la Insulindia (5) – atracan en sus puertos. La riqueza de la marina hindú sorprende al visitante extranjero. Se desarrolla una importante clase de comerciantes, llamados Banias, quienes en el siglo XII, operan en todas las regiones costeras de la India, Goa, Coromandel, Bengala. Se ocupan del tráfico comercial y de operaciones financieras; sus depósitos y oficinas de cambio se sitúan incluso fuera de la India en los puertos persas, en Arabia, en toda el África oriental desde Adén hasta el Cabo de Buena Esperanza. Exportan algodón fabricado en Bengala y Coromandel. Gracias a ellos, los productos de las hilanderas indias llegan hasta las islas de la Sonda. La monocultura asesina, típica de la dominación colonial; es desconocida; agricultura, manufactura, comercio se equilibran y se compensan recíprocamente. La India no exporta sólo tejidos, sino también productos industriales. En suma, nos encontramos con una visión completamente diferente a la de una India dolorosa, sumergida en la pobreza, tal como la feroz colonización nos ha acostumbrado a pensar. Es un país en plena fase de ascenso.

Todos estos hechos hablan por sí solos; nos muestran que la revolución anti-feudal no es un hecho exclusivamente – sin darse cuenta siquiera que poseen la tendencia a la inercia y a la contemplación que les atribuyen los filósofos occidentales. Luego, sobre todo esta viviente actividad, una mortal parálisis se extenderá. Ésta será provocada en momentos en que Asia, después de milenios, era la matriz inagotable de pueblos conquistadores invadiendo a Europa; esta vez será ella víctima de invasión y conquista bruta-

les. Pero estos invasores sin piedad no vendrán como en la Antigüedad, a lomo de caballo, sino sobre cubiertas armadas de navíos oceánicos. Y será en vano que los agredidos tratarán de escapar a este yunque, encerrándose en el más estricto aislamiento, como lo harán China y Japón.

El caso de Japón es suficientemente elocuente como para detenerse un instante en él. El archipiélago nipón participaba también a la conmoción mundial. A través de duras luchas, el poder, representado por los Shoguns, suerte de dinastía heredera de primeros ministros, acaba con el poder de la aristocracia feudal. El Japón es un país muy atrasado; basta decir que es sólo en el siglo XVI que el hierro y el acero aparecen allí por primera vez. La unificación política del país comporta el renacimiento de la economía agrícola la cual es mantenida por los señores feudales – los Daímio – a un nivel muy bajo. Las reformas antifeudales son realizadas positivamente bajo el shogunato de Nobunaga (1534-1582), de Hideyoschi (1536-1598), de Yeyasu (1542-1616). Bajo su reino, especialmente el de Yeyasu, el poder imperial cambia tomando la forma de monarquía absoluta, mientras que los pendencieros «Daímio» son reducidos a cortesanos.

La religión católica importada por los misioneros se revela en manos de los reformadores antifeudales como un arma ideológica de una eficacia insospechable contra el clero budhista que se empeña ferozmente en defender el «*ancien régime*». Incluso, llegó a un momento en que las numerosas conversiones, favorecidas por los Shoguns, casi transforman al Japón en una nación cristiana. Pero la invasión de los portugueses, para quienes la prédica de los misioneros servía únicamente para facilitar la conquista del país, obligan al gobierno japonés a cambiar radicalmente de política. En 1638, los sucesores de Yeyasu cierran el Japón a los extranjeros y destierran el catolicismo. Dos siglos más tarde, será necesario el bombardeo desde las naves de guerra del comodoro americano Percy para destruir la barrera construida contra la piratería de los imperialistas europeos. Pero todos los Estados asiáticos no gozan del privilegio que da al Japón su naturaleza insular. No sólo los Estados de reciente formación, sino el mismo Imperio chino, son incapaces de oponerse a la invasión europea.

## 6. REPLIEGUE DEL CAPITALISMO ASIÁTICO

Pudiera parecer excesiva la importancia que le hemos dado al examen de los eventos que se desarrollaron en el mundo de la época que examinamos cuando, al contrario, este trabajo está dedicado al estudio de las particularidades del curso histórico importante, incluyendo aquellos que se despliegan lejos del país en que la cadencia de desarrollo es más rápida, está condicionado por el desarrollo de la historia mundial. Esto también vale para la China. Hemos visto, pues, cómo el origen y desarrollo de la nación oriental han sido condicionados por las características del continente asiático, la posición geográfica del territorio, su geología. Sabemos también que existe una estricta relación entre la evolución histórica de China y la del resto del mundo civilizado. En efecto, la China antigua tuvo que ver de manera crucial, aun no estando implicada directamente, en las invasiones bárbaras que destruyeron a la Europa romana, puesto que obligaba a los nómadas mongoles a lanzarse sobre Occidente, haciendo presión, a su vez, sobre los bárbaros germánicos.

Hay que pensar en las consecuencias históricas que crearán las invasiones de los Hunos en la Antigüedad, y las de los Turcos en la baja Edad Media; toda la historia del feudalismo europeo y de la época de transición al capitalismo se vinculan a ella; estos pueblos nómadas eran originarios de la Mongolia, de donde tratarán muchas veces de salir penetrando la fortaleza china en donde invariablemente se les detenía y arrojaba hacia el Occidente. Si se tiene presente todo eso, se comprenderá que no se puede hacer un trabajo serio desde el punto de vista histórico sobre el tema sin considerar globalmente los acontecimientos mundiales y sin tratar de descubrir sus relaciones íntimas.

De la misma manera, tampoco se comprenderán las razones del enorme retardo de la revolución burguesa china sin no se toma en cuenta la estagnación e involución que golpeará a la China, en momentos en que los estados atlánticos de Europa se lanzarán por la vía del capitalismo, saliendo definitivamente de la Edad Media. Debemos comprender cómo es que la China, que se había adelantado varios siglos a todas las naciones del mundo arribando al feudalismo y a la monarquía absoluta, se deja luego superar, hundiéndose en una irremediable de-

cadencia de la cual no se levantará hasta el siglo XX. Y no lo podríamos hacer sin echar una ojeada a las condiciones, no sólo de China, ni de Asia, sino de todo el mundo conocido en la época de los grandes descubrimientos geográficos. Es por eso que hemos estudiado rápidamente los cambios que se producen en Europa durante ese período, así como aquellos – sustancialmente idénticos – que la historia registra de las principales naciones de Asia, tales como Persia, India y Japón. Quedaría por examinar las condiciones propias a la China; en este sentido la hemos aludido al evocar la era de los Ming que era la dinastía dominante en el momento de la llegada de los occidentales. Conviene ahora completar lo que ya hemos dicho, tomando en cuenta, no obstante, el poco espacio del cual disponemos en el periódico.

Marco Polo fue un magnífico testigo de la grandeza de la China, que había visitado de 1275 a 1291, años en que reinaba la dinastía mongol de los Yuan. No tenemos por qué repetir lo que ya todo el mundo sabe: ya Marco Polo se encontró con un país muy avanzado en el dominio de la industria, el comercio, la administración. Dos siglos antes que los portugueses se instalaran en Macao (cedida graciosamente por el Emperador a los «bárbaros» occidentales), China ya era un país donde existía una clase industrial que empleaba mano de obra asalariada en sus manufacturas – lo que indica que la industria estaba administrada bajo formas capitalistas. La clase de los comerciantes es todavía más importante; esta disponía de flotas marítimas y fluviales en gran número. «Únicamente en el Yang Tse Kiang – escribe un Marco Polo maravillado – navegan en verdad más navíos cargados de mercancías de gran valor que en todos los ríos y mares del mundo cristiano». El país goza de una metalurgia bastante avanzada y consume grandes cantidades de carbón. El comercio exterior se ha desarrollado y recibe un nuevo impulso bajo la dinastía de los Ming. China importa especias de las Islas de la Sonda y las revende a los portugueses, también mantiene relaciones con Persia, Arabia, India, Japón. Bajo el tercer Emperador Ming, Young-Lo (1403-1424), la China emprende la exploración de Malasia y Ceilán (6) conquistando el Annam. Antes de él, el Emperador Qubilai trató

de conquistar la isla de Hava. Los marinos y comerciantes chinos se reúnen en todos los principales puertos del océano Índico, y proliferan hasta las costas de África oriental. Los banqueros chinos – como notaba un Marco Polo estupefacto – ya usaban desde hacía tiempo el papel moneda que, para la época, era completamente desconocido en Occidente.

Para recapitular, en el alba del siglo XVI, las condiciones históricas de Europa y Asia, tomando naturalmente en consideración los Estados principales, son sensiblemente similares. Echando a un lado las vías que cada uno siguió, los accidentes de cada país en su desarrollo, y los diferentes organismos políticos, una tendencia es común a todos: la tendencia a la renovación de los medios de producción, la búsqueda de nuevas formas de vida social. En una palabra, la tendencia a la superación del feudalismo. Pero la dialéctica histórica permitirá sólo a un grupo de Estados recorrer hasta el final el camino tomado – serán aquellos Estados que lograrán imprimir un ritmo hasta entonces desconocido a la acumulación primitiva, a la edificación de esas grandes fortunas mercantiles y financieras que traerán como consecuencia la revolución industrial. La gran lucha entre Asia y Europa se decidirá en los mares, en las rutas oceánicas, que abrirán la vía al mercado mundial moderno.

Los persas, árabes, indios, japoneses, malesios, chinos, todos estos pueblos poseían antiguas y gloriosas tradiciones de navegación. El comercio marítimo tiene en ellos sus lejanos orígenes. Sin embargo, los hechos mostrarán que su técnica de construcción naval no estaba adaptada al inmenso esfuerzo que significaba la navegación oceánica. Tendrán la audacia de surcar el océano Índico, pero no lograrán acometer la gran obra de comunicar los océanos entre sí. La realidad de la época es que el comercio había tomado una importancia que iba más allá de las naciones y de los continentes; se había vuelto mundial. Pero, sus vías continuaron siendo terrestres. Ciertamente existen las grandes flotas de Venecia y Génova que se ocupan del comercio euro-asiático, pero su afán se detiene en el puerto de Alejandría o en los puertos menos importantes de Siria. Las mercancías provenientes de Asia, cuando no sufren la larguísima travesía de la «ruta de la Seda» del Turkestan chino, son transportadas por las flotas árabes a

Suez, y de allí, a lomo de camello, prosiguen su ruta hacia la metrópolis egipcia. En consecuencia, los gastos de transporte, sobre los que además pesan los impuestos que los turcos deducen para poder pasar hacia Europa, se vuelven insostenibles. Necesariamente se debía encontrar una vía de comunicación directa entre los dos continentes, entre los dos mercados. Asia no participa sola en esta empresa, en ella toman parte los nuevos Estados atlánticos, las nuevas monarquías cristianas que acaban de nacer, producto de una lucha victoriosa y que tienden a agrandarse irresistiblemente.

Si los príncipes feudales dispersos aceptaban resignadamente el monopolio comercial de las repúblicas marítimas italianas, las espléndidas monarquías de Madrid, Lisboa, París, Londres, no estaban dispuestas a tolerarlo – precisamente porque poseían los medios financieros necesarios para organizar las expediciones oceánicas. Comienza la lucha por el descubrimiento y monopolio de las rutas interoceánicas. El descubrimiento de América porta inmensos imperios coloniales a España y Portugal, pero esto no tendrá repercusiones inmediatas en la historia del mundo, todo lo contrario a la circunnavegación de África por Vasco de Gama. La formidable incursión Lisboa-Calicut, de 1497-98, conmoverá al mundo y marcará la «desmovilización» del Mediterráneo, la decadencia irremediable de Italia, la explosión de la potencia colonial portuguesa. Marca, sobre todo, la derrota de Asia. El mundo sabe ahora quienes serán sus amos. Y cuando otra heroica expedición, guiada por Fernando de Magallanes, que llega hasta el Atlántico austral, logrando encontrar el pasaje Sudoeste y desemboca en el Pacífico para subir luego hasta Filipinas, la victoria de Europa es completa, el cerco de Asia se realiza indiscutiblemente.

La circunnavegación del globo, en los años 1519-1522; sanciona la primacía mundial de Occidente – poco importa si la misma pasará de manos ibéricas a manos de holandeses e ingleses. Los explotadores que lo torturarán y expropiarán sin compasión podrán cambiar, pero la suerte del continente asiático no cambiará más; sus flotas desaparecerán de los mares, sus campos serán devorados por la sequía, sus ciudades maravillosas se despoblarán. Y sus pueblos serán arrojados a la galera infernal del colonialismo capitalista, el más feroz e inhumano

que jamás haya existido. Las causas del repliegue y decadencia del Asia, por lo tanto de China, no pueden ser otras.

Pero en el dominio histórico, como en el de la naturaleza, nada sobreviene por azar. La superioridad naval de Occidente no fue el resultado de un golpe de suerte. La preparación científica, el valor y la disciplina de almirantes y chusma, formarán parte también del triunfo de las expediciones. En realidad, la técnica de construcción naval, y el arte de la navegación debían tener el más grande desarrollo en Occidente, ya que la civilización europea surgió en las costas del Mediterráneo, mar interno fácilmente navegable. Precisamente porque este mar tenía fácil acceso para todos los pueblos que habitaban sus costas, toda gran potencia que aspirara a la supremacía imperial debía, ante todo, imponerse como potencia naval. La circunnavegación del África realizada por los navíos del faraón Nino, el imperialismo comercial de los Fenicios, el colonialismo de las repúblicas helénicas, el gran conflicto entre Roma y Cartago, las competiciones de las repúblicas marítimas italianas – todos estos hechos demuestran muy bien que la lucha entre las potencias mediterráneas fue, ante todo, una lucha entre potencias navales.

Por el contrario, las naciones asiáticas jamás tuvieron una marina de guerra que llegase a compararse a las de Occidente. La China misma jamás logró desembarazarse de la piratería japonesa. Esto se explica por el hecho de que los grandes Estados asiáticos, al no tener que afrontar el peligro de las invasiones por mar, fueron obligados a gastar una gran parte de su energía contra las invasiones bárbaras que avanzaban por la parte septentrional del continente. El océano había sido, para ellos como para los antiguos pueblos de Occidente un muro infranqueable. Y cuando el océano fue violado, estos se encontrarán indefensos.

Desde entonces, al dominar los océanos, el imperialismo blanco había logrado dominar al Asia. Por lo tanto no es ningún azar que, tan pronto los amos tradicionales, británicos, franceses, holandeses, son expulsados en la segunda guerra mundial, las naciones asiáticas accederán a una nueva vida.

(Publicado en «Programme communiste», n°7, abril-junio de 1959)

## Sumarios de «le prolétaire»

N° 491 (Nov.-Déc. 2008 / Janvier 2009):

A bas l'Etat bourgeois, arme suprême du capitalisme ! • • Démocratie blindée • • Allemagne 1918-1919: le tragique retard du parti • • Renouant avec ses grandes traditions de lutte, le prolétariat américain devra combattre la politique du sang et des larmes de la présidence Obama • • Théorie et action dans la doctrine marxiste (fin) • • L'«extrême» gauche face à la crise: réformisme et confusion

N° 490 (Août-Octobre 2008):

Malgré ses crises, Le capitalisme ne s'effondrera que sous les coups de la lutte prolétarienne • • Afghanistan. A bas l'impérialisme français ! • • Amadeo Bordiga. La question Trotsky • • La clairvoyance des experts économiques • • Italie: Alitalia: la lutte doit rompre avec l'emprise du collaborationnisme et du chantage patronal ! • • Montreal: émeute contre la répression policière • • Venezuela: Nationalisation de Sidor et «contrôle ouvrier» (1) • • A propos de 1968 en Italie: Lutte Ouvrière, les étudiants et les «bordiguistes» (1)

N° 489 (Mai-Juillet 2008):

Quarante ans après la défaite de mai-Juin 68 • • Un Nouveau Parti Anti... Communiste • • Travailleurs sans papiers: de nouvelles menaces, de nouvelles luttes ! • • Après les élections en Italie • • Le réformisme: une «grande force tranquille» au service de l'ordre • • Amadeo Bordiga. Notes élémentaires sur les étudiants et le marxisme de gauche authentique (fin) • • Spéculation et crises : ça suffit ! Ou un monument à l'impuissance de la petite bourgeoisie • • La Guinée entre crise politique et luttes ouvrières • • Pour un Premier Mai prolétarien et de lutte ! • • Attaches bourgeois d'un côté, sabotage syndical de l'autre. Pour se défendre il n'y a qu'un moyen : la lutte de classe anticapitaliste !

### le prolétaire

organe du parti communiste international

M2414 - 488 - 5F

1914-1918  
1919-1920  
1921-1922  
1923-1924  
1925-1926  
1927-1928  
1929-1930  
1931-1932  
1933-1934  
1935-1936  
1937-1938  
1939-1940  
1941-1942  
1943-1944  
1945-1946  
1947-1948  
1949-1950  
1951-1952  
1953-1954  
1955-1956  
1957-1958  
1959-1960  
1961-1962  
1963-1964  
1965-1966  
1967-1968  
1969-1970  
1971-1972  
1973-1974  
1975-1976  
1977-1978  
1979-1980  
1981-1982  
1983-1984  
1985-1986  
1987-1988  
1989-1990  
1991-1992  
1993-1994  
1995-1996  
1997-1998  
1999-2000  
2001-2002  
2003-2004  
2005-2006  
2007-2008  
2009-2010

1914-1918  
1919-1920  
1921-1922  
1923-1924  
1925-1926  
1927-1928  
1929-1930  
1931-1932  
1933-1934  
1935-1936  
1937-1938  
1939-1940  
1941-1942  
1943-1944  
1945-1946  
1947-1948  
1949-1950  
1951-1952  
1953-1954  
1955-1956  
1957-1958  
1959-1960  
1961-1962  
1963-1964  
1965-1966  
1967-1968  
1969-1970  
1971-1972  
1973-1974  
1975-1976  
1977-1978  
1979-1980  
1981-1982  
1983-1984  
1985-1986  
1987-1988  
1989-1990  
1991-1992  
1993-1994  
1995-1996  
1997-1998  
1999-2000  
2001-2002  
2003-2004  
2005-2006  
2007-2008  
2009-2010

1914-1918  
1919-1920  
1921-1922  
1923-1924  
1925-1926  
1927-1928  
1929-1930  
1931-1932  
1933-1934  
1935-1936  
1937-1938  
1939-1940  
1941-1942  
1943-1944  
1945-1946  
1947-1948  
1949-1950  
1951-1952  
1953-1954  
1955-1956  
1957-1958  
1959-1960  
1961-1962  
1963-1964  
1965-1966  
1967-1968  
1969-1970  
1971-1972  
1973-1974  
1975-1976  
1977-1978  
1979-1980  
1981-1982  
1983-1984  
1985-1986  
1987-1988  
1989-1990  
1991-1992  
1993-1994  
1995-1996  
1997-1998  
1999-2000  
2001-2002  
2003-2004  
2005-2006  
2007-2008  
2009-2010

1914-1918  
1919-1920  
1921-1922  
1923-1924  
1925-1926  
1927-1928  
1929-1930  
1931-1932  
1933-1934  
1935-1936  
1937-1938  
1939-1940  
1941-1942  
1943-1944  
1945-1946  
1947-1948  
1949-1950  
1951-1952  
1953-1954  
1955-1956  
1957-1958  
1959-1960  
1961-1962  
1963-1964  
1965-1966  
1967-1968  
1969-1970  
1971-1972  
1973-1974  
1975-1976  
1977-1978  
1979-1980  
1981-1982  
1983-1984  
1985-1986  
1987-1988  
1989-1990  
1991-1992  
1993-1994  
1995-1996  
1997-1998  
1999-2000  
2001-2002  
2003-2004  
2005-2006  
2007-2008  
2009-2010

1914-1918  
1919-1920  
1921-1922  
1923-1924  
1925-1926  
1927-1928  
1929-1930  
1931-1932  
1933-1934  
1935-1936  
1937-1938  
1939-1940  
1941-1942  
1943-1944  
1945-1946  
1947-1948  
1949-1950  
1951-1952  
1953-1954  
1955-1956  
1957-1958  
1959-1960  
1961-1962  
1963-1964  
1965-1966  
1967-1968  
1969-1970  
1971-1972  
1973-1974  
1975-1976  
1977-1978  
1979-1980  
1981-1982  
1983-1984  
1985-1986  
1987-1988  
1989-1990  
1991-1992  
1993-1994  
1995-1996  
1997-1998  
1999-2000  
2001-2002  
2003-2004  
2005-2006  
2007-2008  
2009-2010

1914-1918  
1919-1920  
1921-1922  
1923-1924  
1925-1926  
1927-1928  
1929-1930  
1931-1932  
1933-1934  
1935-1936  
1937-1938  
1939-1940  
1941-1942  
1943-1944  
1945-1946  
1947-1948  
1949-1950  
1951-1952  
1953-1954  
1955-1956  
1957-1958  
1959-1960  
1961-1962  
1963-1964  
1965-1966  
1967-1968  
1969-1970  
1971-1972  
1973-1974  
1975-1976  
1977-1978  
1979-1980  
1981-1982  
1983-1984  
1985-1986  
1987-1988  
1989-1990  
1991-1992  
1993-1994  
1995-1996  
1997-1998  
1999-2000  
2001-2002  
2003-2004  
2005-2006  
2007-2008  
2009-2010

1914-1918  
1919-1920  
1921-1922  
1923-1924  
1925-1926  
1927-1928  
1929-1930  
1931-1932  
1933-1934  
1935-1936  
1937-1938  
1939-1940  
1941-1942  
1943-1944  
1945-1946  
1947-1948  
1949-1950  
1951-1952  
1953-1954  
1955-1956  
1957-1958  
1959-1960  
1961-1962  
1963-1964  
1965-1966  
1967-1968  
1969-1970  
1971-1972  
1973-1974  
1975-1976  
1977-1978  
1979-1980  
1981-1982  
1983-1984  
1985-1986  
1987-1988  
1989-1990  
1991-1992  
1993-1994  
1995-1996  
1997-1998  
1999-2000  
2001-2002  
2003-2004  
2005-2006  
2007-2008  
2009-2010

1914-1918  
1919-1920  
1921-1922  
1923-1924  
1925-1926  
1927-1928  
1929-1930  
1931-1932  
1933-1934  
1935-1936  
1937-1938  
1939-1940  
1941-1942  
1943-1944  
1945-1946  
1947-1948  
1949-1950  
1951-1952  
1953-1954  
1955-1956  
1957-1958  
1959-1960  
1961-1962  
1963-1964  
1965-1966  
1967-1968  
1969-1970  
1971-1972  
1973-1974  
1975-1976  
1977-1978  
1979-1980  
1981-1982  
1983-1984  
1985-1986  
1987-1988  
1989-1990  
1991-1992  
1993-1994  
1995-1996  
1997-1998  
1999-2000  
2001-2002  
2003-2004  
2005-2006  
2007-2008  
2009-2010

1914-1918  
1919-1920  
1921-1922  
1923-1924  
1925-1926  
1927-1928  
1929-1930  
1931-1932  
1933-1934  
1935-1936  
1937-1938  
1939-1940  
1941-1942  
1943-1944  
1945-1946  
1947-1948  
1949-1950  
1951-1952  
1953-1954  
1955-1956  
1957-1958  
1959-1960  
1961-1962  
1963-1964  
1965-1966  
1967-1968  
1969-1970  
1971-1972  
1973-1974  
1975-1976  
1977-1978  
1979-1980  
1981-1982  
1983-1984  
1985-1986  
1987-1988  
1989-1990  
1991-1992  
1993-1994  
1995-1996  
1997-1998  
1999-2000  
2001-2002  
2003-2004  
2005-2006  
2007-2008  
2009-2010

1914-1918  
1919-1920  
1921-1922  
1923-1924  
1925-1926  
1927-1928  
1929-1930  
1931-1932  
1933-1934  
1935-1936  
1937-1938  
1939-1940  
1941-1942  
1943-1944  
1945-1946  
1947-1948  
1949-1950  
1951-1952  
1953-1954  
1955-1956  
1957-1958  
1959-1960  
1961-1962  
1963-1964  
1965-1966  
1967-1968  
1969-1970  
1971-1972  
1973-1974  
1975-1976  
1977-1978  
1979-1980  
1981-1982  
1983-1984  
1985-1986  
1987-1988  
1989-1990  
1991-1992  
1993-1994  
1995-1996  
1997-1998  
1999-2000  
2001-2002  
2003-2004  
2005-2006  
2007-2008  
2009-2010

1914-1918  
1919-1920  
1921-1922  
1923-1924  
1925-1926  
1927-1928  
1929-1930  
1931-1932  
1933-1934  
1935-1936  
1937-1938  
1939-1940  
1941-1942  
1943-1944  
1945-1946  
1947-1948  
1949-1950  
1951-1952  
1953-1954  
1955-1956  
1957-1958  
1959-1960  
1961-1962  
1963-1964  
1965-1966  
1967-1968  
1969-1970  
1971-1972  
1973-1974  
1975-1976  
1977-1978  
1979-1980  
1981-1982  
1983-1984  
1985-1986  
1987-1988  
1989-1990  
1991-1992  
1993-1994  
1995-1996  
1997-1998  
1999-2000  
2001-2002  
2003-2004  
2005-2006  
2007-2008  
2009-2010

1914-1918  
1919-1920  
1921-1922  
1923-1924  
1925-1926  
1927-1928  
1929-1930  
1931-1932  
1933-1934  
1935-1936  
1937-1938  
1939-1940  
1941-1942  
1943-1944  
1945-1946  
1947-1948  
1949-1950  
1951-1952  
1953-1954  
1955-1956  
1957-1958  
1959-1960  
1961-1962  
1963-1964  
1965-1966  
1967-1968  
1969-1970  
1971-1972  
1973-1974  
1975-1976  
1977-1978  
1979-1980  
1981-1982  
1983-1984  
1985-1986  
1987-1988  
1989-1990  
1991-1992  
1993-1994  
1995-1996  
1997-1998  
1999-2000  
2001-2002  
2003-2004  
2005-2006  
2007-2008  
2009-2010

1914-1918  
1919-1920  
1921-1922  
1923-1924  
1925-1926  
1927-1928  
1929-1930  
1931-1932  
1933-1934  
1935-1936  
1937-1938  
1939-1940  
1941-1942  
1943-1944  
1945-1946  
1947-1948  
1949-1950  
1951-1952  
1953-1954  
1955-1956  
1957-1958  
1959-1960  
1961-1962  
1963-1964  
1965-1966  
1967-1968  
1969-1970  
1971-1972  
1973-1974  
1975-1976  
1977-1978  
1979-1980  
1981-1982  
1983-1984  
1985-1986  
1987-1988  
1989-1990  
1991-1992  
1993-1994  
1995-1996  
1997-1998  
1999-2000  
2001-2002  
2003-2004  
2005-2006  
2007-2008  
2009-2010

1914-1918  
1919-1920  
1921-1922  
1923-1924  
1925-1926  
1927-1928  
1929-1930  
1931-1932  
1933-1934  
1935-1936  
1937-1938  
1939-1940  
1941-1942  
1943-1944  
1945-1946  
1947-1948  
1949-1950  
1951-1952  
1953-1954  
1955-1956  
1957-1958  
1959-1960  
1961-1962  
1963-1964  
1965-1966  
1967-1968  
1969-1970  
1971-1972  
1973-1974  
1975-1976  
1977-1978  
1979-1980  
1981-1982  
1983-1984  
1985-1986  
1987-1988  
1989-1990  
1991-1992  
1993-1994  
1995-1996  
1997-1998  
1999-2000  
2001-2002  
2003-2004  
2005-2006  
2007-2008  
2009-2010

1914-1918  
1919-1920  
1921-1922  
1923-1924  
1925-1926  
1927-1928  
1929-1930  
1931-1932  
1933-1934  
1935-1936  
1937-1938  
1939-1940  
1941-1942  
1943-1944  
1945-1946  
1947-1948  
1949-1950  
1951-1952  
1953-1954  
1955-1956  
1957-1958  
1959-1960  
1961-1962  
1963-1964  
1965-1966  
1967-1968  
1969-1970  
1971-1972  
1973-1974  
1975-1976  
1977-1978  
1979-1980  
1981-1982  
1983-1984  
1985-1986  
1987-1988  
1989-1990  
1991-1992  
1993-1994  
1995-1996  
1997-1998  
1999-2000  
2001-2002  
2003-2004  
2005-2006  
2007-2008  
2009-2010

1914-1918  
1919-1920  
1921-1922  
1923-1924  
1925-1926  
1927-1928  
1929-1930  
1931-1932  
1933-1934  
1935-1936  
1937-1938  
1939-1940  
1941-1942  
1943-1944  
1945-1946  
1947-1948  
1949-1950  
1951-1952  
1953-1954  
1955-1956  
1957-1958  
1959-1960  
1961-1962  
1963-1964  
1965-1966  
1967-1968  
1969-1970  
1971-1972  
1973-1974  
1975-1976  
1977-1978  
1979-1980  
1981-1982  
1983-1984  
1985-1986  
1987-1988  
1989-1990  
1991-1992  
1993-1994  
1995-1996  
1997-1998  
1999-2000  
2001-2002  
2003-2004  
2005-2006  
2007-2008  
2009-2010

1914-1918  
1919-1920  
1921-1922  
1923-1924  
1925-1926  
1927-1928  
1929-1930  
1931-1932  
1933-1934  
1935-1936  
1937-1938  
1939-1940  
1941-1942  
1943-1944  
1945-1946  
1947-1948  
1949-1950  
1951-1952  
1953-1954  
1955-1956  
1957-1958  
1959-1960  
1961-1962  
1963-1964  
1965-1966  
1967-1968  
1969-1970  
1971-1972  
1973-1974  
1975-1976  
1977-1978  
1979-1980  
1981-1982  
1983-1984  
1985-1986  
1987-1988  
1989-1990  
1991-1992  
1993-1994  
1995-1996  
1997-1998  
1999-2000  
2001-2002  
2003-2004  
2005-2006  
2007-2008  
2009-2010

1914-1918  
1919-1920  
1921-1922  
1923-1924  
1925-1926  
1927-1928  
1929-1930  
1931-1932  
1933-1934  
1935-1936  
1937-1938  
1939-1940  
1941-1942  
1943-1944  
1945-1946  
1947-1948  
1949-1950  
1951-1952  
1953-1954  
1955-1956  
1957-1958  
1959-1960  
1961-1962  
1963-1964  
1965-1966  
1967-1968  
1969-1970  
1971-1972  
1973-1974  
1975-1976  
1977-1978  
1979-1980  
1981-1982  
1983-1984  
1985-1986  
1987-1988  
1989-1990  
1991-1992  
1993-1994  
1995-1996  
1997-1998  
1999-2000  
2001-2002  
2003-2004  
2005-2006  
2007-2008  
2009-2010

1914-1918  
1919-1920  
1921-1922  
1923-1924  
1925-1926  
1927-1928  
1929-1930  
1931-1932  
1933-1934  
1935-1936  
1937-1938  
1939-1940  
1941-1942  
1943-1944  
1945-1946  
1947-1948  
1949-1950  
1951-1952  
1953-1954  
1955-1956  
1957-1958  
1959-1960  
1961-1962  
1963-1964  
1965-1966  
1967-1968  
1969-1970  
1971-1972  
1973-1974  
1975-1976  
1977-1978  
1979-1980  
1981-1982  
1983-1984  
1985-1986  
1987-1988  
1989-1990  
1991-1992  
1993-1994  
1995-1996  
1997-1998  
1999-2000  
2001-2002  
2003-2004  
2005-2006  
2007-2008  
2009-2010

1914-1918  
1919-1920  
1921-1922  
1923-1924  
1925-1926  
1927-1928  
1929-1930  
1931-1932  
1933-

## Siguiendo el hilo del tiempo

# Homicidio de los muertos

Amadeo Bordiga, «*Battaglia Comunista*», 19-31 diciembre, n. 24/1951 (1)

En Italia tenemos una vasta experiencia sobre “catástrofes que se abaten sobre el país”, y además tenemos una cierta especialización en “crearlas”. Terremotos, irrupciones volcánicas, inundaciones, diluvios, epidemias... Indudablemente los efectos son particularmente sensibles sobre todo en las poblaciones de alta densidad y más pobres. Y si cataclismos a menudo más terribles de los que nos suceden a nosotros, se abaten sobre todos los ángulos de la tierra, no siempre tales condiciones desfavorables coinciden con las condiciones geográficas y geológicas. Pero cada población y cada país tiene sus propias delicias: tifones, sequía, maremotos, hambrenas, olas de calor y de frío desconocidas para nosotros en el “jardín de Europa”; y, abriendo el periódico, uno se encuentra irremediamente con más de una noticia sobre este tipo de catástrofes, de Filipinas a los Andes, de los casquetes polares a los desiertos africanos.

Nuestro capitalismo, como ya se ha dicho mil veces, aún siendo muy poco importante en cuanto a términos cuantitativos se refiere, está a la vanguardia, y no desde hoy, en el sentido “cualitativo”, de la **civilización** burguesa (de la cual ofrece los más grandes precursores en el Renacimiento), ha desarrollado de manera magistral la **economía de la catástrofe**.

Nosotros no soñamos con que se suelte ni una lagrimita si los monzones destruyen ciudades enteras en las costas del océano Índico, y si las surgen en el *raz de marée* desencadenado por terremotos subacuáticos, pero en lo del Polesino supimos hacer llegar limosnas de todo el mundo.

Nuestra monarquía era espléndida a la hora de acudir no a donde se danzaba (Pordenone), sino donde se moría del cólera (Nápoles), o sobre las ruinas de Regio y de Messina dejadas en escombros por las ondas sísmicas de 1908. Hoy a nuestro retoño de Presidente lo han llevado a Cerdeña y, si los estalinistas no han escenificado coreografías, los han hecho ver escuadras en acción de «trabajadores del Potemkin» (2) corriendo de un lado al otro del escenario, como hacen los

guerreros de **Aida** (2). De las aguas del Po desbordado no tan pronto rescataremos los sobrevivientes, que ya venían a mojarse en él, con los pies bien protegidos en botas de goma, los diputados, diputadas y ministros, después de haber dispuesto cámaras y micrófonos para la colecta mundial de gran pompa.

Aquí tenemos la fórmula maravillosa: ¡Interviene el Estado! Y la estamos aplicando desde hace unos buenos noventa años. El siniestrado itálico de profesión, colocado en su puesto por la gracia de Dios y de la mano de la Providencia, ha hecho la contribución estatal, y está convencido de que el balance nacional tiene límites más vastos que la misericordia del Señor. Un buen italiano gasta con sumo gusto diez mil liras sacadas de su bolsillo, para llegar meses después a «comerse miles de liras del gobierno». Y en una de estas contingencias periódicas, que hoy se llaman con el término de moda emergencias, pero que afloran a cada nueva estación, se unen las inolvidables medidas y providencias del poder central, una banda de no menos especializados «siniestradas», se arremangan, se zambullen en la rufianería de los informes administrativos y la orgía de las adjudicaciones.

Con autoridad, el ministro de las Finanzas de turno, Vanoni, suspende toda otra función del Estado y declara que no destinará ningún presupuesto para ninguna otra «ley especial», ya que todos los medios están dirigidos a remediar la actual calamidad.

No se podría encontrar una prueba

Cuando la catástrofe destruye casas, cultivos y fábricas y sume en la inactividad a poblaciones trabajadoras, indudablemente destruye una riqueza. Pero no es posible remediarlo con un cobro de riquezas de cualquier lugar posible, como con la miserable operación de rebuscar entre la ropa vieja, cuando la propaganda, recolección y transporte cuestan más del valor de la indumentaria.

Esta riqueza desaparecida era acumulación de trabajo pasado, secular.

mejor de que el Estado no sirve para nada y que la mano del Dios en cuestión, haría un verdadero regalo a los siniestrados de todo tipo ‘terremotando’ y ‘bancarroto’ este Estado charlatán y diletante.

Pero si la necesidad del pequeño y medio burgués luce en su máximo esplendor, cuando busca remedio contra el terror que lo deja helado en la tibia esperanza de obtener subsidio e indemnizaciones gratuitas del gobierno, no menos insensata aparece la reacción de los cabecillas de las masas trabajadoras que, en el desastre, gritan que han perdido todo, pero no sus cadenas, desgraciadamente.

Estos jefes que se pretenden «marxistas» tienen, en esta coyuntura suprema que despedaza en el proletariado el bienestar derivado de la explotación capitalista normal, una fórmula económica todavía más necia que la de la intervención del Estado. La fórmula es bien conocida: ¡Pagan los ricos!

Vanoni es entonces vituperado porque no ha sabido descubrir y tasar los altos réditos.

Pero basta una pizca de marxismo para establecer como los altos réditos brotan donde suceden las altas destrucciones, sobre las cuales se injertan los grandes beneficios. ¡Es la burguesía quien ha de pagar la guerra! Decían en 1919 aquellos falsos pastores antes de invitar al proletariado a abatirla. La burguesía itálica siempre está allí, y con entusiasmo gasta sus réditos en pagarse guerras y otras calamidades, que le permiten cuadruplicar beneficios.

## AYER

Para eliminar el efecto de la catástrofe es necesario una enorme masa de trabajo actual, viviente. Por tanto, si de la riqueza no damos la definición abstracta, sino concreta y social, esta se nos presenta como el derecho que hay en ciertos individuos que forman la clase dominante de cobrar del trabajo vivo y contemporáneo. En la nueva movilización de trabajo se formarán nuevos réditos y nueva riqueza privilegiada; y la economía capitalista no ofrece ningún medio de «desplazar»

riqueza acumulada en cualquier otro lugar, para sanar el vacío provocado en Cerdeña o en el Veneto, como no se podrían coger uno a uno los diques del Tíber para restablecer los diques enullidos del Po.

He ahí por qué es una idiotez hacer un cobro patrimonial contra los titulares de campos, casas y oficinas intactas, para restablecer los destruidos..

El centro del capitalismo no es la titularidad sobre tales inmuebles, sino un tipo de economía que consiente un cobro y un beneficio sobre cuanto crea el trabajo del hombre en ciclos incesantes, y subordina a aquel cobro el empleo de este trabajo.

Así la idea de remediar la crisis de la edificación de guerra con el bloqueo de los réditos de los propietarios de casas no destruidas, ha conducido a la dotación de viviendas a condiciones peores de las que dejaron los bombardeos. Pero los demagogos parlotean, con argumentos fáciles, y diciendo cosas «accesibles a las masas trabajadoras», para que ese bloqueo de alquileres no sea tocado.

Base de la economía capitalista es la distinción entre trabajo muerto y trabajo vivo. Nosotros definimos el capitalismo no como titularidad sobre cúmulos de trabajo pasado cristalizado, sino como derecho de sustracción de trabajo vivo y activo. He ahí por qué la economía presente no puede conducir a una buena solución que realice, con el mínimo de esfuerzo de trabajo actual, la conservación racional de cuanto nos ha transmitido el trabajo pasado, y las bases mejores para el efecto del trabajo futuro. A la economía burguesa le interesa el ritmo frenético de trabajo contemporáneo, y favorece la destrucción de masas todavía útiles de trabajo pasado, importándole poco la *posteridad*.

Marx explica que las economías antiguas, fundadas más sobre valores de uso que sobre valores de cambio, no tenían tanta necesidad de extraer sobrevalor y recuerda que esto sólo era una excepción en la extracción del oro y de la plata (no es casualidad que el capitalismo nazca de la moneda) el obligar al trabajador a esforzarse hasta la muerte, como en Diodoro Siculo.

El **hambre de sobrevalor** (El Capital VIII, 2: el capital hambriento de sobrevalor) no sólo conduce a arrancar a los vivos tanta fuerza de trabajo como para abreviar su existencia, sino que convierte en buen negocio la destrucción de trabajo muerto, con el fin de sustituir los productos todavía úti-

les con más trabajo vivo. Como Maraldo (3), el capitalismo, opresor de los vivos, es también homicida de los muertos:

«Pero en cuanto los pueblos cuya producción se mueve todavía en las formas inferiores de esclavitud, prestaciones de vasallaje, etc. se ven atraídos hacia el mercado mundial dominado por el modo de producción capitalista, convirtiendo en interés preponderante la venta de sus productos al extranjero, los horrores bárbaros de la esclavitud, de la servidumbre de la gleba, etc. se ven acrecentados por el horror civilizado del plus-trabajo» (4).

El título original del citado párrafo es “Der Heisshunger nach Mehrarbeit”, literalmente “el hambre ardiente de sobrevalor”

El **hambre de sobrevalor** del capitalismo naciente, definida por la potencia de nuestra doctrina, contiene ya todo el análisis de la moderna fase de capitalismo crecido sin medida: el hambre feroz de catástrofe y ruina.

Lejos de ser un descubrimiento nuestro (al diablo con los descubridores, sobre todo cuando dan notas falsas cantando el «doremifa» y ya se creen creadores) la distinción entre trabajo muerto y vivo está en la distinción básica de capital constante y capital variable. Todos los objetos producidos por el trabajo, que no van al consumo directo, sino que van dirigidos a una ulterior elaboración (hoy lo llaman bienes instrumentales) forman el capital constante.

«Con su ingreso en nuevos procesos de trabajo en calidad de medios de producción, los productos pierden el carácter de productos y funcionan entonces únicamente como factores objetivos del **trabajo vivo**» (5).

Esto vale para las materias primas principales y accesorias, así como las máquinas y demás instalaciones que progresivamente se desgastan: la pérdida del desgaste que va compensada pide al capitalismo invertir en otra cuota, siempre de capital constante, que la economía corriente llama amortización. Amortizar velozmente, es el ideal supremo de esta economía sepulcra.

Recordemos a propósito del “diablo en el cuerpo” como en Marx el capital tiene la función demoníaca de incorporar **trabajo vivo** en el **trabajo muerto** convertido en cosa (6) ¡Qué alegría que los diques del Po sean inmortales y se les puede hoy “incorporar trabajo vivo” alegremente! ¡Proyectos y expedientes fueron ultimados en pocos días! Pero bravucones:

tenéis metido el diablo en el cuerpo.

«Comendador, los proyectos de nuestra empresa hacen un deber de hacer estudios técnicos y económicos prealables: tiene usted la papilla lista». Y en el análisis de los precios, las piedras de Monselica son más caras que el mármol de Carrara:

«Conservar valor, añadiendo valor, es un don de la naturaleza de la fuerza de trabajo en acción, del trabajo vivo; don de la naturaleza que no le cuesta nada al obrero pero que beneficia mucho al capitalista: le beneficia la conservación del valor del capital existente».

Este capital simplemente “conservado”, gracias siempre a la obra del trabajo vivo, es llamado por Marx parte constante del capital, o **capital constante**. Pero:

«La parte del capital convertida [vulgo: invertida] en fuerza de trabajo [salario] cambia [en lugar de] el propio valor en el proceso de producción (...) y produce una excedencia, el plusvalor». (7)

La llamamos por tanto parte variable, y simplemente **capital variable**.

Toda la clave está aquí. La economía burguesa pone la ganancia en relación al capital constante, que está allí y no se mueve: por tanto se iría al diablo si la obra del trabajador no lo “conservase”. La economía marxista pone al opuesto el beneficio en relación únicamente al capital variable y demuestra cómo el trabajo activo proletario a) conserva el capital constante (trabajo muerto); b) aumenta el capital variable (trabajo vivo) Este excedente, el plusvalor, es el patrón quien se lo embolsilla.

Esto, explica Marx, de establecer la tasa sin tomar en cuenta el capital **constante** equivale a poner el mismo igual a cero: operación corriente en el análisis matemático de todas las cuestiones en la que juegan magnitudes variables.

Puesto el capital constante equivalente a cero, queda en pie el gigantesco beneficio capitalista. Decir esto, es lo mismo que decir que el beneficio de empresa queda si se ahorrara al capitalista la custodia del capital constante.

Esta hipótesis no es más que la moderna realidad del **capitalismo de Estado**.

Pasar al capitalismo de Estado significa poner el capital constante igual a cero. Nada cambia en la relación entre emprendedor y obrero porque esto depende inicialmente de las mag-

nitudes: **capital variable** y **plusvalor**

¿El análisis del capitalismo de Estado es algo nuevo? Sin prosopopeya, estamos en condición de servirla tal y como la sabemos desde 1867 y antes. Es breve:  $c = 0$ .

Después de esta fría fórmula, no podemos dejar a Marx sin antes citar un pasaje ardiente:

«**El capital es trabajo muerto, que se reaviva únicamente chupando trabajo vivo; como un vampiro, que más alegre vive cuanto más succiona**» (9).

El capital moderno, teniendo necesidad de consumidores porque tiene necesidad de producir cada vez más, tiene todo el interés en inutilizar lo más rápido posible los productos del trabajo **muerto** para imponer su renovación con trabajo vivo, el único del cual “succiona” beneficios. He ahí por qué jubila de alegría cuando se acerca la guerra y he ahí por qué es arrastrado a la praxis de la catástrofe. En América la producción de automóviles es formidable, pero todas las familias o casi todas tienen un coche: se llegaría rápidamente al agotamiento de las demandas. Entonces conviene que los automóviles **duren** poco. Para obtener tanto, primero antes que nada se construyen mal y con series de piezas chapuceras. Si los usuarios pierden la vida, eso importa poco: un cliente de menos, pero un coche más que sustituir. Después se recurre a la moda, con grandes apoyos cretinizantes de la propaganda publicitaria, por la cual todos querrían tener el último modelo, como las mujeres que se avergüenzan de tener un vestido aún intacto “del año pasado”. Los resquebrajados caen y no importa si tiene más vida un Ford construido en 1929 que un coche de lujo de 1950. Y finalmente los coches en desuso no se utilizan nada más que como chatarra y se agolpan en los cementerios de coches. Quien osase hacerse con uno diciendo: lo habéis mandado a paseo como algo sin valor ¿qué hay de malo si me lo llevo y lo pongo a funcionar? Recibe un escopetazo y una condena penal.

Para explotar trabajo vivo el capital debe aniquilar trabajo muerto todavía útil. Amando succionar sangre caliente y joven, mata a los cadáveres.

Así, mientras la manutención de los diques del Po de diez kilómetros exige trabajo humano, pongamos, por un millón al año, al capitalismo le conviene más rehacerlo todo gastando un millardo. De otra manera le tocaría esperar mil años. ¿Quiere decir esto quizás que el **gobierno negro** ha sabotea-

do los diques del Po? Ciertamente no. Quiere decir que nadie ha presionado para que se destinara ese millonaje anual, y esto no es así porque a menudo se encuentra engullido en la financiación de otras “obras grandiosas” de “nueva construcción” que consumen millones. Ahora que el diablo se ha llevado los diques, enseguida aparece alguno que, en nombre del **sacro-santo** interés nacional, activa la **oficina de proyectos** y lo rehace.

¿De quién es la culpa de dar preferencia a las grandes inversiones? De los ‘negros’, de los ‘rojizos’; los unos y los otros cacarean que quieren una política **productivista** y de **pleno empleo**. Ahora bien, el productivismo, criatura predilecta de don Benito [Mussolini] consiste en meter ciclos “actuales” de trabajo vivo, sobre los cuales la alta empresa y la alta especulación hacen millones. Y entonces se **modernizan** a expensas de Pantalone las máquinas envejecidas de los altos industriales, y se **modernizan** también los diques del río después de haberlos

dejado desbordarse. La historia de estos últimos años de gestión administrativa de los trabajos de estado, y de la protección de la industria está llena de estas obras maestras, que van desde los abastecimientos de materias primas a bajo costo “a cargo de la administración” y consistentes en “la lucha contra la desocupación” a base de “capital constante igual a cero”. En pocas palabras, gastamos todo en salarios y la empresa no teniendo más aparejo que una azada por hombre, convence al comendador cómo sería útil un movimiento de tierra; primero esta se porta toda de aquí a allí; e inmediatamente después se reenvía de allí a aquí.

Si «su excelencia» dudase, la empresa tiene a sus pies al organizador sindical: una manifestación de jornaleros, azada al hombro, bajo las ventanas del ministerio; y en esas estamos. Viene el descubridor y **supera** a Marx: las azadas, que solamente son capital constante, han producido plusvalor.

## HOY

Indudablemente las dimensiones del desastre en el Valle del Po han sido imponentes y las evaluaciones de los daños crecen a cada momento. Admitamos que la superficie cultivada italiana ha perdido cien mil hectáreas, es decir, 1.000 kilómetros cuadrados, cerca de un 3% del total, uno por mil. Cien mil habitantes han debido abandonar aquel lugar, que no es el más densamente poblado de Italia, en cifras, un 5% de la población, el dos por mil.

Si la economía burguesa no fuese una cosa demencial, se podrían echar cuentas banales. El patrimonio nacional ha sufrido un duro golpe, a pesar de que hay zonas sólo destruidas en parte y el agua ha sido retirada: en resumen, la tierra agraria se ha conservado y la descomposición de sustancias vegetales, con la ayuda del lodo, en parte compensa la fertilidad perdida. Si el daño es un tercio del capital total, esto equivale al uno por mil del capital nacional. Pero esto tiene un “rédito” medio del cinco por ciento, es decir, cincuenta por mil. Basta que cada italiano ahorre un 5% de su consumo, para que el vacío sea colmado.

Pero la sociedad burguesa es cualquier cosa menos una cooperativa, aun si los altos filibusteros del capital indígena esquivan a Bañón demostrando que las “acciones” de sus empresas las han distribuido entre todos

sus dependientes.

Todas las operaciones productivistas de la economía italiana e internacional son al menos tan destructivistas como lo ha sido el desbarajuste padano: el agua entra por un lado y sale por otro.

Un problema semejante es insuperable dentro del campo capitalista. Si se tratase de hacer en un año las armas para dar a Eisenhower (10) sus cien divisiones, el problema estaría solucionado. Son todas operaciones a ciclo breve y el capitalismo ríe de júbilo si el pedido de diez mil cañones se hace en cien días y no en mil. ¡No es casualidad el pool del acero!

Pero el pool de la organización hidro-geológica y sismológica no se puede hacer, a menos que la alta ciencia de la época burguesa no llegue de verdad a provocar en serie, como si fueran bombardeos, también los aluviones y terremotos.

Aquí se trataba de una lenta y no acelerable transmisión secular, de generación en generación, de resultados de trabajo “muerto”, pero tutelador de los vivos, de su vida y de su menor sacrificio.

Admitiendo por ejemplo que del Polesino se vaya el agua en pocos meses y se cierre antes de primavera la falla de agua de Occhiobello (10) se tratará únicamente de un solo ciclo

anual de recolección perdido: cualquier “inversión” no podría hacer esto, pero sí reducir las pérdidas.

Pero si se piensa que todos los diques del Po y de los otros ríos podrían dañarse con frecuencia, como consecuencia de la descuidada mantenimiento de treinta años de crisis, o de la desastrosa deforestación de montes, entonces el remedio se vuelve todavía más lento. Ningún capital se invertirá por la cara bonita de nuestros bisnietos.

En vano ya lo decían nuestros padres: no quedan más que unas hojas de bosque virgen, que vegeta sin intervención del trabajo humano. El sistema forestal se convierte por tanto en casi **afrodisíaco** a pesar del mínimo capital en ejercicio. Todavía el bosque de tallo alto, el más importante en las preocupaciones de la economía pública, exige siempre una larguísima espera antes de dar productos apreciables. Si bien la ciencia forestal había mostrado que el año más útil para tallarlos no es aquel de máxima longevidad natural sino aquel en que el crecimiento corriente equivale al crecimiento medio, se necesita siempre contar por ejemplo en un bosque con cerca de 80, 100 y también 150 años de espera. Capital mínimo; ¡espera a verlo rendir 150 años! De Vittorio y Pastore, apenas hubiesen abierto el libro, lo hubieran arrojado por la ventana.

Como en la opereta: ¡Robar, robar, el capital (el amor) no se hace esperar...!

Hay algo peor. Se ha hablado relativamente poco del desastre de Cerdeña, Calabria y Sicilia. Aquí el dato geográfico es radicalmente distinto.

En el valle padano la escasa pendiente ha determinado que el agua permanezca empantanada sobre tierras arcillosas e impermeables en su fondo. En el centro y en las islas, a causa de las mismas fuertes precipitaciones y la deforestación de los montes, ha sido la enorme pendiente con la que la costa desciende al mar la que ha arrancado de las rocas savias y rechos, destruido campos y casas que, sin embargo, ha provocado pocas víctimas.

No sólo irreparable es el saqueo llevado a cabo por los liberadores aliados (11) en los magníficos bosques del Aspromonte y de la Sila, sino que, allí, el restablecimiento de los terrenos recorridos por el aluvión es prácticamente imposible; o si acaso antieconómico para los fines de los “inversores” y de los “socorredores” (más

interesados que los primeros, pudiese pensarse).

No sólo la poca tierra vegetal, si no los estratos no rocosos que la hacían de inestable apoyo, han sido transportados; tierra que muchas veces a lo largo de decenios ha sido portada por, algo increíble, el paupérrimo cultivador. Toda plantación, también forestal, viene ya con la tierra; y flotaban sobre el mar los árboles de naranjas y limones arrancados, alimento de una cultura y una industria que en determinados países es bastante rentable.

La nueva plantación de un viñedo destruido puede hacerse en dos años, pero el plantío de cítricos no volverá a rendir plenamente sino dentro de 7 ó 10 años: los capitales de plantación y de explotación son muy fuertes. Naturalmente no encontraremos en los buenos tratados el costo de la impensable obra de llevar la tierra recogida a cientos de metros de la costa; y el agua la llevarían antes que las raíces de las plantas se fijen al suelo.

Ni mucho menos tampoco las casas se pueden reconstruir donde estaban: por razones técnicas y no económicas. Cinco o seis desgraciados pueblos de la costa jónica de la provincia de Reggio Calabria no serán nunca reconstruidos en su antigua sede en la colina, sino sobre el mar.

Después que un siglo de devastaciones hayan hecho desaparecer las ruinas de las magníficas ciudades costeras de la Magna Grecia, cumbre de la cultura y del arte del mundo antiguo, en que las miserables poblaciones agrícolas se salvaron de las incursiones de los piratas sarracenos, habitando pueblos construidos sobre picos de montes, poco accesibles y mejor defendibles.

Una vez instalado, el gobierno “piedmontés” (después de la unidad de Italia, NdR) atravesó de carreteras y ferrocarriles todo el litoral y, allí donde la malaria no lo ha impedido, el monte y la playa se encuentran más cercanos, donde cada pueblo tomaría la estación como su “costa”. En virtud de esto, la explotación y transporte de la madera se volverían **ventajosas**.

Mañana no quedarán más que las «orillas de mar», y se reconstruirán allí, desganadamente, algunas habitaciones. Además, ¿por qué razón el campesino remontaría la pendiente donde ya nada puede crecer y los mismos estratos rocosos desnudos y resbaladizos no consienten que se reconstruyan las casas? Hoy estos ya no pueden emigrar; como los calabre-

ses de las bajuras malsanas y los habitantes de Lucca de las “crestas malditas” que han regresado impotentes ante la voraz talla de los bosques que revestían las montañas y de los árboles diseminados en las dehesas de la colina.

Es verdad que en semejantes condiciones ningún capital y ningún gobierno intervendrán, para total vergüenza de la decente hipocresía con la que se exalta la solidaridad nacional e internacional.

No es un hecho moral o sentimental la base de todo esto, si no la contradicción entre la dinámica convulsa del super capitalismo al que hemos llegado y toda sana exigencia de organización de la estancia de los grupos humanos sobre la tierra, de manera que se puedan transmitir útiles condiciones de vida en el transcurso del tiempo.

El “premio Nobel” Bertrand Russel (12) que pontifica en tono moderado en la prensa internacional, denuncia que el hombre está saqueando demasiado los recursos naturales y ya incluso se puede calcular su agotamiento.

Reconoce que los grandes poderes hacen una política absurda y loca, denuncia las aberraciones de la economía individualista y bromea sobre el irlandés que dice: ¿por qué debo pensar en la posteridad? ¿Ha hecho ella algo por mí, alguna vez?

Russel pone entre las aberraciones, junto a las del místico fatalismo, la del comunismo que afirma: arrebate-mos los medios al capitalismo y la cuestión será resuelta. Después de tanta pompa de ciencia física, biológica y social, esta no alcanza a ver como un hecho bastante físico el enorme grado de dispersión de recursos tanto naturales como sociales, esencialmente ligado a un determinado tipo de producción, y piensa que todo se resolvería con un sermoncillo moral o un fabiano (13) llamamiento a la sabiduría de los hombres de arriba y de abajo.

El repliegue es piadoso: ¡la ciencia queda impotente ante los problemas del alma!

Aquellos que impiden a la humanidad de dar pasos adelante en la organización de su vida, en verdad, no son los vencedores y vencidos que todavía osan vanagloriándose de su voluntad de poder; sino el pulular de los benefactores pálidos y de los lanzadores de planes Marshal, de las cadenas de la fraternidad, y de palomas de la paz.

Pasando de la cosmología a la economía, Russell hace la crítica de las ilusiones liberales sobre la panacea de la convivencia, y debe admitir: «Marx había predicho que la libre competencia entre capitalistas se acabaría con el monopolio, previsión que se demostró justa cuando Rockefeller (15) establece virtualmente para el petróleo un régimen monopolístico».

Partiendo de la explosión del sol que un día nos transformará al instante en gas (lo que daría razón al irlandés), Russell termina miserablemente, en la nata montada: «las naciones que desean la prosperidad deben buscar más la colaboración que la competencia».

¿Acaso, señor premio Nobel, para usted que había escrito tratados de lógica y metodología científica, Marx no había calculado la llegada con unos buenos cincuenta años de anticipo? Si esta era buena dialéctica, el opuesto de la competencia es el monopolio, no la colaboración:

Tome buena nota que Marx prevé también, como desenlace de la economía capitalista, monopolio de clase, no la colaboración a la que todos los Truman (16) y Stalin de buena voluntad se han consagrado sin cesar, sino la guerra entre clases.

Así como vino Rockefeller, «¡ahí viene el bigotudo!», el mostachudo va a venir, pero, no del Kremlin. Este, en barba de Marx, está por afeitarse a la americana.

(1) «Homicidio de los Muertos» (Omicidio dei morti). Texto de la serie «Sul Filo del Tempo» escrita por el compañero Amadeo Bordiga en 1951 y publicado en el entonces periódico del partido «Battaglia Comunista».

Publicamos por primera vez en lengua castellana este «Hilo del tiempo» que, en el trabajo de restauración teórica y política del marxismo, luego de su devastación contrarrevolucionaria provocada por la más extensa y mortífera ola oportunista que la historia del movimiento obrero y comunista recuerda - el estalinismo -, fue dedicado a las catástrofes que marcan el curso del desarrollo del capitalismo. En este «Hilo» se demuestra cómo el capitalismo desarrolla «en forma magistral la economía de la desgracia».

Es, también, particularmente eficaz el tratamiento que se le da a la cuestión del trabajo muerto y del tra-

bajo vivo, es decir, la relación entre capital constante y capital variable, elementos fundamentales de la economía marxista. La tragedia del aluvión del río Polesine es la base de este escrito.

Los jóvenes lectores, y los ya no tan jóvenes, tendrán cierta dificultad en hallar textos de este género; es por esto que los publicamos siempre que nos es posible.

Este «Hilo del Tiempo» fue recogido, en su tiempo, en un volumen intitolado: Drammi gialli e sinistri della moderna decadenza sociale - «Crónica negra y desastres de la moderna decadencia social» - (ed. Iskra, 1978).

En estos textos se afrontan dos grandes tiempos: **la relación entre capitalismo y naturaleza, y entre capitalismo y técnica.**

(2) La alusión es a los falsos pueblos construidos por Potemkin para mostrarlos a la emperatriz Catalina II cuando quería sincerarse directamente sobre las condiciones del campo ruso.

(3) Fabrizio Maramaldo, capitán calabrés al servicio de Carlos V. Durante el asedio de Florencia por parte de las tropas imperiales para doblegar a la República Florentina, Maramaldo asesinó de una puñalada al héroe Francesco Ferrucci, el cual ya estaba herido de muerte.

Al morir, éste pronunció estas palabras: « Bellaco, tú acabas a un hombre muerto» (NdT).

(4). K. Marx El Capital Libro I Cap. 8

(5). Ibid, Cap 5

(6). Doctrina del diablo en el cuerpo («Dottrina del diavolo in corpo») es el título de un artículo de Battaglia Comunista nº 2 de 1951 sobre el rol de las inversiones del Estado en el capitalismo.

(7). K. Marx El Capital Libro I Cap. 6

(8). Ibid.

(9). Ibid. Cap. 8

(10). Dwight David (Ike) Eisenhower dirige en el 42 el desembarco en Marruecos y Argelia y el año siguiente en Sicilia; fue el comandante supremo de las fuerzas aliadas en Europa guiando el desembarco en Normandía.

Reclamado por Truman en 1950 fue nombrado comandante de las tropas de la OTAN en Europa: candidato republicano en 1952 gana las elecciones convirtiéndose en «presidente de los Estados Unidos» después de Truman.

Sumarios deSuplemento al «el programa comunista»

Precio: Europa: 1 € . América del Norte: US \$ 1. América Latina: US \$ 0,5

Suplemento No 7 - Octubre de 2008

• Pese a sus crisis, ¿el capitalismo no se derrumbará sino bajo los golpes de la lucha proletaria!

Suplemento No 6 - Marzo de 2008

• Venezuela: Crónica de una burguesísima «revolución bolivariana» • El movimiento estudiantil, la democracia y la C.C.I • ¿Vía constitucional al socialismo?

Suplemento No 5 - Diciembre de 2007

• Francia: ¡Medios de mierda! • ¡Obreros Asesinados en las acerías tyssenkrupp de Torino! ¡Basta de morir en el trabajo! ¡Hasta cuándo con estos asesinatos legalizados!

Suplemento No 4 - Noviembre de 2006

• Venezuela : ¡ No a la papeleta electoral, Si A La Lucha De Clase ! Chavismo y antichavismo • dos falsas alternativas a la lucha proletaria • Las falsedades del pseudo-antiimperialismo chavista • «Revolución chavista» y represión policial • La abstención prepara al proletariado para los inevitables enfrentamientos de clase! • ¿Y si Chávez fuera un comunista? • El programa del Partido

Suplemento No 3 - Octubre de 2004

• Madrid, masacre de proletarios por el terrorismo reaccionario • ¡Imperialismo francés y estadounidense, fuera de Haití! ¡Solidaridad con los proletarios haitianos! • El terrorismo imperialista, en Irak como en Chechenia, alimenta el terrorismo nacionalista en una espiral de atentados, secuestros, hecatombes, secuestros, represalia militar y horrores de todo género ¡ y los proletarios pagan el precio más alto ! • Huelga en el Metro de Caracas

Suplemento No 2 - Octubre de 2003

• Las lecciones del fracaso sangriento de la experiencia chilena en 1973 • Chile, a treinta años de distancia • El carácter desastroso de la política de los frentes populares

Suplemento No 1 - Agosto de 2002

• ¡ El golpe de Estado fallido en Venezuela es una advertencia al proletariado !

el programa comunista

ORGANO DEL PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL

Venezuela: Crónica de una burguesísima «revolución bolivariana»

En una crónica de la revolución bolivariana, el autor analiza la situación política y económica de Venezuela, el rol de la burguesía y el movimiento obrero, y el papel del partido comunista en la lucha revolucionaria.

El programa comunista es un periódico que se publica en español y en otros idiomas. Su contenido incluye artículos de actualidad, análisis políticos y económicos, y noticias de los movimientos obreros y populares.

El programa comunista es un periódico que se publica en español y en otros idiomas. Su contenido incluye artículos de actualidad, análisis políticos y económicos, y noticias de los movimientos obreros y populares.

El programa comunista es un periódico que se publica en español y en otros idiomas. Su contenido incluye artículos de actualidad, análisis políticos y económicos, y noticias de los movimientos obreros y populares.

El programa comunista es un periódico que se publica en español y en otros idiomas. Su contenido incluye artículos de actualidad, análisis políticos y económicos, y noticias de los movimientos obreros y populares.

## *Pese a sus crisis,*

# ¡El capitalismo no se derrumbará sino bajo los golpes de la lucha proletaria!

La crisis financiera que, en realidad, había comenzado a mediados de 2007 con las primeras quiebras de los fondos especializados en las famosas subprimes, no ha cesado de aumentar hasta llegar a tomar en este verano su forma más aguda.

Desde hace un año, los discursos de los más altos responsables financieros y políticos del mundo, difundidos extensamente por todos los medios internacionales, habían minimizado constantemente su alcance, felicitándose a grandes voces cuando, a cada aumento de la fiebre especulativa, las bancas centrales y los gobiernos administraban el remedio adecuado al sistema financiero, anunciando regularmente el fin de la crisis y la reanudación del crecimiento.

Pero, a partir de la mitad de septiembre, los discursos llamando a la calma están siendo reemplazados por declaraciones cada vez más alarmistas; y una de las razones es que la crisis ha comenzado a escapar de todo control. Ya no sólo es el sistema financiero norteamericano sino todo el sistema internacional, que no reaccionan a los remedios para caballo utilizados a un ritmo cada vez más acelerado: “salvamento” de bancos en dificultades, decisión por parte del tesoro norteamericano de tomar a su riesgo las creencias dudosas de los bancos, gigantescas inyecciones de liquidez, bajas históricas de las tasas de créditos decididas por los bancos centrales de todos los países, etc.

La segunda semana de octubre ha sido testigo del paroxismo de la crisis financiera, luego del fracaso de todas las tentativas cada vez más desesperadas para ponerle remedio; ni el famoso plan estadounidense de Paulson de 700.000 millones de dólares, ni las intervenciones de los bancos centrales, así como tampoco las

decisiones británicas, ni siquiera los llamados del presidente de la BCE a “recuperar la calma”, han evitado que la crisis golpee duramente a Europa y a la segunda economía mundial, Japón, y sin poder impedir que las bolsas de todos los países sufrieran un verdadero **crac**.

Hasta el presente, no ha habido un hundimiento semejante en una sola sesión (a excepción de la bolsa de Moscú). Pero luego de bajones tan seguidos, la mayor parte de las bol-

sas han sufrido la peor semana desde que se produjo el crac de 1987, (como es el caso de París o Tokyo), y en algunos momentos ha sido peor que la de 1929 (como en New York). Haciendo la comparación de ambos desplomes, la Bolsa neoyorquina ha bajado así: a comienzos de octubre, de 19,8% en Wall Street contra 13,17% en 1987 y 9,12% en 1929; y, de 24% en Tokyo, 22,5% en Brasil, 21,6% en Francfort, 21,5% en París, 19,8% en Madrid, 19,3% en la India... (1)

### ¿CRISIS DE LAS FINANZAS? ¿CRISIS DEL CAPITALISMO!

Según las “explicaciones” más comunes, la crisis actual se debería a un exceso de créditos otorgados por la “codicia” de banqueros sin escrúpulos y a la insuficiencia de mecanismos reguladores que reglamenten las actividades financieras. ¡Viejo lugar común que sale a relucir cada vez que estalla una crisis! En su época, Marx se burlaba de una comisión del parlamento inglés que atribuía las causas de la crisis económica de 1857-58 al “exceso de especulación y al abuso del crédito”, a lo que él respondía: “*¿De qué naturaleza son, pues, las relaciones sociales que suscitan casi de manera regular estos períodos de automixtificación, de sobreespeculación y de crédito ficticio? Apenas se sepa, se llegará a una alternativa sencillísima: o bien la sociedad puede controlar las condiciones sociales de la sociedad, o bien estas son inmanentes al actual sistema de sociedad. En el primer caso, la sociedad puede evitar las crisis, en el segundo, mientras el sistema subsista, ella debe soportarlas tan naturalmente como el cambio de las estaciones en el tiempo*” (2).

Han pasado 150 años desde que estas líneas fueron escritas; y, con ellas se demuestra que la sociedad

capitalista es incapaz de controlarse e incapaz de impedir el retorno periódico de las crisis que siempre la toman por sorpresa. Los escritos marxistas dan el mecanismo de estas crisis periódicas del capitalismo; por ejemplo Engels, en el “Anti-Dühring”:

“Desde 1825 en efecto, fecha en la cual estalló la primera crisis general, todo el mundo industrial y comercial, la producción y el intercambio de todos los pueblos civilizados y de sus apéndices más o menos barbáricos, salen de quicio aproximadamente cada diez años. El comercio se paraliza, los mercados se saturan, los productos se almacenan tan masiva cuanto invendiblemente, el dinero líquido se hace invisible, desaparece el crédito, se paran las fábricas, las masas trabajadoras carecen hasta de alimentos por haber producido demasiado, una bancarrota sigue a otra, y lo mismo ocurre con las ejecuciones forzosas en los bienes.

*Este atascamiento dura años, fuerzas productivas y productos se desperdician en masa, se destruyen, hasta que las acumuladas masas de mercancías, tras una desvalorización mayor o menor, van saliendo finalmente, y la producción y el intercam-*

*bio vuelven paulatinamente a funcionar. La marcha se acelera entonces progresivamente y pasa a ser trote; el trote industrial se hace luego galope, y ésta vuelve a culminar en la carrera a rienda suelta de un completo steeple-chase industrial, comercial, crediticio y especulativo, para llegar finalmente, tras los más audaces saltos, a la fosa del nuevo crac". (3)*

Desde el siglo diecinueve hasta hoy, el capitalismo se ha desarrollado enormemente, ha ganado todo el planeta, pero sus leyes de funcionamiento no han cambiado. La crisis actual, aun cuando hasta hoy sólo se manifiesta como crisis financiera, esta vez provocada por la "especulación" y la desaparición del crédito (particularmente el crédito bancario que es vital para la circulación de capitales) es, como siempre, consecuencia de los mercados que se atascan, luego, es la **superproducción** lo que provoca la crisis.

Los burgueses, sus expertos y voceros políticos de derecha e izquierda, demuestran que no comprenden nada del funcionamiento de su propia

economía, puesto que frente a la crisis no proponen otra solución que no sea de reformas para reglamentar y encuadrar la actividad bancaria y financiera; no pueden ver que es el mecanismo fundamental de la producción capitalista lo que provoca inevitablemente crisis cada vez más violentas hasta que no haya otra salida que una nueva guerra mundial que permita destruir las colosales fuerzas productivas tan numerosas y arrancar con un nuevo ciclo de acumulación – a menos que la revolución proletaria derribe al capitalismo. Es muy posible que logren conjurar el crac financiero, salvar las instituciones bancarias, restablecer el crédito gracias a la intervenciones estatales, incluyendo la nacionalización del sector bancario, lo que significaría que el Estado se convierte en banca (¡dialécticamente es la banca quien se transforma en estado!); si todo marcha como ellos lo esperan, la crisis financiera podrá entonces ser "resuelta" (al precio de un endeudamiento superlativo de los estados), pero la crisis económica, que ha sido en verdad la causa, ¡seguirá viva!

### EL ESPECTRO DE 1929

La amplitud de la crisis financiera actual, su profundidad y su extensión mundial son tales que todos los comentaristas, todos los medias hablan de una crisis financiera comparable a la de 1929, teniendo cuidado de agregar que no tendrá las mismas consecuencias ya que, habiendo sacado las lecciones de los años treinta, las autoridades capitalistas no cometerán los mismos errores. Tendríamos que hacerles notar que, desde hace unos quince años, los sucesivos gobiernos americanos, bajo la presión de los financistas, se han aplicado en dismantelar todas las medidas y cortafuegos que habían sido puestos en plaza y que, ahora, todo el mundo jura volver a instalar...

Pero, lo más importante es saber qué hay de cierto en esta comparación. Sin ninguna duda, la vastedad de la crisis financiera bastará por sí sola para aseverar que la recesión económica mundial será mucho más grave que las recesiones de estos últimos 25 años; pero la crisis de 1929 tiene que ver con una crisis de relevancia histórica que, a diferencia de las recesiones más o menos acentuadas que acompañan al movimiento económico del capitalismo, tuvo consecuencias brutales y duraderas, no

sólo sobre el crecimiento económico, sino también sobre el equilibrio político y social de los países golpeados, así como sobre el equilibrio político internacional.

Nuestra corriente siempre ha sostenido que la expansión económica sin precedentes que ha conocido el capitalismo desde finales de la segunda guerra mundial desembocaría inevitablemente en una **gran crisis general de superproducción** – tipo 1929 para fijar las ideas – que volvería a traer sobre la escena la alternativa de **guerra o revolución**.

Mientras el capitalismo se encuentra en período de crecimiento, siempre será capaz de amortiguar las tensiones sociales, por lo tanto es pura vanidad o voluntarismo esperar la apertura de una período revolucionario (cosa que no podían asimilar los inmediatistas del Mayo francés – los *sesentaiochistas* que tenían como divisa "tomar sus deseos por realidades"). Pero, cuando se encuentra al borde de la asfixia, debido a la sobreproducción, es de vida o muerte atacar a los proletarios para obtener a cualquier precio las ganancias, al mismo tiempo que prepara la guerra que por medio de destrucciones masivas de bienes, mercancías, fuerzas pro-

ductivas – incluyendo las fuerzas productivas humanas, los proletarios – le permitirá resolver la crisis y comenzar un nuevo ciclo de acumulación.

¿Nos encontramos ya en esta situación?

Para tratar de responder, veamos cuáles fueron las características de 1929, tomado como clásico ejemplo de gran crisis de superproducción, tal como las definen los trabajos del nuestro partido (4). Estas características van mucho más allá de la clásica caída bursátil del "lunes negro" (28 de octubre) en que la bolsa de Wall Street perdió 13% (caída récord que no será superada más que por el crac de octubre de 1987); porque si bien el hundimiento brutal de la bolsa anunciaba de manera espectacular el estallido de la crisis, la recesión económica había comenzado meses antes, y fue esta recesión lo que, en última instancia, provocó el estallido de la "burbuja" especulativa en la bolsa que, a su vez, tuvo consecuencias devastadoras sobre la economía.

La crisis, comenzada en 1929, terminó en 1932; ya en 1933 se logra superar y se reanuda el crecimiento económico, aunque un poco vacilante. Pero, pese a las grandes medidas de intervenciones estatales llamadas "New Deal", de nuevo sufre una violenta recaída en 1937-38, la cual encontrará rápida solución en... el desencadenamiento de la guerra mundial, reactivando la producción a escala gigantesca.

Esta crisis que durará 3 años, al término de la cual la producción industrial, que es el índice más significativo, acusó un "crecimiento negativo" de 44%, lo que corresponde a una baja promedio de 17,5% por año. En 1929, el desempleo no era más que de 3,2%, pero, luego alcanzará la cifra enorme de 23,5% en 1932, es decir, un aumento anual de 8%. La cifra de los índices bursátiles muestra una baja promedio de 37,5%.

Además de esos elementos, una de las características más importantes de la crisis de 1929 fue la deflación, esa pesadilla que hoy todavía temen los capitalistas: los precios al por mayor (precio a puerta de fábrica) bajarán en 12% la media anual (el precio al detall, al consumidor, bajará también, pero, como siempre, en menor medida). En fin, la baja de los salarios es el último criterio importante de la crisis, constatando que estos en parte son compensados por la baja de los precios al consumo; los capita-

listas sufrirán la crisis, quizás con más rigor que los mismos proletarios (al menos los que tendrían un empleo); de 1929 hasta su mínimo de marzo de 1933, el salario medio semanal en la industria bajó 56%, mientras que los precios – a lo largo de esos años – bajaban un 28% (5).

Total, una gran crisis catastrófica de superproducción en el sentido marxista del término como lo fue 1929, es marcada durante **varios años** por una **caída general de los precios a la producción**, una severa **disminución de la producción**, un **fuerte aumento del desempleo**, una **baja de salarios**, un **desplome de las ganancias**, y no sólo un crac bursátil.

La evolución del capitalismo desde hace 80 años debe necesariamente arrastrar consecuencias en el estallido y desarrollo de una gran crisis de superproducción. De un lado, el peso del Estado en la economía que hoy es mucho más importante, a pesar de la terapia del “liberalismo” en las recientes décadas, permite al capitalismo amortiguar las sacudidas y dotarse de armas de políticas “anticíclicas” imposibles de comparar con las que existían en 1929, tal como se puede ver a la vista; del otro, la hipertrofia del sector financiero y la generalización de la economía de deuda a una escala desconocida en el pasado aumentan la inestabilidad potencial del sistema y hacen mucho más problemáticas las intervenciones estatales (¡hasta llegar a amenazar de bancarrota a los mismos Estados!) (6); mientras que la “mundialización”, es decir, la creciente internacionalización de la economía y la aceleración de la circulación de los flujos financieros a escala del planeta, disminuyen paralelamente a las posibilidades de acción de los Estados nacionales. ¡Las fuerzas productivas se han vuelto más potentes y más importantes que las estructuras burguesas estatales que buscan controlarlas!

A primera vista, la actual crisis se presenta sobre todo como una crisis financiera y, a este nivel, por ahora, aparenta ser más grave que la de 1929; no sólo la caída de los índices bursátiles al año son mucho más importantes que en aquella época, sino que, desde hace un año, estamos asistiendo al desmoronamiento de las instituciones financieras y a una crisis del crédito a pesar de las intervenciones masivas y repetidas por los Bancos centrales y los Estados.

Pero, en lo que respecta a los otros

critérios, la diferencia con la crisis de los años treinta es impresionante; en la producción industrial de los grandes países todavía no se manifiesta sino levemente; las últimas cifras disponibles (julio o agosto de 2008, según los países) indican una variación con respecto al año precedente, de -1,5% en los Estados Unidos, -1,7% para la zona del euro (-2%, Francia, -3%, España, -3,2% Italia, pero +1,7% Alemania), -2% Canadá, -2,3% Gran Bretaña, la palma para Japón con -6,9%. Entre tanto, la China anunciaba +12,8%! El desempleo no ha comenzado a aumentar sino hace poco tiempo alcanzando hoy el 6,1% en los Estados Unidos, 7,5% en la zona euro y 4,2% en Japón – aquí las estadísticas son poco compatibles de un país a otro, y por lo general son las menos confiables (7). Las ganancias de las empresas americanas no han bajado más que de 3,8% (cadencia anual) en el segundo trimestre, esencialmente en el sector financiero, luego de un fuerte crecimiento durante 4 años hasta la mitad de 2007; las autoridades financieras luchaban no contra la de-

flación sino contra la vuelta de la inflación. En cuanto a los salarios, si una previsión estadounidense indica que el salario medio sufrirá en ese país una baja sin otro precedente que la de los años treinta, esta baja no superará más del 10% (8) etc.

En pocas palabras, el capitalismo ultramoderno del siglo veintiuno, gracias a los métodos de intervención estatal en la economía inaugurados hace 80 años por el fascismo y el imperialismo roosveltiano, ha logrado hasta hoy frenar la crisis, atenuarla, aplazar sus consecuencias.

¿Logrará impedir finalmente que ella estalle con toda su fuerza?

Es imposible descartar esta alternativa; pero si lo logra, esta victoria no será más que una victoria pírrica. En lugar de sufrir una crisis violenta pero relativamente breve, más adelante este capitalismo victorioso se encontrará con una crisis más larvada pero prolongada de la cual será mucho más difícil recuperarse, y al precio de una crisis recrudescida e insuperable para los medios con que se combate la actual...

## ¡EL CAPITALISMO NO SE AUTODESTRUIRÁ!

A finales de septiembre el ministro de la economía alemana, el socialdemócrata Peer Steinbrück, en una entrevista concedida a “Spiegel” afirmaba que “*ciertas partes de la teoría de Marx no están tan equivocadas*” y en particular aquella según la cual “*el capitalismo terminará por autodestruirse a fuerza de codicia*”; el 15 de octubre la ex-candidata del PS francés a las elecciones presidenciales, madame Ségolène Royal, se hacía eco del ministro alemán cuando proclamaba en un mitin “*¡Marx dijo que el capitalismo va a autodestruirse, y a eso estamos llegando!*”. En realidad, Marx dijo que **ante todo el capitalismo creaba a sus propios enterradores** – cosa completamente diferente.

Cualquiera sea la evolución de la crisis actual, aun revelándose como el comienzo de la gran crisis catastrófica esperada por los marxistas, una cosa es segura: el capitalismo no se autodestruirá, como tampoco los modos de producción anteriores al capitalismo se “autodestruyeron”.

Sólo una **revolución** durante la cual las clases oprimidas derriban la dominación de la vieja clase dominante mediante la guerra civil, puede derribar el antiguo modo de pro-

ducción cuyo representante es esta última, e instaurar uno nuevo que corresponda al nivel alcanzado por las fuerzas productivas.

“*Al llegar a una fase determinada de su desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes, o, lo que no es más que su expresión jurídica, con las relaciones de propiedad dentro de las cuales se habían desenvuelto. Se abre así la época de la revolución social*” (9).

Disertando sobre la “autodestrucción” del capitalismo, los lacayos del capitalismo quieren evitar ante todo que los proletarios comprendan que su rol es precisamente el de darle sepultura; lo que quiere decir que la destrucción del capitalismo no puede ser sino el resultado de su **lucha revolucionaria**.

Mientras que el proletariado no encuentre, bajo los golpes de los ataques capitalistas que van a redoblar de ahora en adelante, la fuerza de lanzarse a esta lucha decisiva; mientras que no tenga la fuerza de organizarse para sí, tanto en el plano político (**partido revolucionario comunista**) como en el económico (sindicato de clase), el capitalismo lo-

grará siempre salir de sus apuros y sus crisis, y prepararse para imponer su solución: una nueva carnicería mundial, mucho más destructiva aún que las dos precedentes, debido a sus décadas de expansión en el curso de la cual se han creado cantidades colosales de fuerzas productoras en gran número.

He aquí la alternativa que históricamente plantea el curso del capitalismo; he aquí la alternativa que la crisis actual hará recordar a los proletarios.

(1) Es cierto que el lunes siguiente las bolsas del mundo, atraídas por los millones de dólares y euros prometidos por los gobiernos burgueses, han conocido alzas históricas; pero, el entusiasmo se disipó rápidamente y desde el miércoles las mismas sufrían nuevos derrumbamientos, ¡igualmente históricos!

Esta volatilidad de los cursos de la bolsa es típico de los períodos de crac; al día siguiente del descalabro del 29 de octubre de 1929, los índices de Wall Street se inflamaban espectacularmente acusando un 18% de subidas.

La única diferencia es que hoy esta volatilidad es aún más grande y, sobre todo, más duradera.

(2) K. Marx, «New York Tribune», 4/10/1858. c.f. Marx Engels, «La crisis», Ed “10/18”, 1978, p. 201-202.

(3) Engels «l'Anti-Dühring», Socialismo, § 2. Editions Sociales, 1973, p.312.

(4) c.f. «La récession américaine de 1957 annonce-t-elle un nouveau 1929?», Programme Communiste n°4.

(5) Cifras de las estadísticas USA citadas por E. Varga, en «La crise économique, sociale, politique», reprint Ed Sociales 1976.

(6) Además de la pequeña Islandia, los agentes de las finanzas estiman superior a 80% el riesgo de insolvencia, – es decir, bancarrota – de Pakistán, Argentina, Ucrania, Hungría y Turquía que se encuentra igualmente amenazadas, al igual que Kazajstán y la Letonia. c.f. Financial Times, 14/10/08.

(7) c.f. The Economist, 11-17/10/2008

(8) c.f. International Herald Tribune, 16/10/2008

(9) K. Marx, “Introducción a la crítica de la Economía política”. Ed. Sociales 1977, p.3.

«Proletarian»  
Suplemento al «le prolétaire»  
Precio del ejemplar: £ 1, 1 €, 3 CHF

Proletarian  
Organ of the International Communist Party  
No 2  
September 2006  
4614 2  
61-10215-91.5

THE MISSION OF THE UN BLUE HELMETS IS PURELY IMPERIALIST  
NO TROOPS TO LEBANON!

Proletarian!  
Israel's war in Lebanon had several aspects: some concern its own territorial interests, others concern the policy of American imperialism in the Middle East, others still the fundamental interests of Lebanon itself. Finally others are related to the resistance of the Palestinian population which have been unable to emancipate themselves from the national oppression to which they were subjected initially by British colonialism, then by France.

Because of its oil resources, of its strategic position as well as the opportunities that it brings the political and religious movements which exist there can have the Middle East represent an irresistible objective for the countries imperialist countries, starting with the United States, and a permanent reason for conflict between the great powers which dominate planet, as between the local bourgeoisie.

Theology sustains Palestinian question the stability of Lebanon, the fundamental interests of States like Jordan or the Emirates, the collapse of an increasingly older and more industrialized, the imperialist sites of Iran which have the energy of nuclear weapons (Iranian or religious terrorism (Hofstadter) the stability of Egypt (Syria, Saudi Arabia) on the Mid-Eastern chessboard aspect of counter-revolution artificially constrained by the imperialist powers – refusal of co-operation the actions of the Israeli State implanted the power in particular those of American imperialism, and various countries all of which form an inextricable entanglement in the imperialist and neo-imperialist system whose capitalism permanently need economic, alliance and political coordination (and vice versa) to save their rates of profit.

Concluded on page 2

Party and Class  
This article of Amadeo Bordigha was published in the «Avvenimenti» of the Communist Party of Italy. It was directed against two distinctly limited and conventional communist movements: the semi-legislative party and the reformist reform. In the first case, the party's rigorous programmatic and organizational discipline was sacrificed to the negotiation – which by itself is of course perfectly legitimate – of organizing and extending the party's influence in the masses. The second case, the reformist reform, was characterized by the complete lack of interest for judging the efficiency and the expansion of the party in the masses, in the second case, the model of the party's action, combined with shifty maneuvering and opportunism with the various wings of the working class movement on the parliamentary and electoral level, to the expense of any real and effective action that was unreserved and consequently disruptive, and that was not compromised in the real balance of power.

This was also the legend of the Communist Italian Left being allegedly classical and unchangeable, and judged for the real problems of contemporary society, the party's role in the revolution and during the revolutionary preparation.

Continued on page 5

Proletarian Nr. 4  
(November 2008):

••• Despite its crises Capitalism will only collapse under the blows of the proletarian struggle! ••• The sole historical Perspective: World War or Communist Revolution! ••• Capitalist economic Crisis and Class Struggle ••• Venezuela: Chronicle of a very Bourgeois “Bolivarian Revolution” ••• Montreal: Riots against Police Repression ••• For a Proletarian, Class Struggle May Day! ••• For generalized Class Struggle to defeat the generalized Attacks on the Proletariat! ••• Down With French Imperialism! ••• No to French Military Intervention in Chad! ••• Africa : Solidarity with the Struggles and the Riots against the high Cost of Living in Africa! ••• Proletarian Solidarity against the Repression in Cameroon! ••• Italy : Workers killed at Thyssen Krupp in Turin ••• The Internet Website of the International Communist Party

Proletarian Nr. 3  
(October 2007):

••• Multiform and indissociable Tasks of the Class Party ••• The Counter-revolutionary Role of Opportunism ••• Canadian Imperialism Out of Afghanistan! ••• The only Way forward for the Palestinian Masses: Proletarian Struggle! ••• The Struggles in Guinea: • The Workers Struggle in Guinea-Conakry • Solidarity with the General Strike in Guinea!

• The Army Requisitions all the Workers!  
• The General Strike Continues!  
• The Trade-Union Chiefs Liquidate the General Strike!  
••• Against the repression in Oaxaca, Anti-capitalist class struggle!  
••• France :  
• Down with the Electoral Circus. Long Live The Revolutionary Struggle!  
• For a Return to the Class Struggle. No to the Union Sacree behind the PS!  
• In the Public as in the Private: For Class Struggle against Capitalist Attacks!

Proletarian Nr. 2  
(September 2006)

••• Palestine, Lebanon: Zionism-Assassin, Imperialism-Accomplice!  
•• Party and Class ••• To the Workers of Israel, to the Workers of Palestine, to the Workers of Europe and America!  
••• One Year after ••• In London a New Massacre of Proletarians. To the Terrorism of big Imperialist States Answers back the Fundamentalist Islamic Terrorism ••• The New Orleans Catastrophe: Capitalism, the Economics of Misery and Despair!  
••• Union Sacrée to Condemn the Revolt of the Banlieues ••• Proletarian Anger and Violence in the Suburbs Promise Future Social Tempests!  
••• No to the CEP ! Class Fightback against the Capitalist Attacks!  
••• Against the CEP and all Bourgeois Attacks, one Solution: The Anticapitalist Class Struggle!  
••• The Abolition of Wage Labour means the Abolition of Production for the Sake of Production ••• To our readers

The Proletarian Nr. 1  
(February 2002)

••• Attacks against the U.S.A. : Only the Revolutionary Class' Struggle against Capitalisme will end the Bourgeois Terror and Massacres ••• To our Readers ••• Capitalism is international and global. The anti-capitalist struggle must be international and global ••• The Struggle of the International Proletariat Against the Imperialist Strongholds, the Only Means to Help the Palestinian Proletarians and Masses ••• Against the Imperialist War in Chechnya. The Russian Workers Must Break with Their Bourgeois Chechnyan War by reviving the Daily Struggle in the Factories, the Cities and the Country ••• No to the imperialist action in Yugoslavia! Down with all nationalisms and all bourgeois oppressions! Leaflet published on March 1999 ••• Rover: Need of the Class Struggle ••• At the Editions Programme ••• The International Communist Party's Programme

## **Israel, por enésima vez en sesenta años, masacra a los palestinos por cuenta propia y por cuenta de las potencias imperialistas mundiales.**

### **¡La vía de escape de las masacres de guerra sólo es posible mediante la reanudación de la lucha de clases en la perspectiva de la revolución comunista internacional!**

#### **Proletarios,**

En Gaza, la población palestina está sufriendo por enésima vez una masacre por el ejército israelí.

No son los cohetes artesanales de Hamás los verdaderos culpables; no lo es tampoco el llamado “terrorismo palestino” y sus más o menos conocidos sustentores. La tragedia del pueblo palestino, desde hace 60 años ha sido escrita por el reparto que las potencias imperialistas mundiales, acabada la segunda carnicería mundial, acordaron sobre la piel de los pueblos de Oriente Medio. Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Rusia, los grandes vencedores de la segunda guerra mundial, antes separados en el mapa en sus respectivas áreas de influencia, después confluidos cada vez más cerca de un Oriente Medio repleto de petróleo, instigando a unos países contra otros, a un pueblo contra otros, un grupo étnico contra otro. El martirizado Oriente Medio, al cual el panarabismo sirio y egipcio no han sabido dar respuesta alguna, ha sido siempre un territorio de conquista, un territorio económico que ninguna potencia imperialista habría dejado nunca a los propios concurrentes mundiales, ni mucho menos a la autodecisión de sus respectivos pueblos. Cuanto más se desarrollaba el capitalismo a nivel mundial, más el petróleo se convertía en una fuente energética privilegiada, y las condiciones de supervivencia de los campesinos de Oriente Medio más dependían de la extracción del petróleo que la madre naturaleza les había dado de manera impotente bajo su suelo. Los campesinos se convirtieron en proletarios, se transformaron en sin-reservas, y cada vez más a menudos desheredados y prófugos de las continuas guerras.

Los palestinos, después del nacimiento del estado de Israel y de su consolidación en tierra de palestina, ha representado en estas décadas la tragedia de los pueblos de Oriente Medio: derribados y expulsados a la fuerza de la tierra, humillados y explotados por partidos políticos burgueses que de vez en cuando se vendían a un bando burgués o a la competencia de este; ilusionados y engañados sistemáticamente por los países árabes que siempre han temido que su lucha contra la opresión nacional incendie también a

sus masas. Los palestinos, cada vez menos campesinos y cada vez más proletarios, sin-reservas, han continuado sin doblegarse bajo el talón de los opresores, ayer directamente europeos, pero sobre todo israelíes; y no ha faltado la opresión de la burguesía compradora del Líbano, Siria, Jordania, Egipto, Arabia Saudí.

Israel, con los años, ha ascendido a auténtica y verdadera potencia regional que, de vez en cuando, ha competido por este rol con Irak e Irán. Cabeza de puente del imperialismo norteamericano, Israel, sobretodo después de la “guerra de los 6 días” en 1967 y la guerra de 1973 contra una coalición de países árabes liderados por Egipto, se convierte en policía del imperialismo occidental en Oriente Medio; mientras tanto, la población palestina, a la que la ONU, y por tanto los Estados Unidos y las potencias imperialistas del mundo, les ha seguido prometiendo el nacimiento de su «Estado nacional» es sacrificada sistemáticamente por los intereses de Israel y del imperialismo mundial.

#### **Proletarios,**

Las gordas, opulentas y presumidas burguesías de Occidente han seguido invocando y organizando intentos de paz condensados en el eslogan: «dos pueblos, dos estados», pero en la realidad el Estado que existe y que es defendido por determinados intereses de colonización imperialista en el área mediorientales, es el de Israel. Los proletarios palestinos, las masas campesinas desheredadas, continuarán sufriendo condiciones de incierta supervivencia y de miseria: no sólo por la opresión nacional que sufren de parte de Israel, sino también por la opresión de clase que sufren de diversas facciones de su propia burguesía, Hamas, Al-Fatah o el que sea. No tenían un futuro de paz en las décadas pasadas, no tendrán un futuro de paz ni ahora ni nunca.

Las operaciones militares de Israel en Gaza de estos últimos días, no son más que la última confirmación de los intereses no sólo israelíes, sino también de los intereses capitalistas europeos y mundiales, dirigidos a doblegar la resistencia de un pueblo

que todavía puede constituir un ejemplo para el resto de pueblos oprimidos de la zona y del resto del mundo. En tan sólo una semana, los bombardeos y los cañonazos de las fuerzas israelíes han causado más de 500 muertos y 2.500 heridos, muchos de ellos civiles; los cohetes de Hamas han causado 5 muertos y algunos heridos. Esto necesitaba el angelical y cínico D'Alema, presidente del Partido Democrático italiano, para afirmar que Israel estaba dando una respuesta «desproporcionada»... a los ataques terroristas de Hamas... ¿Desproporcionada?! Esto es una masacre –no en vano a la operación se le llama «Plomo fundido»– fríamente preparada y dirigida por un Estado burgués que recibe los honores de todas las potencias imperialistas del mundo, que está a punto de ser aceptado por la Unión Europea como miembro a título pleno y que quiere suprimir todo tipo de resistencia a su dominio en su propio territorio que ha establecido que es su propiedad de hecho.

La vía de escape para los palestinos no vendrá nunca dada por los «intentos de paz» que son constantemente prometidos, por unos u otros vampiros que lo desangran en una continua serie de guerras, incursiones militares y policiales, represiones y humillaciones de todo tipo: tanto la israelí, vejadora y masacradota, o la vil y corrupta burguesía palestina, tienen interés en doblegar la resistencia de las masas proletarias y desesperadas palestinas, para hacer de ellas dóciles masas asalariadas para explotar en condiciones bestiales o carne de matadero para sus intereses exclusivamente burgueses. La vía de escape no podrá tener lugar más que invocando a la lucha de clase abierta contra todos los enemigos de clase; burguesía israelí, burguesía palestina, la burguesía árabe de todos los países que se dicen “hermanos”, la burguesía de los países imperialistas con cualquier bandera que se presenten, ya sea americana, europea, de la ONU o de cualquier “democracia”.

¡Los únicos hermanos que tienen los proletarios palestinos son los proletarios del resto de países del mundo! Pero no podrán nunca reconocerlos como hermanos de clase si los proletarios de los demás

países occidentales, es decir de los países que más consienten a Israel persistir en su función de policía y verdugo en tierra de Palestina, no se levantan contra la burguesía de sus propios países para despedazar la red de intereses imperialistas de las que Israel forma parte plenamente.

La burguesía italiana, frente a esta evidente masacre de civiles, más que de guerrilleros, no ha desaprovechado la ocasión para manifestar su disponibilidad a enviar tropas propias en una... «misión de paz» como ya hizo en el Líbano. Pero las «misiones de paz», como ocurrió en el Líbano, después en Kosovo, después en Irak, y otra vez en Afganistán, esconden siempre intereses económicos y políticos de gran potencia. ¡Ninguna burguesía envía tropas a países más o menos lejanos del suyo por beneficencia!

**¡SOLIDARIDAD INTERNACIONALISTA Y DE CLASE CON LAS MASAS PROLETARIAS PALESTINAS!**

**¡VIVA LA LUCHA DE CLASE PROLETARIA EN PALESTINA, EN ISRAEL Y EN TODOS LOS PAÍSES DEL MUNDO!**

**¡NO AL ENVÍO DE SOLDADOS A GAZA Y PALESTINA!**

**¡RETIRO INMEDIATO DE LAS TROPAS DE TODA ESPEDICIÓN CAMUFLADA DE MISIÓN DE PAZ Y HUMANITARIA!**

**¡EL FUTURO QUE EL CAPITALISMO OFRECE A LOS PROLETARIOS DE TODO EL MUNDO Y POR EL CUAL PIDE EL MÁXIMO SACRIFICIO ES LA ACTUAL MASACRE DE GAZA!**

**¡EL FUTURO POR EL CUAL VALGA LA PENA LUCHAR A TODOS LOS PROLETARIOS ES LA REVOLUCIÓN COMUNISTA, ANTIBURGUESA Y ANTICAPITALISTA MUNDIAL!**

**¡PROLETARIOS DE TODOS LOS PAÍSES, UNÍOS!**

**Partito Comunista Internazionale (Il Comunista)**  
4 enero 2009 - Supl. al n.110 de «Il Comunista»





# EL PROGRAMA DEL PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL

**El Partido Comunista Internacional está constituido sobre la base de los principios siguientes establecidos en Liorna con la fundación del Partido Comunista de Italia (Sección de la Internacional Comunista):**

1/ En el actual régimen social capitalista se desarrolla una contradicción siempre creciente entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción dando lugar a la antítesis de intereses y a la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía.

2/ Las actuales relaciones de producción están protegidas por el poder del Estado burgués que, cualquiera que sea la forma del sistema representativo y el uso de la democracia electiva, constituye el órgano para la defensa de los intereses de la clase capitalista.

3/ El proletariado no puede romper ni modificar el sistema de las relaciones capitalistas de producción del que deriva su explotación sin la destrucción violenta del poder burgués.

4/ El partido de clase es el órgano indispensable de la lucha revolucionaria del proletariado. El Partido Comunista, reuniendo en su seno la fracción más avanzada y decidida del proletariado unifica los esfuerzos de las masas trabajadoras encauzándolas de las luchas por intereses parciales y por resultados contingentes a la lucha general por la emancipación revolucionaria del proletariado. El Partido tiene la tarea de difundir en las masas la teoría revolucionaria, de organizar los medios materiales de acción, de dirigir la clase trabajadora en el desarrollo de la lucha de clases, asegurando la continuidad histórica y la unidad internacional del movimiento.

5/ Después del derrocamiento del poder capitalista, el proletariado no podrá organizarse en clase dominante más que con la destrucción del viejo aparato estatal y la instauración de su propia dictadura privando de todo derecho y de toda función política a la clase burguesa y a sus individuos mientras sobrevivan socialmente, y basando los órganos del nuevo régimen únicamente sobre la clase productora. El Partido Comunista, cuya característica programática consiste en esta realización fundamental, representa, organiza y dirige unitariamente la dictadura proletaria. La necesaria defensa del Estado proletario contra todas las tentativas contrarrevolucionarias sólo podrá ser asegurada privando a la burguesía y a los partidos hostiles a la dictadura proletaria de todo medio de agitación y de propaganda política, y con la organización armada del proletariado para rechazar los ataques internos y externos.

6/ Sólo la fuerza del Estado proletario podrá ejecutar sistemáticamente las sucesivas medidas de intervención en las relaciones de la economía social, con las que se efectuará la sustitución del sistema capitalista por la gestión colectiva de la producción y de la distribución.

7/ Como resultado, de esta transformación económica y de las consiguientes transformaciones de todas las actividades de la vida social, irá eliminándose la necesidad del Estado político, cuyo engranaje se reducirá progresivamente al de la administración racional de las actividades humanas.

\* \* \*

**La posición del partido frente a la situación del mundo capitalista y del movimiento obrero después de la segunda guerra mundial se basa sobre los puntos siguientes:**

8/ En el curso de la primera mitad del siglo XX, el sistema social capitalista ha ido desarrollándose en el terreno económico con la introducción de los sindicatos patronales con fines monopolísticos y las tentativas de controlar y dirigir la producción y los intercambios según planes centrales, hasta la gestión

estatal de sectores enteros de la producción; en el terreno político con el aumento del potencial policial y militar del Estado y con el totalitarismo gubernamental. Todos estos no son nuevos tipos de organización con carácter de transición entre capitalismo y socialismo ni menos aún un retorno a regímenes políticos preburgueses; al contrario, son formas precisas de gestión aún más directa y exclusiva del poder y del Estado por parte de las fuerzas más desarrolladas del capital.

Este proceso excluye las interpretaciones pacifistas, evolucionistas y progresivas del devenir del régimen burgués y confirma la previsión de la concentración y de la disposición antagónica de las fuerzas de clase. Para que las energías revolucionarias del proletariado puedan reforzarse y concentrarse con potencial correspondiente a las fuerzas acrecentadas del enemigo de clase, el proletariado no debe reconocer como reivindicación suya ni como medio de agitación el retorno ilusorio al liberalismo democrático y la exigencia de garantías legales, y debe liquidar históricamente el método de las alianzas con fines transitorios del partido revolucionario de clase tanto con partidos burgueses y de clase media como con partidos pseudo-obreros y reformistas.

9/ Las guerras imperialistas mundiales demuestran que la crisis de disgregación del capitalismo es inevitable debido a que ha entrado en el período decisivo en que su expansión no exalta más el incremento de las fuerzas productivas, sino que condiciona su acumulación a una destrucción repetida y creciente. Estas guerras han acarreado crisis profundas y repetidas en la organización mundial de los trabajadores, habiendo las clases dominantes podido imponerles la solidaridad nacional y militar con uno u otro de los bandos beligerantes. La única alternativa histórica que se debe oponer a esta situación es volver a encender la lucha de clases al interior hasta llegar a la guerra civil en que las masas trabajadoras derroquen el poder de todos los Estados burgueses y de todas las coaliciones mundiales, con la reconstitución del partido comunista internacional como fuerza autónoma frente a los poderes políticos y militares organizados.

10/ El Estado proletario, en cuanto su aparato es un medio y un arma de lucha en un período histórico de transición, no extrae su fuerza organizativa de cánones constitucionales y de esquemas representativos. El máximo ejemplo histórico de su organización ha sido hasta hoy el de los Consejos de trabajadores que aparecieron en la Revolución Rusa de Octubre de 1917, en el período de la organización armada de la clase obrera bajo la única guía del Partido Bolchevique, de la conquista totalitaria del poder, de la disolución de la Asamblea Constituyente, de la lucha para rechazar los ataques exteriores de los gobiernos burgueses y para aplastar en el interior la rebelión de las clases derrocadas, de las clases medias y pequeño-burguesas, y de los partidos oportunistas, aliados infalibles de la contrarrevolución en sus fases decisivas.

11/ La defensa del régimen proletario contra los peligros de degeneración presentes en los posibles fracasos y repliegues de la obra de transformación económica y social, cuya realización integral no es concebible dentro de los límites de un solo país, no puede ser asegurada más que por la dictadura proletaria con la lucha unitaria internacional del proletariado de cada país contra la propia burguesía y su aparato estatal y militar, lucha sin tregua en cualquier situación de paz o de guerra, y mediante el control político y programático del Partido comunista mundial sobre los aparatos de los Estados en que la clase obrera ha conquistado el poder.

